RAMON DIAZ SAMIA

1965

CBHR
2-06

LA PIEL DE ZAPA

HONORATO DE BALZAC

LA
Piel de Zapa

Edición de "El Mundo Ilustrado"

MEXICO

Tipografía y Linotipia, Damas y Puente Quebrado
1904

EL TALISMAN

A fines del mes de Octubre último entró un joven en el Palacio Real en el momento en que se abrían las casas de juego, con arreglo á la ley que protege una pasión que se impone esencialmente, y subió, sin vacilar apenas, la escalera del garito designado con el nombre de número 36.

—Caballero, tenga usted la bondad de entregarme su sombrero—le dijo con voz seca y gruñona un viejecillo pálido, acurrucado en la sombra, protegido por una barricada, y que se levantó de pronto dejando ver un rostro de tipo innoble.

A todo el que entra en una casa de juego, la ley empieza por privarle de su sombrero. ¿Es esto una parábola evangélica y providencial? ¿No será más bien un modo de celebrar un contrato infernal en el que se le exige á uno no sé qué prenda? ¿Será acaso por obligarle á adoptar un porte respetuoso ante aquellos que le van á ganar su dinero? O consiste por ventura

en que la policía, emboscada en todas las cloacas sociales, tiene empeño en saber el nombre del sombrerero ó del individuo en cuestión, si lo ha inscrito en el forro? ¿Será, finalmente, para medir el cráneo del jugador y formar una estadística instructiva de la capacidad cerebral de cuantos al juego se dedican? Acerca de este punto, la administración pública guarda completo silencio. Pero téngase muy en cuenta que tan luego como cualquiera adelanta un paso hacia el tapete verde, deja de pertenecerle su sombrero, del mismo modo que él deja de pertenecerse á sí mismo; con el individuo, entra en el juego su fortuna, su sombrero, su bastón y su abrigo. Al salir, el "juego" le demostrará, mediante un atroz epigrama en acción ,que le deja todavía algo en el mero hecho de devolverle su equipaje; y si, con todo, tiene un sombrero nuevo, conocerá á su costa que necesita hacerse un traje de jugador.

La extrañeza manifestada por el joven al recibir una contraseña numerada á cambio de su sombrero, cuyas alas estaban, por fortuna, un tanto raídas, indicaba de sobra que su alma era aún inocente; así fué que el viejecillo, encenagado sin duda desde su edad juvenil en los fogosos placeres de la vida de los jugadores, le echó una ojeada vaga y sin calor en la cual un filósofo habría visto las miserias del hospital, las vagancias de las gentes arruinadas, las sumarias de una porción de asfixias, las cadenas perpetuas y las expatriaciones á orillas del Coatzacoalcos. El rostro pálido y prolongado de aquel hombre, que parecía alimentarse solamente de sopas gelatinosas de d'Arcet, presentaba la imagen de la pasión reducida á su mayor

sencillez. En sus arrugas había cierta huella de pasadas torturas; debía jugarse su escaso sueldo el mismo día en que lo cobraba; semejante á los rocines viejos en los que ya no hacen mella los latigazos, no había nada que le estremeciera; los gemidos sordos de los jugadores que salían aruinados, sus imprecaciones mudas, sus miradas aleladas, no excitaban en modo alguno su sensibilidad. Era la encarnación del Juego. Si el joven hubiese contemplado á aquel triste Cerbero, quizás habría dicho para sí: "En ese corazón no hay más que un juego de naipes." Pero el desconocido no dió oídos á aquel consejo viviente, puesto sin duda allí por la Providencia, del mismo modo que ha colocado el tedio á la puerta de todos los lugares malsanos; y entró resueltamente en la sala donde el sonido del oro ejercía una deslumbradora fascinación en los sentidos llenos de codicia .Aquel joven iba allí impelido probablemente por la más lógica de todas las elocuentes frases de Jacobo Roússeau, y cuya triste síntesis es, según creo, la siguiente: "Sí, concibo que un hombre vaya á jugar; pero es cuando entre él y la muerte no ve más que su último escudo."

Por la noche, las casas de juego no tienen más que una poesía vulgar, pero de efecto seguro, como el de un drama sanguinolento. Las salas están llenas de espectadores y de jugadores, de viejos indigentes que acuden trabajosamente allí para calentarse, de rostros agitados, de orgías comenzadas en el vino para concluir en el Sena. Si la pasión abunda en ellas, el excesivo número de actores impide contemplar frente á frente al demonio del juego. La velada es una verdadera pieza de conjunto en que toda la compañía

grita, en la que cada instrumento de la orquesta modula su frase. Allí se ve muchas personas distinguidas que van en busca de distracciones, y las pagan como pagarían el placer de una función teatral ó el de la gula, ó como irían á una buhardilla á comprar á vil precio dolorosos sinsabores para tres meses. Pero ¿es posible comprender todo el delirio y el vigor que debe de haber en el alma de un hombre que aguarda con impaciencia la apertura de un garito? Entre el jugador de la mañana y el de la noche media la diferencia que distingue al marido indolente del amante embobado al pie del balcón de su bella. Por la mañana llegan á su mayor dominio la pasión palpitante y la necesidad en su franco horror. En aquel momento se puede admirar á un verdadero jugador, á un jugador que no ha comido, ni dormido, ni vivido, ni pensado; tan rudamente flagelado está por el azote de su martingala; tanto es lo que ha padecido, acosado por el prurito de una jugada de "treinta y cuarenta," A aquella hora maldita, se encontrarán ojos cuya calma asusta, rostros que fascinan, miradas que levantan las cartas y las devoran. Por esto las casas de juego no son sublimes sino al dar principio las partidas. Si España tiene sus corridas de toros, si Roma ha tenido sus gladiadores, París se enorgullece de su Palacio Real cuyas incitantes ruletas proporcionan el goce de ver correr la sangre á ríos, sin que los pies de los espectadores se expongan á resbalar en ella. Procúrese echar una furtiva ojeada á esa liza; penétrese en ella.... ¡Qué desnudez! Las paredes, cubiertas de un papel sucio hasta la altura de un hombre, no presentan una sola imagen que pueda refrescar el alma: en ellas ni siquiera se

encuentra un clavo para facilitar el suicidio. El suelo está desgastado, sucio. Una mesa oblonga ocupa el centro de la sala. La sencillez de las sillas de enea, aglomeradas alrededor del tapete raído por el dinero, revela una curiosa indiferencia hacia el lujo por parte de esos hombres que van allí á perecer por la fortuna y por el lujo. Esta antítesis humana se descubre donde quiera que el alma ejerce una poderosa reacción sobre sí misma. El enamorado desea rodear á su amada de sedas, revestirla de un suave tejido oriental, y, sin embargo, la mayor parte de las veces la posee en un camastro. El ambicioso sueña con elevarse á la cumbre del poder mientras se hunde en el lodo del servilismo. El mercader vegeta en el fondo de una tienda húmeda y malsana, construyendo al propio tiempo un palacio, del cual su hijo, heredero precoz, será expulsado por una subasta fraternal. En fin, ¿hay algo más desagradable que una casa de prostitución? El hombre, siempre en oposición consigo mismo, engañando sus esperanzas con sus males presentes y sus males con un porvenir que no le pertenece, imprime á todos sus actos el carácter de la inconsecuencia y de la debilidad. En la tierra no hay nada completo sino la desventura.

Cuando el joven entró en la sala, había ya en ella unos cuantos jugadores. Tres ancianos calvos estaban indolentemente sentados al rededor del tapete verde; sus caras de yeso, impasibles como las de los diplomáticos, revelaban almas hastiadas, corazones que hacía mucho tiempo perdieron la costumbre de palpitar, aun arriesgando los bienes parafernales de una esposa. Un joven italiano, de color aceitunado, estaba tranquila-

mente al extremo de la mesa, apoyando en ella los codos, y parecía escuchar esos presentimientos secretos que gritan fatalmente á un jugador: "¡Sí! ¡No!" Aquella cabeza meridional respiraba oro y fuego. Siete ú ocho espectadores, de pie, colocados como el público de un teatro, aguardaban las escenas que les preparaban los golpes de la suerte, las caras de los actores, el movimiento del dinero y el de las raquetas. Aquellos desocupados estaban allí silenciosos, inmóviles, atentos, como lo está el pueblo en la plaza de la Greve cuando el verdugo corta una cabeza. Un hombre alto y seco, que vestía un frac raído, tenía un registro en una mano y en la otra un alfiler para marcar los pasos del encarnado ó del negro. Era uno de esos tántalos modernos que viven con lisura de todos los goces de su siglo; uno de esos avaros sin tesoros que juegan una puesta imaginaria; especie de loco razonable que se consolaba de sus miserias acariciando una quimera; que procedía, en fin, con el vicio y el peligro como los curas jóvenes con la Eucaristía cuando dicen misas en seco. Enfrente de la banca, uno ó dos de esos finos especuladores, expertos en las probabilidades del juego, y parecidos á antiguos forzados á quienes ya no asustan las galeras, habían ido allí para aventurar tres jugadas y lograr la probable ganancia de que vivían. Dos viejos criados se paseaban indolentemente cruzados de brazos, y de cuando en cuando miraban el jardín por las ventanas como para enseñar á los transeuntes sus aplanadas caras á guisa de muestra. El banquero acababa de echar sobre los puntos esa mirada apagada que los mata, y decía con voz tranquila: "¡Juego!" cuando el joven abrió la puerta. Reinó un silencio

en cierto modo más profundo, y todas las cabezas se volvieron por curiosidad hacia el recién llegado. Y ¡cosa inaudita! aquellos viejos hastiados é insensibles, aquellos empleados petrificados, los espectadores y hasta el fanático italiano, todos, al ver al desconocido, experimentaron cierta sensación de espanto. ¿No se necesita ser bien desgraciado para causar compasión, bien débil para despertar simpatías ó de aspecto bien siniestro para hacer que se estremezcan las almas en una sala en que los dolores deben ser mudos, la miseria jovial y la desesperación mesurada? Pues de todo ello había en la nueva sensación que agitó á aquellos corazones helados cuando el joven entró. Pero ¿acaso no han llorado alguna vez los verdugos ante las doncellas cuyas encantadoras cabezas debían cortar á una seña de la Revolución?

A la primera ojeada, los jugadores leyeron en el rostro del novicio algún horrible misterio: sus juveniles facciones estaban impregnadas de cierta gracia nebulosa; su mirada revelaba esfuerzos burlados, mil esperanzas fallidas. La tétrica impasibilidad del suicidio daba á aquella frente una palidez mate y enfermiza; una sonrisa amarga formaba leves arrugas en las comisuras de la boca, y la fisonomía expresaba una resignación que no podía contemplarse sin tristeza. En el fondo de aquellos ojos, velados quizás por las fatigas del placer, brillaba algún secreto genio. ¿Era tal vez la crápula lo que marcaba con su inmundo sello aquel noble rostro, en otro tiempo puro y ardiente, y á la sazón degradado? Los médicos habrían atribuido sin duda á lesiones del corazón ó del pecho el círculo amarillento que rodeaba los párpados y la rubicundez que se notaba en las meji-

llas, en tanto que los poetas habrían pretendido reconocer en tales signos los estragos de la ciencia, las huellas de las noches aplicadas al estudio, á la luz de una lámpara. Pero una pasión más mortal que la enfermedad, una enfermedad más implacable que el estudio y el genio, alteraban aquella juvenil cabeza, contraían aquellos músculos vivaces, retorcían aquel corazón en el que apenas habían hecho mella las orgías, el estudio y la enfermedad. Así como, cuando un criminal célebre llega al presidio, los presidiarios le reciben con respeto, así también todos aquellos demonios humanos, expertos en torturas, saludaron en aquel joven un dolor inaudito, una herida profunda que sus miradas sondeaban, y en la majestad de su muda ironía y en la elegante miseria de su traje le reconocieron por uno de sus príncipes. El joven vestía un frac de buen gusto, pero la unión de su chaleco y de su corbata estaba hecha con demasiado cuidado para que se pudiera suponer que llevaba camisa. Sus manos, finas y bonitas como las de una mujer ,eran de limpieza dudosa: en fin, ¡hacía dos días que no llevaba guantes! Si el banquero y hasta los mismos criados se estremecieron, consistió en que los hechizos de la inocencia florecían por vestigios en aquellas formas enjutas y finas, en aquellos cabellos rubios y ralos, rizados naturalmente. Aquella figura sólo tenía veinticuatro años y el vicio no parecía ser en ella más que un accidente. La verde vida de la juventud luchaba en ella todavía con los estragos de una impotente lubricidad. Las tinieblas y la luz, la nada y la existencia pugnaban allí produciendo á la vez donaire y horror. El joven se presentaba en aquella sala como un ángel sin rayos, extraviado en su camino. Por esto todos aquellos

profesores jubildos de vicio y de infamia, semejantes á una vieja desdentada, movida á compasión al aspecto de una doncella que se ofrece á la corrupción, estuvieron á punto de gritar al novicio: "¡Sal de aquí!"; pero éste se acercó en derechura á la mesa, se mantuvo en pie, y echó en el tapete verde, sin calcular nada, una moneda de oro que llevaba en la mano y que fué rodando hasta el negro; luego, como las almas fuertes que aborrecen cavilosas incertidumbres, fijó en el banquero una mirada turbulenta á la par que tranquila. El interés de aquella jugada era tan grande que los viejos no hicieron ninguna puesta; pero el italiano aprovechó, con el fanatismo de la pasión, una idea que acababa de sonreirle, y apuntó todo su dinero contra el juego del desconocido. El banquero se olvidó de pronunciar esas frases que á la larga se han convertido en un grito ronco é ininteligible: "¡Juego! ¡Va!" El que tallaba extendió los naipes y pareció desear buena suerte al recién llegado, pues le tenía sin cuidado que ganaran ó perdieran los empresarios de aquellos sombríos placeres. Cada espectador creía ver un drama, la última escena de una noble vida en la suerte de aquella moneda de oro; chispearon los ojos clavados en los cartones fatídicos, más, á pesar de la atención con que miraban alternativamente al joven y á las cartas, no pudieron sorprender ningún síntoma de emoción en su rostro frío y encarnado. "Encarnado, par, pase," dijo oficialmente el que tallaba.

Una especie de estertor sordo salió del pecho del italiano cuando vió caer á su lado uno á uno los billetes que le lanzó el banquero. El joven no comprendió su ruina hasta el momento en que se alargó la raqueta

para recoger su última pieza de veinte francos. El marfil arrancó un ruido seco á la moneda que, rápida como una flecha, fué á reunirse al montón de oro que había delante de la caja. El desconocido cerró los ojos suavemente, palidecieron sus labios; pero en breve abrió los párpados, su boca recobró el color del coral, afectó el aire de un inglés para quien la vida carece de misterios, y desapareció sin mendigar un consuelo, con una de esas miradas desgarradoras que los jugadores desesperados lanzan á los espectadores. ¡Cuántos sucesos se agolpan en el espacio de un segundo, y cuántas cosas en una jugada de dados!

—Sin duda ha quemado su último cartucho—dijo sonriendo el banquero después de un momento de silencio durante el cual tuvo aquella moneda de oro entre el índice y el pulgar para enseñarla á los circunstantes.

—Es una cabeza caliente que va á echarse al agua—respondió un parroquiano mirando á los jugadores, todos los cuales se conocían.

—¡Bah!—exclamó el criado sorbiendo un polvo.

—¡Ah, si hubiésemos imitado á este caballero!.....—dijo á sus colegas uno de los viejos designando al italiano.

Todos fijaron la vista en el afortunado jugador á quien le temblaban las manos mientras contaba los billetes de Banco y que dijo:

—He oído una voz que me gritaba: El juego tendrá razón contra la desesperación de ese joven.

—No es jugador—replicó el banquero,—pues de lo contrario habría hecho tres partes de su dinero para tener más probabilidades de ganancia.

El joven salía sin reclamar su sombrero, pero el viejo

mastín, que había reparado en el mal estado de aquel guiñapo, se lo entregó sin decir palabra; el jugador devolvió maquinalmente la contraseña y bajó la escalera silbando "Di tanti palpiti" con soplo tan leve, que apenas oía él mismo las deliciosas notas.

Al poco rato se encontró en los pórticos del Palacio Real, fué hasta la calle de San Honorato, tomó el camino de las Tullerías y atravesó el jardín con paso indeciso. Andaba como en medio de un desierto, recibiendo codazos de gente á quien no veía y sin escuchar de entre los rumores populares más que una sola voz, la de la muerte; en suma, abismado en una meditación abrumadora, parecida á la que se apoderaba de los criminales que en otro tiempo iban en una carreta desde el palacio de Justicia á la plaza de la Greve, hacia aquel cadalso tinto de la mucha sangre derramada en 1793.

En el suicidio hay un no sé qué de grande y espantoso. Las caídas de muchas gentes carecen de peligro, como las de los niños que caen desde poca elevación para hacerse daño; pero cuando un grande hombre se hace pedazos, debe venir desde mucha altura, haberse remontado á los cielos, columbrado algún paraíso inaccesible. Los huracanes que le obligan á pedir la paz del alma al cañón de una pistola deben ser implacables. ¡Cuántos talentos juveniles relegados á una mísera buhardilla se agostan y perecen por falta de un amigo ó de una mujer que los consuele, en el seno de un millón de seres, en presencia de una multitud hastiada de oro y que se aburre! Ante este pensamiento, el suicidio adquiere proporciones gigantescas. Entre una muerte voluntaria y la fecunda esperanza cuya voz

llamaba á un joven á París, sólo Dios sabe cuántas ideas, cuántas poesías abandonadas, cuántas desesperaciones y gritos ahogados, cuántas tentativas inútiles y obras maestras abortadas chocan entre sí. Cada suicidio es un poema sublime de melancolía. ¿Dónde podrá encontrarse, en el piélago de las literaturas, un libro flotante que pueda competir en genio con este suelto de gacetilla:

"Ayer, á las cuatro, una joven se echó al Sena desde el puente de las Artes?"

Ante este laconismo parisiense, todo es pálido, lo mismo los dramas que las novelas y hasta esta antigua portada: "Las lamentaciones del glorioso rey de Kaernavan, reducido á prisión por sus hijos;" postrer fragmento de un libro perdido, cuya lectura arrancaba lágrimas á Sterne, aun cuando él mismo dejaba en el abandona á su mujer y á sus hijos.

Mil pensamientos análogos asediaron al desconocido, pasando en jirones por su alma, como las banderas desgarradas revolotean en medio de una batalla. Si por un momento se aligeraba de la pesadumbre de su inteligencia y de sus recuerdos para detenerse ante algunas flores cuyas corolas balanceaba suavemente la brisa entre las masas de verdura, sobrecogido en breve por una convulsión de la vida que pugnaba aún con la abrumadora idea del suicidio, levantaba los ojos al cielo, y allí, las cenicientas nubes, las ráfagas de viento grávidas de tristeza, una atmósfera pesada, seguían aconsejándole la muerte. Encaminóse al Puente Real pensando en las postreras fantasías de sus predecesores. Sonreíase al pensar que lord Castlereagh había satisfecho la más humilde de nuestras necesidades an-

tes de cortarse el cuello, y que el académico Auger fué á buscar su tabaquera para tomar un polvo mientras marchaba al suplicio. Analizaba estas extrañezas y se interrogaba á sí mismo cuando, al arrimarse al pretil del puente para dejar pasar á un mozo del mercado éste le ensució ligeramente la manga del frac, y se sorprendió limpiándose cuidadosamente el polvo que le había dejado. Al llegar al punto culminante del arco, miró el agua con aire siniestro.

—Mal tiempo para ahogarse—dijo riendo una vieja vestida de andrajos.—El Sena está sucio y frío.

Respondió con una sonrisa llena de sencillez que atestiguaba el delirio de su valor; pero se estremeció al ver á lo lejos, en el puente de las Tullerías, una barraca con un rótulo en que estaban trazadas estas palabras en letras de un pie de altura: "Socorros á los asfixiados." Apareciósele el señor Dacheux armado de su filantropía, despertando y poniendo en movimiento aquellos virtuosos remos que rompen la cabeza á los ahogados cuando por desgracia salen á flor de agua; le vió alarmando á los curiosos, buscando médicos y preparando fumigaciones; leyó las frases de duelo de los periodistas escritas entre los goces de un festín y la sonrisa de una bailarina, y oyó sonar el dinero entregado por el prefecto del Sena á los barqueros que le salvaban la vida. Muerto valía cincuenta francos; pero vivo no era más que un hombre de talento sin protectores, sin amigos, sin notoriedad, un verdadero cero social, inútil al Estado que no se cuidaba de él para nada. Una muerte en pleno día le pareció innoble, por lo cual se resolvió morir de noche para entregar un cadáver indescifrable á esa sociedad que descono-

cía la grandeza de su vida. Continuó, pues, su camino, y se dirigió hácia el muelle Voltaire, andando con la indolencia de un desocupado que quiere matar el tiempo. Cuando bajó los escalones que terminan la acera del puente, en la esquina del muelle le llamaron la atención los puestos de libros viejos que había en el pretil, y poco faltó para que tratara de comprar algunos. Sonrió, se metió filosóficamente las manos en los bolsillos, é iba á tomar de nuevo su actitud de indiferencia en la que traslucía un frío desdén, cuando oyó con sorpresa el sonido, verdaderamente fantástico, de algunas monedas en el fondo de su bolsillo. Una sonrisa de esperanza iluminó su rostro, pasó de sus labios á sus facciones y á su frente, é hizo brillar de alegría sus ojos y sus sombrías mejillas. Aquel destello de felicidad se parecía á esas chispas que corren por los contornos de un papel consumido ya por la llama; pero el rostro corrió la misma suerte que las cenizas negras: volvió á ponerse triste cuando el desconocido, después de sacar vivamente la mano del bolsillo, vió que sólo había en él tres monedas de diez céntimos.

—¡Ah, buen caballero! "¡La caritá, la caritá, Catarina!" ¡Un centimito para comprar pan!

Un muchacho deshollinador, cuyo abultado rostro estaba negro, el cuerpo sucio de hollín, la ropa hecha jirones, alargó la mano para privarle de sus últimos sueldos.

A dos pasos del pequeño saboyano, un pobre vergonzante, anciano, enfermizo, achacoso, miserablemente cubierto por un trozo de alfombra agujereada, le dijo con voz sorda:

—Caballero, "déme usted lo que quiera," rezaré por usted.....

Pero cuando el joven miró al viejo, éste se calló y ya no pidió nada, reconociendo tal vez en aquel rostro fúnebre el sello de una miseria más insoportable que la suya.

—"¡La caritá! ¡la caritá!"

El desconocido entregó sus monedas al niño y al anciano, bajando de la acera para dirigirse hacia las casas, pues no podía soportar el luctuoso aspecto del Sena.

—Rogaremos á Dios por su salud—le dijeron los dos mendigos.

Al llegar al escaparate de una estampería, nuestro hombre, casi muerto, vió á una joven que se apeaba de un elegante carruaje. Contempló con delicia aquella mujer encantadora á cuyo blanco rostro servía de armonioso marco el raso de un precioso sombrero, y le sedujo aquel esbelto talle, aquellos donosos movimientos. Como al poner el pie en el estribo quedara un tanto levantado el vestido, pudo ver una pierna cuyos finos contornos estaban marcados por una media blanca y estirada. La joven entró en la tienda y se puso á examinar álbums y litografías, y compró algunos, dando en pago varias monedas de oro que brillaron y sonaron en el mostrador. El joven, que continuaba en la puerta, ocupado, á lo que parecía, en mirar los grabados expuestos en el escaparate, cambió vivamente con la bella desconocida la ojeada más penetrante que pueda lanzar un hombre, contra una de esas miradas indiferentes que se dirigen al azar á los transeuntes. Por su parte, era un adiós al amor, á la mujer; pero esta postrera

y poderosa interrogación no fué comprendida ni conmovió el corazón de aquella mujer frívola, ni la sonrojó, ni la hizo bajar la vista. Qué significaba aquella mirada para ella? Una admiración más; un deseo inspirado que por la noche le sugeriría esta agradable frase: "Hoy estaba yo guapa." El joven pasó repentinamente á otro cuadro, y ya no volvió la cabeza cuando la desconocida subió á su carruaje. Los caballos arrancaron, y aquella última imagen del lujo y de la elegancia se eclipsó como iba á eclipsarse su vida. Siguió andando con paso melancólico por delante de las tiendas, examinando sin gran interés las muestras de las mercancías. Luego se puso á contemplar el Louvre, el Instituto, las torres de Nuestra Señora, las del Palacio de Justicia y el Puente de las Artes. Parecíale que aquellos monumentos presentaban un aspecto triste al reflejar las tintas grises del cielo, cuyas escasas claridades comunicaban un aire amenazador á París que, como una mujer bonita, está sujeto á inexplicables caprichos de fealdad y de belleza. Así, pues, la misma naturaleza parecía que conspiraba á sumir al moribundo en éxtasis doloroso. Presa de esa potestad maléfica cuya acción disolvente encuentra un vehículo en el fluido que circula por nuestros nervios, sentía que su organismo plegaba insensiblemente á los fenómenos de la fluidez. Los tormentos de aquella agonía le imprimían un movimiento parecido al de las olas, haciéndole ver los edificios y las personas al través de una bruma en la que todo ondula. Quiso sustraerse á las titilaciones que producían en su alma las reacciones de la naturaleza física, y se acercó á una tienda de antigüedades con objeto de dar cierto pasto á sus sentidos, ó de aguardar allí, ajus-

tando objetos de arte, á que se hiciera de noche. Era, por decirlo así, postular valor y pedir un cordial, como los reos que desconfían de sus fuerzas al ir al cadalso; pero la conciencia de su próxima muerte volvió al joven por un momento la entereza de una duquesa que tiene dos amantes y penetró en la tienda con soltura, dejando ver en sus labios una sonrisa fija como la de un beodo. ¿No estaba embriagado de la vida, ó quizás de la muerte? Pero en breve volvió á sus vértigos y siguió viendo las cosas con colores extraños ó animados de un leve movimiento cuyo origen estaba sin duda en una irregular circulación de la sangre, tan pronto hirviente cual una cascada, como tranquila é insípida como el agua tibia. Solicitó sencillamente visitar el almacén para ver si había en él algunas singularidades que le convinieran. Un dependiente joven, de cara fresca y mofletuda, de cabellos rojos y cubiertos con un gorro de piel de nutria, confió el cuidado de la tienda á una vieja aldeana, especie de "Calibán" hembra, ocupada en limpiar una estufa cuyas maravillas se debían al genio de Bernardo de Palissy; y luego dijo al desconocido con indiferencia:

—Aquí abajo sólo tenemos cosas ordinarias; pero si quiere usted tomarse la molestia de subir al primer piso podré enseñarle hermosas momias del Cairo, muchos cacharros incrustados, algunos ébanos esculpidos, "verdadero Renacimiento," recién llegados, y que no hay más que pedir.

En la horrible situación en que el joven se encontraba, aquellas frases neciamente mercantiles le hicieron el mismo efecto que esas sandeces con que ciertas personas de escasa imaginación asesinan á un hombre de

genio. Llevando su cruz hasta el extremo, pareció escuchar á su guía y le contestó con ademanes ó con monosílabos; pero supo conquistar insensiblemente el derecho de permanecer callado, y pudo entregarse sin reparo á sus postreras meditaciones, que fueron terribles. Era poeta, y su alma encontró fortuitamente un inmenso pasto; debía ver por anticipado las osamentas de veinte mundos.

Al pronto, los almacenes le presentaron un cuadro confuso en el cual todas las obras humanas y divinas estaban revueltas. Cocodrilos, monos, boas disecados, parecían sonreir á ventanales de iglesia, disponerse á morder bustos, correr tras objetos de laca, ó trepar por arañas. Un jarrón de Sevrés, en el que la señora Jacotot había pintado á Napoleón, yacía junto á una esfinge dedicada á Sesostris. El principio del mundo y los acontecimientos de la víspera formaban un grotesco y candoroso maridaje. Sobre una custodia se veía un asador, y un sable republicano sobre un arcabuz de la Edad media. La señora Dubarry, pintada al pastel por Latour, con una estrella en la cabeza, desnuda y en una nube, parecía contemplar con concupiscencia un pipa india, procurando adivinar la utilidad de las espirales que serpeaban hacia ella. Los instrumentos de muerte, como puñales, pistolas curiosas, armas de secreto, estaban confusamente mezclados con los instrumentos de vida: soperas de porcelana, platos de sajonia, tazas diáfanas procedentes de China, saleros antiguos, salvillas feudales. Un barco de marfil navegaba á toda vela sobre el caparazón de una inmóvil tortuga. Una máquina neumática casi dejaba tuerto al emperador Augusto, majestuosamente impasible. Muchos retratos de regidores

franceses y de burgomaestres holandeses, tan insensibles entonces como durante su vida, descollaban entre aquel caos de antigüedades, lanzando hacia el joven una mirada fría. Todos los países de la tierra parecían haber llevado allí algunas reliquias de su ciencia, alguna muestra de sus artes. Era una especie de estercolero filosófico en el cual no faltaba nada, ni la pipa del salvaje, ni la babucha verde y oro del serrallo, ni el yatagán del moro, ni el ídolo de los tártaros: allí había hasta la bolsa de tabaco del soldado, acompañada del copón del sacerdote y las plumas de un trono. Tan monstruosos cuadros estaban, además, sujetos á mil accidentes de luz, consecuencia de la multitud extraña de reflejos causados por la confusión de los matices, por la brusca oposición de las luces y de las sombras. El oído creía percibir gritos no interrumpidos, la imaginación sorprender dramas no terminados, la vista divisar fulgores mal apagados. Finalmente, un polvillo obstinado parecía haber extendido su velo sutil sobre aquellos objetos, cuyos múltiples ángulos y numerosas sinuosidades producían los efectos más pintorescos.

El desconocido comparó al pronto aquellas tres salas atiborradas de civilización, de cultos, de divinidades, de obras maestras, de realezas, de libertinajes, de razón y de locura, á un espejo lleno de facetas, cada una de las cuales representara un mundo. Después de aquella impresión brumosa quiso escoger sus goces; mas á fuerza de mirar, de pensar, de soñar, le acometió una fiebre dimanada quizás del hambre que rugía en sus entrañas. La vista de tantas existencias nacionales ó individuales, atestiguadas por aquellas prendas humanas que las sobrevivían, acabó de embotar los sentidos del joven; rea-

lizóse el deseo que le había llevado á la tienda: salió de la vida real, ascendió gradualmente hacia un mundo ideal, y llegó á los palacios encantados del Extasis en que el universo se le apareció por residuos y en trazos de fuego, como en otro tiempo pasó el porvenir flameante por los ojos de San Juan en Patmos.

Una muchedumbre de figuras dolientes, graciosas y terribles, obscuras y lúcidas, lejanas y próximas, surgió por masas, por millones, por generaciones. El Egipto, rígido, misterioso, brotó de sus arenales, representado por una momia envuelta en negras vendas; siguieron los faraones sepultando pueblos enteros para construirse una tumba, y Moisés, y los hebreos y el desierto; vislumbró todo un mundo antiguo y solemne. Una estatua de mármol, fresca y suave, sentada en una columna retorcida y radiante de blancura, le habló de los mitos voluptuosos de la Grecia y de la Jonia. ¡Ah! ¿Quién no habría sonreído como él al ver, sobre fondo rojo, la joven morena danzando en la fina arcilla de un jarrón etrusco ante el dios Príapo, al que saludaba con jubilosa expresión? Enfrente, ¡una reina latina acariciaba su quimera con amor! Los caprichos de la Roma imperial respiraban allí enteramente y revelaban el baño, el lecho, el tocador de una Julia indolente, meditabunda, que aguardaba á su Tíbulo. La cabeza de Cicerón, armada del poder de los talismanes árabes, evocaba los recuerdos de la Roma libre y ofrecía á su vista las páginas de Tito Livio. El joven contempló "Senatus populusque romanus;" el cónsul, los lictores, las togas bordadas de púrpura, las luchas del Foro y el pueblo enojado desfilaban lentamente ante él como las vaporosas figuras de un ensueño. Por último, la Ro-

ma cristiana predominaba sobre estas imágenes. Una pintura abría los ojos, y en ella veía á la Virgen María en una nube de oro, rodeada de ángeles, eclipsando la gloria del sol, escuchando los lamentos de los desgraciados á quienes esta Eva regenerada sonreía cariñosamente. Al tocar un mosaico hecho con las diferentes lavas del Vesubio y del Etna, su alma se lanzaba á la cálida y salvaje Italia; presenciaba las orgías de los Borgia, corría á los Abruzos, aspiraba á los amores de las italianas, se apasionaba de los blancos rostros de grandes ojos negros. Estremecíase al contemplar los desenlaces nocturnos interrumpidos por el frío acero de un marido, al ver una daga de la Edad media con el mango labrado como un encaje y cuyo orín tenía todas las trazas de manchas de sangre. La India y sus religiones revivían en un ídolo cubierto con su sombrero puntiagudo de rombos salientes, adornado de campanillas y vestido de oro y seda. Cerca de este mascarón, una esterilla, bonita como la bayadera que se había extendido en ella, exhalaba aún efluvios del sándalo. Un monstruo de la China, de ojos oblicuos, boca torcida y miembros torturados, despertaba el alma valiéndose de las invenciones de un pueblo que, cansado de lo bello, siempre unitario, halla placeres inefables en la fecundidad de las fealdades, Un salero salido de los talleres de Benvenuto Cellini le conducía al seno del Renacimiento, á aquel tiempo en que florecían las artes y la licencia, en que los soberanos se divertían imponiendo suplicios, en que los concilios, echados en los brazos de las cortesanas, decretaban la castidad para los simples sacerdotes. Vió las conquistas de Alejandro labradas en un camafeo, las matanzas de Pizarro en un arcabuz

de mecha, las guerras de religión descabelladas, desastrosas, crueles, en el fondo de un casco. Luego, las risueñas imágenes de la caballería brotaron de una armadura de Milán superiormente damasquinada, perfectamente acicalada, y bajo cuya visera aún se veían brillar los ojos de un paladín.

Aquel océano de inventos, de modas, de obras, de ruinas, constituía para él un poema sin fin. Formas, colores, pensamientos, todo revivía allí; pero no se ofrecía á su alma nada completo. El poeta debía terminar el croquis del gran pintor que había hecho aquella inmensa paleta en que los innumerables accidentes de la vida humana estaban arrojados profusamente y con desdén. Después de haberse apoderado del mundo, de contemplar países, edades y reinados, el joven pasó á considerar existencias individuales. Se personificó de nuevo, y se hizo cargo de los detalles rechazando la vida de las naciones como demasiado abrumadora para un solo hombre.

Allí dormía un niño de cera, salvado del gabinete de Ruysch, y esta preciosa criatura le recordaba los goces de su edad juvenil. Ante el prestigioso aspecto del faldellín original de alguna doncella de Tahití, su ardorosa imaginación le representaba la vida sencilla de la naturaleza, la casta desnudez del verdadero pudor, las delicias de la pereza tan natural en el hombre, todo un sino tranquilo á orillas de un riachuelo fresco y murmurante, al pie de un plátano que deparaba un maná sabroso, sin necesidad de cultivo. Mas de pronto se hacía corsario y se creía rodeado de la terrible poesía que impregna el papel de Lara, vivamente inspirado por los colores nacarados de mil conchas, exaltado por

la vista de algunas madréporas que trascienden á fucos, á algas y á los huracanes atlánticos. Admirando más allá las delicadas miniaturas, los arabescos de oro y azul que enriquecían algún precioso misal manuscrito, olvidaba los tumultos del mar. Mecido blandamente en un pensamiento de paz, enlazaba de nuevo el estudio y la ciencia, apeteciendo la regalona vida de los monjes, exenta de sinsabores como de placeres, y se tendía en el fondo de una celda, contemplando desde su ojival ventanas los prados, los bosques y los viñeros del monasterio. Ante algunos lienzo de Teniers, se ponía la casaca del soldado ó el mísero chaquetón del obrero; deseaba llevar el gorro sucio y ahumado de los flamencos, se embriagaba con cerveza, jugaba á los naipes con ellos y sonreía á una zafia aldeana de robustez apetitosa. Tiritaba al mirar una nevada en un lienzo de Mieris, ó se batía contemplando una batalla trazada por Salvator Rosa. Blandía un tomhawk de Illinois, y sentía que un escalpelo de Cherokée le arrancaba la piel del cráneo. Maravillado al aspecto de un rabel, lo confiaba á la mano de una castellana, saboreando su romanza melodiosa, y declarándole su amor por la noche, junto á una chimenea gótica, en la penumbra en que se perdía una mirada de consentimiento. Se aferraba á todos los goces, sorprendía todos los dolores, se apoderaba de todas las fórmulas de existencia diseminando tan generosamente su vida y sus sentimientos sobre los simulacros de aquella naturaleza plástica y vacía, que el ruido de sus pasos resonaba en su alma como el sonido lejano de otro mundo, como llega el rumor de París á las torres de Nuestra Señora.

Al subir por la escalera interior que iba á parar á

las salas, situadas en el primer piso, vió escudos votivos, panoplias, tabernáculos esculpidos, figuras de madera colgadas en las paredes, puestas en cada escalón. Perseguido por las formas más extrañas, por creaciones maravillosas asentadas en los confines de la muerte y de la vida, andaba como entre los encantamientos de un sueño. Dudando, en fin, de su propia existencia, hallábase como aquellos objetos curiosos, ni del todo muerto, ni del todo vivo. Cuando entró en los almacenes nuevos empezaba á anochecer; pero la luz parecía innecesaria á las riquezas resplandecientes de oro y plata que había allí amontonadas. Los caprichos más costosos de disipadores muertos en miserables buhardillas después de haber poseído millones, figuraban en aquel bazar de las locuras humanas. Una papelera por la que se habían pagado cien mil francos, comprada últimamente por cinco, yacía junto á una cerradura de secreto cuyo precio hubiera bastado en otro tiempo para el rescate de un rey. Allí aparecía el genio humano con todas las pompas de su miseria, en toda la gloria de sus gigantescas pequeñeces. Una mesa de ébano, verdadero ídolo de artista, esculpida con arreglo á los dibujos de Juan Goujón, y que costó en otro tiempo muchos años de trabajo, había sido comprada tal vez á peso de leña. Preciosas arquillas, muebles hechos por hadas, estaban allí desdeñosamente amontonados.

—Aquí tenéis millones—dijo el joven al llegar á la pieza que terminaba una inmensa hilera de habitaciones doradas y esculpidas por artistas del siglo pasado.

—Diga usted más bien millares de millones—respondió el dependiente mofletudo.—Pero esto no es nada; suba usted al tercer piso y ya verá.

El desconocido siguió á su conductor y llegó á una cuarta galería en que fueron pasando sucesivamente ante sus cansados ojos muchos cuadros del Poussin, una sublime estatua de Miguel Angel, algunos encantadores paisajes de Claudio de Lorena, un Gerardo Dow que parecía una página de Sterne, cuadros de Rembrandt, de Murillo, de Velásquez, sombríos y colorados como un poema de lord Byron; luego bajos relieves antiguos, copas de ágata, ónices maravillosos..... Eran, en fin, trabajos capaces de disgustar del trabajo, obras maestras acumuladas hasta el punto de infundir aborrecimiento á las artes y de matar el entusiasmo. Llegó hasta una Virgen de Rafael, pero estaba ya cansado de los Rafael. Una figura del Correggio que merecía una mirada, ni siquiera la obtuvo. Un jarrón inestimable de pórfido antiguo y cuyas esculturas circulares representaban la más grotescamente libidinosa de todas las priapeas romanas, delicia de alguna Corina, apenas consiguió una sonrisa. Se ahogaba bajo los restos de cincuenta siglos desvanecidos, estaba enfermo de todos aquellos pensamientos humanos, abrumado por el lujo y por las artes, oprimido bajo aquellas formas renacientes que, semejantes á monstruos engendrados á sus pies por algún genio maligno, le hacían trabar un combate sin fin.

El alma, parecida en sus caprichos á la química moderna que resume la creación en un gas; ¿no se compone de terribles venenos por la rápida concentración de sus goces, de sus fuerzas ó de sus ideas? ¿No perecen muchos hombres por efecto de la fulminación de algún ácido moral repentinamente difundido en su ser interno?

—¿Qué hay en esta caja?—preguntó el joven al llegar á un gran gabinete, postrer montón de gloria, de esfuerzos humanos, de originalidades, de riquezas, entre las cuales designó con el dedo una gran caja cuadrada de caoba, colgada de un clavo con una cadena de plata.

—El amo tiene la llave—contestó el dependiente con cierto misterio.—Si desea usted ver ese retrato, me atreveré á avisarle.

—¡Que se atreverá usted! ¿Acaso es su amo un príncipe?

—No lo sé, respondió el mozo.

Se quedaron un rato mirándose tan asombrados el uno como el otro: El dependiente, que atribuyó á deseo el silencio del desconocido, le dejó solo en el gabinete.

Lector, ¿te has lanzado alguna vez en la inmensidad del espacio y del tiempo al leer las obras geológicas de Cuvier? Arrebatado por su genio, te has cernido sobre el abismo sin límites del pasado cual si estuvieras sostenido por la mano de un encantador? Al descubrir de estrato en estrato, de capa en capa, bajo las canteras de Montmartre ó en los esquistos del Ural esos animales cuyos restos fosilizados pertenecen á civilizaciones antidiluvianas, el alma se aterra cuando vislumbra millares de millares de años, millones de pueblos que la débil memoria humana, que la indestructible tradición divina han dado al olvido, y cuyas cenizas, amontonadas en la superficie de nuestro globo, forman en él los dos pies de tierra que nos dan pan y flores. ¿No es por ventura Cuvier el poeta más grande de nuestro siglo? Cierto que lord Byron ha reproducido con pala-

bras algunas agitaciones morales; pero el inmortal naturalista ha reconstruído mundos con huesos blanqueados, como Cadmo ha reedificado ciudades con dientes, ha poblado de todos los misterios de la zoología mil selvas con algunos fragmentos de hulla, ha descubierto poblaciones de gigantes en el pie de un mamut. Estas figuras se levantan, crecen y pueblan regiones en armonía con sus estaturas colosales. Es poeta con cifras, es sublime poniendo un cero junto á un siete. Despierta la nada sin pronunciar palabras artificialmente mágicas; escudriña una partícula de yeso, percibe en ella un rastro, y os dice: "¡Ved!" ¡Y de pronto los árboles se animalizan, la muerte se vivifica, el mundo se despliega! Después de innumerables dinastías de criaturas gigantescas, de razas de peces y de tribus de moluscos, llega por fin el género humano, producto degenerado de un tipo grandioso, roto quizás por el Creador. Caldeados por su mirada retrospectiva, esos hombres ruines, nacidos ayer, pueden atravesar el caos, entonar un himno sin fin y figurarse el pasado del universo en una especie de Apocalipsis retrógrado. En presencia de tan espantosa resurrección debida á la voz de un solo hombre, esa migaja cuyo usufructo se nos ha concedido en este infinito sin nombre, común á todas las esferas y qúe conocemos con el nombre de "tiempo," ese minuto de vida, nos da lástima. Abrumados como estamos bajo el peso de tantos universos convertidos en ruinas, nos preguntamos para qué sirven nuestras glorias, nuestros odios, y si debe aceptarse el trabajo de vivir para convertirnos en un punto intangible en lo futuro. Desarraigados del presente, parecemos muertos hasta que nuestro ayuda de cámara entra á decirnos:

"La señora condesa ha contestado que aguardaba al señor."

Las maravillas cuyo aspecto acababa de presentar á los ojos del joven toda la creación conocida, infundieron en su alma el abatimiento que produce en el filósofo la vista científica de las creaciones desconocidas; con más afán que nunca deseó morir, y se sentó en una silla curul dejando vagar las miradas al través de las fantasmagorías de aquel panorama del pasado. Los cuadros se iluminaron, las cabezas de las vírgenes le sonrieron y las estatuas se coloraron con una vida falaz. A favor de la sombra, y puestas en danza por la tormenta febril que fermentaba en su cerebro lacerado, aquellas obras se agitaron y formaron en su derredor raudos torbellinos; cada muñeco le hizo una mueca; los párpados de los personajes representados en los cuadros se bajaron sobre sus fondos para refrescarlos. Cada una de aquella formas se sobresaltó, brincó, se desprendió de su sitio, grave ó ligeramente, con gracia ó brusquedad, según sus costumbres, su carácter y su contextura. Aquello fué un misterioso aquelarre digno de las fantasías columbradas por el doctor Faust en el "Brocken." Pero estos fenómenos de óptica, engendrados por la fatiga, por la tensión de las fuerzas oculares ó por los caprichos del crepúsculo, no podían asustar al desconocido. Los terrores de la vida eran impotentes para un alma familiarizada con los terrores de la muerte. Y aun por una especie de complicidad burlona favoreció las extrañezas de aquel galvanismo moral cuyos prodigios se amoldaban á los últimos pensamientos que le daban aún el sentimiento de la existencia. Reinaba un silencio tan profundo en su derredor, que al poco rato

se dejó sumir en un dulce ensueño cuyas impresiones gradualmente negras siguieron, de matiz en matiz y como por magia, á las lentas degradaciones de la luz. Cierto fulgor, al desprenderse del cielo, hizo relucir un postrer reflejo encarnado luchando con la noche; levantó el joven la cabeza y vió en la penumbra un esqueleto que inclinó negativamente su calavera de derecha á izquierda como para decirle: ¡Aún no te necesitan los muertos! Al pasarse la mano por la frente para disipar el sueño, el joven sintió un viento fresco producido por cierta cosa peluda que rozó sus mejillas, y se estremeció. Como los vidrios resonaron con corto crujido, pensó que aquella fría caricia, propia de los misterios de la tumba, procedía de algún murciélago.

Hubo aún cierto momento en que los vagos reflejos del sol en su ocaso le permitieron divisar distintamente los vagos fantasmas que le rodeaban; luego toda aquella naturaleza muerta desapareció en una misma tinta negra. La noche, la hora de morir había llegado súbitamente. Desde aquel instante transcurrió cierto espacio de tiempo durante el cual no tuvo ninguna percepción clara de las cosas terrestres, ya porque se hubiese vuelto á sumir en su ensimismamiento profundo, ya porque cediese á la soñolencia provocada por sus fatigas y por el cúmulo de pensamientos que le desgarraban el corazón. De pronto creyó que le llamaba una voz terrible, y se estremeció como cuando en medio de una abrumadora pesadilla nos creemos precipitados de un salto en las profundidades del abismo. Cerró los ojos, los rayos de una viva luz le deslumbraban; veía brillar en el seno de las tinieblas una esfera rojiza cuyo centro estaba ocupado por un viejecito que, puesto de pie, dirigía

hacia él la claridad de una lámpara. No le había oído llegar, ni hablar, ni le vió moverse. Aquella aparición tuvo algo de mágica. El hombre más intrépido, sorprendido así en su sueño habría temblado, sin duda, ante aquel personaje que parecía salido de un sarcófago vecino. La singular juventud que parecía animar los ojos inmóviles de aquella especie de fantasma, impedía al desconocido creer en efectos sobrenaturales; sin embargo, durante el rápido intervalo que separó su vida sonambúlica de su vida real, permaneció en la duda filosófica recomendada por Descartes, y, á pesar suyo, sintióse dominado por la influencia de esas inexplicables alucinaciones cuyos misterios condena nuestro orgullo, ó nuestra ciencia procura en vano analizar.

Supóngase un viejecillo flaco, enjuto, vestido con un ropón de terciopelo negro atado á la cintura con un grueso cordón de seda. Llevaba en la cabeza un casquete, también de terciopelo negro, que dejaba caer á cada lado de la cara los largos mechones de sus cabellos blancos y se adhería al cráneo de modo que le apretaba la frente. La túnica parecía ceñir el cuerpo como un ancho sudario y no permitía ver, de aquella forma humana, sino una cara enjuta y pálida. A no ser por el brazo descarnado, que semejaba un palo del cual se hubiese colgado una tela y que el viejo levantaba para proyectar sobre el joven toda la claridad de la lámpara, aquel rostro habría parecido suspendido en los aires. Una barba gris y cortada en punta daba al ser extraño que describimos la apariencia de esas cabezas judaicas que sirven de tipo á los artistas cuando quieren representar á Moisés. Los labios de aquel hombre estaban tan descoloridos, eran tan delgados, que se nece-

sitaba una atención particular para descubrir la línea trazada por la boca en su blanco rostro. Su ancha frente arrugada, las mejillas pálidas, el rigor implacable de sus ojillos verdes, privados de pestañas y de cejas, podían hacer creer al desconocido que el "Pesador de oro" de Gerardo Dow se había escapado de su cuadro. Una sutileza de inquisidor, revelada por las sinuosidades de sus arrugas y por los pliegues circulares trazados en sus sienes, denotaba una ciencia profunda de las cosas de la vida. Era imposible engañar á aquel hombre que tenía el don de sorprender los pensamientos en el fondo de los corazones más discretos. Las costumbres de todas las naciones del globo y sus sabidurías se resumían en su faz fría, bien así como las producciones del mundo entero estaban acumuladas en sus polvorientos almacenes. Se hubiera leído en ella la tranquilidad lúcida de un dios que lo ve todo, ó la fuerza orgullosa de un hombre que lo ha visto todo. Un pintor, con dos expresiones diferentes y de un par de pinceladas, habría hecho de aquella cara una imagen del Padre eterno, ó la máscara sarcástica de un mefistófeles, porque en ella había, junto á una suprema potencia en la frente, siniestras mofas en la boca. Al triturar todas las penas humanas bajo un poder inmenso, aquel hombre debía haber matado las alegrías terrestres. El moribundo se sobresaltó presintiendo que aquel viejo genio habitaba una esfera extraña al mundo, y en la que vivía solo, sin goces, porque ya no tenía ilusión; sin dolores, porque ya no conocía placeres. El anciano estaba de pie, inmóvil, inconmovible, como una estrella en medio de una nube de luz. Sus ojos verdes, llenos de cierta malicia tranquila, parecían alumbrar el mundo moral como su

lámpara iluminaba todo aquel gabinete misterioso.

Tal fué el espectáculo extraño que sorprendió al joven en el momento en que abrió los ojos, después de haberse entregado á pensamientos de muerte y á imágenes fantásticas. Si se quedó como aturdido, si se dejó momentáneamente dominar por una creencia propia de criaturas que escuchan los cuentos de sus nodrizas, hay que atribuir este error al velo tendido sobre su vida y sobre su entendimiento por sus meditaciones, á la excitación de sus nervios irritados, al drama violento cuyas escenas acababan de prodigarle las atroces delicias contenidas en un pedazo de opio. Aquella visión tenía efecto en París, en el muelle Voltaire, en el siglo décimonono, tiempo y lugares en que la magia debía ser imposible. El desconocido, vecino de la casa en que había expirado el dios de la incredulidad francesa, discípulo de Gay-Lussac y de Arago, menospreciador de los juegos de cubiletes que hacen los hombres del poder, no obedecía, sin duda, sino á fascinaciones poéticas á las cuales nos prestamos con frecuencia como para huir de verdades desesperantes, como para tentar el poder de Dios. Tembló, pues, ante aquella luz y ante aquel viejo, agitado por el inexplicable presentimiento de algún poder extraño; pero aquella emoción era parecida á la que todos hemos sentido en presencia de Napoleón ó de algún hombre brillante de genio y cubierto de gloria.

—¿Desea usted ver el retrato de Jesucristo pintado por Rafael?—le preguntó cortesmente el anciano con voz cuya sonoridad clara y breve tenía algo de metálica.

Y dejó la lámpara en el fuste de una columna rota,

de modo que la caja obscura recibiera toda la claridad.

Al oir los nombres religiosos de Jesucristo y de Rafael, el joven hizo un ademán de curiosidad, que sin duda aguardaba el mercader, el cual apretó un resorte. De pronto el tablero de caoba se corrió por una ranura, cayó sin ruido y presentó el lienzo á la admiración del desconocido. Al aspecto de aquella inmortal creación, olvidó éste las fantasías del almacén, los caprichos de su sueño, volvió á ser hombre, reconoció en el viejo un ser de carne y hueso, bien vivo y nada fantasmagórico, y vivió de nuevo en el mundo real. La tierna solicitud, la dulce serenidad del divino rostro influyeron al punto en él. Cierto perfume emanado de los cielos disipó las torturas infernales que le abrasaban la médula de los huesos. La cabeza del Salvador de los hombres parecía salir de las tinieblas figuradas en un fondo negro; una aureola de rayos brillaba con fulgor en torno de su cabellera, de donde quería salir aquella luz; bajo la frente, bajo la carne, había una elocuente convicción que en penetrantes efluvios emanaba de cada facción. Los carmíneos labios acababan de pronunciar la palabra de vida, y el espectador buscaba su sagrado eco en los aires, pedía al silencio las sublimes parábolas, escuchaba aquella palabra en el porvenir, y la encontraba de nuevo en las enseñanzas del pasado. El Evangelio se echaba de ver en la tranquila simplicidad de aquellos ojos adorables, tierno refugio de las almas turbadas. Finalmente, toda la religión católica se leía en una suave y magnífica sonrisa que parecía expresar este precepto sublime en que se resume: "Amaos los unos á los otros." Aquella pintura inspiraba una oración, encarecía el perdón, sofocaba el egoís-

mo, despertaba todas las virtudes adormecidas. La obra de Rafael, participando del privilegio de los encantamientos de la música, infundía el atractivo misterioso de los recuerdos, y su triunfo era completo, puesto que hacía olvidar al pintor. El prestigio de la luz influía también en aquella maravilla: parecía por momentos que la cabeza se agitaba en lontananza, en el seno de alguna nube.

—He cubierto este lienzo de monedas de oro—dijo con frialdad el mercader.

—Pues bien, ¡será preciso morir!—exclamó el joven, que salía como de un sueño cuyo último pensamiento le conducía hacia su fatal destino, arrancándole por insensibles deducciones á una postrera esperanza á la cual se había aferrado.

—¡Ah, ah! Razón tenía yo en desconfiar de tí—respondió el viejo cogiendo las dos manos del joven y apretándole las muñecas como con unas tenazas.

El desconocido sonrió tristemente al notar el error, y dijo con voz suave:

—No tema usted nada; me refiero á mi vida y no á la de usted. No tengo inconveniente en confesar una inocente superchería—añadió después de mirar al viejo que estaba sobresaltado.—Esperando que llegara la noche para poder ahogarme sin escándalo, he entrado aquí para ver todas estas riquezas. ¿No se podrá perdonar este último placer á un hombre de ciencia y de poesía?

El suspicaz mercader contempló con mirada sagaz el triste rostro de su fingido parroquiano, mientras le oía hablar. Tranquilizado en breve por el acento de aquella voz dolorosa, ó leyendo quizás en aquellas fac-

ciones decoloradas el siniestro hado que poco antes había preocupado á los jugadores, le soltó las manos; mas por un resto de suspicacia, que demostró una experiencia por lo menos centenaria, extendió indolentemente el brazo hacia un aparador como para apoyarse en él, y dijo cogiendo un verduguillo:

—¿Está usted cesante desde hace tres años sin haber cobrado sueldo?

El desconocido no pudo menos de sonreir haciendo un ademán negativo.

—¿Le ha vituperado á usted airadamente su padre, por haber venido al mundo, ó está usted deshonrado?

—Si quisiera deshonrarme, viviría.

—¿Le han silbado á usted alguna obra en los Funámbulos, ó se ve usted obligado á componer una canción para pagar el entierro de su querida? ¿Padece usted fiebre de oro? ¿Desea usted disipar el tedio? En fin, ¿qué mala idea le impulsa á morir?

—No busque usted el motivo de mi muerte en las razones vulgares á que obedece la mayoría de los suicidas. Para dispensarme de revelar á usted padecimientos inauditos, difíciles de expresar en el lenguaje humano, le diré que me veo en la más profunda, innoble y dolorosa de todas las miserias.—Y añadió con voz cuyo orgullo salvaje desmentía sus palabras anteriores:—No quiero mendigar socorros ni consuelos.

—¡Eh, eh!

Estas dos sílabas que el viejo pronunció al pronto por toda respuesta, semejaron el ruido de una carraca. Luego repuso:

—Sin obligar á usted á pedirme nada, sin sonrojarle,

sin darle un céntimo de Francia, un parat de Levante, un tarino de Sicilia, un kreutzer de Alemania, un copeck de Rusia, un farthing de Escocia, un sestercio ó un óbolo del antiguo mundo, ni un peso del nuevo; sin ofrecerle nada en oro, plata, vellón, papel ó billete, puedo hacer á usted más rico, más poderoso y más considerado que un rey constitucional.

El joven consideró al anciano como un niño y se quedó casi atontado, sin contestar palabra.

—Vuelva usted el rostro—dijo el mercader cogiendo de pronto la lámpara y dirigiendo la luz á la pared que daba frente al retrato—y mire esa "piel de zapa."

El joven se levantó bruscamente y demostró cierta sorpresa al ver por cima de la silla en que estaba sentado un pedazo de "zapa" colgado de la pared, cuyo tamaño no pasaba del de una piel de zorro; mas por un fenómeno inexplicable al pronto, aquella piel proyectaba en el seno de la profunda obscuridad que reinaba en el almacén, rayos tan poderosos que parecía un pequeño cometa. El joven, incrédulo, se acercó á aquel supuesto talismán que debía preservarle de la desgracia, y mentalmente se mofó de él. Con todo, movido de una curiosidad sobrado legítima, se inclinó para mirar alternativamente la piel por todas sus caras, y no tardó en descubrir una causa muy natural para aquella lucidez. Los granos negros de la zapa estaban tan perfectamente bruñidos, sus rayas caprichosas eran tan claras y limpias, que las asperezas de aquel cuero oriental, semejantes á facetas de granate, formaban otros tantos pequeños focos que reflejaban vivamente la luz. Demostró matemáticamente la causa de aquel fenómeno al viejo, que por toda respuesta se sonrió

con malicia. Aquella sonrisa de superioridad hizo creer en aquel momento al erudito joven que era víctima de algún charlatanismo. No quiso llevarse, empero, un enigma más á la tumba, y dió una rápida vuelta á la piel como el niño á quien le urge conocer los secretos de un nuevo juguete.

—¡Ah, ah!—exclamó,—hé aquí la marca del sello que los orientales conocen con el nombre de sello de Salomón.

—¿La conocía usted?—preguntó el mercader, dando salida por las ventanas de su nariz á dos ó tres bocanadas de aire con las que expresó más ideas que pudieran hacerlo las más enérgicas palabras.

—¿Hay en el mundo un hombre bastante necio para dar crédito á semejante patraña?—exclamó el joven, picado al ver aquella risita muda y preñada de acerbas mofas.—¿Ignora usted que las supersticiones de Oriente han consagrado la forma mística y los falaces caracteres de ese emblema que representa una potestad fabulosa? No creo que se me pueda tachar de sandio en esta circunstancia como si hablara de esfinges ó de grifos, cuya existencia se admite en cierto modo mitológicamente.

—Ya que es usted orientalista—dijo el anciano,—¿podría leerme esta sentencia?

Acercó la lámpara al talismán que el joven tenía por el revés y le enseñó ciertos caracteres incrustados en el tejido celular de la piel maravillosa, como si los hubiese producido el animal á que había pertenecido en otro tiempo.

—Confieso—dijo el desconocido—que no adivino el procedimiento de que se habrán valido para gra-

bar tan profundamente estas letras en la piel de un onagro.

Y volviéndose con vivacidad hacia aquellas mesas cargadas de curiosidades, pareció buscar algo con la vista.

—¿Qué quiere usted?—le preguntó el viejo.

—Una herramienta para cortar esa piel, á fin de ver si las letras están impresas ó incrustadas.

El anciano presentó su verduguillo al desconocido, que lo tomó y procuró cortar la piel en el sitio en que las palabras estaban escritas; pero cuando hubo quitado una ligera capa de cuero, las letras aparecieron tan claras y tan conformes á las estampadas en la superficie que creyó no haber quitado nada.

—La industria de Levante tiene secretos que le son exclusivamente propios—dijo mirando la sentencia oriental con una especie de inquietud.

—Sí—contestó el anciano,—es mejor habérselas con los hombres que con Dios.

Las palabras misteriosas estaban dispuestas de este modo:

ومكنني ملكت آلكل

ولكن عمرك ملكي

واراد الله هكذا

اطلب وستنال مطالبك

ولكن قسس مطالبك على عمرك

وهي هاما

فكل مرامك استسترل ايامك

آتريد ني

الله يحبك

آمين

Las palabras misteriosas significaban en español:

Si me posees, lo poseerás todo. Pero tu vida me pertenecerá. Dios lo ha querido así. Desea, y se realizarán tus deseos. Pero acomoda tus aspiraciones á tu vida. Ella está aquí. A cada anhelo menguaré como tus días. ¿Me quieres? Tómame. Dios te oirá. ¡Sea!

—Veo que lee usted de corrido el sánscrito—dijo el anciano.—¿Ha viajado usted quizás por Persia ó por Bengala?

—No, señor—contestó el joven palpando con curiosidad aquella piel simbólica, muy parecida á una hoja de metal por su poca flexibilidad.

El mercader volvió á dejar la lámpara en la columna de donde le había cogido, lanzando al joven una mirada de glacial ironía que parecía significar: "Ya no piensa en morir."

—¿Es esto una superchería ó un misterio?—preguntó el desconocido.

El viejo meneó la cabeza y contestó gravemente:

—Lo ignoro. He ofrecido el terrible poder que confiere este talismán á hombres dotados de más energía de la que parece uster tener; mas, al paso que se mofaban de la problemática influencia que debía ejercer en sus futuros destinos, ninguno ha querido arriesgarse á celebrar ese contrato tan fatalmente propuesto por no sé qué potestad. Soy de su opinión, dudo, me he abstenido, y.....

—¿Y ni siquiera ha hecho usted la prueba?—preguntó el joven interrumpiéndole.

—¡Hacer la prueba!! Si estuviese usted en lo alto de la columna de la plaza de Vendome, ¿probaría usted á lanzarse al espacio? ¿Se puede detener el curso de la vida? ¿Ha podido el hombre alguna vez suspender la muerte? Antes de entrar en este gabinete, había usted resuelto suicidarse; pero de pronto le preocupa un secreto y le distrae de morir. ¡Criatura! ¿No se le ofrecerá á usted cada día un enigma más interesante que éste? Oígame. He visto la corte licenciosa del regente. Como usted, me hallaba entonces en la miseria y he mendigado mi alimento; sin embargo, he llegado á la edad de ciento dos años y me he hecho millonario;

la desgracia me ha dado la fortuna, la ignorancia me ha instruído. Voy á revelarle á usted en pocas palabras un gran misterio de la vida humana. El hombre se consume á causa de dos actos instintivamente realizados que secan las fuentes de su existencia. Dos verbos expresan todas las formas que adquieren estas dos causas de muerte: "querer y poder." Entre estos dos términos y la acción humana hay otra fórmula de la que se apoderan los sabios y á la que debo la suerte de mi longevidad. "Querer" nos abrasa y "Poder" nos destruye; pero "Saber" deja á nuestra débil organización en un estado perpetuo de calma. Así, el deseo ó el querer ha fenecido en mí, muerto por el pensamiento; la actividad ó el poder se ha resuelto por el funcionamiento natural de mis órganos. En dos palabras: he colocado mi vida, no en el corazón que se rompe, ni en los sentidos que se embotan, sino en el cerebro que no se desgasta y sobrevive á todo. Nada excesivo ha menoscabado mi alma ni mi cuerpo. Y sin embargo he visto el mundo entero. Mis pies han hollado las más altas montañas de Asia y América, he aprendido todos los idiomas humanos, y vivido bajo toda clase de gobiernos. He prestado dinero á un chino aceptando en garantía el cuerpo de su padre, he dormido en la tienda de un árabe fiado en su palabra, he firmado contratos en todas las capitales europeas, he dejado sin temor mi oro en el wigham de los salvajes, y, en fin, lo he conseguido todo, porque he sabido despreciarlo todo. Mi única ambición ha sido ver. Ver, ¿no es saber? Y saber, joven, ¿no es gozar instintivamente? ¿No es descubrir la substancia misma del hecho y apoderarse esencialmente de ella? ¿Qué queda de una posesión ma-

terial? Una idea. Juzgad, pues, cuán bella debe ser la vida de un hombre que pudiendo estampar todas las realidades en su pensamiento, transporta en su alma las fuentes de la felicidad, y extrae de ella mil voluptuosidades ideales exentas de mancillas terrestres. El pensamiento es la llave de todos los tesoros; proporciona los goces del avaro exentos de todo sinsabor. Por eso me he remontado sobre el mundo, en el que todos mis placeres han sido goces intelectuales. Mis excesos consistían en la contemplación de los mares, de los pueblos, de los bosques, de las montañas. Lo he visto todo, pero tranquilamente, sin cansancio; jamás he deseado nada, y lo he esperado todo. Me he paseado por el universo como por el jardín de una vivienda que me perteneciera. Lo que los hombres llaman disgustos, amores, ambiciones, reveses, tristeza, son para mí ideas que convierto en ensueños; en vez de sentirlas, las expreso, las traduzco; en lugar de dejar que devoren mi vida, las dramatizo, las desarrollo, y me distraigo con ellas como si fuesen novelas que leyera en virtud de una visión interior. Como nunca he cansado mis órganos, gozo todavía de una salud robusta, y como mi alma ha heredado toda la fuerza de que no he abusado, tengo todavía la cabeza mejor provista de lo que lo están mis almacenes. ¡Aquí—dijo dándose una palmada en la frente,—aquí están los verdaderos millones! ¡Paso días deliciosos dirigiendo una mirada inteligente al pasado, evoco países enteros, lugares, vistas del Océano, figuras históricamente hermosas! Tengo un serrallo magnífico donde poseo á mi disposición todas las mujeres que no he tenido. Veo con frecuencia vuestras guerras, vuestras revoluciones, y las juzgo. ¡Oh! ¿Cómo preferir fe-

briles, ligeras admiraciones por algunas carnes más ó menos sonrosadas, por formas más ó menos mórbidas? ¿Cómo preferir todos los desastres de vuestras voluntades sujetas al engaño, á la facultad sublime de hacer comparecer uno ante sí al universo, al placer inmenso de moverse sin estar agarrotado por los vínculos del tiempo ni por las trabas del espacio, al placer de abarcarlo todo, de verlo todo, de inclinarse sobre el borde del mundo para interrogar á las otras esferas, para oir á Dios? Esto—añadió con voz vibrante señalando la piel de zapa,—es el "poder" y el "querer" reunidos. Aquí están vuestras ideas sociales, vuestros deseos desmedidos, vuestras intemperancias, vuestras alegrías que matan, vuestros dolores que hacen vivir demasiado, porque el mal quizás no sea más que un violento placer. ¿Quién será capaz de determinar el punto en que la voluptuosidad se convierte en mal y en que el mal sigue siendo voluptuosidad? Las luces más vivas del mundo ideal, ¿no acarician la vista, al paso que las suaves tinieblas del mundo físico la hieren siempre? La palabra sabiduría ¿no procede de saber? Y ¿qué es la locura sino el exceso de un querer ó de un poder?

—Pues bien, sí ¡quiero vivir con exceso!—dijo el desconocido cogiendo la piel de zapa.

—¡Cuidado, joven!—exclamó el viejo con vivacidad increíble.

—Había consagrado mi vida al estudio y á la meditación; pero ni siquiera me han alimentado—replicó el desconocido.—No quiero ser juguete de un sermón digno de Swendenborg, ni de ese amuleto oriental, ni de los caritativos esfuerzos que hace usted para retenerme en un mundo en que de hoy más es imposible mi exis-

tencia. ¡Vamos á ver!—añadió apretando el talismán con mano convulsa y mirando al viejo.—¡Quiero una comida regiamente espléndida, una bacanal digna del siglo en que, según dicen, todo está perfeccionado! ¡Que mis comensales sean jóvenes, chistosos y sin prejuicios, y alegres hasta la locura! ¡Que los vinos se vayan sucediendo cada vez más incisivos, más espirituosos y de bastante fuerza para tenernos embriagados por espacio de tres días! ¡Y que las mujeres más ardientes sean adorno de la mesa! ¡Quiero que la Licencia delirante, rugiente, nos conduzca en su carro de cuatro caballos, más allá de los confines del mundo, para volcarnos en playas desconocidas; que las almas suban á los cielos ó se hundan en el lodo; no sé si entonces se elevan ó se rebajan, pero poco importa! Así, pues, mando á este poder siniestro que me refunda todos los goces en uno solo. Sí, necesito dar á los placeres del cielo y de la tierra un postrer abrazo para que me maten. Deseo por esto antiguas priapeas después de beber, canciones capaces de despertar á los muertos, y besos sin fin, cuyo clamor pase sobre París como el estallido de un incendio y despierte á los esposos y les inspire un punzante ardor que á todos los rejuvenezca, ¡hasta á los septuagenarios!

Una carcajada, salida de la boca del vejete, resonó en los oídos del joven loco como un estrépito del infierno, arrancándole tan despóticamente á su delirio, que le obligó á guardar silencio.

—¿Cree usted—dijo el mercader.—que se va á abrir de pronto el pavimento para dar paso á mesas suntuosamente servidas y á comensales del otro mundo? No, no, joven aturdido. Ha firmado usted el pacto, y

está dicho todo. Ahora sus voluntades quedarán escrupulosamente satisfechas, pero á costa de su vida de usted. El círculo de sus días, figurado por esta piel, se irá reduciendo según la importancia y el número de sus deseos, desde el más leve al más exorbitante. El bramín que me proporcionó este talismán, me explicó que mediaría una concordancia misteriosa entre el destino y los deseos del poseedor. El primer deseo de usted es vulgar; yo podría realizarlo; pero lo dejo á cargo de los sucesos de su nueva existencia. ¿No quería usted morir? Pues bien su suicidio se ha aplazado.

El desconocido, sorprendido y casi enojado de verse siempre objeto de las burlas de aquel anciano singular, cuya intención semifilantrópica le pareció claramente demostrada en este último sarcasmo, exclamó:

—Ya veré si mi suerte cambia durante el tiempo que invertiré en pasar al otro lado del muelle. Pero, si es que no se burla usted de un desdichado, para vengarme de tan fatal servicio, deseo que se enamore usted de una bailarina. Entonces comprenderá usted la satisfacción que proporciona una orgía, y prodigará todas las riquezas que tan filosóficamente ha ido ahorrando.

Salió sin oir el ruidoso suspiro que exhaló el viejo; atravesó las salas y bajó las escaleras de aquella casa, seguido del carrilludo muchacho que en vano quiso alumbrarle, pues iba corriendo con la rapidez de un ladrón cogido en flagrante delito. Cegado por una especie de delirio, ni siquiera notó la increíble ductilidad de la piel de zapa, que se puso suave como un guante, se enrolló entre sus dedos frenéticos y pudo entrar en el bolsillo de su frac, donde la guardó casi maquinalmente.

Al salir á la calle tropezó con tres jóvenes que iban cogidos del brazo.

—¡Animal!

Tales fueron las graciosas interpelaciones que se dirigieron.

—¡Calle! ¡Pues si es Rafael!

—¡Es verdad! Te buscábamos.

—¡Ah! ¿Sois vosotros?

Estas frases amistosas siguieron á la injuria tan luego como la luz de un farol, balanceado por el viento, dió en las caras de aquel grupo sorprendido.

—Amiguito—dijo á Rafael el joven á quien estuvo á punto de derribar,—vas á venir con nosotros.

—¿De qué se trata?

—Síguenos, y te contaré el asunto por el camino.

De bueno ó mal grado, Rafael se vió rodeado de sus amigos, que se apoderaron de él y le llevaron hacia el puente de las Artes.

—Hace lo menos una semana que andamos buscándote—continuó el orador.—En tu respetable fonda de San Quintín, cuya muestra inamovible tiene letras siempre alternativamente negras y encarnadas como en tiempo de Juan Jacobo Rousseau, tu Leonarda nos ha dicho que te habías marchado al campo, y eso que no teníamos trazas de gente de dinero, ni de alguaciles, ó acreedores, ó dependientes de comercio. ¡No importa! Rastignac te había visto la víspera en los Bufos, nos reanimamos, y hemos hecho cuestión de amor propio el averiguar si estabas encaramado en los árboles de los Campos Elíseos, si ibas á dormir por dos sueldos en esas casas filantrópicas en que los pordioseros duermen apoyados en cuerdas tirantes, ó si, más afor-

tunado, habías establecido tu vivac en el retrete de alguna dama. No te hemos encontrado en ninguna parte, ni en las mazmorras de Santa Pelagia, ni en las de la Fuerza. Los Ministerios, la Opera, las casas conventuales, cafés, bibliotecas, listas de prefectos, redacciones de periódicos, casas de comida, saloncillos de teatros, en una palabra, cuantos sitios buenos y malos hay en París los hemos explorado diligentemente y ya lamentábamos la pérdida de un hombre dotado de bastante genio para hacerse buscar lo mismo en la corte que en las cárceles. Hablábamos de canonizarte como un héroe de Julio, y, palabra de honor, te echábamos de menos.

En aquel momento Rafael pasaba con sus amigos por el puente de las Artes, desde donde, sin escucharlos, contemplaba el Sena, cuyas aguas mugidoras reflejaban las luces de París. Por cima de aquel río, en el cual poco antes quería precipitarse, se cumplían las predicciones del viejo: la hora de la muerte se retardaba ya fatalmente.

—Puedes creer que verdaderamente te echábamos de menos—dijo su amigo prosiguiendo su tesis.—Se trata de una combinación en la cual te comprendíamos en tu calidad de hombre superior, es decir, de hombre que sabe ponerse sobre todo. Amigo mío, el escamoteo de la nuez moscada constitucional bajo el cubilete real se hace hoy más gravemente que nunca. La infame monarquía, derribada por el heroísmo popular, era un mujer de vida airada con la cual se podía reir y banquetear; pero la patria es una esposa arisca y virtuosa, y quieras que no quieras tenemos que aceptar sus caricias acompasadas. Así, pues, el poder se ha

trasladado, como sabes, de las Tullerías á los periodistas, del mismo modo que el presupuesto ha mudado de barrio, pasando del de San Germán á la calzada de Antin. Pero hay una cosa que tal vez ignoras. El gobierno, es decir, la aristocracia de banqueros y abogados, que se sirven ahora de la patria como los clérigos se servían antes de la monarquía, ha sentido la necesidad de engañar al buen pueblo de Francia con palabras nuevas é ideas rancias, ni más ni menos que los filósofos de todas las escuelas y los hombres fuertes de todos los tiempos. Trátase, pues, de inculcarnos una opinión regiamente nacional, probándonos que es mucho más venturoso pagar mil doscientos millones con treinta y tres céntimos á la patria representada por tales ó cuales señores, que mil cien millones con nueve céntimos á un rey que decía "yo" en lugar de decir "nosotros." En una palabra, acaba de fundarse un periódico, armado de doscientos ó trescientos mil francos contantes y sonantes, con objeto de hacer una oposición que contente á los descontentos, sin perjudicar al gobierno nacional del rey ciudadano. Ahora bien, como se nos da un bledo de la libertad lo mismo que del despotismo, de la religión lo mismo que de la incredulidad; como para nosotros la patria es una capital en la que se cambian y se venden las ideas á tanto la línea, en la que todos los días hay suculentas comidas y muchas funciones; en la que hormiguean licenciosas meretrices, y las cenas no terminan hasta el día siguiente, y los amores se alquilan por horas como los coches; como París es y será siempre la más adorable de todas las patrias, la patria de la alegría, de la libertad, del ingenio, de las mujeres hermo-

sas, de los hombres ligeros de cascos, del buen vino, y en la que el palo del poder nunca se hará sentir demasiado, puesto que se está cerca de los que lo empuñan..... nosotros, verdaderos sectarios del dios Mefistófeles, hemos emprendido la tarea de revocar el espíritu público, de vestir de nuevo á los actores, de clavar nuevas tablas en la barraca gubernamental, de medicinar á los doctrinarios, de recocer á los republicanos viejos, de pintar de dos colores á los bonapartistas y de avituallar el centro, con tal que nos sea permitido reirnos "in petto" de los reyes y de los pueblos; no ser por la noche de la misma opinión que por la mañana, y pasar una vida alegre á lo Panurgo ó "more orientali," reclinados en blandos almohadones. Te tenemos destinadas las riendas de este imperio macarrónico y burlesco; y por consiguiente, ahora mismo te llevamos á la comida que da el fundador del susodicho periódico, banquero retirado que, no sabiendo qué hacer de su dinero, quiere cambiarlo en talento. Se te recibirá como á un hermano, se te aclamará rey de esos ingenios levantiscos á los que no asusta nada, y cuya perspicacia descubre las intenciones de Austria, Inglaterra ó Rusia, antes que Rusia, Inglaterra ó Austria tengan intenciones. Sí, te instituiremos soberano de esas potencias inteligentes que proporcionan al mundo Mirabeaus, Talleyrands, Pitts y Metternichs en una palabra, todos esos audaces Crispines que juegan entre sí los destinos de un grande imperio, como los hombres vulgares juegan su "kirschen-wasser" al dominó. Hemos dicho de tí que eres el mozo más intrépido de cuantos se han abrazado estrechamente al libertinaje, ese monstruo admirable con el cual quieren

luchar todos los hombres de espíritu levantado; y hasta hemos afirmado que jamás te ha vencido. Confío en que no harás que se desmientan nuestros elogios. Taillefer, nuestro anfitrión, nos ha prometido aventajar las mezquinas saturnales de los pequeños Lúculos modernos. Es bastante rico para comunicar grandeza á las pequeñeces, y elegancia y gracia al vicio. Pero ¿no me escuchas, Rafael?—le preguntó el orador interrumpiéndose.

—Sí, sí—contestó el joven, menos admirado de la realización de sus deseos que maravillado del modo natural con que se encadenaban los acontecimientos. Aunque no le fuera posible creer en la influencia mágica, admiraba los azares del destino humano.

—Has dicho que sí como si estuvieras pensando en la muerte de tu abuelo—le hizo observar uno de sus acompañantes.

—¡Ah!—exclamó Rafael con un acento de candidez que hizo reir á aquellos escritores, esperanza de la joven Francia;—estaba pensando, amigos míos, que llevamos camino de volvernos unos grandes bribones. Hasta ahora hemos blasonado de impiedad entre dos vinos, hemos pesado la vida estando borrachos, y valorado los hombres y las cosas mientras digeríamos. Vírgenes de hecho, éramos osados en palabras; pero marcados ahora por el hierro candente de la política, vamos á entrar en ese gran presidio y á perder en él nuestras ilusiones. Cuando ya no se cree más que en el diablo, es permitido echar de menos el paraíso de la juventud, el tiempo de la inocencia en que sacábamos devotamente la lengua ante un buen cura para recibir en ella el cuerpo sagrado de Nuestro Señor Jesucristo.

¡Ay, amigos míos! Si hemos tenido tanto placer en cometer nuestros primeros pecados, consiste en que sentíamos remordimientos para embellecerlos y darles cierto saborcillo picante; mientras que ahora.....

—¡Oh! Ahora—repuso el primer interlocutor,—nos queda.....

—¿Qué?—preguntó otro.

—El crimen.....

—Palabra es esa que tiene toda la altura de una horca y toda la profundidad del Sena—replicó Rafael.

—No me has entendido. Me refiero á los crímenes políticos. Desde esta mañana tan sólo una existencia envidio, la de los conspiradores. Mañana no sé si durará este capricho; pero esta noche la vida pálida de nuestra civilización, lisa como un riel de vía férrea hace brincar mi corazón de disgusto. Me he apasionado de las desdichas de la derrota de Moscou, de las emociones del "Corsario rojo" y de la vida de los contrabandistas. Puesto que ya no hay cartujos en Francia quisiera al menos un Botany-Bay, una especie de enfermería para los pequeños lords Byron que, después de arrugar la vida como una servilleta al concluir de comer, no les queda otra cosa que hacer sino pegar fuego á su país, saltarse la tapa de los sesos, conspirar en favor de la república ó abogar por la guerra.....

—Emilio—interrumpió con vehemencia el joven que iba más próximo á Rafael,—te aseguro á fe mía, que á no ser por la revolución de Julio, me hubiera hecho cura para llevar una vida animal en el fondo de alguna campiña, y.....

—¿Y habrías leído el breviario todos los días?

—Sí.

—Eres un necio.

—¡Pues bien leemos los periódicos!

—¡Vaya un periodista! Pero cállate, porque pasamos por entre una masa de suscriptores. Conque decimos que el periodismo es la religión de las sociedades modernas y la fórmula más adelantada del progreso.

—¿Por qué?

—Porque los pontífices no están obligados á creer, ni los pueblos tampoco.....

Hablando de esta suerte, como buenas gentes que sabían "De illustribus" hacía largos años, llegaron á una fonda de la calle Joubert.

Emilio era un periodista que había cosechado más gloria no haciendo nada, que los otros recogen con sus triunfos. Crítico atrevido, de pluma fácil y mordaz, tenía todas las buenas cualidades que le permitían sus defectos. Franco y burlón, decía en su cara mil epigramas á un amigo, á quien defendía con denuedo y lealtad cuando estaba ausente. Se mofaba de todo, hasta de su porvenir. Siempre falto de dinero, se quedaba, como todos los hombres de alguna capacidad, sumido en una pereza inexplicable, lanzando todo un libro, contenido en una sola palabra, á la nariz de las personas que no saben escribir una palabra en sus libros. Pródigo de promesas que jamás cumplía, se había hecho de su fortuna y de su gloria una almohada para dormir, con probabilidad de despertarse viejo en un hospital. Además de esto, amigo hasta el cadalso, cínico fanfarrón y sencillo como una criatura, no trabajaba sino por arranques ó por necesidad.

—Vamos á hacer, según la expresión de maese Alcofribas, un magnífico "troncon de chiere lie"—dijo á

Rafael designándole los cajones de flores que perfumaban y adornaban de verdor las escaleras.

—Me gustan los pórticos bien caldeados y guarnecidos de ricos tapices—respondió Rafael.—El lujo empezando por los peristilos es raro en Francia. Aquí me siento renacer.

Y arriba vamos á beber y á reir una vez más, mi pobre Rafael. Confío en que seremos los vencedores y pisaremos todas esas cabezas.

Luego, con un ademán burlón, designó á los comensales al entrar en un salón que resplandecía de dorados y de luces, y en el que los recibieron al punto los jóvenes más elegantes de París. Uno acababa de revelar su talento y de rivalizar por su primer cuadro con las glorias de la pintura imperial. Otro se había aventurado á publicar, la víspera, un libro lleno de verdor, impregnado de una especie de desdén literario y que señalaba nuevos caminos á la escuela moderna. Más allá, un estatuario, cuya cara llena de rudeza revelaba cierto genio vigoroso, hablaba con uno de esos fríos burlones que, según el caso, ó no quieren superioridad en ninguna parte ó la reconocen donde quiera. Aquí, el más chispeante de nuestros caricaturistas, de maliciosa mírada y boca mordaz, acechaba los epigramas para traducirlos á trazos de lápiz. Allá un joven y atrevido escritor, que destilaba mejor que nadie la quinta esencia de las ideas políticas ó condensaba como si tal cosa el espíritu de un escritor fecundo, hablaba con un poeta cuyos escritos destruirían las obras de todos los tiempos si su talento corriera parejas con la intensidad de su odio. Ambos procuraban no decir la verdad ni mentir, prodigándose gra-

tas lisonjas. Un músico célebre consolaba en "si bemol" y con voz burlona á cierto joven político recién caído de la tribuna sin hacerse daño. Autores jóvenes sin estilo conversaban con autores jóvenes sin ideas, y prosistas llenos de poesía con poetas prosaicos. Al ver á aquellos seres incompletos, un pobre sansimoniano, bastante cándido para creer en su doctrina, los acoplaba con caridad, queriendo, sin duda, hacerlos religiosos de su orden. En fin, había allí dos ó tres de esos sabios destinados á echar nitrógeno en la conversación, y muchos vaudevillistas dispuestos á mezclar en ella esos fulgores efímeros que, como los destellos del diamante, no dan calor ni luz. Algunos aficionados á la paradoja, riéndose de las personas que enlazan sus admiraciones ó sus desprecios á los hombres, se ocupaban de esa política de doble filo con la que conspiran contra todos los sistemas, sin tomar partido por ninguno. El crítico que no se asombra de nada, que en los Bufos se suena en medio de una cavatina, y grita "bravo" antes que nadie, y contradice á los que se anticipan á su parecer, figuraba también allí, procurando apropiarse las ocurrencias de las personas de ingenio. Entre aquellos comensales, cinco tenían porvenir, unos diez ó doce debían alcanzar alguna gloria vitalicia, y los otros podían decirse, como todas las medianías, la famosa mentira de Luis XVIII: "Unión y olvido." El anfitrión tenía la alegría cavilosa del hombre que gasta dos mil escudos. De vez en cuando dirigía la vista con impaciencia á la puerta del salón, como si llamara al convidado que se hacía esperar. Al poco rato se presentó un hombrecillo rechoncho á quien se recibió con lisonjero rumor: era el notario que aquella misma mañana

na había extendido la escritura del periódico. Un camarero, vestido de negro, abrió las puertas del espacioso comedor en el cual cada uno fué á buscar su sitio alrededor de una mesa inmensa. Antes de alejarse de los salones, Rafael les echó una postrera ojeada. Su deseo se había realizado por completo. La seda y el oro tapizaban los aposentos. Ricos candelabros cargados de bujías hacían brillar los menores detalles de los frisos dorados, los delicados cincelados del bronce y los suntuosos colores del mueblaje. Las flores raras de unas cuantas jardineras, artísticamente construídas con bambúes, difundían suaves perfumes. Todo, hasta los cortinajes, respiraban una elegancia sin pretensiones; en fin, había en aquel conjunto cierta gracia poética cuyo prestigio debía influir en la imaginación de un hombre sin dinero.

—Cien mil libras de renta son un bonito comentario del catecismo y nos ayudan maravillosamente á poner la "moral en acciones"—dijo suspirando.—¡Oh! sí, mi virtud no es de las que van á pie. Para mí el vicio es un cuchitril, un frac raído, un sombrero blanco en invierno y deudas al portero. ¡Ah! Yo quiero vivir en el seno de este lujo un año, medio, no me importa! Y después morir. Así habré al menos consumido, conocido, devorado mil existencias.

—¡Bah!—le contestó Emilio.—Veo que tomas la berlina de un agente de cambio por la felicidad. En breve te aburrirías de la fortuna al ver que arrebataba la probabilidad de ser un hombre superior. Entre las pobrezas de la riqueza y las riquezas de la pobreza, ¿ha titubeado alguna vez el artista? ¿Nosotros no necesitamos siempre luchas? Ea, prepara tu estómago y mira

—añadió señalando con ademán de dignidad el majestuoso, el tres veces santo y tranquilizador aspecto que presentaba el comedor del bienaventurado capitalista.

—Ese hombre—repuso—no se ha tomado en verdad la pena de amontonar su dinero sino por nosotros. ¿No te parece que es una especie de esponja olvidada por los naturalistas en el orden de los políperos y que conviene exprimir con delicadeza antes de dejar que la chupen los herederos? ¿No crees que son de buen gusto los bajos relieves que adornan las paredes? ¿Y las arañas, y los criados? ¡Qué lujo tan bien entendido! Si hemos de dar crédito á los envidiosos y á los que tienen empeño en ver los resortes de la vida, ese hombre ha dado muerte, cuando la Revolución, á un alemán y á algunas otras personas más, que, según se dice, eran su mejor amigo y la madre de su amigo. ¿Puedes suponer que hay crímenes bajo los cabellos canos de ese venerable Taillefer? Parece todo un buen hombre. Mira cómo resplandece la vajilla de plata; cada uno de sus brillantes rayos ¿no sería para él una puñalada? ¡Bah, bah! Tanto valdría creer en Mahoma. Si el público tuviera razón, aquí hay treinta hombres de corazón y de talento que se apercibirían á comerse las entrañas y á beberse la sangre de una familia. ¡Y nosotros, jóvenes llenos de candor y de entusiasmo, seríamos cómplices de tal desafuero! Ganas me están dando de preguntar á nuestro capitalista si es hombre honrado.

—¡Ahora no!—exclamó Rafael.—Pero cuando esté borracho perdido, habremos comido.

Los dos amigos se sentaron riendo. Ante todo, y con una mirada más rápida que la palabra, cada co-

mensal pagó su tributo de admiración al suntuoso golpe de vista que presentaba una mesa larga, blanca como una sábana de nieve recién caída, y sobre la cual aparecían simétricamente los cubiertos, coronados de rubios panecillos. La cristalería reproducía los colores del iris en sus reflejos estrellados, las bujías trazaban rastros de fuego cruzados hasta lo infinito, y los manjares colocados bajo campanas de plata, aguzaban el apetito y la curiosidad. Al principio se habló poco, limitándose los comensales á mirarse. Circuló el vino de Madera, y el primer servicio apareció en todo su esplendor; habría hecho honor al difunto Cambaceres, y Brillat-Savarín lo habría encomiado. Escanciáronse los vinos de Burdeos y Borgoña con regia profusión. Aquella primera parte del festín podía compararse, por todos conceptos, á la exposición de una tragedia clásica. El segundo acto fué ya algo más locuaz. Cada convidado había bebido regularmente cambiando de vino según su capricho, de suerte que cuando se llevaron las sobras de aquel magnífico servicio, se habían entablado ya tempestuosas discusiones, algunas frentes pálidas se enrojecían, muchas narices comenzaban á teñirse de púrpura, los rostros se encendían y los ojos chispeaban. Durante esta aurora de la embriaguez ,la conversación no salía aún del terreno de lo cortés; pero las burlas, los chistes, fueron brotando poco á poco de todas las bocas; luego la calumnia sacó despacio su cabecita de serpiente y habló con voz melifluа; y aquí y allá, algunos comensales más taimados escuchaban con atención, procurando conservar la cabeza firme. Cada cual comió hablando, habló comiendo, y bebió sin tener en cuenta la afluencia de los líquidos, tan claros y oloro-

sos eran, y tan contagioso fué el ejemplo. Taillefer tomó á empeño el animar á sus convidados, y mandó traer los terribles vinos del Ródano, el cálido Tokay y el añejo espumoso Rosellón. Desbocados como los caballos de un coche correo que parte de una parada de posta, aquellos hombres seducidos por las chispas del vino de Champagne, aguardado con impaciencia, pero abundantemente servido, dejaron entonces galopar su espíritu por el vacío de esos razonamientos que nadie escucha, se pusieron á contar esas historias que no tienen oyentes, y dieron cien veces principio á esas interpelaciones que se quedan sin respuesta. La orgía fué la única que desplegó su gran voz, voz compuesta de cien clamores confusos que van aumentando como los "crescendo" de Rossini. Luego llegaron los brindis insidiosos, las fanfarronadas, los retos. Todos renunciaban á encomiar su capacidad intelectual para reivindicar la de los toneles, la de las pipas y la de las cubas. No parecía sino que cada comensal tuviera dos voces. Hubo un momento en que todos los amos hablaban á la vez y en que los criados sonreían. Pero aquella algarabía de palabras en que las paradojas dudosamente luminosas y las verdades grotescamente disfrazadas, chocaban entre sí á través de los gritos, las opiniones interlocutorias, las decisiones soberanas y las sandeces, como en medio de un combate se cruzan las granadas, las balas y la metralla, habría interesado, sin duda, á algún filósofo por la singularidad de los pensamientos, ó sorprendido á un político por la extrañeza de los sistemas. Era á la vez un libro y un cuadro. Las filosofías, las religiones, las morales, tan diferentes de una latitud á otra, los gobiernos, en una

palabra, todos los grandes actos de la inteligencia humana, cayeron segados por una guadaña tan larga como la del Tiempo, y quizás hubiera costado trabajo decidir si la manejaba la Cordura ebria, ó la Embriaguez cuerda y clarividente. Aquellas cabezas, arrebatadas por una especie de tempestad, parecían querer sacudir, como el mar encrespado sacude la costa brava, todas las leyes entre las cuales flotan las civilizaciones, satisfaciendo así, sin saberlo, la voluntad de Dios, que deja en la naturaleza el bien y el mal, conservando para sí solo el secreto de su lucha perpetua. La discusión, furiosa y burlesca, fué en cierto modo un aquelarre de las inteligencias. Entre las tristes bromas en que prorrumpían aquellos hijos de la revolución con motivo del nacimiento de un periódico, y las ocurrencias prodigadas por alegres bebedores con motivo del nacimiento de Gargantua, mediaba todo el abismo que separa al siglo décimonono del décimosexto. Este preparaba una destrucción riendo; el nuestro reía en medio de ruinas.

—¿Cómo se llama aquel joven que está allá abajo?—preguntó el notario designando á Rafael.—Me parece haberle oído llamar Valentín.

—¿Qué significa eso de Valentín á secas?—dijo Emilio riendo.—Es Rafael de Valentín. Ostentamos "un águila de oro en campo de sable coronada de plata con pico y garras de gules," y con la hermosa divisa: Non cecidit animus." No somos un incluserò, sino el descendiente del emperador "Valente," tronco de los "Valentinois," fundador de las ciudades de Valencia en España y en Francia, heredero legítimo del imperio de Oriente. Si dejamos á Mahmud predominar en Cons-

tantinopla, ha sido por pura voluntad, y por falta de dinero y de soldados.

Emilio trazó en el aire con su tenedor una corona sobre la cabeza de Rafael. El notario se quedó pensativo un rato y luego se puso á beber haciendo un ademán característico, mediante el cual parecía confesar que le era imposible contar entre su clientela las ciudades de Valencia y Constantinopla, Mahmud, el emperador Valente y la familia de los Valentinois.

La destrucción de esos hormigueros llamados Babilonia, Tiro, Cartago ó Venecia, siempre aplastados por los pies de un gigante que pasa, ¿no sería un aviso dado al hombre por una potestad burlona?—dijo Claudio Vignon, especie de esclavo comprado para imitar á Bossuet á cincuenta céntimos la línea.

—Moisés, Sila, Luis XI, Richelieu, Robespierre y Napoleón son tal vez un mismo hombre que reaparece á través de las civilizaciones como un cometa en el cielo—respondió un ballanquista.

—¿Por qué sondear la Providencia?—dijo Canalís, el fabricante de baladas.

—Ea, ya pareció la Providencia—exclamó el crítico interrumpiéndole.—No conozco nada más elástico.

—Pero, señor mío, Luis XIV ha hecho perecer más hombres para construir los acueductos de Maintenon que la Convención para fijar con equidad los impuestos, unificar la ley, nacionalizar la Francia y hacer que se distribuyeran con igualdad las herencias—dijo Massol, joven que se había hecho republicano porque no llevaba una partícula delante de su apellido.

—Caballero—le respondió Moreau del Oise,—usted

que toma la sangre por vino, ¿dejará esta vez á cada cual la cabeza sobre sus hombros?

—¿Para qué? Los principios de orden social, ¿no merecen algunos sacrificios?

—¡Eh, Bixiou! Fulano el republicano pretende que la cabeza de ese propietario sería un sacrificio—dijo un joven á su vecino.

—Los hombres y los acontecimientos no son nada —decía el republicano prosiguiendo su teoría entre cructos;—en política y en filosofía no hay más que principios é ideas.

—¡Qué horror! ¿De modo que no le remordería á usted la conciencia al matar á sus amigos por un "sí?"...

—El hombre que tiene remordimientos es el verdadero malvado, porque posee alguna idea de la virtud, al paso que Pedro el Grande, el duque de Alva, eran sistemas, y el corsario Monbard, una organización.

—Pero ¿es que la sociedad no puede privarse de sistemas y de organizaciones?—preguntó Canalís.

—Ciertamente.

—La estúpida república tan cacareada por usted me da náuseas; no podríamos trinchar tranquilamente un capón sin encontrar en él la ley agraria.

—Tus principios son excelentes, ¡oh pequeño Bruto relleno de trufas! pero te pareces á mi ayuda de cámara; el muy pícaro está tan cruelmente poseído de la manía de la limpieza, que si le dejara cepillar mi ropa á su gusto, iría yo en cueros.

—¡Sois unos majaderos! Queréis limpiar una nación con mondadientes—replicó el republicano.—En vuestro concepto, la justicia sería más peligrosa que los ladrones.

—¡Hola, hola!—exclamó el abogado Desroches.

—¡Qué fastidiosos están con su política!—dijo Cardot el notario.—Cerrad la puerta. No hay ciencia ó virtud que merezca una gota de sangre. Si queremos hacer la liquidación de la verdad, quizás la encontremos en quiebra.

—Probablemente nos habría costado menos divertirnos en el mal que disputarnos en el bien. Por eso daría yo todos los discursos pronunciados de cuarenta años á esta parte en la tribuna por una trucha, por un cuento de Perrault, ó...

—Tiene usted razón. Hágame el favor de acercarme esos espárragos. Porque bien mirado, la libertad engendra la anarquía, la anarquía nos lleva al despotismo, y el despotismo nos vuelve á la libertad. Han perecido millones de seres sin haber podido hacer predominar ninguno de estos sistemas. ¿No es ese el círculo vicioso en que girará siempre el mundo moral? Cuando el hombre cree haber perfeccionado, no ha hecho más que cambiar de sitio las cosas.

—¡Oh, oh!—exclamó Cursy el vaudevillista.—en ese caso, señores, brindo por Carlos X, padre de la libertad.

—¿Y por qué no?—dijo Emilio.—Cuando el despotismo está en las leyes, la libertad está en las costumbres, y viceversa.

—Brindemos, pues, por la imbecilidad del poder que nos da tanto poder sobre los imbéciles!—dijo el banquero.

—Amigo mío, Napoleón nos ha dejado al menos gloria—gritó un oficial de marina que jamás había salido de Brest.

—¡La gloria! Triste mercancía! Se paga muy cara y no se conserva. ¿Acaso no es el egoísmo de los grandes hombres, como la felicidad es de los tontos?

—Caballero, usted es muy feliz.

—El primero que inventó fosos debía ser un hombre débil, porque la sociedad no aprovecha sino á los ruines. El salvaje y el pensador, colocados en los dos extremos del mundo moral, aborrecen por igual la propiedad.

—¡Soberbio!—exclamó Cardot.—Si no hubiera propiedades, ¿cómo podríamos extender contratos?

—¡Qué guisantes tan deliciosamente fantásticos!

—Y al cura le encontraron al día siguiente muerto en su cama.....

—¿Quién habla de muertos? No bromeéis, porque tengo un tío....

—Y ¿se resignará usted sin duda á perderle?

—Eso no es una pregunta.

—¡Escuchad, señores! "Modo de matar á un tío." (¡Atención, atención!) Ante todo debéis tener un tío sano y gordo, por lo menos septuagenario; estos son los mejores tíos. (Sensación.) Hacedle comer con cualquier pretexto un pastel de "foie gras"...

—Mi tío es un hombre alto, delgado, avaro y sobrio.

—Esos tíos son monstruos que abusan de la vida.

—Y anunciadle durante la digestión la quiebra de su banquero.

—¿Y si resiste?

—Soltadle una muchacha guapa.

—¿Y si es....?—preguntó el interruptor haciendo un ademán negativo.

—Entonces no es tal tío, porque los tíos son esencialmente alegres de cascos.

—La voz de la Malibrán ha perdido dos notas.

—No, señor.

—Sí, señor.

—Sí y no. ¿No es esta la historia de todas las disertaciones religiosas, políticas y literarias? El hombre es un bufón que baila sobre precipicios.

—Si le oigo á usted, resultará que soy un necio.

—Al contrario, lo cree usted así porque no me oye.

—La instrucción.... ¡Valiente tontería! El señor Heineffettermach calcula en más de mil millones el número de volúmenes impresos, y la vida de un hombre no basta para leer ciento cincuenta mil. Explíqueme usted, pues, lo que significa la palabra "instrucción." Para unos consiste en saber los nombres del caballo de Alejandro, del dogo "Becerrillo," del señor de los Acordes, y en ignorar el del hombre que inventó la flotación de las maderas ó la porcelana. Para otros ser instruído consiste en saber quemar un testamento y vivir como hombres honrados, queridos, considerados, en lugar de robar un reloj con reincidencia, con las cinco circunstancias agravantes, é ir á morir en la plaza de la Greve, aborrecidos y deshonrados.

—¿Continuará Nathán?

—Sus colaboradores tienen mucho talento.

—¿Y Canalís?

—De ese no hay que hablar; es un grande hombre.

—¡Estáis borrachos!

—La consecuencia inmediata de una constitución es el embotamiento de las inteligencias. Artes, ciencias, monumentos, todo lo devora ese espantoso sen-

timiento de egoísmo, lepra de nuestro siglo. Vuestros trescientos burgueses, sentados en sus bancos, no pensarán más que en plantar alcornoques. El despotismo hace ilegalmente grandes cosas; la libertad ni siquiera se toma el trabajo de hacerlas legalmente muy pequeñas.

—Vuestra enseñanza mutua fabrica monedas de cien sueldos con carne humana—dijo un absolutista interrumpiendo.—Las individualidades desaparecen en un pueblo nivelado por la instrucción.

—Sin embargo, el objeto de la sociedad ¿no es proporcionar el bienestar á cada cual?—preguntó el sansimoniano.

—Si tiene usted cincuenta mil libras de renta, maldito si se acordará del pueblo. ¿Está usted verdaderamente apasionado de la humanidad? Pues váyase á Madagascar, y allí encontrará un pueblecito muy á propósito para "sansimonizar," clasificar y meterlo en un bocal; pero aquí, cada cual entra naturalmente en su alvéolo, como una clavija en su agujero. Los porteros son porteros, y los necios son bestias que no necesitan ser promovidos á tales por un colegio de Padres. ¡Ah, ah!

—Es usted un carlista.

—¿Por qué no? Me gusta el despotismo, porque indica cierto desprecio á la raza humana. No aborrezco á los reyes: ¡son tan divertidos! Predominar en una cámara, á treinta millones de leguas del sol, ¿no significa nada?

—Pero resumamos este largo concepto de la civilización—decía el sabio que, para instrucción del escultor distraído, había entablado una discusión sobre el

comienzo de las sociedades y los pueblos autóctonos.—En el origen de las naciones, la fuerza fué en cierto modo material, una, grosera; luego, conforme aumentaban las agregaciones, los gobiernos han procedido por descomposiciones más ó menos hábiles del poder primitivo. Así, por ejemplo, en la remota antigüedad, la fuerza estaba en la teocracia, y el sacerdote tenía la espada y el incensario. Andando el tiempo, hubo dos sacerdocios: el pontífice y el rey. Hoy, nuestra sociedad, último término de la civilización, ha distribuído el poder con arreglo al número de combinaciones y hemos llegado á las fuerzas llamadas industria, pensamiento, dinero, palabra. Como el poder ya no tiene unidad, se encamina de continuo hacia una disolución social para la cual no hay más valladar que el interés. Así es que no nos apoyamos ni en la religión ni en la fuerza material, sino en la inteligencia. ¿El libro equivale al acero? ¿La discusión equivale á la acción? Este es el problema.

—La inteligencia lo ha matado todo—replicó el carlista.—La libertad absoluta conduce al suicidio á las naciones, que se aburren en el triunfo, como un inglés millonario.

—¿Qué nos dirá usted de nuevo? Hoy habéis ridiculizado todos nuestros poderes, y hasta el negar á Dios es cosa común. Ya no tenéis creencias, por eso este siglo es como un viejo sultán víctima de la licencia. En fin, vuestro lord Byron, en su última desesperación de poeta, ha llegado al extremo de cantar las pasiones del crimen.

—¿Sabe usted—le contestó Bianchón completamente embriagado—que una dosis de fósforo de más ó

menos hace al hombre talentoso ó idiota, héroe ó cobarde, virtuoso ó criminal?

—¿Es posible que se trate de ese modo á la virtud? —exclamó Cursy.—La virtud, asunto de todas las obras teatrales, desenlace de todos los dramas, base de todos los tribunales.

—¡Cállate, animal! Tu virtud es Aquiles sin talón —dijo Bixiou.

—Bebamos.

—¿Apuestas algo á que me bebo una botella de champagne sin respirar?

—¡Qué rasgo de ingenio!—exclamó Bixiou.

—Están borrachos como carreteros—dijo un joven que daba gravemente de beber á su chaleco.

—Sí, señor, el gobierno actual es el arte de hacer reinar la opinión pública.

—¡La opinión! ¡Si es la más viciosa de todas las prostitutas! A daros crédito, hombres de moral y de política sería menester preferir siempre vuestras leyes á la naturaleza, la opinión á la conciencia. ¡Todo es verdad, todo es falso! Si la sociedad nos ha proporcionado el plumón de las almohadas, ha compensado este beneficio con la gota, del mismo modo que ha ideado los procesos para servir de contrapeso á la justicia, y ha puesto los resfriados á continuación de los chales de Cachemira.

—¡Monstruo!—exclamó Emilio interrumpiendo al misántropo,—¿cómo puedes hablar mal de la civilización ante los vinos y manjares tan deliciosos y tan abundantes? Muerde este corzo en las patas y en las astas doradas, pero no muerdas á tu madre.

—¿Tengo yo la culpa de que el catolicismo llegue

á meter un millón de dioses en un saco de harina, de que la república termine siempre en un Robespierre, de que la monarquía se encuentre entre el asesinato de Enrique IV y el proceso de Luis XVI, y de que el liberalismo se convierta en La Fayette?

—¿Le abrazó usted en Julio?

—No.

—Entonces, cállese, escéptico.

—Los escépticos son los hombres más concienzudos.

—¡Si no tienen conciencia!

—¿Qué está usted diciendo? Lo menos tienen dos.

—¡Descontar el cielo! ¡Vaya una idea verdaderamente comercial! Las religiones antiguas no eran más que un afortunado desarrollo del placer físico; pero nosotros hemos desarrollado el alma y la esperanza, en lo cual ha habido progreso.

—Amigos míos, ¿qué podéis esperar de un siglo nutrido de república?—dijo Nathán.—¿Cuál ha sido la suerte del "Rey de Bohemia y de sus siete castillos," la más encantadora concepción....

—¡Hola, hola!—gritó el crítico desde un extremo de la mesa.—Esas son frases sacadas al azar de un sombrero, verdadera obra escrita por Charentón.

—¡Es usted un necio!

—¡Y usted un majadero!

—¡Oh, oh!

—¡Ah, ah!

—Se batirán.

—No.

—Mañana nos veremos, señor mío.

—Ahora mismo—contestó Nathán.

—Vaya, vaya, son ustedes dos valientes.

—Y usted también lo es.

—Ni siquiera pueden ponerse en pie.

—¿Que no me puedo levantar? Pues no faltaría más —repuso el belicoso Nathán enderezándose como una cometa indecisa. Echó á la mesa una mirada alelada, y luego, como extenuado por aquel esfuerzo, volvió á caer sobre su silla, bajó la cabeza y se quedó callado.

—¿No tendría gracia—dijo el crítico á su vecino—que fuera á batirme por una obra que no he visto ni he leído?

—Emilio, ten cuidado con tu frac, porque tu vecino se pone pálido—dijo Bixiou.

—¿Kant, dice usted? Otro globo lanzado para divertir á los necios. El materialismo y el espiritualismo son dos bonitas raquetas con las cuales ciertos charlatanes de toga despiden el mismo volante. Que Dios esté en todo, según Espinosa, que todo proceda de Dios, según San Pablo.... ¡Imbéciles! Abrir ó cerrar una puerta, ¿no es el mismo movimiento? ¿Ha salido el huevo de la gallina ó la gallina del huevo? Aquí está toda la ciencia.

—¡Ah tonto!—le dijo el erudito,—la cuestión que planteas está ya dilucidada por un hecho.

—¿Cuál?

—Las cátedras de profesores no se han hecho para la filosofía, sino la filosofía para las cátedras. Cálate los anteojos y lee el presupuesto.

—¡Ladrones!

—¡Imbéciles!

—¡Tunantes!

—¡Falsos!

—¿En dónde si no en París podréis hallar un cambio tan vivo, tan rápido de ideas?—exlamó Bixiou ahuecando la voz.

—Ea, Bixiou, represéntanos alguna farsa clásica.

—¿Queréis que os represente el siglo diecinueve?

—¡Escuchad!

—¡Silencio!

—¡Poned sordinas á vuestros hocicos!

—Dad vino á ese chiquillo, y que se calle.

—Anda, Bixiou.

El artista se abrochó el frac hasta el cuello, se puso sus guantes amarillos, y procuró caracterizarse para personificar la "Revista de ambos mundos," mirando bizco; pero el ruido apagó su voz y fué imposible percibir una sola palabra de su burla. Si no representó el siglo, al menos representó la Revista, porque no se oyó á sí mismo.

Sirviéronse los postres como por encanto, y en medio de la mesa apareció un gran centro de bronce dorado, salido de los talleres de Thomire. Altas figuras dotadas por un célebre artista de las formas convenidas en Europa para la belleza ideal, sostenían y llevaban canastillos de fresas, anonas, dátiles frescos, uvas amarillas, blondos melocotones, naranjas llegadas de Setubal por un vapor, granadas, frutas de la China, y en fin, todas las sorpresas del lujo, milagros del horno casero, las delicadezas más llamativas, las golosinas más seductoras. El brillo de la porcelana, las líneas resplandecientes del oro, los calados de las vasijas, realzaban los colores de aquellos cuadros gastronómicos. Graciosa como las líquidas franjas del Océano, verde y ligera, la espuma coronaba los paisajes del

Poussin, copiados en Sevres. El territorio de un príncipe alemán no habría bastado para pagar aquella riqueza insolente. Prodigáronse otra vez y con nuevas formas de plata, el nácar, el oro, el cristal; pero los ojos embotados y la fiebre locuaz de la embriaguez apenas permitieron á los comensales que tuvieran una intuición vaga de aquel mágico espectáculo digno de un cuento oriental. Los vinos de postre trajeron consigo sus perfumes y sus llamaradas, filtros poderosos, vapores encantados que engendran una especie de espejismo intelectual y cuyos poderosos vínculos encadenan los pies y dan pesadez á las manos. Las pirámides de frutas fueron saqueadas, crecieron las voces y redobló el tumulto. Ya no se percibió distintamente ninguna palabra; las copas volaron hechas añicos, y de todos los labios partieron como cohetes atroces carcajadas. Cursy cogió una trompa y se puso á tocar una llamada, que fué como una señal dada por el diablo Aquella reunión delirante aulló, silbó, cantó, gritó, rugió y gruñó. Cualquiera se habría sonreído al ver personas que, naturalmente alegres, se tornaban sombrías como los desenlaces de Crebillón, ó meditabundas como marinos en coche. Los hombres discretos confiaban sus intimidades á curiosos que no los escuchaban. Los melancólicos sonreían como bailarinas que terminan sus piruetas. Claudio Vignon se contoneaba como un oso enjaulado. Algunos amigos íntimos se batían. Las semejanzas animales inscritas en las caras humanas y tan curiosamente demostradas por los fisiologistas, reaparecían vagamente en los gestos, en las actitudes del cuerpo. El anfitrión, sintiéndose beodo, no se atrevía á levantarse; pero aprobaba las extravagancias

de sus convidados con una mueca fija, procurando conservar un aire decente y hospitalario. Su ancha cara, que se había puesto encarnada y azul, casi morada, y de aspecto terrible, se asociaba al movimiento general con esfuerzos parecidos á los cabeceos y bandazos de un barco.

—¿Los habéis asesinado?—le preguntó Emilio.

—Dícese que la pena de muerte se va á abolir en favor de la revolución de Julio,—contestó Taillefer que enarcó las cejas con cierto aire lleno á la vez de malicia y de estupidez.

—Pero, ¿no los ve usted alguna vez en sueños?—preguntó Rafael.

—¡Hay prescripción!—dijo el asesino lleno de oro.

—Y en su tumba—añadió Emilio con tono sardónico—el contratista del cementerio grabará: "¡Transeuntes, derramad una lágrima á su memoria!" ¡Oh! De buena gana daría cien sueldos al matemático que me demostrara con una ecuación algebraica la existencia del infierno.

Y echó una moneda al aire, gritando:

—¡Cara por Dios!

—No la mire usted,—dijo Rafael cogiendo la moneda.—¿Quién sabe? El azar es tan extravagante.....

—¡Ah!—repuso Emilio con acento tristemente burlón,—no veo dónde poner los pies entre la geometría del incrédulo y el "Pater noster" del papa. ¡Bah! ¡Bebamos" "Trinc" es, según creo, el oráculo de la divina botella y sirve de conclusión al Pantagruel.

—Al "Pater noster" le debemos—respondió Rafael—nuestras artes, nuestros monumentos y quizás nuestras ciencias, y, beneficio mucho mayor, nuestros go-

biernos modernos, en los cuales una sociedad vasta y fecunda está maravillosamente representada por quinientas inteligencias, cuyas fuerzas opuestas entre sí se neutralizan dejando amplio poder á la "civilización", reina gigantesca que reemplaza al rey, esa antigua y terrible figura, especie de falso hado interpuesto por el hombre entre el cielo y él. En presencia de tantas obras realizadas, el ateísmo aparece como un esqueleto que no engendra. ¿Qué te parece?

—Pienso en las oleadas de sangre derramadas por el catolicismo,—dijo fríamente Emilio.—Ha cogido nuestras venas y nuestros corazones para hacer un remedo del diluvio. Pero ¡no importa! Todo hombre pensador debe marchar bajo la bandera de Jesucristo. El solo ha consagrado el triunfo del espíritu sobre la materia, él solo nos ha revelado poéticamente el mundo intermedio que nos separa de Dios.

—¿Lo crees así?—preguntó Rafael con indefinible sonrisa de embriaguez.—Pues bien, para no comprometernos, pronunciemos el famoso brindis: "¡Diis ignotis!"

Y vaciaron sus cálices de ciencia, de gas carbónico, de perfumes, de poesía y de incredulidad.

—Si los señores gustan pasar al salón, el café está servido,—dijo el maestresala.

En aquel momento casi todos los comensales se revolcaban en el seno de esos limbos deliciosos en que se apagan las luces del espíritu, en que el cuerpo, libre de su tirano, se entrega á los goces delirantes de la libertad. Unos, llegados al apogeo de la embriaguez, se quedaban cabizbajos y trabajosamente ocupados en atrapar un pensamiento que les atestiguara su propia

existencia; otros, sumidos en el marasmo producido por una digestión abrumadora, negaban el movimiento. Algunos oradores intrépidos pronunciaban aún palabras vagas cuyo sentido ni ellos mismos comprendían. Resonaban varios estribillos como el ruido de una mecánica obligada á llevar á cabo su vida ficticia y sin alma. El silencio y el tumulto formaban un extraño maridaje. Sin embargo, al oir la voz sonora del criado que, á falta de su amo, les anunciaba nuevos goces, los comensales se levantaron, arrastrados, sostenidos ó llevados unos por otros. Todos se quedaron un rato, inmóviles y agradablemente sorprendidos, en el umbral de la puerta. Los placeres excesivos del festín palidecieron ante el halagüeño espectáculo que el anfitrión ofrecía al más voluptuoso de sus sentidos. Bajo las centelleantes bujías de una araña de oro, alrededor de una mesa llena de vajilla de plata sobredorada, un grupo de mujeres se presentó de pronto á los comensales atontados, cuyos ojos se encendieron como otros tantos diamantes. Ricas eran las galas, pero lo eran mucho más aquellas beldades ante las cuales desaparecían todas las maravillas de aquel palacio. Los ojos apasionados de aquellas mujeres, prestigiosas como hadas, tenían aún más vivacidad que los torrentes de luz que hacían resplandecer los reflejos arrasados de los tapices, la blancura de los mármoles y los contornos delicados de los bronces. El corazón se abrasaba viendo los contrastes de sus tocados agitados y de sus actitudes, todas de diferente carácter y atractivos. Era un cesto de flores mezcladas de rubíes, de zafiros y de coral, un ceñidor de collares negros en torno de níveos cuellos, leves bandas que flotaban co-

mo los destellos de un faro, turbantes orgullosos, túnicas modestamente provocativas..... Aquel serrallo ofrecía seducciones para todos los ojos, voluptuosidades para todos los caprichos. Una bailarina, que había adoptado una actitud encantadora, parecía no llevar velo bajo los pliegues ondulantes de su chal. Allí una gasa diáfana, aquí la atornasolada seda, ocultaban ó revelaban perfecciones misteriosas. Unos diminutos piececitos hablaban de amor; unas bocas frescas y encarnadas guardaban silencio. Delicadas y decentes jovencitas, vírgenes ficticias cuyas bonitas cabelleras respiraban religiosa inocencia, se ofrecían á las miradas como apariciones que un soplo podía disipar. Luego beldades aristocráticas, de arrogante mirada, pero indolentes, endebles, delgadas y graciosas, inclinaban la cabeza como si aun pudieran ser objeto de alguna regia protección. Una inglesa, blanca y casta figura aérea, desceñida de las nubes de Osián, parecía un un ángel de melancolía, un remordimiento huyendo del crimen. La parisiense, cuya belleza en conjunto estriba en una gracia indescriptible, envanecida de su traje y de su ingenio, armada de su omnipotente debilidad, flexible y dura, sirena sin corazón ni pasión, pero que sabe crear artificiosamente los tesoros de la pasión y falsificar los acentos del corazón, no faltaba en aquella peligrosa asamblea, en la que también brillaban italianas tranquilas en la apariencia y concienzudas en su felicidad, normandas de formas magníficas, mujeres meridionales de cabellos negros y ojos rasgados. Hubiérase dicho al verlas que eran bellezas de Versalles convocadas por Lebel, que desde la mañana hubieran armado todos sus lazos y que llega-

ban como una banda de esclavas orientales despertadas por la voz del mercader para emprender la marcha al rayar la aurora. Estaban como cortadas, vergonzosas, y se aglomeraban en torno de la mesa como abejas que zumban dentro de una colmena. Aquel embarazo tímido, reproche y coquetería á la vez, era, ó alguna seducción calculada, ó pudor involuntario. Quizás cierto sentimiento de que la mujer no se desprende jamás les ordenaba envolverse en el manto de la virtud para dar más encanto y mayor incentivo á las prodigalidades del vicio. La conspiración urdida por el viejo Taillefer, pareció por esto á punto de fracasar. Aquellos hombres desenfrenados sintiéronse subyugados al pronto por la majestuosa potencia de que está investida la mujer. Un murmullo de admiración resonó como la más dulce música. El amor no había navegado de conserva con la embriaguez: en lugar de un huracán de pasiones, los comensales, sorprendidos en un momento de debilidad, se entregaron á las delicias de un éxtasis voluptuoso. Los artistas, á la voz de la poesía que siempre predomina en ellos, estudiaron con fruición los delicados matices que distinguían á aquellas beldades selectas. Un filósofo, despertado por una idea proveniente tal vez de alguna emanación de ácido carbónico desprendida del vino de Champagne, se condolió pensando en las desventuras causantes de la presencia allí de aquellas mujeres, quizás dignas algún tiempo antes de los más puros respetos; probablemente cada una había sido actora de un drama sangriento. Casi todas llevaban consigo infernales torturas, y arrastraban en pos hombres sin fe, promesas burladas, alegrías pagadas con la miseria. Los comensales se acercaron á ellas cor-

tesmente y entablaron conversaciones tan varias como los caracteres. Formáronse grupos, y aquello parecía un salón de buena sociedad en que las jóvenes y las mujeres casadas van ofreciendo á los convidados después de la comida, los auxilios que el café, los licores y el azúcar prestan á los gastrónomos que luchan con una digestión recalcitrante. Pero muy luego resonaron las risas, creció el murmullo y se elevaron las voces. La orgía, domada un momento, amenazó por intervalos con despertarse. Semejantes alternativas de silencio y de ruido tenían cierto vago parecido con una sinfonía de Beethoven.

Sentados en un blando diván, Emilio y Rafael vieron de pronto que se acercaba á ellos una joven alta y bien proporcionada, de soberbio porte, fisonomía bastante regular, pero perspicaz, impetuosa y que sorprendía el alma con vigorosos contrastes. Su cabellera negra, lascivamente rizada, parecía haber soportado ya las luchas del amor, y caía en ligeros mechones sobre sus anchos hombros que ofrecían al deseo risueñas perspectivas. Largos bucles circundaban un cuello majestuoso en el cual se deslizaba la luz por momentos revelando la morbidez de los más bonitos contornos. La piel, de un blanco mate, hacía resaltar los tonos calientes y animados de sus vivos colores. Los ojos, provistos de largas pestañas, despedían llamas atrevidas, chispas de amor. La boca, roja, húmeda, entreabierta, pedía besos. Era una joven de talle robusto, pero amorosamente elástico; su seno, sus brazos, estaban ampliamente desarrollados, como los de las hermosas figuras de Carraccio; sin embargo, parecía ligera, flexible, y su vigor delataba la agilidad de una pantera, así como la varonil

elegancia de sus formas prometía inusitadas voluptuosidades. Aunque aquella joven debía saber reir y juguetear, sus ojos y su sonrisa asustaban la imaginación. Parecida á aquellas profetisas agitadas por un demonio, más bien admiraba que gustaba. Todas las expresiones pasaban en masa y como relámpagos por su movible rostro. Quizás habría entusiasmado á personas hastiadas, pero un joven la hubiera temido. Era una estatua colosal caída desde lo alto de algún templo griego, sublime á alguna distancia, pero tosca vista de cerca. Sin embargo, su fulgurante belleza debía despertar á los impotentes, su voz encantar á los sordos, sus miradas reanimar vetustas osamentas; por eso Emilio la comparó vagamente á una tragedia de Shakespeare, especie de arabesco admirable en que la alegría aúlla, el amor tiene algo de salvaje, la magia de la gracia y el fuego de la felicidad suceden á los sangrientos tumultos de la cólera; monstruo que sabe morder y acariciar, reir como un demonio, llorar como los ángeles, improvisar en un solo abrazo todas las seducciones de la mujer, excepto los suspiros de la melancolía y las inefables modestias de una virgen; y luego, en un momento, rugir, rasgarse las carnes, hacer pedazos su pasión, su amante, y por fin, destruirse á sí misma como á sí propio se destruye un pueblo amotinado. Ostentando un vestido de terciopelo encarnado, hollaba con pie indiferente algunas flores caídas de la cabeza de sus compañeras, y con mano desdeñosa presentaba á los dos amigos una bandeja de plata. Orgullosa de su belleza, y quizás de sus vicios, mostraba un brazo blanco que se destacaba vivamente sobre el terciopelo. Estaba allí cual la reina del placer, como una imagen de la alegría

humana, de esa alegría que disipa los tesoros acumulados por tres generaciones, que ríe sobre cadáveres, se mofa de los antepasados, disuelve perlas y tronos, transforma los jóvenes en ancianos, y con frecuencia los ancianos en jóvenes; de esa alegría tan sólo permitida á los gigantes causados del poder, trabajados por el pensamiento, ó para los cuales la guerra es ya cosa de juego.

—¿Cómo te llamas?—le preguntó Rafael.

—Aquilina.

—¡Oh, oh! Vienes de "Venecia salvada"—prorrumpió Emilio.

—Sí—contestó la joven.—Así como los papas toman nombres nuevos al ascender sobre todos los hombres, yo he tomado otro al elevarme sobre todas las mujeres.

—¿Y tienes, como tu patrona, un noble y terrible conspirador que te ame y sepa morir por tí?—preguntó vivamente Emilio, despertado por aquella apariencia de poesía.

—Lo he tenido; pero la guillotina ha sido mi rival. Por eso me pongo siempre algunas prendas encarnadas en mi traje, para que mi alegría no vaya muy allá.

—¡Oh! Si la dejáis referir la historia de los cuatro sargentos de la Rochela, será cuento de nunca acabar. Cállate, pues, Aquilina. No todas las mujeres tienen un amante á quien llorar; pero tampoco tienen todas como tú la satisfacción de haberlo perdido en un cadalso. Yo preferiría saber que el mío estaba tendido en una fosa en Clamart, más bien que en el lecho de una rival.

Estas frases fueron pronunciadas con voz dulce y melodiosa por la más inocente, más linda y más gen-

til criatura de cuantas hayan salido de un huevo encantado al golpe de la varita de una hada. Habíase acercado muy quedito, y su presencia se reveló por el sonido de sus palabras. Tenía un rostro delicado, lo mismo que su cuerpo, ojos azules admirables de modestia y frente pura y lozana. Una náyade ingenua que se escapa de su fuente, no es más blanca, tímida y candorosa que aquella joven que parecía tener dieciséis años, desconocer el mal, ignorar el amor, no conocer las tempestades de la vida, y venir de una iglesia donde acabara de rezar á los ángeles para conseguir prematuramente su llamada á los cielos. Solamente en París se encuentran esas mujeres de rostro cándido que esconden la depravación más profunda, los vicios más refinados, bajo una frente tan suave, tan tierna como la flor de una margarita. Emilio y Rafael, engañados al pronto por las celestiales promesas escritas en los atractivos de aquella joven, aceptaron el café que les sirvió en tazas traídas por Aquilina, y comenzaron á dirigirle preguntas. Ella acabó por transfigurar á los ojos de los dos poetas, por una siniestra alegoría, no sé qué faz de la vida humana, oponiendo á la expresión ruda y apasionada de su impotente compañera el retrato de esa corrupción fría, voluptuosamente cruel, bastante aturdida para cometer un crimen y sobrado fuerte para reirse de él; especie de demonio sin corazón que castiga á las almas cándidas y tiernas por sentir las emociones de que está privado, que tiene siempre una mueca de amor por vender, lágrimas para el entierro de su víctima, y júbilo por la noche para leer su testamento. Un poeta habría admirado á la hermosa Aquilina; el mundo entero debía huir de la atractiva Eufrasia: la una

era el alma del vicio, la otra el vicio sin alma.

—Quisiera saber—dijo Emilio á aquella linda criatura—si alguna vez piensas en el porvenir.

—¿El porvenir?—contestó riendo.—¿A qué llama usted porvenir? ¿Por qué he de pensar en lo que no existe todavía? Yo no miro jamás ni adelante ni atrás; demasiado hago con ocuparme de un día. Además, conocemos perfectamente el porvenir: es el hospital.

—Y ¿cómo puedes ver desde aquí el hospital y no evitar el ir á parar á él?—preguntó Rafael.

—¿Qué tiene de espantable el hospital?—dijo la terrible Aquilina.—Cuando no somos madres ni esposas, cuando la vejez nos pone medias negras en las piernas y arrugas en la frente, cuando marchita todo lo femenil que hay en nosotras y seca el gozo en las miradas de nuestros amigos, ¿de qué podemos tener necesidad? Entonces ya no veis en nosotras, de todas nuestras galas, más que el lodo primitivo, que anda en dos patas, frío, seco, descompuesto, con ruido de hojas secas Las ropas más bonitas se convierten para vosotros en andrajos; el ámbar que perfumaba el tocador adquiere olor de muerte y huele á esqueleto; además, si en ese lodo se encuentra un corazón, todos lo insultáis y ni siquiera nos permitís un recuerdo. Así, pues, ya nos encontraremos en esa época de la vida en un rico palacio cuidando perros, ó en un hospital separando guiñapos, ¿no es exactamente la misma nuestra existencia? Ocultar nuestras canas bajo un pañuelo de cuadros encarnados y azules ó bajo encajes, barrer las calles con escobas ó las escaleras de las Tullerías con raso, estar sentadas junto á doradas chimeneas ó calentarnos al rescoldo de una cazuela encarnada, asistir al espectácu-

lo de la Greve ó á la función de la Opera, ¿media en todo ello tanta diferencia?

—Aquilina mía, jamás has tenido tanta razón en medio de tus desesperaciones—dijo Eufrasia.—Sí, las cachemiras, las blondas, los perfumes, el oro, la seda, el lujo, todo lo que brilla, todo lo que agrada, sólo sienta bien á la juventud. Unicamente el tiempo puede poner coto á nuestras locuras pero la dicha nos absuelve. ¿Os reís de lo que digo?—preguntó lanzando una mirada venenosa á los dos amigos.—¿No tengo razón? Prefiero morir de placer que de enfermedad. No tengo la manía de la perpetuidad ni gran respeto á la especie humana al ver lo que Dios hace de ella. Dadme millones, y los comeré; no quisiera guardar un céntimo para el año próximo. Vivir para agradar y reinar, tal es la sentencia que pronuncia cada latido de mi corazón. La sociedad me lo aprueba; ¿acaso no me provee sin cesar de lo necesario para mis disipaciones? ¿Por qué Dios me proporciona todas las mañanas la renta de lo que gasto todas las noches? ¿Por qué nos construís hospitales? Como él no nos ha puesto entre el bien y el mal para escoger lo que nos mortifica ó nos aburre, sería muy necia en no divertirme.

—¿Y los demás?—dijo Emilio.

—¿Los demás? Que se arreglen. Prefiero reirme de sus sufrimientos que llorar por los míos. Desafío á cualquier hombre á que me cause la menor pena.

—¿Qué has sufrido para pensar así?—dijo Rafael.

—Me han abandonado por una herencia—dijo tomando una actitud que hizo resaltar todas sus seducciones.—Y sin embargo, yo trabajaba día y noche para mantener á mi amante. No quiero ser juguete de nin-

guna sonrisa, de ninguna promesa, y me propongo hacer de mi vida una larga partida de recreo.

—Pero ¿la felicidad no procede del alma?—exclamó Rafael.

—¿Y qué?—repuso Aquilina.—¿No significa nada verse admirada, adulada, triunfar de todas las mujeres, hasta de las más virtuosas, abrumándolas con nuestra belleza, con nuestra riqueza? Fuera de esto, vivimos en un solo día más que una buena burguesa en diez años, con lo cual está dicho todo.

—¿No te parece odiosa una mujer sin virtud?—dijo Emilio á Rafael.

Eufrasia les lanzó una mirada de víbora, y respondió con inimitable acento de ironía:

—¡La virtud! La dejamos para las feas y las jorobadas. ¿Qué serían sin eso las pobres mujeres?

—Cáyate—le dijo Emilio:—no hables de lo que no conoces.

—¡Que no la conozco!—replicó Eufrasia.—Entregarse por toda la vida á un ser detestado, saber criar hijos que nos abandonan y tener que darles las gracias cuando nos hieren en el corazón; esas son las virtudes que exigís á la mujer, y además, en recompensa de su abnegación, le imponéis sufrimientos procurando seducirla, y si resiste la comprometéis. ¡Bonita vida! Preferible es conservar la libertad, amar á los que nos gustan y morir jóvenes.

—¿No temes que llegue un día en que lo pagues muy caro?

—Pues bien: en lugar de mezclar mis placeres con sinsabores, dividiré mi vida en dos partes: una juven-

tud positivamente alegre, y no sé qué vejez incierta durante la cual padeceré á mi gusto.

—Esta no ha amado—dijo Aquilina con acento profundo.—Jamás ha andado mil leguas para ir á devorar con mil delicias una mirada y un desaire; no ha tenido pendiente su vida de un cabello, ni intentado dar de puñaladas á muchos hombres para salvar á su soberano, á su señor, á su Dios. Para ella, el amor era un gallardo coronel.

—¡Bah! ¡bah!—respondió Eufrasia.—El amor como el viento, que no sabemos de dónde viene. Además, si hubieras sido verdaderamente amada por un bestia, tendrías horror á los hombres de talento.

—El código nos prohibe amar á las bestias,—dijo la arrogante Aquilina con acento irónico.

—Te creía más indulgente para los militares,—contestó Eufrasia riendo.

—¡Qué felices son en poder abdicar así su razón!—exclamó Rafael.

—¡Felices!—repitió Aquilina con sonrisa de lástima y de terror y echando á los dos amigos una mirada terrible.—¡Cómo se conoce que ignoráis lo que es verse condenada al placer con un muerto en el corazón!

Contemplar en aquel momento los salones era tener una vista anticipada del Pandemonio de Milton. Las llamas azuladas del ponche coloraban de infernales tintas los rostros de los que todavía podían beber. Insensatas danzas, animadas por una energía salvaje, excitaban risas y gritos que estallaban como las detonaciones de un fuego de artificio. El tocador y un saloncito sembrados de muertos y de moribundos, presentaban la imagen de un campo de batalla. La atmósfera estaba

caldeada de vino, de placeres y de palabras. La embriaguez, el amor, el olvido del mundo estaban en los corazones, en las caras, escritos en las alfombras, expresados por el desorden, y tendían sobre todas las miradas tenues velos que hacían ver en el aire vapores embriagadores. Habíase levantado, como en las bandas luminosas trazadas por un rayo de sol, un polvillo brillante á través del cual se agitaban las formas más caprichosas, las luchas más grotescas. Acá y allá, algunos grupos de figuras enlazadas se confundían con los mármoles blancos, nobles obras maestras de escultura que adornaban los aposentos. Aunque los dos amigos conservaban todavía una especie de lucidez engañosa en las ideas y en sus órganos, un postrer sacudimiento, simulacro imperfecto de la vida, les era imposible conocer todo cuanto había de real en las extrañas fantasías, de posible en los cuadros sobrenaturales que pasaban de continuo por delante de sus fatigados ojos. El cielo sofocante de nuestros sueños, la suavidad ardiente que presentan los rostros en nuestras visiones, especialmente cierta agilidad cargada de cadenas, y finalmente los fenómenos más inusitados del sueño, los asaltaban tan vivamente, que tomaron los escarceos de aquel desorden por caprichos de una pesadilla en que el movimiento carece de ruido y el oído no percibe los estrépitos. En aquel momento, un criado de confianza logró á fuerza de trabajo, atraer á su amo á la antesala, y le dijo al oído:

—Señor, todos los vecinos están asomados á las ventanas y se quejan de este escándalo.

—Si les molesta el ruido, que pongan paja delante de sus puertas,—contestó Taillefer.

De pronto, Rafael soltó una carcajada tan bruscamente intempestiva que su amigo le pidió la explicación de aquella alegría brutal.

—Difícilmente me comprenderías—contestó.—Ante todo debo confesarte que me habéis detenido en el muelle Voltaire en el momento en que iba á arrojarme al Sena, y sin duda querrás saber los motivos de mi muerte. Pero cuando añada que por un azar casi fabuloso, acababan entonces de reunirse á mis ojos las ruinas del mundo material mediante una tradición simbólica de la sabiduría humana; mientras que en este momento las reliquias de todos los tesoros intelectuales que hemos saqueado en la mesa convergen en esas dos mujeres, imágenes vivas y originales de la locura, y que nuestra profunda indiferencia de los hombres y de las cosas ha servido de transición á los cuadros vigorosamente coloridos de dos sistemas de existencia tan diametralmente opuestos, ¿quedarás por eso más enterado? Si no estuvieras borracho, verías tal vez en ello un tratado de filosofía.

—Y si no tuvieras los dos pies sobre esta encantadora Aquilina cuyos ronquidos tienen cierta analogía con el bramido de una tempestad pronta á estallar—repuso Emilio que á su vez se entretenía en enrollar y desenrollar los cabellos de Eufrasia sin tener casi conciencia de tan inocente ocupación,—te avergonzarías de tu embriaguez y de tu charla. Tus dos sistemas pueden quedar comprendidos en una frase y reducirse á una idea. La vida sencilla y mecánica conduce á cierta sabiduría insensata ahogando nuestra inteligencia con el trabajo, mientras que la vida pasada en el vacío de las abstracciones ó en el abismo del mundo moral condu-

ce á cierta loca sabiduría. En una palabra, matar los sentimientos para vivir viejos, ó morir jóvenes aceptando el martirio de las pasiones, tal es nuestra sentencia Y aun así y todo, esta sentencia lucha con los temperamentos que nos ha dado el pícaro chancero á quien debemos el patrón de todas las criaturas.

—¡Ah necio!—exclamó Rafael, interrumpiéndole.—¡Continúa compendiándote á ti mismo de ese modo, y formarás volúmenes! Si yo hubiese tenido la pretensión de formular propiamente esas dos ideas, te habría dicho que el hombre se corrompe por el ejercicio de la razón, y se purifica por la ignorancia. Eso es procesar á las sociedades! Pero ya vivamos con los sabios ó perezcamos con los locos, ¿el resultado no viene á ser, temprano ó tarde, el mismo? Por eso, el gran abstractor de quinta esencia expresó en otro tiempo ambos sistemas en dos palabras: "Carymary," "Carymara."

—Me haces dudar del poder de Dios, porque eres más necio que él poderoso—replicó Emilio.—Nuestro querido Rabelais ha resuelto esta filosofía con una palabra más breve que "Carymary," "Carymara;" esta palabra es "Quizás," de la cual Montaigne sacó su "¿Qué sé yo?" Y aun estas últimas palabras de la ciencia social casi no son más que la exclamación de Pyrrhon que se quedó entre el bien y el mal, como el asno de Buridán entre dos piensos. Pero dejemos aquí esa eterna discusión que hoy queda reducida á "sí" y "no."—¿Qué experimento querías hacer arrojándote al Sena? ¿Tenías envidia de la máquina hidráulica del puente de Nuestra Señora?

—¡Ah! ¡Si supieras mi historia!

—Chico, no te creía tan vulgar: la frase está ya gastada. ¿No sabes que todos tenemos la pretensión de padecer más que los otros?

—¡Ah!—exclamó Rafael.

—Estás gracioso con tus "¡ah!" Dime. ¿Padeces alguna enfermedad de cuerpo ó alma que te obligue todas las mañanas á plegar, mediante una contracción de músculos, los caballos que han de descuartizarte por la noche, como lo hizo en otro tiempo Damiéns? ¿Te has comido tu perro crudo, sin sal, en tu buhardilla? ¿Te han dicho alguna vez tus hijos: Tengo hambre? ¿Has vendido la cabellera de tu querida para ir á jugar? ¿Has ido alguna vez á pagar á un domicilio falso una letra de cambio falsa, girada contra un tío falso, con temor de llegar demasiado tarde? Oyeme. Si querías arrojarte al agua por una mujer, por un protesto, ó por fedio, reniego de tí. Confiésate, no mientas; no te pido memorias históricas. Sobre todo, sé tan breve como te lo permita tu borrachera; soy exigente como un lector, y estoy á punto de dormirme como mujer que lee su libro de devociones.

—¡Pobre necio!—dijo Rafael.—¿De cuándo acá no están los dolores en razón de la sensibilidad? Cuando lleguemos al estado de ciencia que nos permita hacer una historia natural de los corazones, darles nombres, clasificarlos en géneros, subgéneros y familias, en crustáceos, fósiles, saurios, microscópicos y qué sé yo qué más, entonces, amigo mío, quedará probado que los hay tiernos y delicados como flores, y que como ellas deben romperse por ligeros roces á los cuales ni siquiera son sensibles ciertos corazones minerales.

—¡Por favor! Ahórrame el prefacio—dijo Emilio

con aire semirrisueño, semicompasivo, cogiendo la mano de Rafael.

LA MUJER SIN CORAZON

Después de permanecer un rato callado, Rafael dijo haciendo un ademán de negligencia:

—No sé, á decir verdad, si debo atribuir á los vapores del vino ó del ponche la especie de lucidez que me permite abarcar en este momento toda mi vida como un solo cuadro en que las figuras, los colores, las sombras, las luces y las medias tintas están fielmente marcadas. No me extrañaría este juego poético de mi imaginación si no estuviese acompañado de una especie de desdén por mis padecimientos y mis alegrías pasadas. Mi vida, vista á cierta distancia, aparece como circunscrita por un fenómeno moral. El prolongado y lento dolor que ha durado diez años puede reproducirse hoy por algunas frases en las cuales el dolor no será ya más que un pensamiento y el placer una reflexión filosófica. Juzgo en lugar de sentir.....

—Estás fastidioso como una enmienda que se desarrolla—dijo Emilio.

—Es posible—contestó Rafael sin ofenderse.—Por eso y á fin de no abusar de tu atención, te haré gracia de los diez y siete primeros años de mi vida. Hasta entonces viví como tú y como otros mil esa vida de colegio ó de liceo, en que las desgracias ficticias y las alegrías réales forman las delicias de nuestro recuerdo; esa vida

á la cual nuestra gastronomía hastiada pide las verduras del viernes, mientras no las hemos gustado de nuevo; hermosa vida cuyos trabajos nos parecen despreciables y que, sin embargo, nos han enseñado el trabajo....

—Llega al drama—dijo Emilio con tono entre cómico y quejumbroso.

—Cuando salí del colegio—repuso Rafael, reclamando con un ademán el derecho de continuar,—mi padre me sujetó á una disciplina severa y me aposentó en un cuarto contiguo á su despacho; me hacía acostar á las nueve de la noche y levantarme á las cinco de la mañana; quería que estudiase la carrera de Derecho á toda conciencia, para lo cual iba yo á la escuela y á casa de un abogado; pero las leyes del tiempo y del espacio estaban tan severamente aplicadas á mis caminatas, á mis trabajos, y mi padre me pedía, á la hora de comer, tan rigurosa cuenta, que.....

—Pero todo eso ¿qué me importa!—interrumpió Emilio.

—Cargue el diablo contigo!—exclamó Rafael.—¿Cómo podrás concebir mis sentimientos si no te relato los hechos imperceptibles que influyeron en mi alma, la acostumbraron al temor y me dejaron largo tiempo en la candidez primitiva del adolescente? Así, pues, hasta los veinte años he gemido bajo el yugo de un despotismo tan frío como el de una regla monacal. Para revelarte las tristezas de mi vida, quizás te bastará que te retrate á mi padre: era un señor alto y enjuto, cara de hoja de cuchillo, color pálido, palabra breve, tacaño como una solterona, meticuloso como un jefe de negociado. Su paternidad predominaba sobre mil ju-

guetones y alegres pensamientos y los encerraba como bajo una cubierta de plomo; si quería manifestarle algún sentimiento dulce y tierno, me recibía como al chiquillo que va á decir una tontería; le temía mucho más de lo que temíamos en otro tiempo á nuestros maestros, y siempre tenía ocho años para él. Aun me parece verle. Metido en su levita de color de castaña, tan tieso como un cirio pascual, parecía un arencón envuelto en la cubierta encarnada de un folleto. Sin embargo, yo quería á mi padre, porque en el fondo era hombre justo. No podemos aborrecer la severidad cuando la justifica un carácter entero, costumbres puras y está discretamente mezclada la bondad. Si mi padre no se apartó nunca de mí, si hasta la edad de veinte años no puso diez francos á mi disposición, diez pícaros, diez libertinos francos, tesoro inmenso, cuya posesión envidiaba en vano y me hacía soñar con inefables delicias, al menos procuraba proporcionarme algunas distracciones. Después de prometerme una diversión meses enteros, me llevaba á los Bufos, á un concierto, á un baile, donde yo esperaba encontrar una querida. Una querida era para mí la independencia. Pero vergonzoso y tímido, ignorante del idioma de los salones y no conociendo á nadie, salía de allí con el corazón intacto y henchido de deseos. Y al otro día, embridado como un caballo de escuadrón por mi padre, volvía á casa del abogado, al estudio de la jurisprudencia, al palacio de Justicia. Pretender desviarme del camino uniforme que mi padre me había trazado, habría sido exponerme á su enojo; me había amenazado con embarcarme á la primera falta en calidad de grumete, para las Antillas; y por eso me sobrecogía de espanto cuando por casualidad me atre-

vía á aventurarme una hora ó dos en alguna diversión Figúrate la imaginación más vagabunda, el corazón más enamorado, el alma más tierna, el espíritu más poético, continuamente en presencia del hombre más quisquilloso, más atrabiliario, más frío del mundo; casa, en fin, á una doncella con un esqueleto, y comprenderás la existencia cuyas curiosas escenas difícil fuera narrarte; proyectos de fuga desvanecidos al aspecto de mi padre, desesperaciones calmadas por el sueño, deseos comprimidos, sombrías melancolías disipadas por la música. Yo exhalaba mi desdicha en melodías. Beethoven y Mozart fueron con frecuencia mis discretos confidentes. Hoy me río al recordar todos los prejuicios que perturbaban mi conciencia en aquella época de inocencia y de virtud; si hubiera puesto el pie en un restaurant, me habría creído arruinado; mi imaginación me hacía considerar un café como un lugar de libertinaje en que los hombres mancillan su honor y comprometen su fortuna; en cuanto á arriesgar dinero al juego, habría sido menester tenerlo. ¡Oh! Aun cuando deba adormecerte, quiero referirte una de las más terribles satisfacciones de mi vida, una de esas satisfacciones armadas de garras que se hunden en el corazón como un hierro hecho ascua en el hombro de un galeote.

Fuí á pie á casa del duque de Navarrein, primo de mi padre; mas para que puedas hacerte cargo perfectamente de mi posición, has de saber que yo llevaba un frac raído, unos zapatos mal hechos, una corbata de cochero y unos guantes usados. Me puse en un rinçón para poder tomar sorbetes á mi gusto y contemplar las mujeres bonitas. Mi padre me vió. Por una causa que jamás he adivinado, hasta tal punto me dejó atónito

aquel rasgo de confianza, me dió sus llaves y su bolsa para que se las guardara. A diez pasos de mí algunos hombres jugaban, y yo oía el retintín del oro. A la sazón tenía veinte años, y deseaba pasar un día entero entregado á los crímenes de mi edad. Era un libertinaje del espíritu, cuyo análogo no se encontraría ni en los caprichos de una cortesana, ni en los ensueños de las doncellas. Hacía un año que no pensaba más que en ir bien vestido, en coche, con una mujer hermosa á mi lado, á lo gran señor, comiendo en casa de Very, yendo por la noche al teatro, decidido á no volver á casa hasta el otro día, pero preparando á mi padre la narración de una aventura más enredada que la de "Las bodas de Fígaro," de la cual no sacase nada en limpio. Yo había calculado que todo eso no me costaría más allá de cincuenta escudos. ¿No estaba todavía bajo el cándido hechizo del estudiante que hace novillos? Me retiré, pues, á un gabinete donde, solo, con los ojos empañados y los dedos temblorosos, conté el dinero de mi padre: ¡cien escudos! Los goces de mi escapatoria, evocados por esa cantidad, se me aparecieron danzando como las brujas de Macbeth alrededor de su caldera, pero incitantes, atrayentes, deliciosos.... Me convertí en un pícaro resuelto. Sin hacer caso de los zumbidos de mis oídos, ni de los latidos precipitados de mi corazón, tomé dos monedas de veinte francos que aun me parece estar viendo: tenían borrado el año de la acuñación, y el busto de Bonaparte gesticulaba en ellas. Guardé de nuevo la bolsa y me acerqué á una mesa de juego llevando las dos monedas de oro en la húmeda palma de la mano, y anduve dando vueltas al rededor de los jugadores, como gavilán por encima de un gallinero. Pre-

sa de indecibles angustias, eché de pronto una mirada translúcida en torno mío. Convencido de que no me veía ninguna persona conocida mía, jugué mis cuarenta francos en favor de un hombrecillo gordo y jovial, sobre cuya cabeza acumulé más plegarias y votos que los que se hacen en el mar durante tres tempestades. Luego, con un instinto de perversión ó maquiavelismo sorprendente en mi edad, fuí á plantarme junto á una puerta mirando á los salones, pero sin ver nada en ellos. Mi alma y mis ojos revoloteaban alrededor del fatal tapete verde. De aquella noche data la primera observación fisiológica que me ha valido esta especie de penetración merced á la cual he podido sorprender algunos misterios de nuestra doble naturaleza. Volvía la espalda á la mesa en que se disputaba mi futura dicha, dicha quizás tanto más intensa cuanto que era criminal; entre los jugadores y yo había una fila de hombres compuesta de cuatro ó cinco hileras de algunos que conversaban; el rumor de sus voces impedía percibir el sonido del dinero que se mezclaba con el ruido de la orquesta; á pesar de todos estos obstáculos, por un privilegio otorgado á las pasiones que les da el poder de anular el tiempo y el espacio, sabía cuál de los dos era el que volvía el rey como si hubiese visto las cartas; en fin, á diez pasos del juego, me hacían perder el color sus caprichos. De pronto, mi padre pasó por delante de mí y entonces comprendí esta palabra de la Sagrada Escritura: "¡El espíritu de Dios pasó por delante de su faz!" Yo había ganado. A través del remolino de hombres que gravitaba en torno de los jugadores, corrí á la mesa, deslizándome con la destreza de una anguila que se escapa por la malla rota de una red. La tensión dolorosa de mis fibras,

hízola desaparecer el júbilo. Estaba como un reo que, encaminándose al cadalso, ha encontrado al rey. Por casualidad, un sujeto condecorado reclamó cuarenta francos que faltaban. Algunos ojos inquietos se fijaron en mí con suspicacia, y entonces me puse pálido y surcaron mi frente gruesas gotas de sudor frío. El crimen de haber robado á mi padre me pareció bien vengado. Pero el hombrecillo gordo dijo entonces con voz indudablemente angelical: "Todos estos caballeros habían puesto;" y pagó los cuarenta francos. Levanté la frente y dirigí miradas triunfantes á los jugadores. Después de devolver á la bolsa de mi padre el dinero que había sacado de ella, dejé mi ganancia á aquel digno y honrado caballero, que siguió ganando.

Cuando me ví poseedor de ciento sesenta francos, los envolví en mi pañuelo de modo que no se removieran ni hicieran ruido mientras volvíamos á casa, y no jugué más.—¿Qué hacías junto á la mesa de juego? me preguntó mi padre cuando subimos al coche.—Miraba jugar, contesté temblando.—Es que no tendría nada de extraño, repuso, que por amor propio hubieras echado algún dinero sobre el tapete verde. A los ojos de los hombres de mundo, pareces ya de bastante edad para tener el derecho de hacer alguna tontería. Por eso te disculparía, Rafael, si te hubieras valido de mi bolsa.....—Yo contesté nada. Cuando estuvimos en casa, devolví á mi padre sus llaves y su dinero. Al entrar en su cuarto, vació la bolsa sobre su chimenea, contó el dinero, se volvió hacia mí con complacencia, y me dijo haciendo entre cada frase una pausa más ó menos larga y significativa:—Hijo mío, pronto cumplirás veinte años. Estoy contento de tí. Necesitas una

cantidad mensual para tus gastos, aunque sólo sea para aprender á economizar, para conocer las cosas de la vida. Desde hoy te daré cien francos mensuales. Dispondrás de tu dinero como te plazca. Aquí tienes el primer trimestre de este año, añadió pasando la mano por encima de una pila de oro como para comprobar la suma.—Confieso que estuve á punto de arrojarme á sus plantas, de declararle que era yo un bandido, un infame, y.... lo que era peor, un embustero; pero la vergüenza me contuvo. Fuí á abrazarle, pero no lo permitió.—Ahora ya eres un hombre, hijo mío, me dijo. Lo que hago es una cosa muy sencilla y justa que no me debes agradecer. Si tengo algún derecho á tu gratitud Rafael, repuso con acento dulce pero lleno de dignidad, consiste en haber preservado tu juventud de las desgracias que devoran á todos los jóvenes en París. En adelante seremos dos amigos. Dentro de un año serás doctor en Derecho. No sin algunos disgustos y ciertas privaciones, has adquirido los conocimientos sólidos y el amor al trabajo, tan necesarios á los hombres llamados á manejar los negocios. Aprende á conocerme, Rafael. No quiero hacer de tí un abogado, ni un notario, sino un hombre de Estado que pueda ser la gloria de nuestra pobre casa. Hasta mañana, añadió despidiéndose con un ademán misterioso.

Desde aquel día mi padre me inició francamente en sus proyectos. Yo era hijo único, y había quedado huérfano de madre hacía diez años. Mi padre, jefe de una casa histórica casi olvidada en Auvernia, y á quien no lisonjeaba en otro tiempo tener el derecho de labrar la tierra con espada al cinto, vino á París á luchar con el diablo. Dotado de esa sutileza que hace á los hombres

del Mediodía de Francia tan superiores cuando va acompañada de energía, había llegado sin gran apoyo á ocupar una posición en el centro mismo del poder. La Revolución dió en breve al traste con su fortuna; pero se había casado con la heredera de una gran casa, y en tiempo del Imperio se halló con facultad de restituir á nuestra familia su antiguo esplendor. La Restauración, que devolvió á mi madre grandes bienes, arruinó á mi padre. Habiendo comprado en otro tiempo muchas tierras dadas por el emperador á sus generales y situadas en país extranjero, cuestionaba hacía diez años con liquidadores y diplomáticos, con los tribunales prusianos y bávaros, para continuar en la posesión disputada de aquellas desdichadas dotaciones. Mi padre me lanzó en el laberinto inextricable de aquel gran pleito del que dependía nuestro porvenir. Podíamos salir condenados á devolver las rentas así como el valor de ciertas talas de bosques hechas de 1814 á 1816; en cuyo caso la hacienda de mi madre apenas bastaría para salvar el honor de nuestro nombre. De aquí resultó que el día en que mi padre pareció emanciparse en cierto modo, caí bajo el yugo más odioso. Tuve que luchar como en un campo de batalla, trabajar día y noche, hacer antesalas á los hombres de Estado, sorprender su religión, interesarles en nuestro asunto, seducirles á ellos, á sus mujeres, á sus criados y hasta á sus perros, y disfrazar este horrible cometido con formas elegantes, con frases seductivas.

Entonces comprendí todos los disgustos cuya huella ajaba el semblante de mi padre. Por espacio de un año llevé en la apariencia la vida de un hombre de mundo; pero aquella disipación y mi solicitud por tra-

tarme con parientes que gozaban de favor ó con personas que podían serme útiles, ocultaban inmensos trabajos. Mis diversiones seguían siendo los ejercicios del foro, y mis conversaciones los escritos jurídicos. Hasta entonces había sido virtuoso por la imposibilidad de entregarme á mis pasiones de joven, pero, temiendo después causar la ruina de mi padre ó la mía por una negligencia, me convertí en mi propio déspota y no me atreví á permitirme un placer ni un dispendio. Cuando somos jóvenes, cuando los hombres y las cosas no nos han quitado todavía esa delicada flor de sentimiento, ese verdor de ideas, esa pureza de conciencia que jamás nos deja transigir con el mal, comprendemos vivamente nuestros deberes; somos francos y sin doblez: así era yo entonces, y quise justificar la confianza de mi padre. En otro tiempo le habría hurtado con gusto una pequeña cantidad; pero al ayudarle á llevar la carga de sus negocios, de su nombre, de su casa, le habría dado secretamente mis bienes y mis esperanzas, del propio modo que le sacrificaba mis placeres: ¡y aun satisfecho de hacer este sacrificio! Así, pues, cuando el señor de Villele exhumó, á propósito contra nosotros, un decreto imperial sobre las prescripciones, y nos hubo arruinado, firmé la venta de mis propiedades, sin conservar más que una pequeña isla sin valor, situada en medio del Loira, y en la cual estaba el sepulcro de mi madre. Hoy quizás no carecería de argumentos, de rodeos, de disquisiciones filosóficas, filantrópicas y políticas para dispensarme de hacer lo que mi abogado llamaba una "tontería." Pero repito que á los veintiún años somos todo generosidad, todo calor, todo amor. Las lágrimas que ví en los ojos de mi padre fue-

ron entonces para mí la más hermosa de las fortunas, y el recuerdo de aquellas lágrimas ha consolado muchas veces mi miseria. A los diez meses de haber pagado á sus acreedores, mi padre murió de pesadumbre. Me adoraba y me había arruinado, y ésta idea le mató.

Al terminar el otoño de 1825, y á los veintidós años de edad, asistí enteramente solo al entierro de mi mejor amigo, de mi pobre padre. Pocos jóvenes se han visto cómo yo, solos con sus pensamientos, detrás de un féretro, perdidos en París, sin porvenir, sin fortuna. Los huérfanos recogidos por la caridad pública tienen al menos por porvenir el campo de batalla, por padre el gobierno ó el fiscal general y por refugio un hospicio. Pero yo no tenía nada. A los tres meses un subastador público me entregó mil ciento doce francos, producto neto y líquido de la herencia paterna. Los acreedores me habían obligado á vender nuestro mueblaje. Acostumbrado desde mi juventud á dar gran valor á los objetos de lujo que me rodeaban, no pude menos de mostrar alguna sorpresa ante aquel sobrante tan exiguo.—¡Oh! me dijo el subastador, todo aquello era muy "rococo."—Terrible palabra que marchitaba todas las religiones de mi infancia y me arrebataba mis primeras ilusiones, las más queridas de todas. Mi fortuna se resumía en una nota de venta, mi porvenir estaba en un saquillo que contenía mil ciento doce francos, y la sociedad se me presentaba en la persona de un subastador que me hablaba calado el sombrero. Un criado que se llamaba Jonatás, que me quería mucho y á quien mi madre había dejado en otro tiempo cuatrocientos francos de renta, me dijo al abandonar la casa de la

que yo había salido tantas veces alegremente en mi infancia: "Sea usted muy económico, señorito Rafael." Y el buen hombre lloraba.

Tales son, querido Emilio, los acontecimientos que decidieron de mi destino, modificaron mi alma y me pusieron, joven aún, en la más falsa de todas las situaciones sociales, dijo Rafael después de una ligera pausa. Ciertos lazos de familia, bastante débiles, me unían á algunas casas cuyo acceso me hubiera vedado mi orgullo, si el desprecio y la indiferencia no me hubiesen ya cerrado sus puertas. Aunque emparentado con personas muy influyentes y pródigas de su protección para los extraños, yo no tenía parientes ni protectores. Mi alma, contenida sin cesar en sus expansiones, se había replegado en sí misma. Lleno de franqueza y de naturalidad, había, sin embargo, de parecer frío y disimulado; el despotismo de mi padre me había quitado toda confianza en mí; era tímido y encogido, no creía que mi voz pudiera ejercer el menor imperio, me desagradaba á mí mismo, me encontraba feo y tenía vergüenza de mi mirada. A pesar de la voz interior que debe sostener á los hombres de talento en sus luchas y me decía: ¡Animo! ¡Adelante!; á pesar de las revelaciones repentinas de mi poder en la soledad; á pesar de la esperanza que me animaba al comparar las obras nuevas admiradas por el público con las que se cernían en mi imaginación, dudaba de mí como un niño. Era presa de una ambición desapoderada, me creía llamado á hacer grandes cosas, y sin embargo, me sentía en la nada. Necesitaba hombres y me encontraba sin amigos. Debía abrirme un camino en el mundo, y permanecía solo, menos tímido que avergonzado. Durante el

año en que mi padre me lanzó al torbellino de la alta sociedad ,me presenté en ella con un corazón nuevo, con un alma fresca. Como todos los niños grandes, aspiraba secretamente á tener plácidos amores.

Encontré entre los jóvenes de mi edad una partida de fanfarrones que iban con la cabeza alta diciendo tonterías, sentándose sin temblar al lado de mujeres que me parecían las más impotentes, soltando impertinencias, chupando el puño de sus bastones, haciendo melindres, prostituyendo á sí mismos las jóvenes más bonitas, descansando ó suponiendo haber descansado la cabeza en todas las almohadas, considerando á las más virtuosas, á las más púdicas, como presa fácil á la que se podía conquistar con una palabra, con un movimiento audaz, con una mirada insolente..... Te aseguro, en mi conciencia y en mi alma, que la conquista del poder ó de un gran renombre literario me parecía empresa más llana que la de una mujer de alto rango, joven, de talento y graciosa. Conocí que las perturbaciones de mi corazón, mis cultos, estaban en desacuerdo con las máximas de la sociedad. No carecía de atrevimiento, pero en el alma solamente y no en los modales. Más adelante he sabido que á las mujeres no les gusta ser mendigadas; he visto muchas á las que adoraba de lejos, á las que entregaba un corazón á toda prueba, un alma que desgarrar, una energía que no se asustaba de los sacrificios ni de las torturas, y sin embargo, pertenecían á necios á quienes ni para porteros hubiera yo querido. ¡Cuántas veces, callado, inmóvil, no he admirado á la mujer de mis ensueños surgiendo en un baile! Entregando entonces mentalmente mi existencia á caricias eternas, concentraba todas mis esperanzas en una mira-

da y le ofrecía en mi éxtasis un amor de joven que corría al encuentro de las falacias.... En ciertos momentos, habría dado mi vida por una sola noche. Pues bien, no habiendo encontrado nunca almohadas á las que confiar mis apasionadas frases, miradas en las que pudieran descansar las mías, corazón para mi corazón, he vivido sufriendo todos los tormentos de una energía impotente que se devora á sí misma, ó por falta de atrevimiento ó de ocasiones, ó bien por inexperiencia. Quizás haya desesperado de hacerme comprender, ó temido que se me comprendiera demasiado. Y sin embargo, tenía una tempestad dispuesta para cada mirada agradable que se me podía dirigir. A pesar de mi prontitud en apoderarme de esa mirada ó de palabras al parecer afectuosas como tiernos estímulos, jamás me he atrevido á hablar ni á callar á tiempo. A fuerza de sentimiento, mi conversación era insignificante, y mi silencio degeneraba en estúpido. Yo era sin duda sobradamente cándido para una sociedad ficticia que vive á la luz artificial, que expresa todos sus pensamientos con frases convenidas ó con palabras dictadas por la moda. Además, no sabía hablar callando, ni callar hablando. En fin, guardando dentro de mí los ardores que me abrasaban, dotado de un alma semejante á las que las mujeres desean encontrar, lleno de esa exaltación de que tan ávidas se muestran, en posesión de la energía de que se envanecen los tontos, todas las mujeres se han mostrado traidoramente crueles conmigo. Así era que admiraba yo candorosamente á esos héroes de camarilla cuando celebraban sus triunfos, sin sospechar que pudieran mentir. Yo hacía mal sin duda en desear un amor bajo palabra; en querer encontrar gran-

de y fuerte en un corazón de mujer frívola y liviana, ganosa de lujo, henchida de vanidad, esa pasión sin límites, ese océano que se agitaba procelosamente en mi corazón. ¡Oh! ¡Sentirse nacido para amar, para hacer venturosa á una mujer, y no haber encontrado ninguna, ni siquiera una animosa y noble Marcelina ó alguna vieja marquesa! ¡Llevar esos tesoros en unas alforjas, y no haber podido dar con una niña ó una joven curiosa para hacérselos admirar! Más de una vez he querido matarme de desesperación.

—¡Lindamente trágico estás esta noche!—dijo Emilio.

—Déjame condenar mi vida—contestó Rafael.—Si tu amistad no es tan fuerte que te permita escuchar mis elegías, si no puedes concederme media hora de fastidio, duerme. Pero entonces no me pidas cuenta de mi suicidio que muge, se yergue, me llama, y al que respondo. Para juzgar á un hombre, se necesita, al menos, estar en el secreto de su pensamiento, de sus desventuras, de sus emociones; no querer saber más que los sucesos materiales de su vida, es hacer cronología, esa historia de los necios.

El tono acerbo con que pronunció estas palabras chocó á Emilio de tal modo, que desde aquel momento, prestó mayor atención á Rafael, mirándole como atontado.

—Pero ahora—prosiguió el narrador—el fulgor que colora esos accidentes les comunica nuevo aspecto. El orden de las cosas que antes consideraba yo como una desgracia, ha engendrado tal vez las bellas facultades de que más adelante me he enorgullecido. La curiosidad filosófica, el trabajo excesivo, la afición á la lec-

tura que han ocupado constantemente mi vida desde la edad de siete años hasta mi entrada en el mundo, ¿no me habrán dotado de la fácil propiedad con que, según vosotros, sé expresar mis ideas y marchar avanzando por el extensísimo campo de los conocimientos humanos? El abandono á que estuve condenado, la costumbre de reprimir mis sentimientos y de vivir en mi corazón, no me habrían investido del poder de comparar, de meditar? Mi sensibilidad, que no se ha extraviado poniéndose al servicio de las cóleras humanas que empequeñecen el alma más hermosa y la reducen al estado de guiñapo, ¿no se ha concentrado para llegar á ser el órgano perfeccionado de una voluntad más elevada que el querer de la pasión? Desconocido por las mujeres, recuerdo haberlas observado con la sagacidad del amor desdeñado. Ahora, lo conozco, la sinceridad de mi carácter ha debido desagradar, y es que las mujeres quizás quieren un poco de hipocresía. Siendo como soy alternativamente y en una misma hora, hombre y niño, fútil y pensador, exento de prejuicios y lleno de supersticiones, á menudo mujer como ellas, ¿no han debido tomar mi sencillez por cinismo, y la pureza misma de mi pensamiento por libertinaje? La ciencia era aburrimiento para ellas, la languidez femenina, debilidad. Esta desmedida movilidad de imaginación, desdicha de los poetas, hacía sin duda que me tuviesen por un ser incapaz de amor, sin constancia en las ideas, sin energía. Idiota cuando callaba, las asustaba al procurar agradarlas, y las mujeres me han condenado. He debido aceptar, entre lágrimas y pesares, la sentencia dictada por el mundo. Pero esa sentencia ha producido su fruto. Quise vengarme de la sociedad,

quise poseer el alma de todas las mujeres sometiéndome á sus inteligencias y ver que se fijaran en mí todas las miradas cuando un criado me anunciara á la puerta de un salón. Desde mi infancia, me daba palmadas en la frente, diciéndome como Andrés Chenier: "¡Aquí hay algo!" Creía sentir en mí un pensamiento que expresar, un sistema que establecer, una ciencia que difundir. ¡Ah querido Emilio! Hoy que apenas tengo veintiséis años que estoy seguro de morir desconocido, sin haber sido jamás el amante de la mujer con cuya posesión he soñado, permite que te cuente mis locuras... ¿Acaso no hemos tomado todos, más ó menos, nuestros deseos por realidades? ¡Oh! No quisiera tener por amigo un joven que en sus ensueños no se hubiera tejido coronas, construído algún pedestal ó apropiado complacientes queridas. Yo he sido con frecuencia general, emperador; he sido Byron, y luego nada. Después de haber jugado en la cúspide de las cosas humanas, echaba de ver que aún tenía que trepar á todas las montañas, que allanar todas las dificultades. Este inmenso amor propio que fermentaba en mí, esta creencia sublime de un destino, y que tal vez se convierte en genio cuando un hombre no se deja recortar el alma por el contacto de los negocios como un carnero va dejando su lana en los zarzales que atraviesa, eso es lo que me ha salvado. Quise cubrirme de gloria y trabajar en silencio para la mujer amada que esperaba tener algún día. Todas las mujeres se resumían en una sola, y yo creía encontrarla en la primera que se presentara ante mí; pero viendo una reina en cada una, todas debían, como las reinas que están obligadas á declararse á sus amantes, acudir á mi encuentro, solicitarme á mí,

doliente, pobre y tímido. ¡Ah! Aparte del amor encerraba en mi corazón tanto agradecimiento para aquella que se hubiera apiadado de mí, que la habría adorado toda su vida.

Andando el tiempo, mis observaciones me han enseñado crueles verdades. Ya ves, querido Emilio, que me exponía á vivir eternamente solo. Por no sé qué inclinación de su espíritu, las mujeres están acostumbradas á no ver en un hombre de talento más que sus defectos, y en un tonto más que sus buenas cualidades; sienten grandes simpatías por las cualidades del tonto, que son perpetua lisonja de sus propios defectos, al paso que el hombre de valimiento no les proporciona bastantes goces para compensar sus imperfecciones. El talento es una fiebre intermitente; ninguna mujer se muestra deseosa de compartir siquiera su malestar: todas quieren encontrar en sus amantes motivos de satisfacer su vanidad. Y es porque son ellas mismas lo que en nosotros aman. Un hombre pobre, orgulloso, artista, dotado del poder de crear, ¿no está armado de un ofensivo egoísmo? En su derredor hay cierto torbellino de pensamientos en el cual lo envuelve todo, hasta su amada, que debe seguir su movimiento. Y una mujer adulada ¿puede creer en el amor de semejante hombre? ¿Ir á buscarle? Ese amante no tiene tiempo de abandonarse, en torno de un diván, á esas pequeñas ficciones de sensibilidad á las cuales dan tanta importancia las mujeres y que son el triunfo de las personas falsas é insensibles. Si no disponen de bastante tiempo para sus tareas, ¿cómo lo han de invertir en empequeñecerse en engalanarse? Dispuesto á dar mi vida de golpe, no la habría envilecido en detalle. En fin, en

el manejo de un agente de cambio que se cuida de los negocios de una mujer pálida y remilgada hay algo de mezquino que horroriza al artista. El amor parcial no basta á un hombre pobre y grande; lo quiere en toda su abnegación. Los seres insignificantes que pasan la vida probándose chales ó que se hacen percha de moda, no tienen abnegación, pero la exigen y ven en el amor el placer de mandar, pero no el de obedecer. La verdadera esposa de corazón, de carne y hueso, se deja llevar á donde va aquél en quien radica su vida, su fuerza, su gloria, su dicha. Los hombres superiores necesitan mujeres orientales cuya única idea sea el estudio de sus necesidades; para ellos la desgracia está en el desacuerdo de sus deseos y de sus medios. ¡Yo, que me creía hombre de genio, amaba precisamente á las petimetras! Alimentando ideas tan contrarias á las ideas admitidas, teniendo la pretensión de escalar el cielo sin escala, poseyendo tesoros que no tenían curso, armado de conocimientos extensos que recargaban mi memoria y que aún no había clasificado ni me había asimilado, encontrándome sin parientes, sin amigos, solo en el más espantoso desierto, desierto empedrado, desierto pensador, viviente, en que todo es para nosotros más que enemigo, por cuanto es indiferente, la resolución que tomé era muy natural, aunque insensata; tenía en sí algo de imposible que me dió valor. Fué á modo de un partido entablado conmigo mismo, en que yo era á la vez jugador y puesta. He aquí mi plan. Los mil cien francos debían bastarme para vivir tres años, y me concedí este tiempo para dar á luz una obra que llamara hacia mí la atención pública, y proporcionarme una fortuna ó un nombre. Me lisonjeaba que iba á vivir

de pan y leche, como un solitario de la Tebaida, sumido en el mundo de los libros y de las ideas, en una esfera inaccesible, en medio de este París tan tumultuoso, esfera de trabajo y de silencio donde, como las crisálidas, me labrara una tumba para renacer brillante y glorioso. Estuve á punto de morir por vivir. Reduciendo la existencia á sus verdaderas necesidades, á lo estrictamente necesario, ví que trescientos sesenta y cinco francos los debían bastar para mi pobreza. En efecto, aquella exigua suma me había sido suficiente para vivir mientras he querido soportar mi propia disciplina claustral.

—Es posible,—dijo Emilio.

—He vivido cerca de tres años así—respondió Rafael con cierto orgullo.—Contemos. Tres sueldos de pan, dos de leche y tres de embutidos me impedían morir de hambre y mantenían mi espíritu en un estado de lucidez singular. Bien sabes que he observado maravillosos efectos producidos por la dieta en la imaginación. El alquiler de mi cuarto me costaba tres sueldos diarios, el aceite para alumbrarme otros tres; yo mismo limpiaba mi habitación y llevaba camisas de franela para no gastar en lavado y planchado de ropa blanca más que dos sueldos diarios. Me calentaba con carbón de piedra, cuyo precio, dividido por los días del año, jamás ha pasado de dos sueldos en cada uno de ellos. Tenía ropa exterior y blanca, así como calzado, para tres años, y no quería vestirme bien sino para ir á ciertas conferencias públicas y á las bibliotecas. Estos gastos reunidos sólo ascendían á dieciocho sueldos; por consiguiente me quedaban dos para imprevistos. Durante este período de trabajo, no recuerdo haber pasa-

de por el puente de las Artes ni comprado agua, pues iba á buscarla todas las mañanas á la fuente de la plaza de San Miguel. ¡Oh! Soportaba arrogantemente mi pobreza. Todo hombre que presiente un lisonjero porvenir marcha por su vida de miseria como un inocente llevado al suplicio: no se avergüenza. No quise prever que pudiera estar enfermo, y como Aquilina, consideraba el hospital sin terror. Ni un momento puse en duda mi buena salud. Además, el pobre no debe meterse en la cama sino para morir. Yo mismo me cortaba el pelo, hasta que un ángel de amor ó de bondad.... Pero no quiero anticipar nada acerca de mi situación, de la cual pronto me ocuparé. Has de saber únicamente, querido amigo, que á falta de querida, viví con un gran pensamiento, con una mentira en la cual todos empezamos á creer más ó menos. Hoy me río de mí, de ese "yo," quizás santo y sublime, que ya no existe. La sociedad, el mundo, nuestros usos, nuestras costumbres, vistos de cerca, me han revelado el peligro de mi creencia inocente y la superfluidad de mis fervientes trabajos. Estos aprovisionamientos son inútiles para el ambicioso: el equipaje del que persigue la fortuna debe ser ligero. El error de los hombres superiores consiste en malgastar los años de su juventud en hacerse dignos del favor. Mientras que las gentes sencillas atesoran su fuerza y su ciencia para llevar sin esfuerzo el peso de un poder que huye de ellos, los intrigantes, ricos en palabras y falsos de ideas, van y vienen, sorprenden á los tontos, y se albergan en la confianza de los semitontos; los unos estudian, los otros andan; los unos son modestos, los otros atrevidos; el hom-

bre de genio oculta su orgullo; el intrigante que hace ostentación del suyo, necesariamente ha de llegar á ser algo. Los hombres del poder tienen tanta necesidad de creer en el mérito ya público, en el talento desvergonzado, que el verdadero sabio incurre en una puerilidad en el mero hecho de esperar las recompensas humanas. No aspiro ciertamente á parafrasear los lugares comunes de la virtud, el Cantar de los cantares eternamente cantado por los genios desconocidos; me limito á deducir lógicamente los frecuentes resultados obtenidos por las medianías. ¡Ah! El estudio es tan maternalmente bueno que quizás resulte criminoso pedirle otras recompensas que no sean las puras y dulces satisfacciones de que alimenta á sus hijos.

Recuerdo las veces que he empapado alegremente mi pan en leche, sentado junto á la ventana, respirando allí el aire puro y paseando mis miradas por un paisaje de tejados pardos, grises, encarnados, de pizarras, de tejas, y cubiertos de musgos amarillos y verdes. Si en un principio me pareció monótona esta vista, no tardé en descubrir en ella singulares bellezas. Tan pronto una porción de rayas luminosas salidas de ventanas entornadas, matizaban y animaban de noche las negras profundidades de aquel país original, como los pálidos resplandores de los faroles proyectaban desde abajo reflejos amarillentos á través de la bruma, y marcaban débilmente en las calles las ondulaciones de aquellos tejados apiñados, océano de olas inmóviles. En fin, á veces aparecían raras figuras en medio de aquel tétrico desierto, y entre las flores de algún jardín aéreo se destacaba el perfil anguloso

y ganchudo de una vieja que regabá capuchinas, ó en el marco de una claraboya carcomida aparecía una joven que, creyéndose sola, se estaba peinando y de la cual no divisaba yo más que la hermosa frente y los largos cabellos levantados por un brazo de seductora blancura. En los canalones se veía vegetar plantas efímeras, pobres yerbas que en breve debían arrebatar una tormenta. Yo estudiaba los musgos, sus colores avivados por la lluvia, y que al herirlos los rayos del sol se convertían en un terciopelo seco y pardo de reflejos caprichosos. En fin, los poéticos y fugaces efectos del día, las tristezas de la niebla, los repentinos chisporroteos del sol, el silencio y las magias de la noche, los misterios de la aurora, las humaredas de cada chimenea, todos los accidentes de esa singular naturaleza que me eran familiares ya, me divertían. Me gustaba mi prisión, que era voluntaria. Esas sabanas de París formadas de techumbres niveladas como una llanura, pero que cubrían abismos poblados, cuadraban á mi alma y se armonizaban con mis pensamientos. Es fastidioso encontrar bruscamente el mundo cuando descendemos de las alturas celestes adonde nos remontan nuestras meditaciones científicas; por esto comprendí entonces perfectamente la desnudez de los monasterios.

Cuando estuve enteramente resuelto á seguir mi nuevo plan de vida, busqué habitación en los barrios más desiertos de París. Una noche, al volver de la Estrapade, pasé por la calle de Cordeleros para regresar á mi casa. En la esquina de la calle de Cluny encontré una niña de unos catorce años que estaba ju-

gando al volante con una de sus compañeras, y cuyas risas y travesuras divertían á los vecinos. Hacía buen tiempo, y la noche estaba templada pues aun corría el mes de Septiembre. Delante de cada puerta había mujeres sentadas charlando como en una ciudad de provincia en día de fiesta. Observé desde luego á la niña, cuya fisonomía era de admirable expresión y el cuerpo á propósito para estudiarlo un pintor. Era una escena encantadora. Al inquirir la causa de aquella familiaridad en medio de París, noté que la calle no era de tránsito para ningún punto notable y qué no debía ser muy concurrida. Recordando la estancia de J. J. Rousseau en aquel sitio, encontré el hotel San Quintín, cuya inferioridad me hizo creer que encontraría allí alojamiento poco costoso, y me decidí á visitarlo. Al entrar en un cuarto bajo, ví los clásicos candeleros de cobre con sus velas, metódicamente alineados encima de cada llave, y me llamó la atención la limpieza de aquella sala, por lo común bastante descuidada en los demás hoteles y que encontré allí acicalada como un cuadro de género: su cama azul, los utensilios, los muebles, todo tenía la coquetería de una naturaleza convencional. La dueña de la fonda, mujer que frisaba en los cuarenta años, cuyas facciones traslucían desventuras, y cuyas miradas parecían como empañadas por el llanto, se levantó y acudió á mi encuentro: le manifesté humildemente el precio de alquiler que podía pagar, y sin extrañarlo al parecer, buscó una llave entre otras muchas y me llevó á las buhardillas, donde me enseñó un cuarto con vista á los tejados y á los patios de las casas vecinas, por cu-

yas ventanas pasaban largos palos con ropa puesta á secar.

No podía darse nada más horrible que aquella buhardilla de paredes amarillentas y sucias, que olía á miseria y llamaba á un sabio á que la habitase. El techo iba bajando con regularidad y por entre las tejas desunidas se veía el cielo. Allí había sitio para una cama, una mesa, unas cuantas sillas; y debajo del ángulo agudo del techo podía colocar mi piano. No siendo bastante rica para amueblar aquella jaula digna de los "Plomos" de Venecia, la pobre mujer nunca había podido alquilarla. Habiendo exceptuado precisamente de la venta de mi mueblaje los objetos de mi uso exclusivo, no me costó trabajo ponerme de acuerdo con mi huéspeda, y al día siguiente me instalé en su casa. En aquel sepulcro aéreo viví cerca de tres años, trabajando sin descansar día y noche, con tanto gusto, que el estudio me parecía el tema más hermoso, la solución más feliz de la vida humana. La calma y el silencio necesarios al sabio tienen algo de dulce, de embriagador como el amor. El ejercicio del pensamiento, la investigación de las ideas, las contemplaciones tranquilas de la ciencia nos prodigan inefables delicias, indescriptibles como todo lo que participa de la inteligencia, cuyos fenómenos son invisibles á nuestros sentidos exteriores. Por eso nos vemos obligados á explicar los misterios del espíritu valiéndonos de comparaciones materiales. El placer de nadar en un lago de agua pura, entre rocas, árboles y flores, solo y acariciado por una brisa tibia, daría á los ignorantes una imagen bien pobre de la satisfacción

que yo sentía cuando se bañaba mi alma en los esplendores de no sé qué luz, cuando escuchaba las voces terribles y confusas de la inspiración, cuando las nubes vertían en mi cerebro palpitante sus raudales emanados de un manantial desconocido. Ver una idea que asoma en el campo de las abstracciones humanas como el sol por la mañana y va remontándose como él, que crece como un niño, llega á la pubertad se hace lentamente viril, es un goce superior á todos los demás goces terrestres, ó mejor dicho es un placer divino. El estudio presta una especie de magia á todo cuanto nos rodea. La pobre mesa en que yo escribía, con la badana parda que la cubría, mi piano, mi cama, mi sillón, mis demás muebles, todos estos objetos se animaron y se convirtieron para mí en humildes amigos, en cómplices silenciosos de mi porvenir. ¡Cuántas veces les he comunicado mi alma al mirarlos! ¡Cuántas veces, al tender la vista hacia una moldura desechada, he sacado de su contemplación nuevos desarrollos para mis ideas, una prueba ostensible de mi sistema, ó de las palabras que me parecían más adecuadas para expresar pensamientos casi intraducibles!

A fuerza de mirar los objetos que me circundaban, encontraba en cada uno su fisonomía, su carácter; hablábanme con frecuencia, y si por encima de los tejados el sol poniente enviaba al través de mi estrecha ventana algún resplandor furtivo, se coloraban, palidecían, brillaban, se entristecían ó se alegraban, sorprendiéndome siempre con efectos nuevos. Estos menudos accidentes de la vida solitaria, en los que no

se fijan las preocupaciones del mundo, son el consuelo de los prisioneros. ¿No estaba yo cautivo de una idea, aprisionado en un sistema, pero sostenido por la perspectiva de una vida gloriosa? A cada dificultad vencida, besaba las dulces manos de la mujer de hermosos ojos, elegante y rica, que algún día había de pasarme la mano por los cabellos, diciéndome con ternura: ¡Cuánto has sufrido, ángel mío! Yo había emprendido dos grandes obras: una comedia que dentro de pocos días debía darme gran fama, una fortuna y la entrada en ese mundo en el que quería volver á presentarme ejerciendo en él los derechos de regalía del hombre de genio. Todos habéis considerado esa obra maestra como la primera equivocación de un joven que sale del colegio, como una bobada de niño. Vuestras pullas han cortado las alas á fecundas ilusiones que desde entonces no se han rehecho. Tú sólo, querido Emilio, has suavizado la herida profunda que otros abrieron en mi corazón. Tú solo admiraste mi "Teoría de la voluntad," esa extensa obra para escribir la cual aprendí lenguas orientales, anatomía y fisiología, y á la que consagré la mayor parte de mi tiempo, obra que, si no estoy en un error, completará los trabajos de Mesmer, de Lavater, de Gall y de Bichat, abriendo un nuevo rumbo á la ciencia humana. Aquí se detiene mi hermosa vida, ese sacrificio de todos los días, esa labor de gusano de seda desconocida de todo el mundo, y cuya única recompensa está tal vez en el trabajo mismo. Desde la edad de la razón hasta el día en que terminé mi bella teoría he observado, aprendido, escrito, leído sin tregua y mi vida ha

sido algo así como un largo encierro de estudiante castigado. Amante afeminado de la pereza oriental, enamorado de mis sueños, he trabajado siempre, resistiéndome á probar los goces de la vida parisiense. Gastrónomo, he sido sobrio; aficionado á andar y á los viajes marítimos, deseoso de visitar muchos países, y gustándome todavía, como á un chiquillo, hacer rebotar piedras en el agua, he permanecido constantemente sentado, con la pluma en la mano; locuaz, iba á escuchar silencioso á los profesores que daban conferencias públicas en la Biblioteca ó en el Museo; he dormido en mi cama solitaria como un fraile de la orden de San Benito, y sin embargo, la mujer era mi única quimera, quimera que acariciaba y que siempre huía de mí. En fin mi vida ha sido una antítesis cruel, una mentira perpetua. ¡Júzguese, pues, á los hombres!

A veces mis aficiones naturales se despertaban como un incendio largo tiempo latente. Por una especie de espejismo ó de calentura, yo, viudo de todas las mujeres que deseaba, privado de todo y viviendo en una buhardilla de artista, me veía entonces rodeado de queridas hechiceras.....Corría por las calles de París reclinado en los blandos almohadones de un soberbio carruaje; los vicios me corroían, estaba hundido en el libertinaje, queriéndolo todo, teniéndolo todo; en fin, ebrio en ayunas como san Antonio en su tentación. Por fortuna, el sueño acababa por disipar esas visiones devoradoras; al día siguiente la ciencia me llamaba sonriendo y yo le era fiel. Supongo que las mujeres calificadas de virtuosas deben ser con fre-

cuencia presa de esos torbellinos de locura, de esos mismos deseos y pasiones que surgen en nosotros á pesar nuestro. Semejantes desvaríos no carecen de atractivo: ¿acaso no se parecen á esas pláticas de las noches de invierno en que partimos de nuestro hogar para ir á parar á China? Pero ¿qué es de la virtud durante esos deliciosos viajes en que el pensamiento ha traspuesto todos los obstáculos? Durante los diez primeros meses de mi reclusión llevé la vida pobre y solitaria que te he descrito; todas las mañanas y sin que nadie me viera, iba yo mismo á comprar las provisiones para el día; limpiaba mi cuarto, era á la vez amo y criado é imitaba á Diógenes con increíble orgullo. Pero después de aquel período de tiempo, durante el cual mi patrona y su hija espiaron mis hábitos y costumbres, examinaron mi persona y comprendieron mi miseria, quizás porque también eran muy desgraciadas, estableciéronse inevitables vínculos entre ellas y yo. Paulina, esa preciosa criatura cuyas gracias sencillas y secretas me habían llevado allí en cierto modo, me prestó muchos servicios que no pude menos de aceptar. Todos los infortunios son hermanos; tienen el mismo lenguaje, idéntica generosidad, la generosidad de los que, no poseyendo nada, son pródigos de sentimientos, y ofrecen su persona y el tiempo de que disponen. Paulina se hizo insensiblemente mi ama de gobierno, quiso servirme y su madre no se opuso á ello. Y aun ví á esta misma madre repasando mi ropa y poniéndose colorada si la sorprendía en tan caritativa ocupación. Protegido á pesar mío por ambas, acepté sus servicios. Para comprender este sin-

gular afecto, conviene conocer el afán del trabajo, la tiranía de las ideas y esa repugnancia instintiva que cuantos viven por el pensamiento sienten hacia los detalles de la vida material.

¿Podía yo resistir á la delicada atención con que Paulina me llevaba muy quedito mi frugal alimento cuando veía que en seis ó siete horas no había tomado nada? Con la gracia de la mujer y la ingenuidad de la infancia me sonreía haciéndome una seña para decirme que no debía verla. Era Ariel deslizándose como un silfo bajo mi techo y previendo mis necesidades.

Cierta noche Paulina me contó su historia con afectuosa ingenuidad. Su padre había sido jefe de escuadrón de los granaderos de á caballo de la guardia imperial. En el paso del Beresina había caído prisionero de los cosacos; más adelante, cuando Napoleón propuso canjearle, las autoridades rusas le hicieron buscar en vano en Siberia; al decir de otros prisioneros, se había escapado con el propósito de ir á las Indias. Desde entonces la señora Gaudín, mi patrona, no pudo tener noticia alguna de su marido; habían ocurrido los desastres de 1814 y 1815, y sola, sin recursos ni auxilios, había adoptado la determinación de alquilar habitaciones amuebladas para mantener á su hija. Su mayor pesadumbre era no poder dar á Paulina una buena educación, á su Paulina, ahijada de la princesa Borghese, y que habría sabido corresponder á las halagüeñas promesas de su imperial protectora. Cuando la señora Gaudín me confió ese amargo dolor que la mataba, y me dijo con acento desgarrador: "De buena gana daría ese pedazo de papel en que se con-

cede á Gaudín el título de barón del Imperio, y el derecho que tenemos á la dotación de Wistchnau, con tal que Paulina pudiera educarse en San Dionisio;" al oir esto sentí una emoción dolorosa, y para corresponder á los cuidados que me prodigaban aquellas dos mujeres, se me ocurrió brindarme á completar la educación de Paulina. El candor con que ambas aceptaron mi proposición fué igual á la ingenuidad que la dictaba. Dotada la niña de las más felices disposiciones, aprendió con tanta facilidad que al poco tiempo tocaba el piano mejor que yo. Acostumbróse á pensar en alta voz á mi lado, y hacía gala de los mil donaires de un corazón que se abre á la vida como el cáliz de una flor lentamente desarrollada por el sol; me escuchaba con recogimiento y con gusto, fijando en mí sus ojos negros y aterciopelados que parecían sonreir, y me daba sus lecciones con acento suave y cariñoso, atestiguando una alegría infantil cuando me mostraba satisfecho de ella. Su madre, cada día más inquieta por tener que preservar de todo peligro á una joven en la que se iban desarrollando con los años todas las promesas hechas por las gracias de su infancia, veía con gusto que pasaba el día encerrada estudiando. Como mi piano era el único que podía tocar, aprovechaba mis ausencias para ejercitarse en él. Cuando yo volvía encontraba á Paulina en mi cuarto modestamente vestida; pero al menor movimiento, su talle flexible y sus atractivos personales se revelaban bajo la burda tela. Como la heroína del cuento de Piel de Asno, sus pieccitos estaban calzados con innobles zapatos. Pero estos lindos tesoros, esta riqueza

de doncella, todo este lujo de belleza fué como perdido para mí. Me había impuesto la obligación de no ver en Paulina sino una hermana, y me hubiera causado horror faltar á la confianza de su madre. Admiraba á aquella preciosa criatura como se admira un cuadro, como el retrato de una amante difunta. En fin, era mi hechura, mi estatua, y nuevo Pigmalión; quería hacer de una virgen viviente, parlante y sensible, un trozo de mármol. Era muy severo con ella, pero cuanto más la hacía sentir los efectos de mi despotismo magistral, más dulce y sumisa se mostraba. Si me estimularon hidalgos pensamientos en mi discreción y mi continencia, no me faltaron tampoco razones de apoderado. No comprendo la probidad del dinero sin la probidad del pensamiento. Engañar á una mujer ó quebrar ha sido siempre para mí la misma cosa. Amar á una joven ó dejarse amar por ella constituye un verdadero contrato cuyas condiciones deben ser bien comprendidas. Somos muy dueños de abandonar á la mujer que se vende, pero no á la joven que se da, porque ignora la extensión de su sacrificio.

Yo me habría casado con Paulina, pero hubiera sido una locura. ¿No equivaldría á destinar un alma dulce y virgen á terribles desdichas? Mi indigencia hablaba su lenguaje egoísta y venía siempre á poner su mano de hierro entre aquella buena criatura y yo. Además, lo confieso para vergüenza mía, no concibo el amor en la miseria. Quizás sea en mí una depravación hija de esa enfermedad humana que llamamos civilización; pero aunque una mujer poseyera más atractivos que la bella Elena ó la Galatea de Homero, por poco su-

cia que estuviera no ejercería ninguna influencia en mis sentidos. ¡Ah! ¡Viva el amor entre sedas y cachemiras, rodeado de las maravillas del lujo que tan prodigiosamente le engalanan, porque él mismo es quizás un lujo! Me gusta ajar en la satisfacción de mis deseos vistosos trajes, destrozar flores, poner una mano devastadora en los elegantes edificios de un peinado perfumado. Unos ojos ardientes, ocultos por un velo de encaje que las miradas atraviesan como la llamarada rasga la humareda de un cañonazo, me ofrecen fantásticos atracti... Mi amor quiere escalas de seda para subir por ellas en silencio en una noche de invierno. Qué placer tan grande el llegar, cubierto de nieve, á una cámara alumbrada con perfumes, alfombrada de sedas pintadas y encontrar en ella una mujer que á su vez sacude la nieve porque ¿qué otro nombre dar á esos velos de voluptuosas muselinas al través de las cuales esa mujer se esfuma vagamente como un ángel en su nube de la que va á salir? Luego necesito también una dicha tímida, una seguridad audaz. En fin, me gusta volver á esa misteriosa mujer, espléndente, en medio del mundo, virtuosa, colmada de deferencias, vestida de blondas, llena de brillantes, dando órdenes en público, y colocada á tanta altura y tan imponente que nadie se atrevía ni á dirigirle súplicas. En medio de su corte, me echa una mirada á hurtadillas, mirada que desmiente esos artificios, mirada que sacrifica en mi obsequio el mundo y los hombres. Confieso que cien veces me ha parecido ridículo amar algunas varas de blonda, de terciopelo, de finas batistas, los artísticos esfuerzos de un peluquero, las

bujías, un carruaje, un título nobiliario, coronas heráldicas pintadas por vidrieros ó fabricadas por plateros, en fin, todo cuanto hay de ficticio y de menos mujer en una mujer; me he burlado de mí mismo, me he hecho reflexiones, pero en vano. Una mujer aristocrática y su sonrisa fina, la distinción de sus modales y su respeto de sí misma me encantan; cuando pone una barrera entre ella y el mundo, lisonjea en mí todas las vanidades, que son la mitad del amor. Envidiado de todos, mi felicidad me parece más sabrosa. No haciendo nada de lo que hacen las demás mujeres, no andando, no viviendo como ellas, envolviéndose en un manto que las otras no pueden tener, respirando perfumes propios, mi amada me parece ser mucho más mía: cuanto más se aleja de la tierra, aun en lo que el amor tiene de terrenal, más se embellece á mis ojos. Yo habría amado á la reina; pero afortunadamente para mí, en Francia hace veinte años que no la hay. Para tener el porte de una princesa, una mujer debe ser rica. Ante mis novelescas fantasías, ¿qué era Paulina? ¿Podía depararme noches que cuestan la vida, un amor que mata, y pone en juego todas las facultades humanas? No es cosa frecuente morir por pobres muchachas que se entregan.

Jamás he podido disipar estos sentimientos ni estos desvaríos de poeta. Yo había nacido para el amor imposible, y la casualidad ha querido que quedaran realizados con exceso mis deseos. ¡Cuántas veces no he cubierto de raso los pequeños pies de Paulina, aprisionado su talle esbelto como un álamo joven en un vestido de gasa, echado sobre su seno una ligera banda

haciéndome hollar las alfombras de su morada y conduciéndola á un carruaje elegante! De este modo la habría adorado. La atribuía un orgullo que no tenía, la despojaba de todas sus virtudes, de sus gracias sencillas, de su natural delicioso, de su ingenua sonrisa, para sumergirla en la Estigia de nuestros vicios y hacerle el corazón invulnerable, para engalanarla con nuestros crímenes, para hacer de ella la muñeca fantástica de nuestros salones, una mujer delicada que se acuesta por la mañana para renacer por la noche, á la aurora de las bujías. Paulina era todo sentimiento, todo lozanía; yo la quería seca y fría. En los últimos días de mi locura, el recuerdo me ha presentado á Paulina como nos pintan las escenas de nuestra infancia. Más de una vez me he quedado enternecido, pensando en los momentos deliciosos: ya se me representase aquella preciosa joven sentada junto á mi mesa cosiendo tranquila, silenciosa, recogida y débilmente iluminada por la luz que, descendiendo de mi claraboya, producía leves reflejos argentados en su hermosa cabellera negra; ó ya hiriese mis oídos su risa juvenil, ú oyese su voz de sonoro timbre entonando las graciosas cantinelas que componía sin esfuerzo. Mi Paulina se exaltaba con frecuencia al tocar alguna pieza de música, y su rostro se parecía entonces de una manera sorprendente á la noble cabeza con la cual Carlos Dolci ha querido representar la Italia. Mi cruel memoria me presentaba á aquella jóven á través de los excesos de mi existencia como un remordimiento, como una imagen de la virtud.

Pero dejemos á la pobre joven entregada á su des-

tino. Por desgraciada que pueda ser, al menos la habré puesto al abrigo de una horrible tempestad evitando arrastrarla á mi infierno. Hasta el invierno pasado, mi vida fué la vida tranquila y estudiosa de la que he procurado darte una débil idea. A principios de diciembre de 1820 encontré á Rastignac que, á pesar del estado miserable de mi traje, me dió el brazo y me preguntó por mi situación con interés verdaderamente fraternal; cogido en la liga de su proceder conmigo, le referí en pocas palabras mi vida y mis esperanzas, y él se echó á reir y me trató á la vez de hombre de genio y de majadero. Su voz gascona, su experiencia del mundo, la opulencia que debía á su buen carácter y habilidad, influyeron en mí de un modo irresistible. Rastignac me supuso ya muerto en el hospital, desconocido como un necio, presidió mi propio entierro y me echó en la fosa común. Me habló de charlatanismo. Con esa amable facundia que le hace tan seductor, me dijo que todos los hombres de genio eran unos charlatanes: añadióme que yo tenía un sentido de menos, una causa de muerte si continuaba solo en la calle de Cordeleros. En su concepto, debía frecuentar la sociedad, acostumbrar á las gentes á pronunciar mi nombre y despojarme del humilde "señor" que no sentaba bien á un grande hombre mientras viviese.—Los imbéciles llaman á este oficio "intrigar," dijo: las personas de moral le proscriben con la frase de "vida disipada;" no hagamos caso de los hombres y veamos los resultados. Tú trabajas; pues bien, jamás harás nada. Yo soy á propósito para todo y bueno para nada; perezoso como una langosta, y sin embargo, todo lo consigo. Me me-

to por todas partes, empujo y me hacen sitio; me alabo y me creen; contraigo deudas y me las pagan. La disipación, amiguito, es un sistema político. La vida de un hombre ocupado en comerse su fortuna es á menudo una especulación; coloca sus capitales en amigos, en placeres, en protectores, en conocidos. Si un negociante arriesga un millón, no duerme, ni bebe, ni se divierte en veinte años; no aparta los ojos de su millón, le hace trotar por toda Europa, se aburre, se da á todos los demonios que el hombre ha inventado; luego viene una liquidación, como he visto muchas, que le deja sin un sueldo, sin un nombre, sin un amigo. En cambio el disipador se divierte en vivir, en hacer correr sus caballos. Si por casualidad pierde sus capitales, tiene la suerte de ser nombrado recaudador general de contribuciones, ó de casarse bien, ó de ser agregado de un ministro ó de un embajador. Sigue teniendo amigos, una reputación y nunca le falta dinero. Conocedor de los resortes del mundo, los maneja en provecho propio. O soy un loco ó este sistema es el lógico. ¿No es la moral de la comedia que todos los días se representa en el mundo? Has concluído tu obra, repuso después de una pausa; tienes un talento inmenso. Pues bien, llegas á mi punto de partida. Ahora es preciso que tú mismo te labres tu buen éxito. Irás á celebrar alianzas con las camarillas, á conquistar propagandistas. Yo quiero entrar á medias en tu gloria; seré el joyero que habrá engarzado los diamantes de tu corona. Para empezar espérame aquí mañana por la noche: te presentaré en una casa á la que va todo París, nuestro París, el de los elegantes, de

los millonarios, de las celebridades, en fin, de hombres que hablan de oro como Crisóstomo. Cuando esta gente ha adoptado un libro, el libro se pone de moda; y si en realidad es bueno, han dado una patente de genio sin saberlo. Si tienes talento, hijo mío, tú mismo harás la fortuna de tu teoría comprendiendo mejor la teoría de la fortuna. Mañana por la noche verás á la bella condesa Fedora, la mujer de moda.—Nunca he oído hablar de ella.—Pues eres un cafre, dijo Rastignac riendo. ¡No conocer á Fedora! Una mujer casadera que tiene cerca de ochenta mil libras de renta que no quiere á nadie ó á quien nadie quiere. Especie de problema femenino, parisiense medio rusa ó rusa medio parisiense; mujer en cuya casa se editan todas las producciones románticas que no salen á luz, la dama más hermosa de París, la más graciosa. Ni siquiera eres cafre, sino el animal intermedio entre el cafre y el animal.—Hizo una pirueta y se marchó sin aguardar mi respuesta, no pudiendo admitir que un hombre razonable se negara á ser presentado á Fedora.

¿Cómo explicar la fascinación de un nombre? Fedora me persiguió como un mal pensamiento con el cual se procura transigir. Una voz me decía: Irás á casa de Fedora. Y por más que procuraba desasirme de aquella voz y decirle que mentía, destruía todos mis razonamientos con este nombre: Fedora. Pero este nombre, esa mujer, ¿no eran el símbolo de todos mis deseos y el tema de mi vida? El nombre despertaba las poesías artificiales del mundo, hacía brillar las fiestas del París de alta posición y los oropeles de la vanidad. La mujer se me aparecía con todos los problemas de la

pasión que me habían enloquecido. Tal vez no eran el nombre ni la mujer, sino todos mis vicios los que se erguían en mi alma para tentarme de nuevo. La condesa Fedora, rica y sin amante, resistiendo á todas las seducciones parisienses, ¿no era la encarnación de mis esperanzas, de mis visiones? Me creé una mujer, la retraté en mi mente la soñé. Aquella noche no dormí; creí ser su amante, hice pasar en pocas horas una vida entera, vida de amor, y saboreé sus fecundas, sus ardientes delicias. Al otro día, no pudiendo soportar el suplicio de aguardar pacientemente hasta la noche, fuí á alquilar una novela y pasé el día leyéndola, poniéndome así en la imposibilidad de pensar y medir el tiempo. Durante la lectura el nombre de Fedora resonaba en mis oídos como un sonido que se percibe á lo lejos, que no perturba, pero que se hace escuchar. Afortunadamente, conservaba aún un frac negro y un chaleco blanco bastante pasaderos; además, de toda mi fortuna me quedaban unos treinta francos que había diseminado entre mi ropa y en los cajones con objeto de poner entre una moneda de cinco francos y mis caprichos la barrera espinosa de una rebusca y los azares de una circunnavegación por mi cuarto.

En el momento de vestirme perseguí mi tesoro á través de un océano de papeles. La penuria de mis fondos puede hacerte comprender cuántas riquezas se me llevaron la compra de un par de guantes y el alquiler de un coche: se comieron mi pan de todo un mes. ¡Ah! Nunca nos falta dinero para nuestros caprichos, ni regateamos más que el precio de las cosas útiles ó necesarias. Arrojamos el oro con indiferencia á bai-

larinas, y somos sicateros con un obrero cuya familia hambrienta aguarda el pago de una factura. ¡Cuántas personas tienen un frac de cien francos, un diamante en el puño de su bastón, y comen por veinticinco sueldos! Nos parece que nunca pagamos bastante caros los placeres de la vanidad. Rastignac, puntual á la cita, se sonrió de mi metamorfosis y me gastó alguna broma sobre ella; pero, mientras íbamos á casa de la condesa, me dió caritativos consejos acerca del modo de proceder con ella; me la pintó como mujer avara, vana y desconfiada; pero avara con fausto, vana con sencillez y desconfiada con buen natural.—Ya conoces mis compromisos, me dijo, y sabes cuánto perdería cambiando de amor. Por lo mismo, al observar á Fedora, he sido desinteresado, he tenido sangre fría, y mis observaciones deben ser justas. Al ocurrírseme presentarte en su casa, he pensado en tu fortuna; ten, pues, en cuenta todo lo que le digas, porque tiene una memoria cruel, y una sagacidad capaz de desesperar á un diplomático, tanta, que sabría adivinar cuando dice la verdad. Aquí para entre nosotros, creo que el emperador no ha reconocido su casamiento, porque el embajador de Rusia se echó á reir cuando le hablé de ella, y no la recibe y la saluda muy ligeramente cuando la encuentra en el Bosque. Sin embargo, concurre á las casas de las señoras de Serizy, de Nucingen y de Restaud. En Francia goza de buena reputación, y la duquesa de Carigliano, la mariscala de "más alto copete" de toda la camarilla bonapartista, va á menudo á pasar con ella el verano en su tierra. Muchos jóvenes fatuos, el hijo de un par de Francia,

le han ofrecido su nombre á cambio de su fortuna; pero á todos los ha rechazado cortesmente. Quizás no comience su sensibilidad sino á partir del título de conde. ¿No eres marqués? Pues adelante si esa mujer te gusta. Esto es lo que se llama dar instrucciones.— Esta broma me hizo creer que Rastignac tenía gana de reir y de picar mi curiosidad, de suerte que mi pasión improvisada había llegado al paroxismo cuando nos detuvimos delante de un peristilo adornado de flores. Al subir por una ancha escalera alfombrada, en la que observé todos los refinamientos del "comfort" inglés, me palpitó con fuerza el corazón; me sonrojaba, desmentía mi origen, mis sentimientos, mi orgullo; era neciamente burgués. ¡Ah! Salía de una buhardilla, después de tres años de pobreza, sin saber aún poner sobre las bagatelas de la vida esos tesoros adquiridos, esos inmensos capitales intelectuales que nos enriquecen en un momento cuando el poder cae en nuestras manos sin abrumarnos, porque el estudio nos ha formado de antemano para las luchas políticas. Ví una mujer de unos veintidós años, de estatura regular, vestida de blanco, rodeada de un círculo de hombres, tendida más bien que sentada en un largo sillón y con un abanico de plumas en la mano. Al ver entrar á Rastignac se levantó, acudió á nuestro encuentro, saludó con gracia, y con voz melodiosa me dirigió un cumplido preparado probablemente; mi amigo me había anunciado como hombre de talento, y su arte, su énfasis gascón me proporcionaron una acogida lisonjera. Fuí objeto de una atención particular que me dejó confuso; mas por fortuna Rastignac había hablado de mi modestia. Encontré allí eruditos, literatos, exminis-

tros, pares de Francia. Prosiguió la conversación algún tiempo después de mi llegada, y conociendo que debía sostener mi reputación, me tranquilicé; luego, sin abusar de la palabra cuando se me concedía, procuré resumir las discusiones con palabras más ó menos incisivas, profundas ó ingeniosas. Produje alguna sensación, y por milésima vez en su vida, Rastignac fué profeta.

Cuando hubo bastante gente para que cada cual recobrase su libertad, mi introductor me dió el brazo y nos paseamos por los aposentos.—No parezcas demasiado maravillado de la princesa, me dijo, porque adivinaría el motivo de tu visita.—Los salones estaban amueblados con gusto exquisito, y en ellos ví cuadros de mérito. Cada habitación tenía, como en las casas de los ingleses más opulentos, su carácter particular, y los tapices de seda, los adornos, la hechura de los muebles, el más insignificante decorado armonizaba con un pensamiento inicial. En un retrete gótico, cuyas puertas estaban ocultas con cortinajes de tapicería, las cenefas de las telas, el reloj, los dibujos de la alfombra, todo era gótico; el techo, formado de vigas pardas esculpidas, presentaba á la vista un artesonado lleno de gracia y de originalidad; las maderas de las paredes estaban artísticamente labradas; nada desfruía el conjunto de aquella preciosa ornamentación, ni aun las vidrieras de hermosos cristales de colores. Me quedé sorprendido al aspecto de un saloncito moderno, en el que no sé qué artista había extremado el arte de nuestro decorado, tan ligero, tan fresco, tan suave, sin brillo chillón, sobrio de dorados; era amoroso y vago como una balada alemana; un verdadero retrete fabricado para una pasión de 1827 y perfumado con jardi-

neras llenas de flores raras. Junto á ese diván ví una estancia dorada en la que revivía el gusto del siglo de Luis XIV que, opuesto á nuestras pinturas actuales, producía un contraste extraño pero agradable.—Aquí estarás bien alojado, me dijo Rastignac con una sonrisa en la que se adivinaba cierta ironía. ¿No te parece esto seductor? preguntó sentándose.—De pronto se levantó, me cogió de la mano, me llevó á la alcoba y me mostró, bajo un pabellón de muselina y de moaré blancos, un lecho voluptuoso tenuemente alumbrado, verdadero lecho de una joven hada novia de un genio. —¿No crees, dijo en voz baja, que hay impudor, insolencia y coquetería desmedida en dejarnos contemplar este trono del amor? ¿En no entregarse á nadie y permitir que todo el mundo deje aquí su tarjeta? Si yo fuera libre, quisiera ver á esa mujer perdida y llorando á mi puerta.—¿Tan seguro estás de su virtud?—Los más audaces de nuestros maestros en galanteos, los más hábiles, confiesan que se han estrellado ante ella; la aman todavía y son sus amigos más leales. ¿Acaso no es un enigma esa mujer?—Estas palabras me produjeron una especie de embriaguez; mis celos temían ya el pasado. Temblando de satisfacción, volví presuroso al salón donde había dejado á la condesa, á la que encontré en el retrete gótico. Me detuvo con una sonrisa, me hizo sentar á su lado, me preguntó por mis trabajos y pareció interesarse vivamente en ellos, sobre todo cuando le expuse mi sistema, valiéndome de bromas en lugar de emplear un lenguaje de profesor para desarrollárselo doctoralmente. Pareció hacerle mucha gracia el saber que la voluntad humana era una fuerza material semejante al vapor; que en el mundo

moral no había nada que resistiera á esa potencia cuando un hombre se acostumbraba á concentrarla, á manejar su cantidad, á dirigir constantemente sobre las almas la proyección de esa masa fluida, y que ese hombre podría á su arbitrio modificarlo todo relativamente á la humanidad, hasta las leyes absolutas de la naturaleza. Las objeciones de Fedora me revelaron que tenía cierta sutileza de ingenio; me complací en darle la razón en ciertos momentos para halagarla, y luego destruí sus razonamientos de mujer con una palabra, llamando su atención hacia un hecho diario en la vida, el sueño, hecho vulgar en la apariencia, pero en el fondo lleno de problemas insolubles para el sabio, y así piqué su curiosidad. La condesa llegó á quedarse un rato callada cuando le dije que nuestras ideas eran seres organizados, completos, que vivían en un mundo invisible é influían en nuestros destinos, citándole como pruebas los pensamientos de Descartes, de Diderot, de Napoleón, que habían sido y eran todavía guías de un siglo. Tuve el honor de distraer á aquella mujer tan difícil de contentar, y se separó de mí invitándome á volver á verla.

Ya fuese porque, según mi laudable costumbre, tomase las fórmulas de urbanidad por palabras salidas del corazón, ó porque Fedora viese en mí alguna celebridad futura, y quisiera aumentar su colección zoológica de sabios, lo cierto fué que creí agradarla. Evoqué todos mis conocimientos fisiológicos y mis estudios anteriores sobre la mujer para examinar minuciosamente durante aquella velada aquella mujer singular y sus modales; escondido en el alféizar de una ventana espié sus pensamientos buscándolos en su actitud, estu-

diando aquel ir y venir de una dueña de casa que se sienta y habla, llama á un hombre, le interroga, y se apoya para escucharle en el quicio de una puerta. Observé en su modo de andar un movimiento tan airoso, una ondulación del traje tan graciosa, excitaba tan poderosamente el deseo, que entonces abrigué cierta incredulidad acerca de su virtud. Si Fedora desconocía en aquel entonces el amor, en otro tiempo debió ser muy apasionada, porque hasta en el modo como se ponía delante de su interlocutor, se echaba de ver cierta voluptuosidad entudiada; se sostenía en la pared con coquetería, como mujer próxima á caer, pero también pronta á huir si una mirada demasiado viva la intimida. Los brazos muellemente cruzados, pareciendo respirar las palabras, escuchándolas hasta con la mirada y con benevolencia, exhalaba el sentimiento. Sus labios frescos y rojos se destacaban sobre una blanquísima tez. Sus cabellos castaños hacían resaltar el color anaranjado de sus ojos surcados de venillas como una piedra de Florencia, y cuya expresión parecía añadir sutileza á sus palabras. En fin, su corpiño, estaba adornado de las gracias más atractivas. Una rival habría acusado tal vez de dureza las pobladas cejas que parecían juntarse y censurado el vello imperceptible que rodeaba los contornos del rostro.

Yo ví la pasión impresa en toda ella. El amor estaba escrito en los párpados italianos de aquella mujer, en sus hermosos hombros dignos de la Venus de Milo, en su labio inferior un poco grueso y ligeramente sombreado. Era más que una mujer, era una novela; sí, aquellas riquezas femeniles, el conjunto armonioso de las líneas, las promesas que aquella rica escultura

hacía á la pasión, estaban atemperadas por una reserva constante, por una modestia extraordinaria, que contrastaban con la expresión de toda la persona. Era precisa una observación tan sagaz como la mía para descubrir en aquella naturaleza las señales de un destino de voluptuosidad. Para explicar más clamente mi pensamiento, debo decir que había en Fedora dos mujeres separadas por el busto tal vez; una fría, cuya cabeza parecía ser la única capaz de amor; antes de fijar sus ojos en un hombre, preparaba la mirada, y como si ocurriera algo misterioso en sí misma, habríase creído notar una convulsión en sus ojos tan brillantes. En fin, ó mi ciencia era imperfecta y aun me quedaban muchos secretos por descubrir en el mundo moral, ó la condesa poseía un alma hermosa cuyos sentimientos y emanaciones comunicaban á su fisonomía ese hechizo que nos subyuga y nos fascina, ascendiente puramente moral y tanto más poderoso cuanto que concuerda con las simpatías del deseo.

Salí de allí encantado, seducido por aquella mujer, embriagado por su lujo, halagado en todo lo noble, vicioso, bueno y malo, que había en mi corazón. Al sentirme tan conmigo, tan dotado de vida, tan exaltado, creí comprender el atractivo que conducía allí á aquellos artistas, diplomáticos, políticos y agiotistas forrados de hierro como sus cajas; sin duda iban á buscar junto á ella el atractivo delirante que hacía vibrar en mí todas las fibras de mi ser, flagelaba mi alma hasta en la menor vena, excitaba el más delgado nervio y hacía retemblar mi cerebro. Ella no se había entregado á nadie por conservarlos á todos. Una mujer es coqueta mientras no ama.—Además, dije á Rasti-

gnac, debe haber sido casada á la fuerza ó vendida á algún viejo, y el recuerdo de sus primeras nupcias ha hecho que la horrorice el amor.—Regresé á pie desde el arrabal San Honorato donde vive Fedora. Entre su casa y la calle de los Cordeleros media casi todo París; el camino me pareció corto, y eso que hacía frío. ¡Emprender la conquista de Fedora, en un crudo invierno, cuando yo no disponía siquiera de treinta francos y la distancia que nos separaba era tan grande! Tan sólo un joven pobre puede saber los gastos que irroga una pasión en carruajes, guantes, ropa exterior é interior, etc. y si el amor es algún tiempo platónico, llega á ser ruinoso. En verdad, hay Lauzuns de la Escuela de derecho á los cuales les es imposible acercarse á una pasión que vive en un primer piso. Y ¿cómo podría luchar yo, débil, delicado, vestido modestamente, pálido como artista convaleciente de una obra, con jóvenes rizados, guapos, rozagantes, con elegantes corbatas, ricos, armados de tílburis y vestidos de impertinencia?—¡Bah! ¡Fedora ó la muerte! exclamé al volver de un puente. ¡Fedora es la fortuna! El hermoso retrete gótico y el saloncito á lo Luis XIV pasaron por delante de mis ojos y ví otra vez á la condesa con su vestido blanco, sus grandes y graciosas mangas, su contingente seductor y su corpiño tentador.

Cuando llegué á mi buhardilla desmantelada, fría, tan desarreglada como la peluca de un naturalista, aun me asediaban las imágenes del lujo de Fedora. Aquel contraste era un mal consejero; los crímenes deben nacer así. Entonces maldije, temblando de rabia, mi decente y honesta miseria, mi buhardilla fecunda en la que habían surgido tantos pensamientos.

Pedí cuenta á Dios, al demonio, al estado social, á mi padre, al universo entero, de mi destino, de mi desdicha; me acosté hambriento, murmurando risibles imprecaciones, pero firmemente resuelto á seducir á Fedora. Aquel corazón de mujer era un billete de lotería que llevaba consigo mi fortuna. Te haré gracia de mis primeras visitas á Fedora para llegar cuanto antes al drama. Mientras procuraba dirigirme al alma de aquella mujer, intenté apoderarme de su espíritu, hacer que fuera vanidosa para mí. A fin de tener la seguridad de ser amado, le alegué mil razones para que se amara á sí misma. Jamás la dejé en un estado de indiferencia; las mujeres quieren emociones á toda costa y yo se las prodigué; la habría hecho montar en cólera antes que verla indiferente conmigo. Si al principio, animado de una voluntad firme y el deseo de hacerme amar, adquirí algún ascendiente sobre ella, en breve creció mi pasión, no fuí ya dueño de mí mismo. caí en lo verdadero, me perdí y quedé perdidamente enamorado. No sé á ciencia cierta qué es lo que en poesía ó en la conversación llamamos amor; pero no he encontrado descrito ni pintado en ninguna parte el sentimiento que se desarrolló de pronto en mi doble naturaleza, ni en las frases retóricas y estudiadas de J..J. Rousseau, cuyo cuarto tal vez ocupaba yo, ni en las frías concepciones de nuestros dos siglos literarios, ni en los cuadros de la Italia. La vista del lago de Bienne, algunos motivos de Rossini, la Concepción de Murillo, que posee el mariscal Soult, las cartas de Lescombat, ciertas palabras esparcidas en las colecciones de anécdotas, pero sobre todo las oraciones de los extáticos y algunos pasajes de nuestros fabulistas, son

los únicos que me han podido transportar á las divinas regiones de mi primer amor. No hay nada en los lenguajes humanos, ninguna traducción del pensamiento hecha por medio de colores, de mármoles, de palabras ó de sonidos, podría representar el nervio, la verdad, lo acabado, la rapidez del sentimiento en el alma. ¡Sí, quien dice arte dice mentira! El amor pasa por transformaciones infinitas antes de mezclarse por siempre con nuestra vida y de teñirla perennemente con su color de llama. El secreto de esta infusión imperceptible escapa al análisis del artista. La verdadera pasión se expresa con gritos, con suspiros enojosos para un hombre frío. Es preciso amar sinceramente para participar de los rugidos de Lovelace al leer "Clarisa Harlowe." El amor es un manantial sencillo, salido de su lecho de hierbas, de flores, de arena, que convirtiéndose en arroyo ó en río, cambia de naturaleza y de aspecto á cada oleada, y se vierte en un inconmensurable océano en el que los espíritus incompletos ven la monotonía, y las grandes almas se abisman en perpetuas contemplaciones. ¿Cómo atreverse á describir esas tintas transitorias del sentimiento, esas frusleríias que tienen tanto valor, esas palabras cuyo acento agota los tesoros del lenguaje, esas miradas más fecundas que los más ricos poemas? En cada una de esas escenas místicas por las cuales nos prendamos insensiblemente de una mujer, se abre un abismo capaz de devorar todas las poesías humanas. ¿Cómo podríamos reproducir por medio de glosas las vivas y misteriosas agitaciones del alma, si nos faltan palabras para expresar los misterios visibles de la belleza? ¡Qué fascinaciones! ¡Cuántas horas he pasado sumido

en un éxtasis inefable ocupado "en verla!" ¿Y contento, de qué? Lo ignoro. En tales momentos, si su rostro estaba inundado de luz, se operaba en él no sé qué fenómeno que lo hacía resplandecer; el imperceptible vello que dora su piel delicada y fina trazaba suavemente sus contornos con la gracia que admiramos en las líneas lejanas del horizonte cuando las ofusca el sol. Parecía que la luz la acariciaba uniéndose á ella, ó que de su radiante rostro se escapaba una luz más viva que la misma luz; luego, pasando una sombra por ese dulce rostro producía en él una especie de color que variaba sus expresiones al cambiar sus tintas. De pronto parecía pintarse un pensamiento en su frente alabastrina; sus ojos parecían enrojecerse, sus párpados vacilaban, sus facciones ondulaban, agitadas por una sonrisa; el coral inteligente de sus labios se animaba, se desplegaba y replegaba; no sé qué reflejo de sus cabellos difundía tonos obscuros sobre sus frescas sienes; á cada accidente, había hablado. Cada matiz de belleza comunicaba nuevas alegrías á sus ojos, revelaba gracias desconocidas de mi corazón. En todas esas fases de su rostro quería yo leer un sentimiento, una esperanza. Estos discursos mudos penetraban de alma en alma como un sonido en el eco, y me prodigaban goces pasajeros que me dejaban impresiones profundas. Su voz me causaba un delirio que me costaba trabajo reprimir. Imitando á no sé qué príncipe de Lorena, habría podido no sentir un carbón hecho ascua en la palma de la mano mientras ella me hubiera pasado por los cabellos sus dedos halagadores. No era ya una admiración, un deseo, sino un encanto, una fatalidad.

A menudo, recogido ya en mi casa, veía indistintamente á Fedora en la suya, y participaba vagamente de su vida. Si ella estaba indispuesta, yo también lo estaba, y al día siguiente le decía:—Ha estado usted enferma. —¡Cuántas veces se me ha aparecido en medio del silencio de la noche, evocada por el poder de mi éxtasis! Ora, repentina como una luz que brota, hacía caer la pluma de mi mano, espantaba á la Ciencia y al Estudio que huían desolados, y me obligaba á admirarla en la actitud incitante en que la había visto poco antes; ora salía yo mismo á su encuentro en el mundo de las aspiraciones, y la saludaba como una esperanza, pidiéndole que me dejara oir su voz argentina, y luego me despertaba llorando. Cierto día, después de haberme prometido ir al teatro conmigo, de pronto se negó caprichosamente á salir, y me rogó que la dejase sola. Desesperado de una contradicción que me costaba un día de trabajo, y ¿por qué no decirlo? mi último escudo, fuí á donde ella debiera estar, queriendo ver una comedia que ella había deseado ver. Apenas sentado, recibí una descarga eléctrica en el corazón. Una voz me dijo:—Está ahí.—Me vuelvo, y veo á la condesa en el fondo de su palco de platea, oculta en la sombra. Mi mirada no vaciló, mis ojos la encontraron desde luego con fabulosa lucidez, mi alma había volado hacia su vida como un insecto vuela hacia su flor. ¿Por qué habían recibido mis sentidos aquel aviso? Hay estremecimientos íntimos que pueden sorprender á las personas superficiales, pero estos efectos de nuestra naturaleza interior son tan sencillos como los fenómenos habituales de nuestra visión exterior; por eso no me admiré, pero sí me enfadé. Mis estudios sobre nuestra po-

tencia moral, tan poco conocida, servían al menos para que encontrara en mi pasión algunas pruebas vivientes de mi sistema. Este maridaje del erudito y del enamorado de una verdadera idolatría y de un amor científico, tenía algo de extraño. La Ciencia estaba á menudo contenta de lo que desesperaba al amante, y cuando creía triunfar, el amante rechazaba contento á la Ciencia. Fedora me vió y se puso seria; sin duda yo la contrariaba. Durante el primer entreacto fuí á visitarla; estaba sola y me quedé á su lado. Aunque jamás habíamos hablado de amor, presentí una explicación. Yo no le había dicho aún mi secreto, y sin embargo, existía entre nosotros una especie de espera: ella me confiaba sus proyectos de diversiones y me preguntaba la víspera con una especie de interés amistoso si al día siguiente iría yo á verla: me consultaba con una mirada cuando decía una frase ingeniosa, como si hubiera querido agradarme exclusivamente; si yo parecía malhumorado, se mostraba cariñosa; si se fingía enfadada, me asistía en cierto modo el derecho de preguntarle la causa de su enfado, y si yo cometía una falta, dejaba que la suplicara mucho tiempo antes de perdonármela. Estas disputillas, á las que nos habíamos aficionado, estaban impregnadas de amor. ¡Hacía gala de tanta gracia y tanta coquetería, y á mí me satisfacían tanto! En aquel momento quedó suspendida de pronto nuestra intimidad, y nos quedamos juntos como dos extraños. La condesa estaba glacial: yo presentía una desgracia.—Me acompañará usted, me dijo cuando acabó la función.—El tiempo había cambiado de pronto, y caía una nevada mezclada de lluvia. El coche de Fedora no pudo llegar hasta la puerta del teatro. Al ver una

mujer bien vestida obligada á cruzar la calle, un mandadero nos tapó con su paraguas, y cuando subimos al carruaje reclamó el precio de su servicio. Yo no llevaba dinero: habría dado diez años de vida por tener dos sueldos. Un dolor infernal destrozó todo cuanto constituye el hombre y sus mil vanidades. Pronuncié estas palabras:—Amigo, no llevo suelto,—con acento duro que pareció emanar de mi pasión contrariada; ¡palabras dichas por mí, hermano de aquel hombre, por mí, que conocía tan bien la miseria, por mí, que años antes había dado setecientos mil francos con tanta facilidad! El lacayo desvió al mandadero, y los caballos partieron al galope.

Por el camino, Fedora, distraída ó fingiendo estar preocupada, respondió con desdeñosos monosílabos á mis preguntas, por lo cual guardé silencio. Fué aquél un rato horrible. Llegados á su casa, nos sentamos junto á la chimenea. Cuando el criado se retiró, después de atizar el fuego, la condesa se volvió hacia mí con expresión indefinible, y me dijo con cierta solemnidad:—Desde mi regreso á Francia, algunos jóvenes han aspirado á mi fortuna, he recibido declaraciones amorosas que habrían podido satisfacer mi orgullo, encontrado hombres cuya adhesión era tan sincera y tan profunda, que se habrían casado conmigo, aunque yo hubiese sido tan pobre como lo fuí en otro tiempo. En fin, sepa usted, señor Valentín, que se me han ofrecido nuevas riquezas y títulos nuevos: pero ha de saber también que nunca he vuelto á ver á las personas bastante mal inspiradas para hablarme de amor. Si el afecto que le tengo á usted fuese ligero, no le haría una advertencia en la cual hay más amistad que or-

gullo. Toda mujer se expone á recibir una afrenta, cuando, creyéndose amada, se niega de antemano á admitir un sentimiento siempre lisonjero. Conozco las escenas de Arsinoe, de Araminta, por lo cual me he familiarizado con las respuestas que puedo oir en semejante circunstancia; pero hoy espero que no me juzgue mal un hombre superior por haberle mostrado francamente mi alma.—Se expresaba con la sangre fría de un abogado, de un notario que explican á sus oyentes los medios de llevar adelante un pleito ó los artículos de un contrato. El timbre claro y seductor de su voz no revelaba la menor emoción; únicamente su rostro y su continente, siempre nobles y decentes, me parecieron tener cierta frialdad, una sequedad diplomáticas. Había meditado sin duda sus palabras y preparado el programa de esta escena. ¡Ay de mí! Cuando ciertas mujeres se complacen en desgarrarnos el corazón, cuando se han propuesto clavar en él un puñal y revolverlo en la herida, esas mujeres son adorables, aman ó quieren ser amadas. Llega día en que nos compensan de nuestros dolores, como Dios debe remunerar nuestras buenas obras, según dicen; nos devolverán en placeres el céntuplo del mal cuya violencia saben apreciar: ¿acaso su maldad no está llena de pasión? Pero ¿no es un suplicio el ser torturado por una mujer que nos aprecia? En aquel momento Fedora pisoteaba sin saberlo todas mis esperanzas, destrozaba mi vida y destruía mi porvenir con la fría indiferencia y la inocente crueldad del niño que por curiosidad desmenuza las alas de una mariposa.—Confío, añadió Fedora, en que más adelante reconocerá usted la solidez del afecto que brindo á mis amigos. Siempre me verá usted buena

y leal para ellos. Sabría dar por ellos mi vida, pero usted me despreciaría si aceptase su amor sin compartirlo. No paso de aquí; usted es el único hombre á quien he dicho estas últimas palabras.—Al pronto no supe qué contestar, y me costó trabajo reprimir el huracán que se formaba en mi interior; pero en breve relegué mis sensaciones al fondo de mi alma, y me sonreí, al responder:—Si le dijera á usted que la amo, me despediría: si me acuso de indiferencia, me castigaría usted. Los curas, los magistrados y las mujeres nunca se quitan del todo sus largas vestimentas. El silencio no prejuzga nada; permita usted, pues, señora, que me calle. Para haberme dirigido admoniciones tan fraternales, es menester que haya usted temido perderme, y esta idea podría satisfacer mi orgullo. Pero dejemos aparte la personalidad. Usted es quizás la única persona con la cual pueda yo discutir como filosófo una resolución tan contraria á las leyes de la naturaleza. Con relación á los otros individuos de su especie, es usted un fenómeno. Pues bien, busquemos juntos y de buena fe la causa de esta anomalía psicológica. ¿Hay en usted, como en otras muchas mujeres orgullosas de sí mismas, prendadas de sus perfecciones, un sentimiento de egoísmo refinado que hace que la horrorice la idea de pertenecer á un hombre, desprenderse de su albedrío y estar sujeta á una superioridad convencional que las ofende? En este caso, me parecería usted mil veces más bella. ¿La primera vez que ha amado usted ha sido maltratada por el amor? El valor que debe usted atribuir á la elegancia de su talle, á ese delicioso cuerpo, ¿la hace temer los menoscabos que en ellos causa la maternidad? ¿No será ésta una de las

mejores razones secretas que tiene usted para negarse á ser demasiado amada? ¿Tiene usted imperfecciones que la hagan virtuosa á pesar suyo? No se enfade usted; discuto, estudio, estoy á mil leguas de la pasión. La naturaleza, que hace ciegos de nacimiento, puede muy bien crear mujeres sordas, mudas y ciegas en amor. A decir verdad es usted un sujeto precioso para la observación médica. No sabe usted bien todo lo que vale. Puede usted tener una aversión legítima á los hombres; por mi parte la apruebo, porque todos me parecen feos y aborrecibles. Pero tiene usted razón, añadí, sintiendo que mi corazón se oprimía, debe usted despreciarnos, porque no hay hombre que sea digno de usted.—No te diré todos los sarcasmos que solté riendo. Pues bien, la palabra más acerada, la ironía más aguda, no pudieron arrancarle un movimiento ni un gesto de despecho. Me escuchaba conservando en sus labios, en sus ojos, su sonrisa habitual, esa sonrisa de la que se revestía como un ropaje, y que era siempre la misma para sus amigos, para sus conocidos, para los extraños. —Me parece que soy bastante complaciente dejando que se me ponga de ese modo en un anfiteatro anatómico, dijo aprovechando un momento durante el cual la miré silencioso. Ya lo ve usted, añadió riendo, no tengo necias susceptibilidades en punto á amistad. ¡Cuántas mujeres castigarían la impertinencia de usted cerrándole la puerta de su casa!—Puede usted arrojarme de la suya sin tener obligación de dar razón alguna de sus severidades.—Y al decir esto me sentía dispuesto á matarla si me hubiera despedido.—Está usted loco, exclamó sonriendo.—¿Ha pensado usted alguna vez en los efectos de un amor violento? Suele darse

el caso de que un hombre desesperado asesine á su amada. Vale más ser muerta que desgraciada, contestó con frialdad. Un hombre tan apasionado abandona un día ú otro á su amada y la deja en la miseria después de haberle comido la fortuna.—Esta aritmética me dejó aturdido. Ví claramente que entre aquella mujer y yo mediaba un abismo, y jamás podríamos comprendernos.—Adiós, le dije fríamente.—Adiós, me contestó inclinando la cabeza con ademán amistoso. Hasta mañana.—La contemplé un rato con mirada en que vibraba todo el amor á que renunciaba. Ella estaba de pie y me lanzaba su sonrisa trivial, esa detestable sonrisa de estatua de mármol, con la que parecía expresar el amor, pero frío.

—¡Ay amigo! ¿Podrás concebir bien todos los dolores que sentí al regresar á mi casa lloviendo y nevando, andando por la escarcha de los muelles por espacio de una legua, después de haberlo perdido todo? ¡Oh! ¡Saber que ella ni siquiera pensaba en mi miseria y me creía rico y muellemente llevado en coche! ¡Cuántas ruinas y decepciones! No se trataba ya de dinero, sino de todas las fortunas de mi alma. Iba caminando al azar, discutiendo conmigo mismo las palabras de aquella extraña conversación, y me perdía de tal modo en mis comentarios, que acababa por dudar del valor nominal de los vocablos y de las ideas. Y seguía amando; amaba á aquella mujer fría cuyo corazón quería ser conquistado á cada momento y que, borrando siempre las promesas de la víspera, se portaba al otro día cual una nueva amada. Al pasar por los postes del Instituto, me sobrecogió un estremecimiento febril; entonces me acordé de que estaba todavía en ayunas y no

tenía un céntimo. Para colmo de desdicha, la lluvia me estropeaba el sombrero. ¡Cómo podría en lo sucesivo acercarme á una mujer elegante y presentarme en un salón sin un sombrero decente? Gracias á mis solícitos cuidados y maldiciendo la moda necia é insulsa que nos obliga á exhibir nuestros sombreros llevándolos constantemente en la mano, había conservado el mío hasta entonces en un estado dudoso. Sin ser curiosamente nuevo ó secamente viejo, desnudo de barba ó muy sedoso, podía pasar por el sombrero de un hombre cuidadoso; pero su existencia artificial llegaba á su último período; estaba herido de muerte, desechado, concluído, verdadero harapo, digno representante de su amo. Por falta de treinta sueldos, perdía mi industriosa elegancia. ¡Ah! ¡Cuántos sacrificios ignorados había yo hecho á Fedora en tres meses!

A menudo consagraba el dinero que necesitaba para el pan de una semana en ir á verla un momento. Dejar mis trabajos y ayunar no significaba nada; pero atravesar las calles de París sin salpicarse de lodo, correr para evitar la lluvia, llegar á su casa tan bien vestido como los fatuos que la rodeaban, ¡ah! esta tarea tenía dificultades sin cuento para un poeta enamorado y distraído. Mi ventura, mi amor dependían de una cazcarria caída en mi único chaleco blanco. ¡Renunciar á verla si me manchaba de barro, si me mojaba! ¡No tener cinco sueldos para que un limpiabotas me limpiara el calzado! Mi pasión había crecido con todos estos pequeños suplicios desconocidos, inmensos, en un hombre irritable. Los desgraciados tienen abnegaciones de las cuales no les está permitido hablar á las mujeres que viven en una esfera de lujo y elegancia, pues

ellas ven el mundo á través de un prisma que tiñe de oro los hombres, y las cosas. Esas mujeres, optimistas por egoísmo, crueles por buen tono, se eximen de reflexionar en nombre de sus goces y se absuelven de su indiferencia para con la desgracia, atribuyéndola á la precisión de divertirse. Para ellas, un dinero nunca es un millón, pero un millón les parece un dinero. Si el amor debe ahogar por su causa á costa de grandes sacrificios, también debe cubrirlas delicadamente con un velo, sepultarlas en el silencio; mas al prodigar su fortuna y su vida, al sacrificarse, los hombres ricos aprovechan los prejuicios del gran mundo que dan siempre cierto esplendor á sus amorosas locuras; para ellos el silencio habla y el velo es una gracia, mientras que mi espantosa penuria me condenaba á grandes sufrimientos sin que me fuera permitido decir: ¡Amo! ó ¡Muero! Pero bien mirado, ¿era esto abnegación? ¿No tenía la más valiosa de las recompensas en el placer que sentía inmolándolo todo para ella? La condesa había atribuído grandes valores, agregado excesivos goces á los accidentes más vulgares de mi vida. Siendo antes poco mirado en cuestión de vestir, respetaba ahora mi frac como otro yo. Entre recibir una herida ó un desgarrón en mi frac, no habría vacilado. Tú debes considerar mi situación y comprender los rabiosos pensamientos, el frenesí creciente que me agitaba al ir á mi casa y que tal vez mi marcha misma contribuía á animar. Sentía cierto júbilo infernal por verme en la cúspide de la desventura: quería ver un presagio de fortuna en esta crisis postrera; pero el mal tiene tesoros sin fondo.

La puerta de mi casa estaba entreabierta. Al través

de los calados en forma de corazón que había en el postigo, ví una luz que se reflejaba en la calle. Paulina y su madre estaban hablando mientras me esperaban. Oí pronunciar mi nombre y escuché.—Rafael, decía Paulina, es mucho más guapo que el estudiante del número siete. ¡Son de un color tan bonitos sus cabellos rubios! ¿No notas en su voz un no sé qué, algo que nos agita el corazón? Y además, aunque parezca un poco orgulloso, es tan bueno, tiene unos modales tan distinguidos. ¡Oh! Te digo que es muy guapo. Estoy segura de que todas las mujeres deben estar locas por él. —Hablas de él como si le amaras, dijo la señora Gaudín.—Le quiero como á un hermano, contestó Paulina riendo. Sería muy ingrata si no sintiera por él verdadera amistad. ¿No me ha enseñado música, dibujo, gramática, en una palabra, todo lo que sé? Querida mamá, no te fijas mucho en mis progresos; pero voy adquiriendo tanta instrucción, que dentro de algún tiempo estaré en aptitud de dar lecciones y entonces podremos tener criada.—Me retiré calladamente, y después de hacer algún ruido entré en la sala para coger mi lámpara, que Paulina se apresuró á encender. La pobre niña acababa de derramar un bálsamo delicioso en mis heridas. Aquel sincero elogio de mi persona me infundió un poco de valor. Yo tenía necesidad de creer en mí mismo y de allegar una opinión imparcial sobre el verdadero mérito de mis cualidades. Mis esperanzas, por tal manera reanimadas, se reflejaron quizás en las cosas que veía. Quizás también no había examinado aún con bastante detenimiento la escena que con sobrada frecuencia ofrecían á mis miradas las dos mujeres en medio de aquella sala; pero entonces admiré en su rea-

lidad el cuadro más delicioso de aquella naturaleza modesta tan ingenuamente reproducida por los pintores flamencos. La madre, sentada junto á una chimenea casi apagada, hacía calceta y dejaba vagar por sus labios una plácida sonrisa. Paulina metía en color pantallas; sus colores, sus pinceles, extendidos en una mesita, hablaban á los ojos con vistosos efectos; pero habiéndose levantado para encender mi lámpara, la luz de ésta daba de lleno en su blanco rostro. Era preciso estar subyugado por una terrible pasión para no admirar sus manos transparentes y sonrosadas, su cabeza ideal y su virginal actitud. La noche y el silencio prestaban su encanto á aquella laboriosa velada, á aquel hogar tranquilo. Aquellos trabajos continuos y alegremente soportados, atestiguaban una resignación religiosa llena de sentimientos elevados. Entre las cosas y las personas existía allí una armonía indefinible. En casa de Fedora el lujo era seco; despertaba en mí malos pensamientos, mientras que aquella humilde miseria y aquel buen natural me refrescaban el alma. Quizás estaba yo humillado en presencia del lujo, mientras que junto á aquellas dos mujeres, en medio de aquella sala obscura en que la vida simplificada parecía refugiarse en las emociones del corazón, tal vez me reconciliaba conmigo mismo al encontrar modo de ejercer la protección que el hombre se enorgullece en dispensar.

Cuando estuve junto á Paulina, me echó una mirada casi maternal, y exclamó temblándole las manos y dejando la lámpara:—¡Dios mío! ¡Qué pálido está usted! ¡Y viene calado! Mi madre le secará á usted, señor Rafael, repuso después de una ligera pausa; á usted le gusta mucho la leche; esta noche hemos teni-

do, ¿quiere usted probarla?—Y saltando como un gatito hacia donde había un tazón de porcelana lleno de leche, me lo trajo con tanta solicitud, me lo acercó á la boca con tanto donaire, que me hizo titubear.—¿Me desairará usted?—preguntóme con voz alterada. Nuestros dos orgullos se comprendían: Paulina parecía no llevar á bien su pobreza, y vituperarme por mi altanería. Me enternecí; y aunque aquella leche quizás fuera su desayuno del día siguiente, la acepté. La pobre joven procuró disimular su alegría, pero brillaba en sus ojos.—Ya me hacía falta, dije sentándome. (A su rostro trascendió una expresión cavilosa.) ¿Se acuerda usted, Paulina, de aquel pasaje de Bossuet en que nos cuenta á Dios concediendo un vaso de agua por recompensa más rica que una victoria?—Sí, dijo. Y su seno palpitaba como el de una pequeña alondra en manos de un niño.—Pues bien, como no nos separemos pronto, añadí con voz insegura, permítame usted que le atestigüe todo mi agradecimiento por los cuidados que me han dispensado usted y su madre.—¡Oh! No hay que hacer caso de eso, contestó riendo. Su risa ocultaba una emoción que me hizo daño.—Mi piano es uno de los mejores que han salido de casa de Erard, repuse fingiendo no haber oído sus palabras; acéptele usted. Quédese con él sin escrúpulo, porque á la verdad, no podría llevármelo en el viaje que pienso hacer. —El acento de melancolía con que pronuncié estas palabras hizo que aquellas mujeres me comprendieran al parecer y que me mirasen con una curiosidad mezclada de susto. El afecto que yo buscaba en las frías regiones del gran mundo residía allí verdadero, perdurable, sin fausto.—No hay que tomar la cosa tan por

lo serio, dijo la madre. Siga usted aquí. A estas horas mi marido debe estar en camino, añadió. He leído el evangelio de San Juan mientras Paulina tenía suspendida entre sus dedos nuestra llave atada á la Biblia, y la llave ha dado vueltas. Este presagio anuncia que Gaudín está bueno y que prospera. Paulina ha repetido la prueba para usted y para el joven del número siete, pero la llave no ha dado vueltas más que para usted. Seremos todos ricos, pues Gaudín volverá millonario. Le he visto en sueños en un barco lleno de serpientes; por fortuna el agua estaba turbia, lo que significa oro y piedras preciosas de ultramar. Estas palabras amistosas y vacías, semejantes á las insulsas canciones con las cuales una madre adormece los dolores de su hijo, me devolvieron cierta calma. El acento y la mirada de la buena mujer exhalaban esa dulce cordialidad que no disipa la pena, pero que la aminora, la halaga y la embota. Paulina, más perspicaz que su madre, me examinaba con inquietud, y sus ojos inteligentes parecían adivinar mi vida y mi porvenir. Dí gracias con una inclinación de cabeza á la madre y á la hija, y en seguida me marché, temiendo enternecerme.

Cuando me encontré solo en mi cuarto, me acosté con mi desventura. Mi fatal imaginación me trazó mil proyectos sin base y me dictó resoluciones imposibles. Cuando un hombre escarba los escombros de su fortuna, todavía encuentra en ellos algunos recursos; pero yo estaba en la nada. ¡Ay amigo mío! No asucemos demasiado fácilmente á la miseria; seamos indulgentes para los efectos del más activo de todos los disolventes sociales. Donde reina la miseria, no hay pudor, ni crímenes, ni virtud. Yo estaba entonces sin ideas, sin fuer-

za, como una joven postrada de hinojos ante un tigre. Un hombre sin pasión y sin dinero que ama no se pertenece ya ni puede matarse. El amor nos da una especie de religión para nosotros mismos, respetamos en nosotros otra vida, y entonces es la más horrible de las desgracias, desgracia con una esperanza, pero esperanza que nos hace aceptar torturas. Me dormí con la idea de ir al día siguiente á confiar á Rastignac la singular determinación de Fedora.—¡Hola, hola! me dijo mi amigo al verme entrar en su casa á las nueve de la mañana; ya sé lo que te trae por aquí; Fedora te habrá despedido. Algunas buenas almas, envidiosas de tu imperio sobre la condesa, han propalado la especie de que os casábais; Dios sabe las locuras que tus rivales te han achacado y las calumnias de que has sido objeto!—Entonces todo se explica, exclamé. Acordéme de todas mis impertinencias y me pareció la condesa sublime. En mi concepto, yo era un infame que todavía no había padecido bastante, y no vi en su indulgencia más que la paciente caridad del amor.—Vamos poco á poco, me dijo el prudente gascón. Fedora tiene la penetración natural de las mujeres egoístas; quizás te haya juzgado en el momento en que no veías en ella más que su fortuna y su lujo; á pesar de tu destreza, habrá leído en tu alma. Es bastante disimulada para perdonar todo disimulo. Creo haberte metido por mal camino. A pesar de la sutileza de su ingenio y de sus procederes, esa criatura me parece imperiosa como todas las mujeres para quienes el placer reside solamente en la cabeza. Para ella toda la felicidad consiste en el bienestar de la vida, en los negocios sociales; en ella el sentimiento es un papel de comedia; te haría

desgraciado y te convertiría en su criado principal.—Rastignac hablaba á un sordo. Le interrumpí exponiéndole con aparente alegría mi situación financiera. —Anoche, me contestó, una suerte contraria se me llevó todo el dinero de que podía disponer; á no ser por este vulgar infortunio, partiría de buen grado mi bolsa contigo. Pero vamos á almorzar á la fonda; las ostras nos darán quizás un buen consejo.—Vistióse mandó enganchar su tílburi, y, como si fuéramos dos millonarios, entramos en el café de París con la impertinencia de esos audaces especuladores que viven contando sus capitales imaginarios. Aquel gascón endemoniado me confundía con la soltura de sus modales y su aplomo imperturbable. Cuando estábamos tomando café después de un almuerzo muy delicado y mejor combinado, Rastignac, que no hacía más que dar cabezadas saludando una porción de jóvenes recomendables por sus gracias personales y por la elegancia de sus trajes, me dijo al ver entrar á uno de esos "dandys:"—Ahí tienes lo que necesitas.—E hizo señas á un caballero muy almidonado, que parecía buscar mesa á su gusto, para que se acercara á hablarle.—Ese mozo, me dijo Rastignac al oído, está condecorado por haber publicado obras que no entiende; es químico, historiador, novelista, publicista; tiene cuartos, tercios, mitades en no sé cuántas obras teatrales y es ignorante como un asno. No es un hombre, sino un nombre, una etiqueta conocida del público. Por eso se guardará de entrar en esos gabinetes en los que se lee esta inscripción: "Aquí puede escribir uno mismo." Es tan listo que sería capaz de burlar á todo un congreso.

En una palabra: es un mestizo en moral, ni enteramente probo, ni enteramente bribón. Pero como ha tenido desafíos, el mundo no pide más y dice de él: Es hombre de honor.—¿Qué tal, mi excelente amigo, mi distinguido amigo, cómo está Vuestra Inteligencia? le dijo Rastignac en el momento en que se sentaba á la mesa contigua.—Ni bien ni mal; abrumado de trabajo. Tengo entre manos los materiales necesarios para escribir memorias históricas curiosísimas, y no sé á quién referirlas, lo cual me preocupa, pues hay que apresurarse, porque las memorias van á pasar de moda.—¿Son memorias contemporáneas, antiguas, de la corte ó sobre qué? —Sobre el asunto del Collar.—¡Qué milagro! me dijo Rastignac riendo, y volviéndose al especulador añadió señalándome:—El señor de Valentín, amigo mío, á quien le presento á usted como una de nuestras futuras celebridades literarias. Tuvo en otro tiempo una tía marquesa, muy bienquista en la corte, y hace dos años que está trabajando en una historia realista de la Revolución.—E inclinándose al oido de aquel singular negociante, añdió:—Es un hombre de talento, pero un majadero que puede escribir las memorias que desea usted, poniéndolas el nombre de su tía, por cien escudos tomo.—Me conviene, contestó el otro alzándose la corbata. Mozo, ¿y mis ostras?—Bien, pero me dará usted veinticinco luises de comisión y le pagará un tomo por adelantado.—No, no; sólo adelantaré cincuenta escudos para estar más seguro de tener pronto mi manuscrito.—Rastignac me repitió esta conversación mercantil en voz baja. Luego, sin consultarme, respondió:—Estamos conformes. ¿Cuándo podremos ir á ver á usted para cerrar el trato?—

Vengan ustedes á comer aquí mañana á las siete.—Nos levantamos. Rastignac pagó el almuerzo, se metió la cuenta en el bolsillo y salimos.

Yo estaba maravillado de la ligereza, de la indiferencia con que mi amigo había vendido á mi respetable tía la marquesa de Montbaurón.—Prefiero embarcarme para el Brasil y enseñar allí el álgebra á los indios antes que mancillar el nombre de mi familia, dije.—Rastignac soltó una carcajada.—¡Qué tonto eres! Toma desde luego los cincuenta escudos y escribe las memorias. Cuando estén acabadas te negarás á poner el nombre de tu tía, majadero. Madame de Montbaurón, su tonillo, sus consideraciones, su belleza, sus afeites y sus chinelas valen más de seiscientos francos. Si el librero no quiere entonces pagar á tu tía lo que valen, siempre encontrará algún viejo caballero de influencia ó cualquier desarrapada condesa para firmar las memorias.—¡Oh! exclamé, ¿por qué habré salido de mi virtuosa buhardilla? El mundo tiene cosas asquerosamente innobles.—Está bien, contestó Rastignac, ¿con poesías te vienes? Eres una criatura. Oye, por lo que hace á las memorias, el público las juzgará; en cuanto á mi proxeneta literario, ¿no ha ganado ocho años de su vida y pagado con pruebas crueles sus relaciones con la librería? Compartiendo desinteresadamente con él el trabajo de su libro, ¿no es también la mejor tu parte de dinero? Veinticinco luises son para tí una cantidad mucho más importante que mil francos para él. Bien puedes escribir memorias históricas, obras de arte como ninguna, cuando Diderot hizo seis sermones por cien escudos.—La verdad es que necesito esa suma, contesté conmovido, y debo darte las gracias, mi buen

amigo. Con veinticinco luises seré rico.—Y más de lo que te figuras, repliqué riendo. Si Finot me paga una comisión en este negocio, ¿no adivinas qué será para tí? Vamos al bosque de Boulogne; allí veremos á tu condesa, y te enseñaré una linda viudita con la que me debo casar, una persona simpática, alsaciana un tanto gruesa, que lee á Kant, Schiller, Juan Pablo y una porción de libros hidráulicos. Tiene la manía de pedirme en todo mi parecer, y me veo obligado á suponer que comprendo toda esa sensiblería alemana, que conozco un montón de baladas, drogas todas que el médico me ha prohibido. Aún no he podido hacerle perder su entusiasmo literario: llora á chaparrones leyendo á Goethe, y yo también he de llorar un poco, siquiera por complacencia ó porque tiene cincuenta mil libras de renta, el pie más pequeño y la mano más bonita de la tierra. ¡Ah! Si no dijera mi "ánquel" y "enocarse" por "enojarse," sería una mujer cabal.—Vimos á la [illegible], elegantísima en un carruaje. La coqueta nos saludó lisonjeramente sonriéndose de un modo que me pareció divino y lleno de amor. ¡Ah! En aquel momento creí ser feliz; me creía amado: tenía dinero y tesón de la misión: por consiguiente nada de miseria. Aliviado de mis tristezas, alegre, satisfecho de todo, me pareció muy bella la novia de mi amigo. Los árboles, el aire, el cielo, la naturaleza entera parecían repetirme la sonrisa de Fedora. Al volver de los Campos Elíseos fuimos á casa del sombrerero y del sastre de Rastignac. El negocio del Collar me permitió dejar mi miserable pie de paz para ponerme en formidable pie de guerra En lo sucesivo podía competir sin miedo en gracia y elegancia con los jóvenes que andaban alre-

dedor de Fedora. Regresé á mi casa, quedándome tranquilo en la apariencia junto á mi claraboya, pero despidiéndome para siempre de mis tejados, viviendo en el porvenir, dramatizando mi vida, forjándome ilusiones con el amor y su delicias. ¡Ah! ¡Cómo puede llegar á ser borrascosa una existencia entre las cuatro paredes de una buhardilla! El alma humana es una hada que convierte una paja en brillantes; al golpe de su mágica varita brotan palacios encantados, como las flores silvestres á las cálidas inspiraciones del sol.

Al día siguiente á eso del mediodía, Paulina llamó suavemente á mi puerta, y me entregó, ¿adivínese qué? una carta de Fedora. La condesa me rogaba que fuera á buscarla al Luxemburgo para ir juntos al Museo y al Jardín de Plantas.—Un mandadero espera la contestación, me dijo Paulina después de un momento de silencio. Escribí rápidamente cuatro líneas de agradecimiento que Paulina se llevó; me vestí, y en el momento en que, satisfecho de mí mismo, iba á salir, me sobresaltó esta idea: ¿Fedora habrá ido en coche ó á pie? ¿Lloverá ó hará buen tiempo? Y, ya vaya en coche ó á pie, puede estar uno seguro del genio caprichoso de una mujer? No llevará dinero, y si á mano viene querrá dar cien sueldos á cualquier saboyano que vaya vestido de vistosos andrajos. Yo no tenía un céntimo ni debía tener dinero hasta la noche. ¡Oh! ¡Cuán cara paga un poeta, en estas crisis de nuestra juventud, la potencia intelectual de que le dotan el régimen y el trabajo! En un instante me asaetearon como otros tantos dardos mil pensamientos vivos y dolorosos. Miré el cielo por mi claraboya y ví que el tiempo estaba inseguro. En último resultado, podía alquilar un coche

por todo el día; pero, en medio de mi satisfacción, ¿no me asaltaría á cada momento el recelo de no encontrar á Finot por la noche? No me sentí bastante fuerte para soportar tantos temores en el seno de mi alegría. A pesar de la incertidumbre de no encontrar nada emprendí una gran exploración por mi cuarto, busqué escudos imaginarios, hasta en las profundidades de mi jergón, lo registré todo y hasta sacudí unas botas viejas. Lleno de nerviosa fiebre, miré mis muebles con ojos extraviados después de removerlos todos. ¡Comprenderás el delirio de mi ánimo cuando al abrir por séptima vez el cajón de mi mesa que registraba con esa especie de indolencia que nos sume en la desesperación, divisé pegada á una tabla lateral, solapadamente agazapada pero limpia, brillante, luciente como una estrella cuando sale, una hermosa y noble moneda de cinco francos! No le pedí cuenta de su silencio ni de la crueldad de que se había hecho culpable permaneciendo escondida de aquel modo, sino que la besé como á un amigo fiel y le dí la bienvenida con un grito que encontró eco. Volvíme bruscamente y ví á Paulina que se había puesto pálida.—He creído que se había hecho usted daño, me dijo. El mandadero.... Se interrumpió como si se sofocara. Pero mi madre le ha pagado, añadió.—Y en seguida echó á correr, infantil y locuela como un capricho. ¡Pobre niña! Le deseaba mi dicha. En aquel momento me parecía tener en el alma todo el placer de la tierra y habría querido restituir á los desgraciados la parte que á mi parecer les robaba.

Casi siempre se realizan los presentimientos adversos. La condesa había despedido su coche. Por uno de esos caprichos que las mujeres bonitas no se explican

siempre á sí mismas, quería ir al jardín de Plantas por los bulevares y á pie.—Es que va á llover le dije. Tuvo gusto en contradecirme. Por casualidad no llovió mientras anduvimos por el Luxemburgo; pero al salir de allí un nubarrón cuya marcha me tenía inquieto comenzó á desprender gruesas gotas y tuvimos que subir á un coche. Cuando llegamos á los bulevares, cesó la lluvia y se despejó el cielo. Ya en el Museo quise despedir el coche, pero Fedora me rogó que no lo hiciese. ¡Cuántas torturas! Pero hablar con ella comprimiendo un secreto delirio que sin duda traslucía á mi rostro con alguna sonrisa necia, vaga; pasear por el jardín de Plantas, recorrer sus frondosas alamedas y sentir su brazo en el mío, había en todo ello algo de fantástico; era un sueño en medio del día. Y sin embargo, sus movimientos, ya anduviera, ya nos detuviéramos, no tenían nada de dulce ni de amoroso, á pesar de su aparente abandono. Cuando procuraba asociarme en cierto modo á la acción de su vida, encontraba en ella una íntima y secreta vivacidad, algo de anormal, de excéntrico. Las mujeres sin alma no tienen nada de suave y blando en sus ademanes. Así era que no estábamos unidos ni por una misma voluntad ni por un mismo paso. No hay palabras para expresar ese desacuerdo material de dos seres porque no estamos aún acostumbrados á reconocer un pensamiento en el movimiento. Este fenómeno de nuestra naturaleza se siente instintivamente, pero no se expresa. Durante estos violentos paroxismos de mi pasión, repuso Rafael después de una pausa, y como si respondiera á una objeción que se hubiera hecho á sí mismo, no he disecado mis sensaciones, analizado mis pasiones, ni medido los

latidos de mi corazón, como un avaro examina y pesa sus monedas de oro. ¡Oh, no! La experiencia derrama hoy su triste luz sobre los sucesos pasados, y el recuerdo me reproduce esas imágenes como cuando reina bonanza las olas del mar arrancan á la playa una por una las reliquias de un naufragio.—Puede usted hacerme un gran favor, me dijo la condesa mirándome con aire confuso. Después de haberle confiado á usted mi antipatía al amor, me creo más libre reclamando de usted un servicio en nombre de la amistad. ¿No tendría usted hoy más mérito en hacerme un favor?—Yo la miraba con dolor. Como no sentía nada á mi lado, estaba halagadora, pero no afectuosa; parecíame que representaba un papel como actriz consumada, y luego de pronto su acento, una mirada, una palabra despertaban mis esperanzas; pero si mi amor reanimado se retrataba entonces en mis ojos, ella afrontaba sus rayos sin que se alterase la claridad de los suyos, porque, como los de los tigres, parecían estar forrados de una hoja de metal. En tales momentos, la detestaba.—La protección del duque de Navarreins, prosiguió diciendo con melifluas inflexiones de voz, me sería muy útil para con una persona muy poderosa en Rusia y cuya intervención necesito para que se me haga justicia en un asunto que tiene conexión con mi fortuna y con mi estado en la sociedad, toda vez que se trata del reconocimiento de mi matrimonio por el emperador. ¿No es primo de usted el duque de Navarreins? Una carta suya lo decidiría todo.—Soy todo de usted, puede mandarme lo que guste.—Es usted muy amable, dijo apretándome la mano. Venga usted á comer conmigo y se lo diré todo como á un confesor.—Aquella mujer tan

desconfiada, tan discreta y á la que nadie había oido decir una palabra acerca de sus intereses, iba á consultarme.—¡Oh! ¡Cuán satisfecho estoy ahora del silencio que me ha impuesto usted! exclamé. Pero yo habría querido una prueba más ruda todavía. En aquel momento aceptó la embriaguez de mis miradas y no se resistió á mi admiración; por consiguiente amaba.

Llegamos á su casa. Por fortuna pude pagar el cochero. Pasé deliciosamente el día solo con ella, en su casa. Era la primera vez que podía verla así. Hasta aquel día, la sociedad con su molesta cortesía y su frío modo de ser nos había separado, aun durante los suntuosos banquetes; pero entonces estaba yo en su casa como si hubiera vivido bajo su techo, la poseía, por decirlo así. Mi vagabunda imaginación rompía las trabas, arreglaba á mi gusto los sucesos de la vida, y me sumía en las delicias de un amor afortunado. Creyéndome su esposo, me recreaba viéndola ocupada en menudos detalles, y hasta me consideré dichoso al ver cómo se quitaba su chal y su sombrero. Me dejó solo un momento, y volvió después de haberse arreglado el peinado, hechicera. ¡Habíase hecho aquel bonito tocado para mí! Durante la comida me prodigó toda clase de atenciones y desplegó gracias sin cuento en mil cosas que me parecen nonadas y son sin embargo la mitad de la vida. Cuando estuvimos los dos delante de un buen fuego, sentados sobre la seda, rodeados de las más apetecibles creaciones de un lujo oriental; cuando ví cerca de mí á aquella mujer cuya renombrada belleza hacía palpitar tantos corazones, aquella mujer tan difícil de conquistar, hablándome, haciéndome objeto de todas las coqueterías, mi voluptuosa felicidad dege-

neró casi en sufrimiento. Por mi desdicha, me acordé del negocio que debía concluir, y quise acudir á la cita que se me había dado el día anterior.—¡Cómo! ¿Se va usted ya? me dijo al ver que cogía el sombrero.—¡Me amaba! Así lo creí al menos al oírle pronunciar aquellas palabras con cariñoso acento. Para prolongar mi éxtasis, habría trocado de buen grado dos años de mi vida por cada una de las horas que tenía á bien concederme. Mi dicha aumentó en proporción de todo el dinero que perdía. Era ya media noche cuando me dejó marchar. Sin embargo, al día siguiente mi heroísmo me costó muchos remordimientos, pues temí haber perdido el negocio de las memorias, tan capital para mí; corrí á casa de Rastignac y fuimos á sorprender en el momento de levantarse al tutelar de mis trabaos futuros. Finot me leyó un acta que había extendido y en la que no figuraba el nombre de mi tía, y después de firmarla me entregó cincuenta escudos. Almorzamos los tres. Cuando hube pagado mi sombrero nuevo, sesenta vales á treinta sueldos y mis deudas, sólo me quedaron treinta francos; pero todas las dificultades de la vida resultaban allanadas por unos cuantos días. Si hubiera querido dar oidos á Rastignac, podía disponer de tesoros adoptando con toda franqueza el "sistema inglés." Se empeñaba en abrirme un crédito y hacerme contraer empréstitos, pretendiendo que éstos sostendrían el crédito. En su concepto, el porvenir era el más considerable de todos los capitales del mundo. Hipotecando así mis deudas sobre futuros contingentes, me hizo parroquiano de su sastre, artista que comprendía lo que era ser joven y se comprometía á dejarme tranquilo hasta mi casamiento.

Desde aquel día rompí con la vida monástica y estudiosa que llevaba hacía tres años. Iba con mucha asiduidad á casa de Fedora, donde procuré aventajar en apariencia á los impertinentes y á los héroes de camarilla que la frecuentaban. Creyendo haberme librado para siempre de la miseria, recobré mi libertad de espíritu, confundí á mis rivales y pasé por hombre de seducciones, prestigioso, irresistible. Sin embargo, las personas expertas decían hablando de mí: "un joven de tanto talento no debería tener pasiones más que en la cabeza." Encomiaban caritativamente mi genio á expensas de mi sensibilidad. "¡Qué feliz es en amar! decían. Si amara, ¿tendría tanta alegría, tanta facundia?" Y sin embargo, en presencia de Fedora, estaba estúpidamente enamorado. Cuando me hallaba solo con ella no sabía decirle nada, ó si hablaba, maldecía de mi amor; estaba tristemente alegre, como cortesano que quiere disimular un despecho cruel. En fin, procuré hacerme indispensable á su vida, á su felicidad, á su vanidad; todos los días junto á ella era un esclavo, un juguete constantemente á sus órdenes. Después de desperdiciar el día de este modo, volvía á mi casa para trabajar de noche, sin dormir más que dos ó tres horas por la mañana. Pero no teniendo, como Rastignac, la costumbre del sistema inglés, pronto me ví sin un sueldo. Desde entonces, amigo mío, fatuo sin conquistas, elegante sin dinero, enamorado anónimo, volví á esa vida precaria, á esa fría y profunda desventura cuidadosamente oculta bajo las falaces apariencias del lujo. Volví á sentir mis primeros sufrimientos, pero menos agudos; sin duda me había familiarizado con sus terribles crisis. Los pasteles y el té, ofrecidos con tan-

ta parsimonia en los salones, eran con frecuencia mi único alimento. A veces, las opíparas comidas de la condesa me sustentaban dos días. Invertía mi tiempo, mis esfuerzos y mi ciencia de observación en penetrar todo lo posible en el impenetrable carácter de Fedora. Hasta entonces, mi esperanza ó mi desesperación habían influido en mi opinión, y veía en ella alternativamente la mujer más amante ó la más insensible de su sexo; pero estas alternativas de alegría y de tristeza se hicieron intolerables, y quise buscar un desenlace á esta lucha horrorosa matando mi amor. A veces brillaban en mi alma siniestros fulgores y me hacían columbrar abismos entre ambos. La condesa justificaa todos mis recelos; todavía no había sorprendido yo la grimas en sus ojos. En el teatro una escena enternecedora la dejaba fría y sonriente: reservaba toda su sensibilidad para sí misma, y no adivinaba la desdicha ni la desventura ajenas. En fin, ¡me había burlado! Contento de poder hacer un sacrificio por ella, casi me rebajé en su obsequio yendo á ver á mi pariente el duque de Navarreins, hombre egoísta que se avergonzaba de mi miseria y que había cometido demasiadas faltas para conmigo para no aborrecerme; me recibió con esa fría urbanidad que da á los ademanes y á las palabras la apariencia de un insulto, y su mirada inquieta me dió lástima. Me avergoncé por él de su pequeñez en medio de tanta grandeza, de su pobreza en medio de tanto lujo. Me habló de las grandes pérdidas que le ocasionaba el tres por ciento, y entonces le dije cuál era el objeto de mi visita. La súbita mudanza de sus modales, que de graciales se hicieron insensiblemente afectuosos, me repugnó. Pues bien, amigo mío, fué á

casa de la condesa, y me suplantó. Fedora tuvo para él agasajos, prestigios desconocidos; le sedujo, y arregló sin mi intervención aquel asunto misterioso del cual no supe una palabra: yo no había sido para ella más que un medio del que se valió para sus fines. Fingía no verme cuando mi primo estaba en su casa, y en estos casos me recibía quizás con menos gusto que el día en que Rastignac me presentó á ella. Una noche me humilló delante del duque con uno de esos ademanes y una de esas miradas que no se pueden definir con palabras. Salí llorando, formando mil proyectos de venganza, combinando atroces violencias. La acompañaba con frecuencia á los Bufos; allí, á su lado, entregado por completo á mi amor, la contemplaba dejándome llevar del encanto de la música, consumiendo mi alma en el doble goce de amar y de advertir que las frases del compositor eran el fiel trasunto de los movimientos de mi corazón. Mi pasión estaba en el ambiente, en la escena; triunfaba doudequiera, excepto en el ánimo de mi amada. Entonces cogía la mano de Fedora, estudiaba sus facciones y sus ojos solicitando la fusión de nuestros sentimientos, una de esas repentinas armonías que, despertadas por las notas, hacen vibrar las almas al unísono; pero su mano estaba inmóvil y sus ojos no me decían nada. Cuando el fuego de mi corazón, emanado de mi semblante, la hería con demasiada viveza en el suyo, me lanzaba esa sonrisa estudiada, frase convencional que se reproduce en la Exposición de pinturas en los rostros de todos los retratos. Ni siquiera escuchaba la música; las divinas páginas de Rossini, de Cimarosa, de Zingarelli, no le

inspiraban ningún sentimiento ni le traducían la menor poesía de su vida: tenía el alma seca. Sus gemelos viajaban de continuo de palco en palco; inquieta, aunque tranquila, era esclava de la moda: su palco, su carruaje y su persona eran todo para ella. A menudo se ven personas corpulentas que tienen un corazón tierno y delicado bajo un cuerpo de bronce; pero ella ocultaba un corazón de bronce bajo su endeble y graciosa envoltura. Mi fatal ciencia me rasgaba muchos velos. Si el buen tono consiste en olvidarse uno de sí mismo para atender á los demás, en dar á la voz y á los ademanes una dulzura constante, en complacer á la gente haciendo que se muestre satisfecha á sí propia, Fedora, no obstante su finura, conservaba algún vestigio de su origen plebeyo; sus modales, en lugar de ser ingénitos, revelaban que los había adquirido á fuerza de estudio; su olvido de sí misma era falsía; en fin, su cortesía trascendía á servidumbre. Esto no obstante, sus palabras melosas eran para sus favoritos la expresión de la bondad; su pretenciosa exageración, noble entusiasmo. Yo sólo había estudiado sus muecas; yo sólo había arrancado de su ser interior la tenue corteza de que el mundo se da por satisfecho; y no era ya víctima de sus supercherías; conocía á fondo su alma de gata. Cuando un sandio la adulaba, la encomiaba, me avergonzaba por ella. ¡Y sin embargo, seguía amándola! Yo confiaba en derretir sus hielos al calor de las alas de un corazón de poeta. Si alguna vez podía abrir mi corazón á las ternuras de la mujer, si la iniciaba en la sublimidad de las abnegaciones, la veía entonces perfecta, se convertía en ángel. La amaba como hombre, como

amante, como artista, cuando habría sido menester no amarla para obtenerla: un fatuo presumido un calculador frío, quizás habría triunfado de ella. A fuer de vana y artificiosa, sin duda habría dado oídos al lenguaje de la vanidad y dejádose enredar en las mallas de una intriga; la habría dominado un hombre seco y glacial. Cuando me revelaba sencillamente su egoísmo, laceraban agudos dolores mi alma. Consideraba con espanto que había de llegar un día en que la viese sola abandonada, sin saber á quién alargar la mano, sin encontrar una mirada amiga en la que descansar la suya.

Una noche tuve el valor de pintarle con vivos colores su vejez aislada, vacía y triste. Ante tan espantosa venganza de la naturaleza engañada, contestó con una frase atroz:—Siempre seré rica, me dijo, y con dinero podemos crear en torno nuestro los sentimientos que necesitamos para nuestro bienestar.—Salí anonadado por la lógica de aquel lujo, de aquella mujer, de aquel mundo, vituperándome por ser tan neciamente idólatra de ella. Como yo no amaba á Paulina pobre, ¿Fedora rica no tenía derecho para rechazar á Rafael? Nuestra conciencia es un juez infalible, cuando todavía no la hemos asesinado. "Fedora, me gritaba una voz sofística, no ama ni rechaza á nadie; es libre, pero en otro tiempo se entregó por dinero. Amante ó esposo, el conde ruso la ha poseído. No dejará de tener una tentación en su vida. Aguárdala." Esta mujer, ni virtuosa ni criminal, vivía lejos de la humanidad, en una esfera infierno ó paraíso, que le era propia. Aquel misterio femenino vestido de cachemira y de bordados ponía en juego en mi corazón todos los sentimien-

tos humanos, orgullo, ambición, amor curiosidad. Un capricho de la moda, ó ese afán de parecer originales que á todos nos domina, había ocasionado la manía de ponderar un teatrillo de bulevar. La condesa expresó su deseo de ver la cara enharinada de un actor que hacía las delicias de algunas personas de talento, y merecí el honor de acompañarla á la primera representación de no sé qué insulsa farsa. El palco apenas costaba cinco francos, pero yo no tenía un céntimo. Como aún me faltaba escribir medio tomo de memorias, no me atrevía á ir á mendigar un socorro á Finot, y Rastignac, mi providencia, estaba ausente. Aquella escasez constante emponzoñaba toda mi vida. Una noche, al salir de los Bufos, llovía á cántaros, y Fedora había hecho llamar un coche para mí sin que yo pudiera esquivar su oficiosa atención; no admitió ninguna de mis disculpas, ni mi afición á la lluvia, ni mi deseo de ir á jugar. No adivinaba mi indigencia ni en mi visible embarazo, ni en mis palabras tristemente bromistas. Yo tenía los ojos encendidos: pero ¿acaso comprendía ella una mirada? ¡La vida de los jóvenes está sujeta á tan singulares caprichos! Por el camino, cada vuelta de rueda despertó ideas que me abrasaban el corazón; quise arrancar una tabla del fondo del coche para deslizarme por la abertura al empedrado; pero tropezando con obstáculos invencibles, me eché á reir convulsivamente y permanecí en una calma tétrica, alelada, como hombre puesto en el potro. Cuando llegué á mi casa, á las primeras palabras que pronunció, Paulina me interrumpió diciendo:—Si no tiene usted dinero.....—¡Ah! La música de Rossini no era nada

en comparación de estas palabras. Pero volvamos á los Funámbulos. Para poder llevar á la condesa, se me ocurrió empeñar el cerco de oro que rodeaba el retrato de mi madre. Aunque el Monte de Piedad se hubiera presentado siempre á mi imaginación como la puerta del presidio, me parecía preferible llevar á él yo mismo mi cara á pedir una limosna. ¡Hace tanto daño la mirada de un hombre á quien se pide dinero! Ciertos préstamos nos cuestan el honor como ciertas negativas pronunciadas por una boca amiga, nos arrebatan una ilusión postrera. Paulina trabajaba; su madre se había acostado. Echando una mirada furtiva á la cama, que tenía las cortinas levantadas, creí dormida á la señora Gaudín al ver en la sombra su perfil tranquilo y amarillento impreso en la almohada.—Usted tiene alguna pena, me dijo Paulina dejando el pincel en el platillo.—Hija mía, le contesté, usted puede hacerme un gran favor.—Me miró con tal expresión de contento que me estremeció.—¿Si me amará? pensé.—¡Paulina! repuse, y me senté á su lado para estudiarla bien. Ella adivinó sin duda mi propósito, porque bajó los ojos; la examiné creyendo poder leer en su corazón como en el mío, tan sencilla y pura era su fisonomía.—¿Me ama usted?—le pregunté.—Un poco, pero no apasionadamente, me contestó. No me amaba. Su acento burlón y la gracia del ademán que se le escapó denotaban solamente una juguetona gratitud de muchacha. Entonces le confesé mi penuria, el apuro en que me encontraba, y le rogué que me ayudase.—¡Cómo es eso, señor Rafael! ¿No quiere usted ir al Monte de Piedad y me envía á mí?—Me sonrojé con-

fundido por la lógica de una niña. Entonces me cogió la mano como si hubiera querido compensar con una caricia la verdad de su exclamación.—Iré, me dijo, pero ese paso es inútil. Esta mañana he encontrado detrás del piano dos monedas de cinco francos que se habían caído sin saberlo usted entre la pared y la barra, y las he dejado en la mesa de usted.—Pronto recibirá usted dinero, señor Rafael, me dijo la buena madre que sacó la cabeza por entre las cortinas; mientras tanto podré prestarle algunos escudos.—¡Oh Paulina! exclamé estrechándole la mano, quisiera ser rico.—Y ¿por qué? preguntó con aire picaresco. Su mano, que temblaba en la mía, respondía á todos los latidos de mi corazón; retiró vivamente sus dedos, examinó los míos, y dijo:—Se casará usted con una mujer rica; pero le dará muchos disgustos. ¡Dios mío! Le matará á usted, estoy segura de ello.—En esta exclamación había una especie de creencia en las insensatas supersticiones de su madre.—¡Es usted muy crédula, Paulina!—Estoy convencida, repuso mirándome con terror, de que la mujer á quien ame usted le matará—Cogió otra vez el pincel, le mojó en el color dando á conocer una viva emoción, y no me miró ya. En aquel momento habría deseado creer en quimeras. Un hombre no es enteramente miserable cuando es supersticioso. Una superstición es una esperanza.

Retirado á mi cuarto, vi efectivamente sobre la mesa dos monedas de cinco francos cuya presencia me pareció inexplicable. En medio de las ideas confusas del primer sueño procuré repasar mis gastos para justificar á mis ojos aquel hallazgo inesperado, pero me

dormí perdido en inútiles cálculos. Al otro día Paulina subió á verme en el momento en que yo salía para tomar un palco.—Quizás no tenga usted bastante con diez francos, me dijo la buena y amable joven poniéndose colorada; por lo cual mi madre me ha encargado que le ofrezca á usted este dinero. Tómelo usted, tómelo.—Dejó tres escudos sobre mi mesa y quiso marcharse, pero la detuve. La admiración secó las lágrimas que brotaban de mis ojos.—Paulina, le dije, es usted un ángel. Este préstamo no me conmueve tanto como el pudor del sentimiento con que me lo ofrece usted. Yo deseaba una mujer rica, elegante, noble; ahora quisiera tener millones y encontrar una joven pobre como usted y como usted rica de corazón; entonces renunciaría á una pasión que me matará. Tal vez tenga usted razón.—Basta, dijo, y echó á correr. Su voz fresca y sus trinos de ruiseñor resonaron por la escalera.—¡Qué dichosa es en no amar todavía! dije pensando en las torturas que yo venía sufriendo hacía muchos meses. Los quince francos de Paulina me vinieron muy bien. Fedora, pensando en las emanaciones populacheras del teatro en que debíamos permanecer algunas horas, sintió no tener un ramo. Fuí á buscarlo, y con él le entregué mi vida y mi fortuna. Tuve á la vez remordimientos y placeres al regalarle un ramo de flores cuyo precio me reveló todo lo dispendiosa que es la galantería superficial puesta en uso en el mundo. Al poco rato se quejó del olor demasiado fuerte de un jazmín de México, sintió un asco intolerable al ver la platea y por estar sentada en duros bancos, y me censuró por haberla llevado allí. Aunque estaba á mi lado,

quiso marcharse y se marchó. ¡Imponerme noches sin dormir, haber disipado dos meses de mi existencia y no agradarla! Aquel demonio no me pareció nunca más gracioso ni más insensible. Por el camino, sentado junto á ella en un estrecho cupé, respiraba su aliento, tocaba su guante perfumado, veía distintamente los tesoros de su belleza, percibía un vapor dulce como el iris: toda la mujer y nada de mujer. En aquel momento un rayo de luz me permitió ver las profundidades de aquella vida misteriosa. De pronto pensé en el libro recién publicado por un poeta, verdadera concepción de artista tallada en la estatua de Polícleto. Me parecía ver aquel monstruo que, ora oficial, doma un caballo fogoso, ora doncella, arregla su tocado y desespera á sus amantes, ó bien amante, desespera á una virgen dulce y modesta. No pudiendo reducir de otro modo á Fedora, le conté aquella historia fantástica; pero nada descubrió su parecido con aquella poesía de lo imposible, y se divirtió de buena fe, como se divierte un niño con un cuento de las "Mil y una noches."

Para resistir al amor de un hombre de mi edad, al calor comunicativo de este hermoso contagio del alma, Fedora debe estar defendida por algún misterio, dije para mí al volver á mi casa. ¿Si estará devorada por un cáncer como lady Delacour? Su vida es sin duda una vida artificial. Este pensamiento me dió frío. Luego formé el proyecto más extravagante á la vez que el más razonable de cuantos pueda discurrir un amante. Para examinar á aquella mujer corporalmente como la había estudiado intelectualmente, para conocerla por completo, resolví pasar una noche en su casa,

en su cámara, sin que ella lo supiera. He aquí cómo llevé á cabo esta empresa, que me devoraba el alma como el deseo de venganza roe el corazón de un fraile corso. En los días de recibo acudía á casa de Fedora demasiada gente para que el portero pudiera formar un cómputo exacto entre las entradas y las salidas Seguro de poder quedarme en la casa sin causar escándalo aguardé con impaciencia la próxima velada de la condesa. Al vestirme, me metí en el bolsillo un cortaplumas inglés á falta de puñal. Si me lo encontraban encima, aquel instrumento literario no tenía nada de sospechoso, y no sabiendo á dónde me llevaría mi resolución novelesca, quise estar armado. Cuando los salones empezaron á llenarse de gente, fuí al dormitorio á examinarlo bien todo y ví que las persianas y los postigos estaban cerrados, lo cual era ya un primer indicio de buen éxito; como la camarera podía entrar para soltar los cortinajes recogidos en los balcones, desaté sus cordones; me exponía mucho aventurándome así á arreglar aquella habitación de antemano, pero estaba resuelto á arrostrar los peligros de mi situación y los había calculado fríamente. A eso de media noche fuí á esconderme en el alféizar de una ventana, y para que no se me vieran los pies, probé á subirme sobre el plinto del zócalo de madera, apoyando la espalda contra la pared y afianzándome á la falleba. Después de estudiar mi equilibrio, y mis puntos de apoyo y medido el espacio que me separaba de los cortinajes, logré familiarizarme con las dificultades de mi posición de manera que pudiera estar allí sin ser descubierto, siempre que algún calambre, la tos ó un estor-

nudo no me denunciaran. Para no cansarme inútilmente, estuve de pie aguardando el momento crítico durante el cual debía permanecer suspendido como una araña en su tela. La seda blanca y la muselina de las cortinas formaban delante de mí gruesos pliegues semejantes á cañones de órgano, en los cuales abrí agujeros con mi cortaplumas á fin de verlo todo por aquella especie de saeteras. Oía vagamente el murmullo de los salones, las risas de los concurrentes, los sonidos de las voces. Aquel tumulto vaporoso, aquella sorda agitación fué disminuyendo gradualmente. Algunos hombres vinieron á coger sus sombreros colocados cerca de mí en la cómoda de la condesa: cuando pasaban rozando con las cortinas, yo temblaba pensando en las distracciones, en los azares de esas pesquisas hechas por gente que tiene prisa por marcharse y que huronea por todas partes. Auguré bien mi empresa cuando no experimenté ninguno de estos percances. Recogió el último sombrero un viejo enamorado de Fedora que, creyéndose solo, miró la cama y lanzó un gran suspiro seguido de no sé qué exclamación sobrado enérgica. La condesa, á quien ya no acompañaban más que cinco ó seis personas de su intimidad en el retrete contiguo á su dormitorio, les propuso tomar allí el té. Las calumnias, para las cuales la sociedad actual ha reservado la poca creencia que le queda, se mezclaron entonces con epigramas, con juicios chistosos, al ruido de las tazas y de las cucharillas. Rastignac, desapiadado con mis rivales, causaba extraordinaria hilaridad con sus mordaces ocurrencias.—El señor de Rastignac es un hombre con

quien no conviene enemistarse, dijo la condesa.—Ya lo creo, respondió él sencillamente; como que siempre tengo razón en mis antipatías. Y también en mis amistades, añadió. Mis enemigos me sirven quizás tanto como mis amigos. He hecho un estudio especial del idioma moderno y de los artificios naturales puestos en uso para atacarlo todo ó defenderlo todo. La elocuencia ministerial es un perfeccionamiento social. ¿Algún amigo nuestro carece de talento? Pues hablamos de su probidad, de su franqueza. ¿La obra de otro parece pesada? Pues la presentamos como un trabajo hecho á conciencia. Si el libro está mal escrito, se encomian las ideas. ¿Tal hombre no tiene fe, ni constancia ni consistencia en sus opiniones? ¡Bah! Decimos de él que es seductor, prestigioso, lleno de atractivo. Pero si se trata de nuestros enemigos, cargan con todas las culpas: invertimos para ellos los términos de nuestro lenguaje, y somos tan perspicaces para descubrir sus defectos como hábiles para poner de relieve las virtudes de nuestros amigos. En esta aplicación de los gemelos de teatro á la parte moral del individuo consiste el secreto de nuestras conversaciones y todo el arte del cortesano. No hacer uso de él es lo mismo que querer combatir sin armas á gentes armadas de punta en blanco como los caballeros de mesnada. Yo lo uso y aun á veces abuso. Por eso me respetan á mí y á mis amigos, porque, aparte de esto, mi lengua es mi espada.—Uno de los más fervientes admiradores de Fedora, joven célebre por lo impertinente, y que cifraba en su misma impertinencia el propósito de llegar á ser algo, recogió el guante desdeñosamente arrojado

por Rastignac. Se puso á hablar de mí, encomiando exageradamente mis aptitudes y mi persona. Rastignac no había tenido en cuenta este género de maledicencia. Aquel elogio sardónico engañó á la condesa que me inmoló sin piedad; para divertir á sus amigos, descubrió mis secretos, mis pretensiones y mis esperanzas.—Es muchacho de porvenir, dijo Rastignac. Quizás llegue un día en que sea capaz de tomar crueles desquites; sus aptitudes igualan por lo menos á su valor; por esto considero sobrado atrevidos á los que murmuran de él, porque tiene buena memoria...—Y también escribe memorias, interrumpió la condesa á la que pareció desagradar el profundo silencio que reinó.—Memorias de condesa supuesta, señora, replicó Rastignac. Para escribirlas se necesita tener otra clase de valor....—Creo que tiene mucho, contestó Fedora, porque me es fiel.—Me dió una tentación vivísima de presentarme á aquellos burlones como la sombra de Banco en "Macbeth." Perdería una amante, pero me quedaba un amigo. Sin embargo, el amor me sugirió de pronto una de esas ruines y sutiles paradojas con las cuales sabe adormecer todos nuestros dolores.—Si Fedora me ama, pensé, ¿no debe disimular su cariño con una broma maliciosa? ¡Cuántas veces ha desmentido el corazón los embustes de la boca!—En fin, mi impertinente rival, que se había quedado solo, con la condesa, quiso marcharse.—¡Cómo! ¿Se marcha usted ya? le dijo ella con melifluo acento que me contrarió. ¿No me concederá usted un momento más? ¿No tiene nada que decirme ni me sacrificará alguno de sus placeres?—Pero él se marchó.—¡Ah! exclamó la

condesa bostezando, ¡qué fastidiosos son todos!—Y tirando con fuerza de un cordón, el ruido de una campanilla sonó en las habitaciones.

La condesa entró en su cámara tarareando el aria "Pria che spunti." Nadie la había oído cantar nunca, y aquel mutismo daba motivo á raras interpretaciones. Decíase que había prometido á su primer amante, encantado de sus conocimientos y celoso de ella aun más allá de la tumba, que no concedería á nadie una dicha que él solo quería haber disfrutado. Aspiré aquellos sonidos con todas las fuerzas de mi alma. La voz fué elevándose de nota en nota, desplegáronse las riquezas de su garganta y aquella melodía adquirió en breve algo de divino. La condesa tenía en su órgano vocal una limpieza tan grande, un tono tan justo, un no sé qué de armónico y de vibrante que penetraba, removía y halagaba el corazón. Las mujeres aficionadas á la música son siempre amorosas: la que de tal modo cantaba debía saber amar. La hermosura de aquella voz fué, pues, un misterio más en aquella mujer ya de sí tan misteriosa. Entonces la veía como te estoy viendo; parecía escucharse á sí misma y sentir una satisfacción que le era peculiar; experimentaba á modo de un goce de amor. Se acercó á la chimenea acabando el motivo principal de aquel rondó; pero cuando se calló, se le demudó el semblante, descompusiéronse sus facciones y en su rostro se retrató el cansancio. Acababa de quitarse la máscara; actriz, su papel había concluído. Y sin embargo, la especie de marchitez comunicada á su belleza por su labor de artista, ó por la lasitud de la

velada, no carecía de atractivo.—Hela ahí tal como es, dije para mí. Puso como para calentarse un pie en la barra de bronce colocada sobre el cenicero, se quitó los guantes y los brazaletes, así como una cadena de oro de la que pendía un medallón adornado de piedras preciosas. Sentía yo un placer indecible observando sus movimientos llenos de la gracia que se advierte en las gatas cuando se asean al sol. Se miró al espejo, y dijo malhumorada en voz alta: "Esta noche no estaba guapa; se me aja el cutis con espantosa rapidez. Tal vez me convendría recogerme más pronto, renunciar á esta vida disipada. Pero ¿y Justina? ¿Se estará burlando de mí? Llamó otra vez, y acudió la camarera. ¿Dónde tenía su cuarto? Lo ignoro. Bajó por una escalera excusada; yo tenía curiosidad por verla. Mi imaginación de poeta había acriminado con frecuencia á aquella sirvienta invisible, joven alta, morena y bien formada.—¿La señora ha llamado?—Dos veces, contestó Fedora. ¿Te vas ahora á volver sorda?—Estaba haciendo la leche de almendras para la señora.—Justina se arrodilló, deshizo los lazos de los zapatos y descalzó á su ama que indolentemente tendida en un sillón de muelles, junto á la chimenea, bostezaba rascándose la cabeza. Todo cuanto observaba en sus movimientos era muy natural, y ningún síntoma me reveló mientos era muy natural, y ningún snítoma mo reveló ni los males secretos ni las pasiones que yo había supuesto en ella.—Jorge está enamorado, dijo: tendré que despedirle. ¿Aun no ha corrido las cortinas esta noche? ¿En qué piensa?—Al oir esta observación me refluyó toda la sangre al corazón, pero ya no se volvió

á hablar de las cortinas.—La existencia es bien vacía, dijo la condesa. ¡Eh! Cuidado con arañarme como ayer. mira, añadió enseñando una pantorrilla como el raso, aun tengo la señal de tus uñas.—Calzóse unas babuchas de terciopelo forradas de plumón de cisne y se desabrochó el vestido mientras Justina iba á buscar un peine para arreglarle los cabellos.—Será preciso que se case usted, señora; que tenga hijos.—¡Hijos yo! Sólo eso me faltaría para acabarme, contestó. ¡Marido! Y ¿quién es el hombre á quien yo pudiera?..... ¿Estaba bien peinada esta noche?—No muy bien.—Eres una tonta.—Le sienta á usted mal el pelo demasiado rizado, repuso Justina. Los bucles grandes y lisos le caen mejor.—¿De veras?—Sí, señora, los cabellos rizados y claros no sientan bien más que á las rubias.—¡Casarme! No, no. El matrimonio es un tráfico para el cual no he nacido.

¿Qué escena tan horrible para un amante! Aquella mujer sola, sin parientes, sin amigos, atea en amor, que no creía en ningún sentimiento, y que, por insignificante que fuese en ella esa necesidad de expansión cordial, natural en toda criatura humana, estaba reducida para satisfacerlá á hablar con su camarera, á decir frases secas ó insulsas, me daba lástima. Justina la desnudó. Yo la contemplé con curiosidad en el momento en que le quitó la última prenda de su ropa. Tenía un talle de virgen que me deslumbró; al través de su camisa y á la luz de las bujías, su cuerpo blanco y sonrosado resplandeció como una estatua de plata que brilla bajo su velo de gasa. No, no tenía ninguna imperfección que pudiera hacerle temer las miradas furtivas del amor. ¡Ah! Un cuerpo hermoso triunfará siempre

de las resoluciones más enérgicas. La condesa se sentó delante del fuego, callada y meditabunda, mientras la camarera encendía la vela de la lámpara de alabastro colgada delante de la cama. Justina fué á buscar un calentador, preparó la cama y ayudó á su señora á acostarse; luego, después de un largo rato invertido en minuciosos servicios que denotaban la veneración que á sí misma se tenía Fedora, aquella joven se marchó. La condesa dió muchas vueltas en el lecho; estaba agitada, suspiraba; de sus labios se escapaba un leve ruido perceptible al oído y que indicaba movimientos de impaciencia; alargó la mano á la mesa, tomó un frasco, vertió en la leche antes de beberla unas cuantas gotas de un líquido obscuro, y por fin, después de exhalar algunos suspiros penosos, exclamó: ¡Dios mío! Aquella exclamación y sobre todo el acento con que la pronunció, me partieron el corazón. Poco á poco se quedó inmóvil. Me dió miedo esta inmovilidad, mas en breve percibí la respiración igual y fuerte de una persona dormida; aparté la seda crujiente de las cortinas, dejé mi posición, fuí á situarme al pie de su cama, y me puse á contemplarla con indefinible sentimiento. Estaba hechicera. Tenía un brazo sobre la cabeza como un niño; su tranquilo y lindo rostro rodeado de encaje respiraba una suavidad que me inflamó. Presumiendo demasiado de mí mismo, no había comprendido mi suplicio: ¡estar tan cerca y tan lejos de ella! Tuve que soportar todos los tormentos que me había preparado. Aquel ¡Dios mío!" jirón de un pensamiento desconocido, que debía llevar conmigo por toda luz, cambió de pronto mis ideas sobre Fedora. Aquella exclamación insignificante

ó profunda, sin substancia ó llena de realidades, lo mismo podía interpretarse atribuyéndola á contento que á pesadumbre, á un dolor corporal ó moral. ¿Era imprecación ó ruego, recuerdo ó previsión, sentimiento ó temor? En aquellas dos palabras se encerraba toda una vida, vida de indigencia ó de riqueza: ¡hasta cabía en ellas un crimen! El enigma oculto en aquel hermoso semblante de mujer renacía; Fedora podía ser explicada de tantos modos que era inexplicable. Las fantasías del resuello que pasaba entre sus dientes, ora débil, ora marcado, grave ó leve, formaban una especie de lenguaje al que yo atribuía ideas y sentimientos. Yo soñaba con ella, esperaba iniciarme en sus secretos penetrando en su ensueño, fluctuaba entre mil partidos contrarios, entre mil opiniones. Viendo aquel rostro hermoso, puro y sereno, me fué imposible suponer que aquella mujer no tenía corazón. Resolví, pues, hacer otra tentativa. Si le contaba mi vida, mi amor, mis esperanzas, quizás podría excitar en ella conmiseración, arrancar una lágrima á aquella mujer que no lloraba nunca. Había cifrado todas mis esperanzas en esta prueba, cuando el ruido de la calle me indicó que se iba haciendo de día. Hubo un momento en que me figuré que Fedora despertaba en mis brazos. Podía acostarme calladamente á su lado, deslizarme en su cama y estrecharla contra mi pecho. Aquella idea me tiranizó de un modo tan cruel, que queriendo resistirme pasé al salón sin tomar ninguna precaución para no hacer ruido; por fortuna llegué á una puerta excusada que daba á una escalerilla. Conforme lo presumí, estaba puesta la llave en la cerradura: abrí la puerta con

violencia, bajé sin vacilar al zaguán, y sin reparar en que podían verme, en tres saltos me planté en la calle.

Dos días después, un autor iba á leer una comedia en casa de la condesa, y fuí á ella con la intención de quedarme el último para hacerle una petición bastante singular. Quería rogarla que me dedicara la velada del día siguiente no recibiendo á nadie. Cuando me vi solo con ella, me flaqueó el corazón. Cada oscilación de la péndola del reloj me asustaba: eran las doce menos cuarto. O le hablo, dije para mí, ó me rompo el cráneo contra el ángulo de la chimenea. Me concedí un plazo de tres minutos; los tres minutos transcurrieron y no me rompí el cráneo; el corazón se me había hinchado como una esponja metida en el agua.—Hoy está usted sumamente amable, me dijo Fedora.—¡Ah, señora! si pudiera usted comprenderme!....—¿Qué tiene usted? Se pone pálido.—Es que vacilo en pedirle un favor.—Me animó con un ademán, y entonces le pedí la cita.—Con mucho gusto, me contestó. Pero ¿por qué no me habla usted ahora?—Por no engañarla á usted, porque debo hacerle patente la extensión de su compromiso, y deseo pasar con usted esa velada como si fuésemos hermanos. No tenga usted cuidado: conozco sus antipatías; ha podido usted apreciarme lo bastante para estar segura de que no quiero de usted nada que pueda desagradarla: además, los atrevidos no proceden como yo. Me ha demostrado usted amistad: es usted buena, sumamente indulgente. Pues bien, ha de saber que mañana pienso despedirme de usted. ¡No se retracte usted! exclamé al observar que iba á hablar, y me marché. En el pasado mes de mayo, á eso de las ocho de la no-

che, estaba á solas con Fedora en su retrete gótico. Entonces no temblé porque tenía la seguridad de ser afortunado. Mi amada debía pertenecerme ó me refugiaba en los brazos de la muerte. Había condenado mi cobarde amor; el hombre es muy fuerte cuando se confiesa su debilidad. La condesa, vestida con un traje de cachemira azul, estaba reclinada en un diván, con los pies apoyados en un cojín. Un gorrito oriental, tocado que los pintores atribuyen á los antiguos hebreos, añadía cierto incitante atractivo de extrañeza á sus seducciones. Su rostro aparecía impregnado de un encanto fugitivo que parecía probar que á cada paso somos seres nuevos, únicos, sin ninguna similitud con el "nosotros" del porvenir y el "nosotros" del pasado. Jamás la había visto tan deslumbradora.—¿Sabe usted me dijo riendo, que ha picado usted mi curiosidad?—No me propongo engañar á usted, respondí con frialdad, sentándome á su lado y cogiéndole una mano que no retiró. Tiene usted una hermosa voz.—Nunca me ha oído usted cantar, replicó haciendo un movimiento de sorpresa.—Cuando llegue el caso le probaré á usted lo contrario. ¿El canto delicioso de usted será también un misterio? No tenga usted cuidado, que no me propongo penetrarlo.—Pasamos una hora hablando familiarmente. Si afecté el tono, los modales y el porte de un hombre á quien Fedora no debía negar nada, en cambio manifesté todo el respeto de un amante. Portándome así, obtuve el favor de besarle la mano; se quitó el guante con cierta coquetería, y yo estaba entonces tan voluptuosamente empapado en la ilusión en la que procuraba creer, que mi alma se fundió y se

dilató en aquel beso. Fedora se dejó halagar, acariciar con increíble abandono. Pero no me acuses de cortedad; si yo hubiese querido dar un paso más allá de este mimo fraternal, habría sentido las uñas de la gata. Pasamos unos diez minutos guardando profundo silencio. La admiraba, atribuyéndola hechizos falaces en ella. En aquel momento era mía, solo mía. Poseía á aquella encantadora criatura como era permitido poseerla instintivamente; la envolvía en mi deseo, la tenía, la sujetaba y mi imaginación me desposó con ella. Vencí entonces á la condesa merced al poder de una fascinación magnética. Por eso he sentido siempre no haber sometido por completo á mi albedrío á aquella mujer; pero en aquel momento lo que menos me importaba era su cuerpo; yo anhelaba un alma, una vida, esa dicha ideal y completa, hermoso ensueño en el cual no creemos largo tiempo.—Señora, le dije por fin conociendo que había llegado la última hora de mi embriaguez, escúcheme usted. Ya sabe usted que la amo; se lo he dicho mil veces y habría debido darme oídos. No queriendo deber su amor de usted ni á donaires de fatuo, ni á lisonjas ó importunidades de necio, no he sido comprendido. ¡Cuántos sinsabores he sufrido por usted y de los cuales no tiene usted la culpa! Pero dentro de poco me juzgará usted. Señora, hay dos miserias: la que va por las calles ostentando con desparpajo sus harapos que, sin saberlo, imita á Diógenes, se alimenta con poco y reduce la vida á lo más sencillo; miseria tal vez más feliz que la riqueza indiferente al menos, y que toma el mundo allí donde los poderosos no lo quieren ya; y la miseria del lujo,

una miseria española, que oculta la mendicidad bajo un título, arrogante, engalanada con plumas, miseria de chaleco blanco, de guantes amarillos, que tiene carruajes y pierde una fortuna por falta de un céntimo. La una es la miseria del pueblo; la otra la de los petardistas, de los reyes y de las personas de talento. Yo no soy pueblo, ni rey, ni petardista; quizás no tengo talento: soy una excepción. Mi nombre me ordena morir antes que mendigar. No se alarme usted, señora; poseo cuanto necesito de la tierra, le dije al ver que su fisonomía adquiría la fría expresión que se retrata en nuestras facciones cuando nos sorprenden algunos pedigüeños de buena sociedad. ¿Se acuerda usted del día en que quiso usted ir al teatro del Gimnasio sin mí, creyendo que no me encontraría usted allí? —Hizo con la cabeza un ademán afirmativo.—Pues había gastado mi último escudo por verla á usted. ¿Recuerda usted el paseo que dimos por el jardín de Plantas? Pues el carruaje que tomé me costó toda mi fortuna.—Entonces le referí mis sacrificios, le pinté mi vida, no como la cuento hoy, en la embriaguez del vino, sino en la noble embriaguez del corazón. Mi pasión se desbordó con palabras flameantes, con rasgos de sentimiento olvidados después, y que ni el arte ni el recuerdo podrían reproducir. No fué la narración sin calor de un amor detestado; sino que mi amor en su fuerza y en la hermosura de su esperanza me inspiró esas palabras que proyectan toda una vida repitiendo los gritos de un alma destrozada. Mi acento fué el de las últimas plegarias que pronuncia un moribundo en el campo de batalla. Ella lloró, y cesé de hablar.

¡Gran Dios! Sus lágrimas eran el fruto de esa emoción transitoria comprada á cambio de una localidad á la puerta de un teatro: yo había alcanzado el éxito de un buen actor.—Si lo hubiera sabido....dijo.—No acabe usted, exclamé; en este momento todavía la amo lo suficiente para matarla.....—Quiso coger el cordón de la campanilla, y me eché á reir.—No llame usted, le dije; dejaré que termine usted tranquilamente su vida. Comprendería muy mal el odio si la matara. No tema usted ninguna violencia; he pasado toda una noche al pie de su cama sin....—¡Caballero! exclamó ruborizándose; pero después de este primer movimiento concedido al pudor que debe tener toda mujer, hasta la más insensible, me echó una mirada despreciativa, y me dijo:—Debió usted tener mucho frío.—¿Cree usted, señora, que su belleza me sea tan preciosa? le respondí adivinando los pensamientos que la agitaban. Su rostro de usted es para mí la promesa de un alma más bella que la belleza de ese rostro. Señora, los hombres que no ven más que la mujer pueden comprar todas las noches odaliscas dignas del serrallo y ser felices á poco costo. Pero yo era ambicioso, yo quería vivir con usted, corazón con corazón, con usted que no tiene corazón. Ahora lo sé. Si hubiera usted de pertenecer á un hombre, le asesinaría. Pero no, le amaría usted y su muerte le causaría pesadumbre. ¡Cuánto sufro! exclamé.—Si esta promesa le puede á usted servir de consuelo, me dijo riendo, puedo asegurarle que no perteneceré á nadie.—Pues insulta usted al mismo Dios y sufrirá el merecido castigo. Día llegará en que, recostada en un diván, sin poder soportar el rui-

do ni la luz, condenada á vivir en una especie de tumba, ha de sufrir usted males inauditos. Y cuando quiera usted averiguar la causa de esos dolores lentos y vengadores, acuérdese de las desdichas que tan profusamente ha ido usted difundiendo por su camino. Como ha sembrado usted imprecaciones, encontrará usted el odio en el ocaso de su vida. Somos nuestros propios jueces, los verdugos de una justicia que reina en la tierra, y marcha por encima de la de los hombres y por debajo de la de Dios.—¡Ah! exclamó riendo ¿conque soy tan criminal no amándole á usted? ¿Tengo yo la culpa? No, no le amo; es usted hombre y basta. Si me doy por muy contenta con estar sola, ¿por qué he de cambiar mi vida, egoísta si usted quiere, por los caprichos de un señor? El casamiento es un sacramento en virtud del cual no nos comunicamos más que disgustos. Además, los hijos me fastidian. ¿No le he dado á usted á conocer lealmente mi carácter? ¿Por qué no se ha contentado usted con mi amistad? Quisiera poder endulzar las penas que le he causado; aunque no puedo adivinar la cuenta de los escudos gastados en mi obsequio, aprecio la extensión de sus sacrificios; pero únicamente el amor puede pagar tanta abnegación, tanta delicadeza, y le amo á usted tan poco, que esta escena me afecta desagradablemente.—Perdóneme usted; conozco que soy muy ridículo, le dije con dulzura sin poder contener mis lágrimas. La amo á usted lo bastante para oir hasta con delicia las crueles palabras que pronuncia. ¡Oh! Quisiera poder firmar mi amor con toda mi sangre.—Todos los hombres nos dicen mejor ó peor esas frases clásicas, repuso la condesa rien-

do. Pero parece que es muy difícil morir á nuestros pies, porque en todas partes encuentro esa clase de muertos. Es ya media noche; permita usted que me vaya á acostar.—Y dentro de dos horas exclamará usted: "¡Dios mío!" le dije.—Sí, así exclamé anteayer; porque estaba pensando en mi agente de cambio á quien me había olvidado de encargar que convirtiera mis rentas de "cinco" en "tres," y precisamente los "treses" bajaron aquel día.—Yo la contemplaba con ojos centelleantes de rabia. ¡Ah! He comprendido que á veces un crimen debe ser todo un poema. Familiarizada sin duda con las declaraciones más apasionadas, había olvidado ya mis lágrimas y mis palabras.—¿Se casaría usted con un par de Francia? le pregunté con frialdad.—Quizás sí, con tal que fuera duque.—Cogí el sombrero y la saludé.—Permítame usted que le acompañe hasta la puerta de mi aposento, dijo empleando una ironía penetrante en su expresión, en la actitud de su cabeza y hasta en su acento.—Señora....—Caballero.....—No la veré á usted más.—Así lo creo, contestó inclinando la cabeza con ademán impertinente.—¿Quiere usted ser duquesa? repuse animado por una especie de frenesí que aquel ademán encendió en mi corazón. ¿Está usted desatentada por tener títulos y honores? ¡Pues bien, permítame solamente que la ame, diga usted á mi pluma que no escriba, á mi voz que no hable sino por usted, sea usted el principio secreto de mi vida, mi estrella! Y no me acepte usted por esposo sino cuando sea ministro, par de Francia, duque. Yo seré todo cuanto usted quiera que sea.—Ha empleado usted muy bien el tiempo en el bufete de su

abogado, pues sus discursos no carecen de calor, me contestó riendo.—Tú tienes el presente exclamé; yo el porvenir. Yo no pierdo más que una mujer, y tú un hombre, una familia. El tiempo está preñado de mi venganza; te deparará la fealdad y una muerte solitaria; para mí será la gloria....—Muchas gracias por la peroración, dijo ahogando un bostezo é indicándome con su actitud el deseo de no verme más. Aquella frase me impuso silencio; le lancé todo mi odio en una mirada y me marché presuroso.

Era preciso olvidar á Fedora, curarme de mi locura, volver á mi estudiosa soledad ó morir. Me impuse, pues, trabajos extraordinarios, quise acabar mis obras. Estuve quince días sin salir de mi buhardilla, pasando las noches dedicado á estudios que no me cautivaban.

A pesar de mi ánimo y de las inspiraciones de mi desesperación, trabajaba con dificultad y como á sacudidas. La musa había huído. No podía expulsar de mi imaginación el fantasma brillante y burlón de Fedora. Cada uno de mis pensamientos incubaba otro pensamiento enfermizo, cierto deseo terrible como un remordimiento. Imité á los anacoretas de la Tebaida: sin rezar como ellos, vivía lo mismo que ellos en un desierto, socavando mi alma en vez de socavar peñas. En caso necesario me habría ceñido al cuerpo un cinturón lleno de pinchos para domar el dolor moral con el físico .Una noche Paulina entró en mi cuarto.—Se está usted matando, me dijo con voz suplicante; debería usted salir, ir á ver á sus amigos.—¡Ah, Paulina! Ha acertado usted en su predicción: Fedora me mata, quiero morir: me es insoportable la vida.—¿Acaso

no hay más que una mujer en el mundo? preguntó sonriendo. ¿A qué acibarar con penas infinitas una vida tan corta?—Miré con estupor á Paulina, la cual se marchó. Yo no lo eché de ver; había oído su voz sin comprender el sentido de sus palabras. En breve tuve que llevar el manuscrito de mis memorias á mi contratista de literatura. Preocupado con mi pasión, ignoraba yo cómo había podido vivir sin dinero; únicamente sabía que los cuatrocientos cincuenta francos que debía cobrar bastarían para pagar mis deudas: fuí, pues, á buscar mi salario y topé con Rastignac que me encontró desmedrado, enflaquecido.—¿De qué hospital sales? me preguntó.—Esa mujer me mata, le contesté. No puedo despreciarla ni olvidarla.—Será preciso matarla; así no pensarás más en ella, dijo riendo.—Muchas veces lo he pensado; pero si alguna de ellas he aliviado mi alma con la idea de un crimen, violación ó asesinato, ó las dos cosas juntas, en realidad me encuentro incapaz de cometerlo. La condesa es un admirable monstruo que pediría perdón, y no es Otelo todo aquel que quiere serlo.—Es como todas las mujeres que no podemos tener, dijo Rastignac interrumpiéndome.—Estoy loco, añadí; siento que la insania ruge por momentos en mi cerebro. Mis ideas son á modo de fantasmas que danzan delante de mí sin que pueda cogerlas. Prefiero la muerte á esta vida; por esto busco con conciencia el mejor medio de poner fin á esta lucha. Ya no se trata de la Fedora viviente, de la Fedora de la calle de San Honorato, sino de mi Fedora, de la que está aquí, dije dándome una palmada en la frente. ¿Qué te parece el opio?—¡Bah! Padecimientos atro-

ces, respondió Rastignac.—¿Y la asfixia?—Muy mala.—¿Y el Sena?—Las redes de la Morgue están muy sucias.—¿Y un pistoletazo?—Si yerras el tiro te quedas desfigurado para siempre. Oye, repuso, yo también, como todos los jóvenes, he meditado en el suicidio. ¿Quién de nosotros, á los treinta años, no se ha matado dos ó tres veces? Pues no he encontrado nada mejor que desgastar la existencia á fuerza de placeres. Encenágate en una disolución profunda, y es bien seguro que tu pasión ó tú pereceréis en ella. La intemperancia, amigo mío, es la reina de todas las muertes. ¿No da origen á la apoplegía fulminante? Pues la apoplejía es un tiro que no yerra. Las orgías que nos prodigan todos los placeres físicos, ¿no equivalen al opio suministrado en pequeñas dosis? La crápula, obligándonos á beber sin tasa ni medida, lanza mortales retos al vino. El tonel de malvasía del duque de Clarence, ¿no es más grato al paladar que las aguas cenagosas del Sena? Cuando caemos noblemente bebidos debajo de la mesa, ¿no es aquello una verdadera asfixia periódica? Si una patrulla nos recoge en la calle, cuando estamos tendidos en los fríos camastros de los cuerpos de guardia, ¿no disfrutamos de los placeres de la Morgue, fuera de los vientres hinchados, turgescentes, azules y verdes, más la inteligencia de la crisis? ¡Ah! este prolongado suicidio no es una muerte de tendero quebrado. Los negociantes han deshonrado al río desde que se arrojan al agua para enternecer á sus acreedores Yo, en tu lugar, procuraría morir con elegancia. Si quieres crear un nuevo género de muerte desprendiéndote de ese modo de la vida, yo te sigo

Me aburro, estoy desalentado. La alsaciana con quien me habían propuesto casarme tiene seis dedos en el pie izquierdo, y yo no puedo vivir con una mujer que tiene seis dedos, porque se sabría y me pondría en ridículo. Además, sólo posee dieciocho mil francos de renta, de suerte que su fortuna disminuye mientras que sus dedos aumentan. ¡Váyase todo al diablo! Llevando una vida furiosamente desarreglada, puede ser que encontremos la felicidad por casualidad.—Rastignac me arrastró. Aquel proyecto brindaba con seducciones demasiado fuertes, reavivaba sobradas esperanzas, tenía, en fin, un color poético en demasía para no agradar á un poeta.—¿Y el dinero? le pregunté.—¿No tienes cuatrocientos cincuenta francos?—Sí, pero debo al sastre y á la patrona.—¡Pagas al sastre! ¡Ay amigo mío! Nunca serás nada, ni siquiera miñistro.—Pero, ¿qué podemos hacer con veinte luises?—Jugarlos.—Me estremecí.—¡Ah! repuso al ver mi gazmoñería, ¿quieres lanzarte en lo que yo llamo "sistema disipacional" y te asusta un tapete verde?—Te diré, le respondí. Prometí á mi padre que jamás pondría el pie en una casa de juego, y esta promesa no tan sólo es sagrada para mí, sino que siento un horror invencible al pasar por delante de un garito: toma mis cien escudos y ve solo. Mientras arriesgas nuestra fortuna, pondré en orden mis asuntos y luego iré á esperarte en tu casa.

Y aquí tienes cómo me perdí. Bástale á un joven tropezar con una mujer que no le ame ó que le ame demasiado, para dar al traste con la morigeración de su vida. La dicha devora nuestras fuerzas, como la desdi-

cha extingue nuestras virtudes. De regreso en mi casa de la calle de San Quintín, contemplé largo tiempo la buhardilla en que había llevado la modesta y casta vida del hombre estudioso, vida que tal vez hubiera sido honrosa, larga, y que no habría debido dejar por la vida apasionada que me arrastraba á un abismo. Paulina me sorprendió en una actitud melancólica.—¿Qué tiene usted? me preguntó. Me levanté fríamente y conté el dinero que debía á su madre, añadiendo el precio de mi alquiler por semestre. La joven se me quedó mirando con una especie de terror.—Me marcho de esta casa, Paulina.—Lo he adivinado.—Escuche usted, hija mía no renuncio á volver aquí. Guárdenme medio año mi celda; si no he vuelto para el 15 de Noviembre, me heredará usted. Este manuscrito sellado, le dije enseñándole un legajo, es el original de mi grande obra sobre la "Voluntad," que entregará usted en la Biblioteca del Rey. En cuanto á lo que aquí dejo, disponga usted de ello como quiera.—Paulina me dirigía miradas que pesaban sobre mi corazón: estaba allí como una conciencia viviente.—Ya no daré más lecciones, me dijo enseñándome el piano. No la contesté.—¿Me escribirá usted?.....—Adiós, Paulina. La atraje suavemente á mí y estampé un beso de anciano, en aquella frente amorosa, virgen como la nieve que no ha tocado el suelo. En seguida salió presurosa. No quise ver á la señora Gaudín: dejé mi llave en el sitio de costumbre y me marché. Al desembocar de la calle de Cluny oí detrás de mí el paso ligero de una mujer. —Había bordado este bolsillo para usted; ¿quiere usted aceptarlo? me dijo Paulina. Creí ver á la luz de

un farol que en los ojos de la joven brillaba una lágrima, y suspiré. Impulsados ambos quizás por el mismo pensamiento nos separamos con la precipitación de gente que quiere huir de la peste. La vida de disipación á que iba á entregarme apareció ante mí singularmente representada en la habitación donde aguardé con noble indiferencia el regreso de Rastignac. Encima de la chimenea había un reloj rematado en una Venus sentada en su tortuga y con un cigarro medio consumido entre los brazos. Veíanse allí muebles elegantes, regalos del amor. En un voluptuoso diván estaban tirados unos zapatos viejos. El cómodo sillón de muelles en el que me había sentado tenía cicatrices como un soldado viejo, presentaba á las miradas sus brazos desgarrados y ostentaba incrustadas en el respaldo la pomada y el aceite de olor llevados por todas las cabezas de los amigos. La opulencia y la miseria andaban ingenuamente mezcladas en la cama, en lah paredes, en todas partes. Parecía estarse en presencia de los palacios de Nápoles rodeados de lazzaroni. Era una habitación de jugador ó de calavera cuyo lujo es puramente personal, que vive de sensaciones, y no se le da ningún cuidado de las incoherencias. Pero aquel cuadro no carecía de poesía. La vida se mostraba allí con sus oropeles y sus harapos, brusca incompleta como lo es en realidad; pero viva, fantástica como en un alto en que el merodeador ha saqueado todo cuanto le gusta. Un tomo de Byron, al que faltaban muchas páginas, había servido para encender la chimenea del joven que arriesga mil francos al juego y no tiene un tronco de leña, que se pasea en tílburi sin po-

ser una camisa sana y utilizable. Al día siguiente, una condesa, una actriz ó el "ecarté" le proporcionan un ajuar de rey. Aquí había una bujía metida en la funda verde de una caja de avíos de encender; allá, yacía un retrato de mujer del que se había quitado el cerco de oro cincelado. ¿Por qué un joven naturalmente ávido de emociones renunciaba á los atractivos de una vida tan rica en oposiciones y que le deparaban los placeres de la guerra en tiempo de paz?

Estaba yo casi adormecido, cuando Rastignac abrió de un violento puntapié la puerta de la habitación, y entró gritando:—¡Victoria! ¡Ya podemos morir á nuestro gusto!—Me enseñó su sombrero lleno de oro, lo puso sobre la mesa, y empezamos á bailar alrededor de ella como dos caníbales que se disponen á devorar una presa, aullando, pateando, saltando, dándonos puñetazos capaces de aplastar á un rinoceronte y cantando al aspecto de todos los placeres del mundo contenidos para nosotros en aquel sombrero.—Veintisiete mil francos, decía Rastignac agregando unos cuantos billetes de Banco á aquel montón de oro. Otros tendrían bastante con este dinero para vivir, pero á nosotros, ¿nos bastará para morir? ¡Oh sí! Expiraremos en un baño de oro. ¡Hurra!—Y volvimos á hacer cabriolas. Nos repartimos aquella cantidad como herederos, moneda por moneda, empezando por los napoleones dobles, pasando de las piezas más grandes á las más pequeñas y destilando nuestra ventura diciendo largo tiempo: Para ti. Para mí.—No dormiremos, dijo Rastignac; José, trae ponche.—Y echó dinero á su fiel criado:—He aquí tu parte de dijo, entiérrate si puedes.

—Al día siguiente compré muebles en casa de Lesage, alquilé la habitación en que me has conocido en la calle Taitbout, y encargué al mejor tapicero que la amueblara. Tuve caballos; me lancé en un torbellino de placeres insulsos y reales á la vez. Jugaba, ganaba y perdía alternativamente enormes sumas, pero en el baile, en casa de nuestros amigos, jamás en las de juego, las cuales me inspiraban mi santo y primitivo horror. Insensiblemente fuí haciéndome amigos, y debí su amistad á cuestiones ó á esa confiada facilidad con que nos revelamos nuestros secretos envileciéndonos mutuamente; y quizás adquiriendo por ellos más solidaridad que por nuestros vicios. Me aventuré á escribir algunas composiciones literarias que me valieron lisonjas. Los grandes hombres de la literatura mercantil, no viendo en mí un rival que temer, me ensalzaron, no tanto por mi mérito personal cuanto por rebajar el de sus colegas. Llegué á ser un "vividor" valiéndome de la expresión pintoresca consagrada por vuestro lenguaje de orgía. Cifraba cierto amor propio en matarme pronto, en abrumar á mis más alegres compañeros con mi verbosidad y mi poder. Yo me presentaba siempre elegante, lozano; pasaba por ingenioso. Nada revelaba en mí esa espantosa existencia que hace de un hombre un embudo, un aparato de quilo, un caballo de lujo. ¡En breve se me apareció el Libertinaje con toda la majestad de su horror y lo comprendí. Los hombres cuerdos y morigerados que rotulan botellas para sus herederos apenas pueden concebir la teoría de tan holgada vida ni su estado normal. ¿Se podrá inculcar su poesía á los provincianos para quienes el opio

y el té, tan pródigo de delicias, no son todavía más que dos medicamentos? En el mismo París, en esta capital del pensamiento, ¿no hay sibaritas incompletos? Incapaces de soportar el exceso del placer, ¿no se retiran fatigados después de una orgía, como lo están esos tranquilos ciudadanos que después de oir una nueva ópera de Rossini, murmuran de la música? ¿No renuncian á esa vida, del mismo modo que un hombre sobrio no puede comer pasteles de Ruffec porque el primero que han comido se los ha indigestado? El libertinaje es seguramente un arte como la poesía, y quiere almas fuertes. Para apreciar sus misterios, para saborear sus bellezas, el hombre debe estudiarlo en cierto modo concienzudamente. Como todas las ciencias, al principio es repulsivo, espinoso. Inmensos obstáculos rodean los placeres del hombre, no sus goces de detalle, sino los sistemas que erigen en costumbre sus más raras sensaciones, las resumen, las fertilizan creándole una vida dramática en su vida, exigiendo una exorbitante, una pronta disipación de sus fuerzas. La Guerra, el Poder, las Artes, son corrupciones puestas tan lejos del alcance humano, tan profundas como, puede serlo el libertinaje, y todas son de difícil acceso. Pero tan luego como el hombre ha subido al asalto de esos grandes misterios, ¿no va por un mundo nuevo? Los generales, los ministros, los artistas, todos se inclinan más ó menos á la disolución por la necesidad de oponer violentas distracciones á su existencia tan fuera de la vida común. Y bien mirado, la guerra es el libertinaje de la sangre, como la política es el de los intereses. Todos los excesos son hermanos. Esas mons-

truosidades sociales tienen el poder de los abismos, nos atraen como Santa Elena llamaba á Napoleón; causan vértigos, fascinan: pero sin saber por qué, queremos ver su fondo. Tal vez exista en esos precipicios la idea de lo infinito: quizás contenga alguna gran lisonja para el hombre: ¿no lo atribuye entonces todo interesadamente á sí mismo? Para formar contraste con el paraíso de sus horas estudiosas, con las delicias de la concepción, el artista cansado pide, ya como Dios el reposo del domingo, ó como el diablo las voluptuosidades del infierno, á fin de oponer el trabajo de los sentidos al trabajo de sus facultades. El pasatiempo del lord Byron no podía ser el gárrulo "boston" de un hacendado cualquiera; y por eso quiso jugar la Grecia contra el sultán Mahmud. En la guerra, ¿no se convierte el hombre en un ángel exterminador, en una especie de verdugo, pero gigantesco? ¡No se requieren encantamientos bien extraordinarios para hacernos aceptar esos atroces dolores, enemigos de nuestra débil envolvente humana, que rodean las pasiones como un valladar espinoso? Si el fumador se revuelca convulsivamente y pasa por una especie de agonía después de abusar del tabaco, ¿no ha asistido á deliciosas fiestas en no sé qué regiones? ¿La Europa no ha vuelto á empezar la guerra sin tomarse siquiera el tiempo necesario para secarse los pies hundidos en sangre hasta el tobillo? ¿Será que el hombre en masa tiene su embriaguez como la naturaleza tiene sus accesos de amor? Para el hombre privado, para el Mirabeau que vegeta bajo un reinado pacífico y sueña con tempestades, el libertinaje lo comprende todo; es una perpetua lucha á brazo

partido de toda la vida, ó por mejor decir, un duelo con una potestad desconocida, con un monstruo; al principio el monstruo asusta, hay que asirle por los cuernos á costa de fatigas inauditas; ¿la naturaleza nos ha dotado de un estómago estrecho y perezoso? pues lo domamos, lo ensanchamos, le enseñamos á contener el vino, domesticamos la embriaguez, pasamos las noches sin dormir, y en fin, ¡nos formamos un temperamento de coronel de coraceros, creándonos á nosotros mismos por segunda vez, como para retar á Dios! Cuando el hombre se ha metamorfoseado así, cuando, soldado viejo, el neófito ha amoldado su alma á la artillería y acostumbrado sus piernas á la marcha sin pertenecer aún al monstruo, pero sin saber cuál de ambos es el amo, se revuelcan el uno sobre el otro, ora vencedores, ora vencidos, en una esfera en que todo es maravilloso, donde se adormecen los dolores del alma, donde reviven solamente los fantasmas de ideas. Lucha tan atroz se ha hecho ya necesaria. El disipador, realizando la patraña de esos fabulosos personajes que, según las leyendas, han vendido su alma al diablo para tener la facultad de hacer daño, ha trocado su muerte por todos los goces de la vida pero abundantes, fecundos. La existencia hierve y huye como un torrente en lugar de correr largo tiempo entre dos riberas monótonas, detrás de un mostrador ó en el fondo de un escritorio. En fin, el libertinaje es sin duda al cuerpo lo que los placeres místicos son al alma. La embriaguez nos sume en sueños cuyas fantasmagorías son tan curiosas como pueden serlo las del éxtasis. Tenemos horas deliciosas como los caprichos de una

doncella, pláticas agradables con amigos, frases que retratan toda una vida, alegrías francas y sin trastienda, viajes sin cansancio, poemas desarrollados en pocas palabras. La brutal satisfacción de la bestia, en el fondo de la cual la ciencia ha ido á buscar un alma, va seguida de gratísimos sopores por los cuales suspiran los hombres aburridos de su inteligencia. ¿Por ventura no sienten toda la necesidad de un reposo completo, y el libertinaje, la depravación, no es una especie de impuesto que el genio paga al mal? Considera todos los grandes hombres: si no son voluptuosos, la naturaleza los crea ruines. Una potestad, viciosa ó burlona, les vicia el alma y el cuerpo para neutralizar el efecto de sus talentos. Durante esas horas avinadas, los hombres y las cosas comparecen ante nosotros vestidos con nuestras libreas. Reyes de la creación, la transformamos á nuestro albedrío. A través de este delirio perpetuo, el juego nos vierte, según queremos, plomo derretido en las venas. Un día pertenecemos al monstruo, y entonces tenemos, como lo tuve yo, un despertar rabioso; la impotencia está sentada á la cabecera de nuestra cama. Antiguos guerreros, una tisis nos consume; diplomáticos, un aneurisma suspende en nuestro corazón la muerte de un hilo: á mí quizás me dirá una pulmonía: "¡Vámonos!" como se lo dijo en otro tiempo á Rafael de Urbino, muerto de un exceso de amor. ¡He ahí cómo he vivido! Llegaba demasiado pronto ó demasiado tarde á la vida del mundo; mi fuerza hubiera sido peligrosa en ella si no la hubiera amortiguado así: ¿no se curó el universo de las violencias de Alejandro, merced á la copa de Hércules, al

final de una orgía? Finalmente ciertos destinos burlados necesitan el cielo ó el infierno, la disipación, el libertinaje ó el hospicio del monte de San Bernardo. Hace poco no tenía ánimo para predicar moral á estas dos criaturas, dijo designando á Eufrasia y á Aquiles. ¿No eran mi historia personificada, una imagen de mi vida? No podía acusarlas, porque se me aparecían como jueces.

En medio de ese poema viviente, en el seno de esa enfermedad aturdidora tuve dos crisis bien fértiles en acerbos dolores. Primeramente, á los pocos días de haberme arrojado como Sardanápalo en mi pira, encontré á Fedora bajo el peristilo de los Bufos. Ambos aguardábamos nuestros coches.—¡Ah! ¡Le encuentro á usted vivo todavía!—Esta frase era la traducción de su sonrisa, de las maliciosas y sordas palabras que dijo á su acompañante contándole sin duda mi historia y juzgando mi amor como un amor vulgar. Se jactaba de su falsa perspicacia. ¡Oh! ¡Morir por ella, adorarla todavía verla, en mis excesos, en mis embriagueces, en el lecho de las cortesanas, y sentirme víctima de sus befas! No poder desgarrar mi pecho y desentrañar de él mi amor para arrojarlo á sus pies! Por último, consumí fácilmente mi tesoro: mis tres años de vida igual y arreglada me habían dotado de una salud robustísima, y el día en que me encontraba sin dinero, me sentía sano y bueno. Para seguir muriendo firmé letras de cambio á corto plazo, y el día del vencimiento llegó. ¡Crueles emociones! ¡Cómo hacen vivir los corazones jóvenes! Yo no estaba hecho para envejecer todavía: mi alma continuaba siendo joven, vivaz, lozana. Mi pri-

mera deuda reanimó todas mis virtudes y acudieron á paso lento y me parecieron desoladas. Supe transigir con ellas como con esas tías ancianas que empiezan por reñirnos y acaban por darnos lágrimas y dinero. Mi imaginación, más severa que esas buenas tías, me mostraba mi nombre viajando, de ciudad en ciudad, por todas las plazas de Europa. "Nuestro nombre somos nosotros mismos." ha dicho Eugenio Salverte. Después de vagabundas caminatas, iba á volver á mi hogar del que no había salido, para despertarme á mí mismo sobresaltado. En otro tiempo veía con indiferencia por las calles de París á esos cobradores del Banco, remordimientos comerciales, vestidos de gris, llevando la librea de su amo con una placa de plata; pero hoy los aborrecía de antemano. ¿No vendría uno de ellos cualquier mañana á pedirme cuenta de las once letras de cambio que yo había firmado? Mi firma valía tres mil francos, cantidad que yo mismo no valía. Los alguaciles de cara indiferente á todas las desesperaciones, hasta á la muerte, surgían ante mí, como los verdugos que dicen á un sentenciado: Ya han dado las tres y media. Sus dependientes tenían el derecho de apoderarse de mí, de tomar mi nombre, de mancillarlo, de mofarse de él. "¡Yo tenía deudas!" ¿Y deber es pertenecerse? ¿No podían otros hombres pedirme cuenta de mi vida? ¿Por qué comía "puddings á la chipolata?" ¿por qué bebía agua helada? ¿por qué dormía, andaba, pensaba, me distraía sin pagarles? En medio de una poesía, en el seno de una idea, en el almuerzo rodeado de amigos, de alegría, de gratas bromas, podía ver entrar un sujeto de frac color de castaña con un sombre-

ro raído en la mano. Ese individuo será mi deuda, mi letra de cambio, un espectro que aguará mi contento y me obligará á levantarme de la mesa para hablarle; me arrebatará mi júbilo, mi querida, todo, hasta mi lecho. El remordimiento es más tolerable; no nos pone en la calle ni en Santa Pelagia, ni nos hunde en esa execrable sentina del vicio, ni nos envía al cadalso donde el verdugo ennoblece; en el momento de nuestro suplicio todo el mundo cree en nuestra inocencia, en tanto que la sociedad no concede una virtud al libertino sin dinero. Luego esas deudas de dos patas, vestidas de paño verde, llevando anteojos azules ó paraguas multicolores con los cuales nos encontramos frente á frente al revolver de una esquina en el momento en que más contentos estamos, esas gentes tendrán el horrible privilegio de decir: "El señor de Valentín me debe y no me paga. Le cojo, y ¡cuidado con que me haga mala cara!" Es preciso saludar á nuestros acreedores, y saludarles con gracia. "¿Cuándo me pagará usted?" dicen. Y nos vemos en la obligación de mentir, de acudir á otro hombre en solicitud de dinero, de encorvarnos ante un necio sentado delante de su caja, de aguantar su mirada fría, mirada de sanguijuela más odiosa que una bofetada, de soportar su moral de Bareme y su crasa ignorancia. Una deuda es una obra de imaginación que esos hombres no comprenden. Hay arranques del alma que arrastran, subyugan á menudo al que toma dinero prestado, mientras que no hay nada grande que subyugue, ni nada generoso que guíe á los que viven del dinero y no conocen más que el dinero. Yo le tenía horror. En fin, la letra de cambio puede

metamorfosearse en un anciano cargado de familia, abundante en virtudes. Yo debería quizá á un cuadro viviente de Greuze, á un paralítico rodeado de hijos, á la viuda de un soldado, todos los cuales me alargarían manos suplicantes. Terribles acreedores con los cuales es forzoso llorar, y cuando les hemos pagado, aun les debemos socorros.

La víspera del vencimiento me había acostado con ese sosiego falaz de las personas que duermen en vísperas de su ejecución, poco antes de un duelo, y se dejan halagar siempre por una engañadora esperanza. Mas al despertarme, cuando recobré mi sangre fría, cuando sentí mi alma aprisionada en la cartera de un banquero, tendida sobre estados de cuentas, escrita con tinta encarnada, mis deudas brotaron por todas partes como langostas: estaban en mi reloj de sobremesa, en mis sillones, ó incrustadas en los muebles de que más á gusto me servía. Presa de las arpías del Chatelet, esos dulces esclavos materiales iban á desaparecer de allí en manos de los alguaciles y á ser brutalmente arrojados á la plaza. ¡Ah! Lo que me quedaba era solamente mi persona. La campanilla de mi estancia resonaba en mi corazón: sus sacudidas me herían en donde se debe herir á los reyes, en la cabeza. Era un martirio sin el cielo por recompensa. Sí, para un hombre generoso una deuda es el infierno, pero infierno con alguaciles y agentes de negocios. Una deuda no pagada es la bajeza, un principio de estafa, y peor que esto, una mentira; inicia crímenes y va reuniendo los tablones del patíbulo. Mis letras fueron protestadas, pero á los tres días las pagué, y he aquí cómo: Un especulador vino á

proponerme que le vendiera la isla que yo poseía en el Loira y en la que estaba el sepulcro de mi madre. Acepté. Al firmar la escritura en casa del notario, sentí en el fondo de aquel obscuro estudio un fresco semejante al de una cueva. Me estremecí al reconocer el mismo frío húmedo que me había sobrecogido al borde de la huesa en que yacía mi madre. Tuve aquella casualidad por un funesto agüero; ¡me parecía oir la voz de mi madre y ver su sombra; no sé qué potestad hacía resonar en mi oído mi propio nombre en medio de un clamoreo de campanas. El importe de mi isla me dejó dos mil francos después de pagar todas mis deudas. Habría podido volver á adoptar la tranquila existencia del hombre estudioso, á habitar mi buhardilla después de haber probado lo que era la vida, encerrarme en ella con la cabeza llena de observaciones y gozando ya de cierta reputación. Pero Fedora no había soltado su presa. A menudo nos encontrábamos frente á frente. Yo hacía que le zumbaran mi nombre en los oídos sus amantes maravillados de mi talento, de mis caballos, de mis trenes, de mis triunfos; pero ella se quedaba fría é insensible y ni siquiera la afectaba esta horrible frase: "¡Se está matando por usted!" dicha por Rastignac. Yo encargaba al mundo entero de mi venganza, pero no era feliz. Al ahondar así la vida hasta el fango, había anhelado más y más las delicias de un amor compartido, perseguía su fantasma al través de los azares de mis disipaciones en el seno de las orgías. Por desdicha mía, resultaba engañado en mis hermosas creencias, castigado por mis beneficios con la ingratitud, recompensado de mis faltas con mil place-

res. ¡Siniestra filosofía, pero verdadera para el libertino! ¡En fin, Fedora me había pegado la lepra de su vanidad! Al sondear mi alma, la hallé gangrenada, podrida. El demonio me había clavado su espolón en la frente. En adelante no me era posible dejar de sentir los continuos sobresaltos de una vida arriesgada á cada paso, como tampoco podía prescindir de los execrables refinamientos de la riqueza. Si hubiese sido millonario, habría jugado, comido, vagabundeado siempre. No quería quedarme un momento solo conmigo mismo; necesitaba cortesanas, amigos falsos, buen vino y buena mesa para aturdirme. Los lazos que unen al hombre con la familia estaban rotos en mí para siempre. Galeote del placer, debía cumplir mi destino de suicida. Durante los últimos días de mi fortuna, cometí todas las noches excesos increíbles; pero todas las mañanas la muerte me volvía á arrojar á la vida. Semejante al que cobra una renta vitalicia, habría podido pasar tranquilamente por un incendio. Por último, me encontré solo con una moneda de veinte francos, y entonces me acordé de la suerte de Rastignac....—¡Eh! ¡eh! exclamó pensando de pronto en su talismán que se sacó del bolsillo.

Ya fuese porque, fatigado de las luchas de aquel largo día, no tuviera ya fuerzas para gobernar su inteligencia en las oleadas de vino y de ponche, ó ya porque, exasperado por la imagen de su vida, el torrente de sus palabras le hubiera embriagado insensiblemente, Rafael se animó, se exaltó como un hombre completamente privado de razón.

—¡Váyase al diablo la muerte! exclamó blandiendo

la piel. Ahora quiero vivir: soy rico, tengo todas las virtudes. Nada me podrá resistir. ¿Quién no ha de ser bueno cuando lo puede todo? ¡Eh! ¡eh! ¡ahé! He deseado doscientos mil francos de renta y los tendré. Saludadme, cerdos que os revolcáis en esas alfombras como en el cieno. Me pertenecéis. ¡Valiente propiedad! Soy rico, puedo compraros á todos, hasta á ese diputado que ronca allí. ¡Ea, canallas de la alta sociedad, bendecidme! ¡Soy papa!

En aquel momento los que dormían oyeron de pronto las exclamaciones de Rafael, hasta entonces ahogadas por el continuo rumor de los ronquidos; la mayor parte de ellos se despertó gritando, y al ver á su interruptor que apenas podía sostenerse, maldijeron su estruendosa borrachera con un concierto de juramentos.

—¡A ver si os calláis!—gritó Rafael.—¡Perros, á vuestras casetas! Emilio, tengo tesoros, te daré cigarros de la Habana.

—Ya te oigo—contestó el poeta,—"¡Fedora ó la muerte!" Sigue adelante. Esa almibarada Fedora te ha engañado. Todas las mujeres son hijas de Eva. Tu historia no es dramática ni mucho menos.

—¡Ah! ¿Conque estabas durmiendo, cazurro?

—¡No! Fedora ó la muerte. Ya ves que te estaba escuchando.

—Despierta—exclamó Rafael golpeando á Emilio con la piel de zapa como si quisiera sacar de ella fluido eléctrico.

—¡Mil rayos!—djio Emilio levantándose y cogiendo á Rafael á brazo partido;—ten en cuenta que estás con mujerzuelas.

—Soy millonario.

—Millonario no, pero sí borracho.

—¡Borracho de poder! Puedo matarte. ¡Silencio, soy Nerón, soy Nabucodonosor!

—Pero Rafael considera que estamos entre mala compañía, y deberías callarte siquiera por dignidad.

—Mi vida ha sido un prolongado silencio; ahora voy á vengarme del mundo entero. No me entretendré en disipar viles escudos, sino que imitaré, resumiré mi época consumiendo vidas humanas, inteligencias, almas. He ahí un lujo nada mezquino: ¿no es la opulencia de la peste? Lucharé con la fiebre amarilla, azul, verde, con los ejércitos, con los cadalsos. Puedo poseer á Fedora. ¡Pero no, no quiero Fedora, es mi enfermedad, muero de Fedora! Quiero olvidar á Fedora.

—Si sigues gritando, te llevo al comedor.

—¿Ves esta piel? Es el testamento de Salomón. Salomón, ese rey picaruelo, es mío. También tengo la Arabia, hasta la Petrea. El universo es mío. Tú eres mío, si quiero. Si quiero, ¿lo oyes? puedo comprar toda tu tienda de periodista y serás mi criado: me escribirás coplas y me rayarás el papel.

Emilio no pudo más y se llevó á Rafael al comedor.

—Pues bien, sí, amigo mío—le dijo,—soy tu criado. Tú serás redactor en jefe de un periódico, pero calla, sé decente, al menos por consideración á mí. ¿Me quieres?

—¡Que si te quiero!..... Tendrás cigarros de la Habana con esta piel. ¡Siempre la piel, amigo mío, la piel soberana! Excelente tópico: puedo curar callos. Si tienes callos, te los quitaré.

—Jamás te he visto tan estúpido.

—¿Estúpido yo? No. Esta piel se encoge cuando tengo un deseo.....es una antífrasis. El brahmán, porque has de saber que anda un brahmán de por medio; pues bien, el brahmán era un truhán; porque los deseos deben estirar.....

—Sí, sí.....

—Te digo que.....

—Sí, todo eso es mucha verdad; pienso como tú.... El deseo estira.....

—¡Digo que la piel!

—Sí.

—No me crees. Te conozco, amiguito; eres embustero como un rey nuevo.

—¿Cómo quieres que admita las divagaciones de tu embriaguez?

—Te apuesto, puedo probártelo. Tomemos la medida.

—Está visto que no se dormirá—dijo Emilio al ver que Rafael andaba registrando el comedor.

Valentín, animado de una destreza de mono, gracias á esa singular lucidez cuyos fenómenos contrastan á veces en los beodos con las obtusas visiones de la embriaguez, supo dar con una escribanía y una servilleta, repitiendo de continuo: ¡Midamos! ¡Midamos!

—Pues bien, sí, midamos,—replicó Emilio.

Los dos amigos extendieron la servilleta y pusieron sobre ella la piel de zapa. Emilio, que al parecer tenía el pulso más seguro que Rafael, trazó con la pluma mojada en tinta los contornos del talismán, mientras su amigo le decía:

—He deseado doscientas mil libras de renta, ¿no es verdad? Pues bien, cuando las tenga verás cómo disminuye esta piel.

—Corriente, pero ahora duerme. ¿Quieres que te coloque á gusto en ese sofá? ¡Ajajá! ¿Estás bien?

—Sí, mi niño mamón de la Prensa. Me distraerás cazarás moscas. El amigo de la desgracia tiene derecho á ser amigo del poder. También te daré ci....garros.....de la Hab....

—Ea, empolla tu oro, millonario.

Y tú empolla tus artículos. Buenas noches. Hombre, da las buenas noches á Nabucodonosor. ¡Amor! ¡Bebamos! Francia.....gloria y rico.....rico...

Al poco rato ambos amigos unieron sus ronquidos á la música que resonaba en los salones. ¡Concierto inútil! Las bujías se consumieron una á una haciendo estallar sus arandelas de cristal. La noche envolvió con un crespón aquella prolongada orgía en la cual el relato de Rafael había sido como una orgía de palabras, de frases sin ideas y de ideas á las cuales habían faltado á menudo expresiones.

Al medio día siguiente, la bella Aquilina se levantó bostezando, cansada y con las mejillas surcadas por las huellas del taburete de terciopelo pintado en que había descansado la cabeza. Eufrasia, despertada por el movimiento de su compañera, se enderezó de pronto lanzando un grito ronco; su lindo rostro, tan blanco, tan fresco la víspera, estaba amarillento y pálido como el de una mujerzuela que va al hospital. Los convidados fueron removiéndose poco á poco, exhalando gemidos siniestros, con los brazos y las piernas en-

tumecidos, y sintiendo al despertar toda clase de cansancios. Un criado abrió las persianas y las ventanas de los salones. Todos se pusieron de pie, llamados á la vida por los cálidos rayos del sol que chisporroteó en las cabezas de los durmientes. Como los movimientos del sueño habían desmoronado el elegante edificio de los peinados y ajado los trajes, las mujeres presentaron un repugnante espectáculo al dar en ellas la luz del día; sus cabellos pendían sin gracia, sus fisonomías habían cambiado de expresión, sus ojos, tan relucientes la noche antes, estaban empañados por la lasitud. Los cutis biliosos, que despiden tanto brillo á la luz artificial, daban horror; los rostros linfáticos, tan blancos, tan suaves cuando están descansados, se habían puesto verdes; las bocas, antes delicadas y rojas, ahora secas y descoloridas, llevaban estampados los vergonzosos estigmas de la embriaguez. Los hombres renegaban de sus queridas nocturnas al verlas de aquel modo demudadas, cadavéricas, como flores pisoteadas en una calle después de pasar una procesión. Pero aquellos hombres desdeñosos estaban más horribles aún. Hubiérase estremecido cualquiera que hubiese visto aquellas caras humanas, de ojos hundidos y ojerosos que parecían no ver nada, abotagadas por el vino, aleladas por un sueño molesto, más cansado que reparador. Aquellos rostros lívidos á los que traslucían en toda su desnudez los apetitos físicos sin la poesía con que los decora nuestra alma, tenían un no sé qué de feroz y de fríamente bestial. Aquel despertamiento del vicio sin ropajes ni afeites; aquel esqueleto del mal desarrapado, frío, vacío y privado de los sofismas del talento ó

de los encantos del lujo, asustó á aquellos intrépidos atletas por acostumbrados que estuviesen á luchar con el libertinaje. Artistas y cortesanas guardaron silencio al contemplar con mirada extraviada el desorden de la habitación en la que todo había sido devastado, arrasado por el fuego de las pasiones. De pronto resonó una risa satánica cuando Taillefer, al oir el sordo resuello de sus huéspedes, intentó saludarlos con una mueca; su rostro sudoroso y sanguinolento pareció tender sobre aquella escena infernal la imagen del crimen sin remordimientos. El cuadro fué completo. Era la vida fangosa en el seno del lujo, una horrible amalgama de las pompas y de las miserias humanas, el despertar de la crápula, cuando con sus manos vigorosas ha exprimido todos los frutos de la vida para no dejar en derredor más que innobles desperdicios ó mentiras en las que ya no cree. ¡Hubiérase creído ver la Muerte sonriendo en medio de una familia apestada: nada de esos perfumes ni de esos resplandores que aturden, nada de júbilo ni de deseos; sino la repugnancia, el asco con sus olores nauseabundos y su punzante filosofía: sino el sol esplendente como la verdad, un aire puro como la virtud que contrastaba con una atmósfera caliginosa, henchida de miasmas, los miasmas de una orgía! A pesar de su práctica del vicio, muchas de aquellas jóvenes recordaron cómo se despertaban en otro tiempo, cuando, inocentes y puras, columbraban por sus ventanas campestres, adornadas de madreselvas y de rosas, un risueño paisaje amenizado por los jubilosos trinos de la alondra, vaporosamente iluminado por los arreboles de la aurora y en-

galanado con las pedrerías del rocío. Otras pensaron en el almuerzo de la familia, la mesa en torno de la cual reían inocentemente los hijos y el padre, en la que todo respiraba indefinible encanto, y los manjares eran tan sencillos como los corazones. Un artista pensaba en la paz de su taller, en su casta estatua, en el gracioso modelo que le estaba esperando. Un joven, acordándose del pleito del que dependía la suerte de una familia, pensaba en la transacción importante que reclamaba su presencia. El erudito echaba de menos su despacho al que le llamaba una interesante obra. Casi todos se quejaban de sí mismos. En aquel momento se presentó Emilio, fresco y sonrosado como el mancebo más guapo de una tienda en boga.

—Estáis más feos que alguaciles—dijo;—hoy no podréis hacer nada; soy de parecer que almorcemos.

Al oir estas palabras Taillefer salió para dar sus órdenes. Las mujeres se pusieron lánguidamente á remediar el desorden de sus trajes delante de los espejos. Cada cual fué saliendo de su marasmo. Los más viciosos empezaron á predicar á los más cuerdos. Las cortesanas se burlaron de los que no parecían encontrarse con fuerzas para continuar aquel rudo festín. En un instante, aquellos espectros se animaron, formaron corrillos, se interrogaron y sonrieron. Algunos criados hábiles y listos pusieron con presteza los muebles y cada cosa en su sitio, y luego sirvieron un opíparo almuerzo. Los comensales invadieron atropelladamente el comedor, donde, si todo llevó el sello imborrable de los excesos de la víspera, al menos se notó algún rastro de existencia y de pensamiento como en

las últimas convulsiones de un moribundo. La saturnal, semejante al entierro de la sardina, era enterrada por máscaras cansadas de sus danzas, ebrias de borrachera y empeñadas en tildar al placer de impotencia por no confesar la propia. En el momento en que aquella intrépida asamblea rodeó la mesa del capitalista, Cardot, que se había marchado prudentemente la víspera después de comer, para terminar su orgía en el lecho conyugal, asomó su cara oficiosa en la cual vagaba una apacible sonrisa. Parecía haber adivinado alguna herencia que probar, que repartir, que inventariar, que glosar; una herencia abundante en futuras actas, así como en honorarios, tan jugosa como el solomillo temblón en el que el anfitrión hincaba su cuchillo.

—¡Oh, oh! Vamos á almorzar ante notario—dijo Cursy.

—Llega usted á tiempo para apostillar y rubricar todas estas piezas—dijo el banquero designándole los manjares.

—Aquí no se ha de hacer ningún testamento; pero quizás sí contratos de boda—observó el erudito que por primera vez después de un año se había casado superiormente.

—¡Oh! ¡oh!

—¡Ah! ¡Ah!

—Poco á poco—replicó Cardot aturdido por un coro de bromas pesadas.—Vengo aquí por un asunto serio. Traigo seis millones á uno de vosotros. (Silencio profundo.) Caballero—dijo dirigiéndose á Rafael que en aquel momento se ocupaba sin ceremonia en limpiarse

los ojos con la punta de la servilleta,—¿su señora madre no llevaba el apellido O'Flaharty?

—Sí,—contestó Rafael maquinalmente,—se llamaba Bárbara María.

—¿Tiene usted su partida de bautismo y la de la señora de Valentín?

—Ya lo creo.

—Pues bien, es usted el único y legítimo heredero del mayor O'Flaharty, muerto en agosto de 1828 en Calcuta.

—Es una fortuna "incalculable"—exclamó el crítico.

—Como el mayor ha legado en su testamento muchas cantidades en favor de algunos establecimientos públicos, el gobierno francés ha reclamado su herencia á la Compañía de las Indias, y queda ya liquidada. Hace quince días que andaba yo buscando á los derechohabientes de Bárbara María O'Flaharty, cuando ayer en la mesa.....

En esto, Rafael se levantó de repente haciendo el movimiento brusco del hombre que recibe una herida. Hubo á modo de una aclamación silenciosa; el primer sentimiento de los comensales fué dictado por una sorda envidia, y todas las miradas se dirigieron hacia él como otras tantas llamas. Luego se inició un rumor parecido al del público de un teatro que se enfada, rumor que fué arreciando, y cada cual dijo su ocurrencia para dar la bienvenida á aquella fortuna llevada por el notario. Habiendo recobrado toda su razón por la brusca obediencia de la suerte, Rafael extendió rápidamente sobre la mesa la servilleta con que había medido horas antes la piel de zapa; sin escuchar nadá puso

sobre ella su talismán, y se estremeció violentamente al notar una pequeña distancia entre el contorno trazado en el lienzo y el de la piel.

—Pero ¿qué le pasa?—dijo Taillefer.—Tiene una fortuna barata.

—"Sosténle, Chatillón"—dijo Bixiou á Emilio—la alegría va á matarle.

Todos los músculos del rostro ajado de aquel heredero se cubrieron de horrible palidez; contrajéronse sus facciones, las partes salientes de su cara se pusieron blancas y las cóncavas, sombrías; la máscara se hizo lívida y los ojos quedaron fijos. Veía la MUERTE. Aquel banquero espléndido rodeado de cortesanas ajadas de semblantes ábitos, aquella agonía de la alegría era una imagen viviente de su vida. Rafael miró tres veces el talismán que cabía muy holgado entre las implacables líneas trazadas en la servilleta; quería dudar, pero un claro presentimiento aniquilaba su incredulidad. El mundo le pertenecía, lo podía todo y ya no quería nada. Como viajero en medio del desierto, tenía un poco de agua para calmar su sed y debía medir su vida por el número de sorbos. Conocía cuántos días había de costarle cada deseo. Luego creía en la piel de zapa, la oía respirar, se sentía ya enfermo, y pensaba: ¿Si estaré tísico? ¿Acaso no murió mi madre del pecho?

—¡Ah, Rafael!—le dijo Aquilina.—¡Cómo se va usted á divertir! ¿Qué me dará usted?

—Brindemos por la muerte de su tío, el mayor Martín O'Flaharty. Era todo un hombre.

—Será par de Francia.

—¡Bah! ¿Qué es un par de Francia después de la revolución de Julio?—dijo el crítico.

—¿Tendrás palco en los Bufos?.

—Supongo que nos obsequiarás á todos—dijo Bixiou.

—Un hombre como él sabe hacer las cosas en grande—replicó Emilio.

El ¡hurra! de aquella bulliciosa reunión resonaba en los oídos de Emilio sin que pudiera comprender el sentido de una sola palabra; pensaba vagamente en la existencia mecánica y sin deseos de un campesino de Bretaña, labrando su campo, comiendo pan de maíz, bebiendo sidra en su "pinché," bailando el domingo en un verde prado y no entendiendo el sermón de su "rector." El espectáculo que en aquel momento se ofrecía á sus ojos, aquellos dorados artesones, aquellas cortesanas, aquellos banquetes, aquel lujo, le irritaban la garganta y le hacían toser.

—¿Quiére usted espárragos?—le gritó el banquero.

—"¡No quiero nada!"—contestó Rafael con voz tonante.

—¡Bravo!—exclamó Taillefer.—Usted comprende la fortuna; es una patente de impertinencia. ¡Es usted de los nuestros! Señores, bebamos al poder del oro. El señor de Valentín, hoy seis veces millonario, llega al poder. Es rey, lo puede todo, está por encima de todo, como lo están todos los ricos. En adelante, eso de los "Franceses son iguales ante la ley" inscrito al principio de la Carta será para él una mentira. No obedecerá las leyes, sino que las leyes le obedecerán. ¡No hay cadalsos ni verdugos para los millonarios!

—Sí, porque ellos son sus propios verdugos—replicó Rafael.

—¡Otra preocupación!—objetó el banquero.

—Bebamos—dijo Rafael guardándose el talismán en el bolsillo.

—¿Qué haces?—le dijo Emilio cogiéndole la mano. —Señores—añadió dirigiéndose á los circunstantes bastante sorprendidos del proceder de Rafael,—habéis de saber que nuestro amigo de Valentín, ¿qué estoy diciendo? que el "señor marqués de Valentín" posee un secreto para hacer fortuna. Se realizan sus deseos en el momento mismo en que los formula. A menos de pasar por un lacayo, por un hombre sin corazón, va á enriquecernos á todos.

—¡Ah, Rafaelito! Quiero un aderezo de perlas—exclamó Eufrasia.

—Sí es agradecido, me regalará dos carruajes tirados por hermosos caballos que corran mucho—dijo Aquilina.

—Desee usted para mí cien mil francos de renta.

—¡Chales de Cachemira!

—¡Pague usted mis deudas!

—Envía una apoplejía á mi tío.

—Rafael, me doy por satisfecho con diez mil libras de renta.

—¡Cuántas donaciones!—exclamó el notario.

—Debería curarme la gota.

—Hacer bajar las rentas—dijo el banquero.

Todas estas frases salieron disparadas como el haz de cohetes con que termina un fuego de artificio.

Aquellos furiosos deseos eran quizás más formales que cosa de broma.

—Querido amigo—dijo Emilio con gravedad;—me contentaré con doscientas mil libras de renta: vaya, hazme este favor de buen grado.

—Pero ¿no sabes á qué precio, Emilio?—le preguntó Rafael.

—¡Bonita disculpa!—exclamó el poeta.—¿No debemos sacrificarnos por nuestros amigos?

—Casi me van dando ganas de desearos la muerte á todos—respondió Valentín echando una mirada sombría á los comensales.

—Los moribundos son furiosamente crueles—dijo Emilio riendo.—Ya eres rico,—añadió con formalidad; pues bien, antes de dos meses serás asquerosamente egoísta. Eres ya estúpido, no comprendes una broma. No te falta más que creer en tu piel de zapa.

Rafael, temeroso de las burlas de aquella gente, guardó silencio, bebió sin tino y se embriagó para olvidar un momento su funesto poder.

LA AGONIA

En uno de los últimos días del mes de Diciembre, un anciano septuagenario, arrostrando la lluvia, iba por la calle de Varennes levantando la cabeza á la vuelta de cada casa particular y buscando el domicilio del señor marqués Rafael de Valentín, con la candidez de un niño y el aspecto absorto de los filósofos. En aquella cara, acompañada de largos y desgreñados cabellos ca-

nosos y reseca como un pergamino viejo que se retuerce al calor del fuego, se veía retratada la impresión de un profundo disgusto mezclada con un carácter despótico. Si algún pintor hubiera tropezado con aquel singular personaje vestido de negro, enjuto y huesoso de regreso á su taller lo habría seguramente transfigurado á su álbum poniéndole al pie esta inscripción: "Poeta clásico en busca de un consonante." Después de cerciorarse del número que se le había indicado, aquella palingenesia viviente de Rollín llamó suavemente á la puerta de una casa magnífica.

—¿El señor Rafael está en casa?—preguntó el buen hombre á un lacayo de librea.

—El señor marqués no recibe á nadie—contestó el criado metiéndose en la boca una enorme sopa de pan que había mojado en un tazón de café.

—Pues veo ahí su carruaje—observó el viejo desconocido señalando un coche magnífico, parado bajo una marquesina que figuraba el techo de una tienda de campaña y que cobijaba también los escalones de la escalinata exterior.—Va sin duda á salir y le esperaré.

—¡Ay, buen anciano! Será fácil que espere usted hasta mañana por la mañana,—contestó el portero.—Siempre hay un coche enganchado para el señor. Pero le ruego á usted que se vaya, porque perdería seiscientos francos de renta vitalicia si una sola vez dejara entrar sin previa orden á cualquier extraño.

En aquel momento salió del vestíbulo un anciano alto, que llevaba un traje parecido al de un ujier ministerial, y bajó presuroso unos cuantos escalones examinando al viejo recién llegado.

—Aquí tiene usted al señor Jonatás, á quien puede hablar—dijo el portero.

Los dos ancianos, atraídos por mutua curiosidad ó simpatía, se reunieron en medio del espacioso patio de honor, en un burladero en el que crecía alguna yerba entre las baldosas. En aquella casa reinaba un silencio terrorífico. Al ver á Jonatás se habría deseado penetrar el misterio que se cernía en su rostro y del que parecían saturadas hasta las cosas más insignificantes de aquella tétrica morada. El primer cuidado de Rafael, al reunir la inmensa herencia de su tío, fué el de averiguar dónde paraba el viejo criado fiel con cuyo afecto podía contar. Jonatás lloró de alegría al volver á ver á su joven amo á quien creía haber dado una despedida eterna; pero no hubo nada comparable con su felicidad cuando el marqués le promovió al elevado cargo de mayordomo. El viejo Jonatás llegó á ser una potencia intermedia colocada entre Rafael y el mundo entero. Ordenador supremo de la fortuna de su amo, ciego ejecutor de un pensamiento desconocido, era algo así como un sexto sentido al través del cual llegaban á Rafael las emociones de la vida.

—Desearía hablar al señor Rafael—dijo el anciano á Jonatás, subiendo algunos escalones de la escalinata para resguardarse de la lluvia.

—¡Hablar al señor marqués!—exclamó el mayordomo.—Pues si apenas me dirige la palabra, y eso que soy el marido de su ama de cría....

—Yo también le he criado—contestó el viejo.—Si su mujer de usted le dió el pecho cuando niño, yo le he hecho amamantarse en el seno de las Musas. Es mi

hijo de leche, "carus alumnus." Yo he dado forma á su cerebro, cultivado su inteligencia, desarrollado su genio, y así me atrevo á afirmarlo para honor y gloria mía. ¿No es uno de los hombres más notables de nuestra época? Yo lo he tenido bajo mi dirección en sexta, en tercera y en retórica. Soy su profesor.

—¡Ah! ¿Es usted el señor Porriquet?

—Justamente. Pero el señor....

—¡Silencio!—gritó Jonatás á dos marmitones cuyas voces interrumpían el silencio claustral en que estaba sepultada la casa.

—¿Acaso está enfermo el señor marqués?—preguntó el profesor.

—Dios sólo sabe lo que tiene mi amo—contestó Jonatás.—No hay en París dos casas como la nuestra, ¿lo oye usted? dos casas....El señor marqués ha comprado este edificio que pertenecía antes á un duque y par, se ha gastado trescientos mil francos en amueblarlo. Trescientos mil francos son una cantidad regular. Pero cada pieza de esta casa es una verdadera maravilla. ¡Bravo! exclamé al ver tanta magnificencia, lo mismo que en casa de su difunto abuelo. El joven marqués va á recibir la ciudad y la corte. Que si quieres! El señor no ha querido ver á nadie. Lleva una vida muy rara, señor Porriquet, una vida inconciliable. Todos los días se levanta á la misma hora, y únicamente yo, yo solo, puedo entrar en su cuarto. Abro á las siete, lo mismo en verano que en invierno: es cosa convenida. Cuando entro le digo: señor marqués, tiene usted que despertarse y vestirse: y se despierta y se viste. Debo entregarle su bata, siempre hecha del mismo modo y

de la misma tela. Yo mismo tengo que reemplazarla cuando ya no puede servir, sólo por ahorrarle el trabajo de pedir una nueva. ¡Ah, qué imaginación! Lo cierto es que teniendo mil francos diarios, hace lo que quiere. Además le quiero tanto que si me diera una bofetada en el carrillo derecho, le presentaría en seguida el izquierdo. Si me dijera que hiciese las cosas más difíciles, las haría; ¡pues no había de hacerlas! Por lo demás me ha encargado de tantas pequeñeces, que no me falta trabajo por cierto. Lee los periódicos, ¿no es verdad? Pues tengo orden de dejarlos en el mismo sitio y en la misma mesa. A una hora, siempre la misma, le hago la barba y no tiemblo. El cocinero perdería mil escudos de renta vitalicia, que percibirá después de la muerte del señor, si no sirviera inconciliablemente el almuerzo todas las mañanas á las diez, y la comida á las cinco en punto. La lista de los platos está hecha para todo el año, día por día. El señor marqués no tiene nada que desear, come fresas cuando hay fresas, y la primera merluza que se recibe en París. El programa está impreso, y desde por la mañana sabe de memoria lo que se le servirá en la comida. Para ella, se viste á la misma hora con las mismas prendas, y la misma ropa blanca preparada por mí, ¿sabe usted? y puesta en el mismo sillón. También he de cuidarme de que tenga siempre la misma sábana; y en caso necesario, si se le estropea la levita, supongamos, mandarle hacer otra sin decirle una palabra. Si hace buen tiempo, entro y digo á mi amo: "Señor, debería usted salir." Me responde sí ó no. Si se le ocurre pasear, no aguarda sus caballos, porque están siempre enganchа-

dos; el cochero está inconciliablemente látigo en mano, como lo está usted viendo. Por la noche, después de comer, el señor va un día á la Opera, otro á los Ital.....no, todavía no ha ido á los Italianos, porque hasta ayer no he podido adquirir un palco. Luego se retira á las once en punto y se acuesta. Durante los ratos del día en que no hace nada, pasa el tiempo leyendo, siempre leyendo, ¿sabe usted? es una manía. Tengo la orden de leer antes que él el Diario de la Librería para comprar libros nuevos á fin de que los encuentre sobre su chimenea el mismo día de su venta. Tengo la consigna de entrar de hora en hora en su cuarto para atizar el fuego y cuidar de que no le falte nada; y hasta me ha dado un librito para aprenderlo de memoria y en el que están consignadas todas mis obligaciones, un verdadero catecismo. En verano debo mantener la temperatura al mismo grado de frescor con un montón de hielo, y en todo tiempo debo poner flores nuevas en todas partes. Es rico, tiene mil francos diarios y puede satisfacer sus caprichos. El pobre muchacho ha carecido mucho tiempo de lo necesario. No molesta á nadie, es tan bueno como el pan, nunca dice una palabra, pero exige silencio completo en la casa y en el jardín. En fin, mi amo no tiene que formular un deseo, todo marcha al dedillo, "et recta." Y hace bien, si no se sujeta á los criados, todo va como Dios quiere. Yo le digo todo lo que debe hacer, y me escucha. No puede usted figurarse hasta qué punto ha llevado adelante la cosa. Sus habitaciones están.....¿cómo dice que están? ¡ah! en crujía. Pues bien, abre, es una suposición, la puerta de su cuarto ó de su despacho, y ¡crac! todas las puertas se abren por sí solas median-

te un mecanismo. Entonces puede ir de un extremo á otro de su casa sin encontrar una puerta cerrada. En cambio ha costado mucho dinero. En fin, y finalmente, señor Porriquet, me ha dicho: "Jonatás, cuidarás de mí como si fuera una criatura en mantillas." En mantillas, sí, señor, en mantillas ha dicho. "Pensarás en mis necesidades por mí." Yo soy el amo, ¿sabe usted? y él es cuasi el criado. ¿Por qué? Pues eso no lo sabe nadie en el mundo más que Dios y él. ¡Es inconciliable!

—¡Escribe un poema!—dijo el profesor.

—¿Cree usted que escribe un poema? Pues eso sujeta mucho. Sin embargo, no lo creo, ¿sabe usted? A menudo me repite que quiere vivir como una vegetación, vegetando. Y precisamente ayer miraba un tulipán, y decía vistiéndose: "Esa es mi vida. Yo vegeto, mi buen Jonatás." Ahora otros suponen que es "monomano." ¡Es inconciliable!

—Todo eso me prueba, Jonatás—repuso el profesor con una gravedad magistral que imprimió profundo respeto al ayuda de cámara,—que su amo de usted se ocupa en una grande obra. Está embebido en graves meditaciones y no quiere que le distraigan las preocupaciones de la vida vulgar. Un hombre de genio lo olvida todo cuando está entregado á sus trabajos intelectuales. Un día el célebre Newton.....

—¿Newton? No le conozco—dijo Jonatás.

—Newton era un gran geómetra: pasó veinticuatro horas con el codo apoyado en una mesa, y cuando salió de su ensimismamiento al día siguiente, creía que era aún la víspera, como si hubiera dormido. Ea, voy á ver á ese querido Rafael; tal vez pueda serle útil.

—¡Un minuto!—exclamó Jonatás.—Aunque fuera usted el rey de Francia, el antiguo, se entiende, no entraría usted como no forzara las puertas y pasara sobre mi cuerpo. Pero, señor Porriquet, corro á decirle que está usted aquí, y le preguntaré de ese modo: ¿Habrá que dejarle subir? Responderá "sí" ó "no". Jamás le digo: "¿Desea usted? ¿quiere usted? ¿apetece usted?" Estas palabras están suprimidas de la conversación. Una vez se me escapó una, y me dijo montando en cólera: "¿Quieres matarme?"

Jonatás dejó al viejo profesor en el vestíbulo, haciéndole seña de que no diera un paso más; pero volvió pronto con una respuesta favorable y guió al anciano al través de suntuosos aposentos cuyas puertas estaban abiertas. Porriquet vió desde lejos á su discípulo junto á una chimenea. Envuelto en una bata de grandes dibujos y hundido en un sillón de muelles, Rafael estaba leyendo un periódico. La actitud enfermiza de su cuerpo postrado revelaba la gran melancolía de que parecía ser víctima, melancolía qué se retrataba también en su frente y en su rostro pálido como una flor marchita. Una especie de gracia afeminada y esas rarezas propias de los enfermos ricos se destacaban en su persona. Sus manos, parecidas á las de una mujer bonita, eran de suave y delicada blancura. Sus cabellos rubios, un tanto ralos ya, se ensortijaban alrededor de sus sienes con estudiada coquetería. Un gorrito griego, arrastrado por el peso que una borla demasiado grande comunicaba á la ligera cachemira de que estaba hecho, pendía á un lado de su cabeza. Había dejado caer á sus pies un cuchillo de malaquita con adornos de oro de que se acababa de valer para cortar las páginas

de un libro. Tenía sobre las rodillas la boquilla de ámbar de una magnífica huka de la India, cuyas espirales esmaltadas yacían como una serpiente en el suelo, y se olvidaba de aspirar sus frescos perfumes. Pero la debilidad general de su cuerpo juvenil aparecía desmentida por sus ojos azules de los que parecía haberse retirado toda vida y en los que brillaba un sentimiento extraordinario que al pronto sorprendía. Aquella mirada hacía daño: unos podían leer en ella la desesperación; otros adivinar un combate interior tan terrible como un remordimiento. Era la ojeada profunda del impotente que relega sus deseos al fondo de su corazón, ó la del avaro que, gozando mentalmente de todos los placeres que podría proporcionarle su dinero, se abstiene de ellos con tal de no menoscabar su tesoro; ó bien la mirada de Prometeo encadenado, ó la de Napoleón cuando, caído en 1815, llega á saber, en el Elíseo, la falta estratégica cometida por sus enemigos, pide el mando sólo por veinticuatro horas y no lo consigue. Verdadera mirada de conquistador y de réprobo, ó mejor aún la mirada que muchos meses antes había echado Rafael al Sena ó á su última moneda de oro que había perdido al juego. Sometía su voluntad, su inteligencia al tosco criterio de un viejo labriego apenas civilizado por cincuenta años de domesticidad. Casi contento de haberse convertido en una especie de autómata, prescindía de la vida por vivir, y despojaba á su alma de todas las poesías del deseo. Para luchar mejor con la cruel potestad cuyo reto había aceptado, se había hecho casto al modo de Orígenes, castrando su imaginación. Al día siguiente de aquel en que, enriquecido de pronto por un testamento, había visto que

menguaba su piel de zapa, fué á comer á casa de su notario, donde un médico de fama refirió seriamente á los postres el modo como un suizo se había curado de una pulmonía. Aquel hombre no pronunció en diez años una palabra, y se había sujetado á no respirar más que seis veces por minuto en la pesada atmósfera de una vaquería, observando un régimen alimenticio sumamente ligero. "Yo seré ese hombre," dijo para sí Rafael que quería vivir á toda costa. Y en el seno del lujo, llevó la vida de una máquina de vapor. Cuando el viejo profesor vió á aquel cadáver, se sobresaltó: todo le parecía artificial en aquel cuerpo delgado y endeble. Al observar la mirada encendida del marqués, su frente grávida de pensamientos, no pudo conocer en él al discípulo de tez fresca y sonrosada, de miembros juveniles cuyo recuerdo había conservado. Si el clásico sujeto, crítico sagaz y conservador de buen gusto, había leído á lord Byron, habría creído ver á Manfredo allí donde hubiera deseado ver á Childe Harold.

—Buenos días, señor Porriquet—dijo Rafael estrechando los dedos helados del anciano con su mano ardorosa y húmeda.—¿Cómo está usted?

—Yo bien—contestó el viejo asustado por el contacto de aquella mano febril.—¿Y usted?

—¡Oh! Confío en gozar de buena sálud.

—¿Probablemente estará usted escribiendo alguna obra importante?

—No—contestó Rafael.—"Exegi monumentum." señor Porriquet, he terminado una gran página y me he despedido para siempre de la Ciencia. Ni siquiera sé dónde está mi manuscrito.

—El estilo será puro, sin duda. Supongo que no ha-

brá usted adoptado el lenguaje bárbaro de esa nueva escuela que cree hacer una gran cosa inventando un Ronsard.

—Mi obra es puramente fisiológica.

—Pues no diga usted más—repuso el profesor—En las ciencias, la gramática debe amoldarse á las exigencias de los descubrimientos. Sin embargo, hijo mío, un estilo claro, armonioso, la lengua de Masillón, de Buffón, del gran Racine, no echa á perder nada. Pero olvidaba el objeto de mi visita,—añadió el profesor interrumpiéndose.—Es una visita interesada.

Rafael, acordándose ya tarde de la verbosa elegancia y de las elocuentes perífrasis á que su maestro estaba acostumbrado á causa de su largo profesorado, casi se arrepintió de haberle recibido; pero en el momento en que iba á desear que se marchara, comprimió prontamente su secreto anhelo echando una furtiva ojeada á la piel de zapa, colgada ante él y extendida sobre una tela blanca en la que sus contornos fatídicos estaban cuidadosamente trazados con una línea encarnada que la limitaba con toda exctitud. Desde la fatal orgía, Rafael ahogaba hasta el más leve de sus caprichos, y vivía de modo que no pudiera ocasionar la merma más insignificante á aquel terrible talismán. Escuchó, pues, con paciencia las ampulosidades del viejo profesor. El señor Porriquet invirtió una hora en contarle las persecuciones de que había sido objeto desde la revolución de Julio. El buen hombre, que deseaba un gobierno fuerte, emitió el anhelo patriótico de dejar á los tenderos detrás de sus mostradores, á los hombres de Estado ocupados en la gestión de los asuntos públicos, á los abogados en la curia y á los pares de Francia en el

Luxemburgo; pero uno de los ministros populares del rey ciudadano le había expulsado de su cátedra acusándole de carlista. El anciano se encontraba sin destino, sin retiro y sin pan, y como además era la providencia de un sobrino pobre cuya pensión en el Seminario de San Sulpicio pagaba, iba á rogar á su antiguo discípulo, no tanto por él cuanto por su hijo adoptivo, que reclamara del nuevo ministro, no precisamente su reposición, sino el empleo de provisor en algún colegio de provincia. Rafael sentía una soñolencia invencible, cuando la voz monótona del buen hombre cesó de resonar en sus oídos. Obligado por cortesía á mirar los ojos blancos y casi inmóviles de aquel anciano de charla lenta y pesada, se había quedado como magnetizado por una inexplicable fuerza de inercia.

—Pues bien, señor Porriquet—respondió sin saber precisamente á qué pregunta contestaba,—no puedo hacer nada, absolutamente nada; pero "deseo vivamente" que consiga usted su objeto.

Pero en el mismo momento, y sin notar el efecto que en el rostro amarillento y arrugado del anciano producían estas triviales palabras, llenas de egoísmo y de indiferencia, Rafael se irguió como cervatillo espantado. Vió una leve línea blanca entre el borde de la piel negra y el trazo encarnado, y lanzó un grito tan terrible que el pobre profesor se aterrorizó.

—¡Váyase usted enhoramala, viejo animal!—exclamó.—Será usted nombrado profesor. ¿No podía usted haberme pedido una renta vitalicia de mil escudos, más bien que un deseo homicida? La visita de usted no me habría costado nada. ¡Hay cien mil empleos en Francia y yo no tengo más que una vida! La vida de un

hombre vale más que todos los empleos del mundo.... ¡Jonatás!

El mayordomo acudió.

—¡Ya ves lo que has hecho, majadero! ¿Por qué me has propuesto recibir á este señor?—dijo designándole al viajero que estaba como petrificado. ¿He entregado mi alma en tus manos para que la desgarrases? En este momento me arrancas diez años de vida. Comete otra falta como esta, y me llevarás á la mansión adonde he conducido á mi padre. ¿No habría preferido yo poseer á Fedora á hacer un favor á este viejo esqueleto, que parece un andrajo humano? Tengo dinero que darle. Y además, aun cuando todos los Porriquet del mundo se muriesen de hambre, me tendría sin cuidado.

La cara de Rafael estaba blanca de cólera; una ligera espuma surcaba sus labios trémulos y la expresión de sus ojos era sanguinaria. Al verle en aquel estado, los dos viejos se sintieron sobrecogidos de un estremecimiento convulsivo, como dos niños delante de una serpiente. El joven se dejó caer en su sillón; sobrevino una especie de reacción en su alma y de sus centelleantes ojos brotaron copiosas lágrimas.

—¡Oh mi vida, mi hermosa vida!—murmuró.—¡No más ideas benéficas, no más amor, nada, nada!—Y añadió volviéndose al profesor:—Ya está hecho el daño, amigo mío; le habría recompensado generosamente por sus cuidados; mi desgracia habrá producido al menos el bienstar de un hombre bueno y digno.

Había tanta alma en el acento que matizó estas palabras casi ininteligibles, que los dos viejos lloraron

como se llora al oir una pieza de música conmovedora cantada en lengua extranjera.

—Es epiléptico—dijo Porriquet en voz baja.

—Reconozco la bondad de usted, amigo mío—repuso dulcemente Rafael;—perdóneme. La enfermedad es un accidente; la inhumanidad sería un vicio. Ahora déjeme solo—añadió.—Mañana ó pasado mañana, tal vez esta misma noche, recibirá usted su nombramiento, porque la "resistencia" ha triunfado del "movimiento." Adiós.

El anciano se retiró lleno de horror así como de grandes zozobras por la salud moral de Valentín. Aquella escena había tenido para él algo de sobrenatural, aun no estaba seguro de haberla presenciado y no sabía si acababa de despertar de una pesadilla.

—Oye, Jonatás—dijo el joven á su viejo criado.—Procura hacerte bien cargo de la misión que te he confiado.

—Sí, señor marqués.

—Soy como un hombre puesto fuera de la ley.

—Sí, señor marqués.

—Todos los goces de esta vida juguetean alrededor de mi lecho de muerte y danzan ante mí como mujeres hermosas; pero si los llamo, muero. ¡Siempre la muerte! Tú debes ser una barrera entre el mundo y yo.

—Sí, señor marqués—contestó el criado enjugándose las gotas de sudor que brotaban de su arrugada frente. —Pero si no quiere usted ver mujeres hermosas, ¿cómo se arreglará esta noche para ir á los Italianos? Una familia inglesa, que se marchó á Londres, me ha cedido el resto de su abono y tiene usted un buen palco. ¡Oh! Es un palco magnífico, de los primeros.

Rafael, embebido profundamente en sus pensamientos, no le escuchaba.

¿Adónde va ese fastuoso carruaje, ese cupé tan sencillo por fuera, de color obscuro, pero en cuya portezuela se destaca el escudo de noble y antigua familia? Cuando ese cupé pasa rápidamente las grisetas lo admiran, y envidian el raso amarillo, la alfombra de la Jabonería, la pasamanería fresca como una paja de arroz, los grandes almohadones y los discretos cristales. Dos lacayos de librea ván á la trasera de aquel coche aristocrático; pero en el fondo, en la seda, yace una cabeza ardiente de ojos penetrantes, la cabeza de Rafael, triste y pensativo. Corre como un cohete por París, llega al peristilo del teatro Favart, se desdobla el estribo, sus dos lacayos le sostienen, y alguna gente envidiosa le mira.—¿Qué ha hecho ese para ser tan rico? dice un pobre estudiante de leyes que por no tener un escudo no podía oir los mágicos acordes de Rossini. Rafael andaba lentamente por los corredores del teatro; no se prometía ningún goce de aquella distracción que tanto había apetecido en otro tiempo. Mientras se alzaba el telón para el segundo acto de "Semíramis," se paseaba por el salón de descanso, vagaba por las galerías sin hacer caso de su palco en el cual no había entrado. Ya no existía el sentimiento de la propiedad en el fondo de su corazón. Como todos los enfermos, no pensaba más que en su mal. Apoyado en el tablero de la chimenea, alrededor de la cual abundaban en medio del salón de descanso elegantes jóvenes y viejos, ministros antiguos y nuevos, pares sin pairía, y pairías sin pares, tales cuales los ha hecho la revolución de Julio, en fin

todo un mundo de especuladores y de periodistas, vió á pocos pasos de él una figura extraña y sobrenatural. Se acercó á aquel ser raro, entornando los ojos insolentemente para contemplarlo mejor. ¡Qué admirablo pintura! pensó. Las cejas, el pelo, la perilla á lo Mazarino que ostentaba vanidosamente el desconocido estaban teñidos de negro; pero el cosmético, aplicado á una cabellera demasiado blanca sin duda, había producido un color amoratado y falso cuyas tintas cambiaban según los reflejos más ó menos vivos de las luces. Su rostro, estrecho y aplastado, cuyas arrugas estaban rellenadas con gruesas capas de blanquete y colorete, expresaban á la vez la astucia y la inquietud. En algunos sitios de la cara faltaba aquella pintura y hacía resaltar singularmente su decrepitud y su color plomizo, de suerte que era imposible contener la risa al ver aquella cabeza de barbilla puntiaguda y frente prominente, bastante parecida á esas grotescas carátulas de madera, esculpidas en Alemania por los pastores en sus ratos de ocio. Al examinar alternativamente á aquel viejo Adonis y á Rafael, un observador habría creído reconocer en el marqués los ojos de un joven tras la máscara de un viejo, y en el desconocido los ojos mortecinos de un viejo tras la máscara de un joven. Valentín procuraba recordar en qué circunstancia había visto á aquel vejete seco, de gran corbata, calzado como un adulto, que hacía resonar sus espuelas y se cruzaba de brazos como si dispusiera de todas las fuerzas de una petulante juventud. Su porte no tenía nada de embarazado ni de artificial. Su frac elegante, cuidadosamente abrochado, ocultaba una antigua y fuerte armazón, dándole la apariencia de un

viejo petrimetre que sigue todavía las modas. Aquella especie de muñeco lleno de vida tenía para Rafael los atractivos de una aparición y le contemplaba como á un antiguo cuadro de Rembrandt borroso, pero restaurado recientemente, barnizado y puesto en un marco nuevo. Aquella comparación le hizo dar con el rastro de la verdad en sus confusos recuerdos, y vió que aquel hombre era el mercader de curiosidades, causante de su desdicha. En aquel momento el fantástico personaje reía calladamente, con risa trazada en sus labios fríos, estirados por una dentadura postiza. La viva imaginación de Rafael le hizo ver en aquel hombre sorprendentes semejanzas con la cabeza ideal que los pintores han dado al Mefistófeles de Goethe. Mil supersticiones se apoderaron entonces del alma fuerte de Rafael hasta el punto de creer en el poder del demonio, en todos los sortilegios tomados de las leyendas de la Edad media y puestos en obra por los poetas. Resistiéndose con horror á correr la suerte de Fausto, invocó de pronto al cielo, teniendo como los moribundos una fe ferviente en Dios y en la Virgen María. Una claridad fresca y radiante le permitió ver el cielo de Miguel Angel y de Sanzio de Urbino; nubes, un anciano de barba blanca, cabezas aladas y una mujer hermosa sentada en una aureola. Entonces comprendía, adoptaba esas admirables creaciones cuyas fantasías casi humanas le explicaban su aventura y le infundían todavía alguna esperanza. Pero cuando bajó los ojos al salón de descanso de los Italianos, en lugar de la Virgen, vió á una linda joven, la detestable Eufrasia, aquella bailarina de cuerpo flexible y ligero, que vestida con un traje deslumbrador, llena de

perlas orientales, acudía impaciente en busca de su viejo impaciente, y se mostraba insolente, atrevida, con la mirada chispeante, á aquella gente envidiosa y especuladora, para atestiguar la riqueza sin límites del mercader cuyos tesoros derrochaba. Rafael se acordó del deseo burlón con que había admitido el fatal presente del viejo, y saboreó todos los placeres de la venganza contemplando la humillación profunda de aquella sabiduría sublime cuya decadencia parecía á la sazón imposible. La fúnebre sonrisa que el centenario dirigió á Eufrasia fué contestada por ésta con una palabra de amor; le ofreció su brazo seco, dió con ella dos ó tres vueltas por el salón, y recogió con delicia las miradas apasionadas y las galanterías que la gente dirigía á su querida, sin notar las risas desdeñosas, sin oír las mordaces cuchufletas de que era objeto.

—¿De qué cementerio habrá desenterrado esa linda moza á semejante cadáver?—preguntó el más elegante de todos los románticos.

Eufrasia se sonrió. El burlón era un joven de cabellos rubios, ojos azules y brillantes, esbelto, que llevaba un frac corto, el sombrero echado sobre la oreja, y chistoso.

—¡Cuántos crímenes coronan una vida de probidad, de trabajo, de virtud, con una locura!—pensó Rafael

—Ese tiene los pies fríos y hace el amor.

—¡Vaya, vaya, caballero!—dijo Valentín deteniendo al mercader y lanzando una ojeada á Eufrasia.—¿No se acuerda usted ya de las severas máximas de su filosofía?

—¡Ah!—respondió el mercader con voz cascada,—ahora soy feliz como un joven. Había tomado la exis-

tencia al revés. Se encierra toda una vida en una hora de amor.

En aquel momento, la campana anunció que iba á levantarse el telón, y los espectadores salieron del salón de descanso para ir á ocupar sus localidades. El viejo y Rafael se separaron. Al entrar en su palco, el marqués vió á Fedora que estaba al otro lado de la platea precisamente enfrente de él. Debía hacer poco que había llegado, porque en aquel momento se quitaba el chal, dejando descubierto su cuello y hacía todos esos leves movimientos indescriptibles de una coqueta ocupada en atraer las miradas; y lo cierto fué que todas se concentraron en ella. La acompañaba un joven par de Francia á quien pidió los gemelos que le había confiado. Por su actitud, por el modo como miró á aquel nuevo pretendiente, adivinó Rafael la tiranía á que estaba sujeto su sucesor. Fascinado sin duda como él lo había estado en otro tiempo, burlado como él y luchando lo mismo que él con toda la pujanza de un amor verdadero contra los fríos cálculos de aquella mujer, aquel joven debía sufrir los tormentos á que Valentín había renunciado por fortuna. Un contento inexplicable animó el rostro de Fedora cuando, después de haber mirado con sus gemelos á todos los palcos y examinado rápidamente los trajes de las señoras, tuvo la persuasión de eclipsar con su atavío y su belleza á las damas más lindas y elegantes de París; se echó á reír para enseñar su blanca dentadura, meneó su cabeza adornada de flores para hacerse admirar, su mirada pasó de palco en palco, burlándose de un gorrito puesto sin gracia sobre la frente de una princesa rusa ó de un sombrero mal hecho que sentaba horriblemente á

la hija de un banquero. De pronto se puso pálida al tropezar con la mirada fija de Rafael; su amante desdeñoso la anonadó con una intolerable ojeada de desprecio. Al paso que ninguno de sus amantes desdeñados desconocía su poder, Valentín era el único en el mundo que estaba á cubierto de sus seducciones. Un poder arrostrado impunemente se acerca á su ruina: esta máxima está grabada más profundamente en el corazón de una mujer que en la cabeza de los reyes. Por esto veía Fedora en Rafael la muerte de sus prestigios y de su coquetería. Una frase dicha por él la víspera en el teatro de la Opera se había hecho ya célebre en los salones de París. El filo de aquel terrible epigrama había inferido á la condesa una herida incurable. En Francia sabemos cauterizar una llaga, pero todavía no conocemos remedio ninguno par el daño que produce una frase. En el momento en que todas las mujeres miraron alternativamente al marqués y á la condesa, Fedora habría deseado sepultarle en los calabozos de alguna Bastilla, porque á pesar de su talento para disimular, sus rivales adivinaron cuánto sufría. Por fin perdió su último consuelo. Esas palabras deliciosas: ¡Soy la más hermosa! esa frase eterna que mitigaba todos los sinsabores de su vanidad, llegó á ser una mentira. Al comenzar el segundo acto, una mujer se colocó cerca de Rafael, en un palco que había estado vacío hasta entonces. De la platea entera salió un murmullo de admiración. Aquel mar de caras humanas agitó sus oleadas inteligentes y todos los ojos miraron á la recién llegada. Jóvenes y viejos promovieron tan prolongado rumor, que al levantarse el telón, los músicos de la orquesta se volvieron para reclamar el si-

lencio, mas acabaron por unir sus aplausos á los del público y aumentaron aquel ruido confuso. En cada palco se entablaron conversaciones animadas: todas las mujeres se habían armado de sus gemelos, y los viejos rejuvenecidos limpiaron con la piel de sus guantes los cristales de sus anteojos. Calmóse gradualmente el entusiasmo, resonaron los cantos en la escena y se restableció el orden. La concurrencia, como avergonzada de haber cedido á un impulso natural, recobró la frialdad aristocrática de su actitud correcta. Los ricos no quieren admirarse de nada, y se creen en el deber de reconocer á primera vista el defecto de una obra que les ha de dispensar de la admiración, sentimiento vulgar. Pero algunos hombres continuaron inmóviles sin escuchar la música y como encantados, contemplando á la vecina de Rafael. Valentín vió en una bañera, y cerca de Aquilina, la innoble y sanguinolenta cara de Taillefer que le hizo un gesto de aprobación. Luego vió á Emilio que, de pie en la orquesta, parecía decirle "Pero, hombre, mira la preciosa criatura que tienes á tu lado."-En fin, Rastignac, sentado junto á una mujer, probablemente viuda, retorcía su guantes como hombre desesperado por estar encadenado allí, sin poder acercarse á la divina desconocida. La vida de Rafael dependía de un pacto no violado todavía que había hecho consigo mismo; habíase propuesto no mirar jamás con atención á una mujer, y para ponerse á cubierto de una tentación, llevaba un anteojo cuyo cristal microscópico, artísticamente colocado, destruía la armonía de las facciones más bellas, dándoles un aspecto repulsivo. Presa aún del terror que se había apoderado de él aquella mañana cuando por un acto de cortesía

dió lugar á que menguara el talismán, Rafael formó la firme resolución de nó volverse á mirar á su vecina. Sentado como una duquesa, daba la espalda al rincón de su palco y tapaba con impertinencia la mitad de la escena á la desconocida afectando menospreciarla y hasta ignorar que detrás de él había una mujer hermosa. La vecina imitaba con exactitud la postura de Rafael; había apoyado un codo en el antepalco y alargaba un tanto la cabeza mirando á los cantantes como si se hubiera puesto fija para que la retrataran. Aquellas dos personas parecían dos novios reñidos que se vuelven la espalda y volverán á abrazarse á la primera palabra de amor. Había momentos en que los leves marabuts ó los cabellos de la desconocida rozaban ligeramente la cabeza de Rafael y le causaban una sensación voluptuosa con la que luchaba animosamente; poco después sintió el dulce contacto de los rizados de blonda que guarnecían el cuello de su vestido; éste mismo produjo el murmullo afeminado de sus pliegues, rumor lleno de muelles hechicerías; por fin, el movimiento imperceptible impreso por la respiración al seno, á la espalda, á las ropas de aquella linda mujer, toda su vida suave se comunicó bruscamente á Rafael como una chispa eléctrica; el tul y la blonda transmitieron fielmente á su hombro nerviosamente excitado, el delicioso calor de aquellos hombros desnudos. Por un capricho de la naturaleza, ambos seres desunidos por el buen tono, separados por los abismos de la muerte, respiraron juntos y pensaron quizás el uno en el otro. Los penetrantes perfumes del áloe acabaron de embriagar á Rafael. Su imaginación irritada por un obstáculo, más fantástica aún por las trabas que se le oponían, le representó vi-

vamente á una mujer de facciones de fuego. Volvió de pronto la cabeza: la desconocida, á quien le chocaba sin duda encontrarse en contacto con una persona extraña, hizo el mismo movimiento, y quedaron frente á frente sus rostros, animados por el mismo pensamiento.

—¡Paulina!

—¡Señor Rafael!

Petrificados ambos, se miraron un instante en silencio. Rafael veía á Paulina vestida con un traje sencillo y de buen gusto. A través de la gasa que cubría castamente su corpiño, dos ojos expertos podían vislumbrar una blancura de azucena y adivinar formas que hasta una mujer habría admirado. Echábase como siempre de ver su modestia virginal, su celestial candor, su graciosa apostura. La tela de su manga marcaba el temblor que hacía palpitar su cuerpo como palpitaba el corazón.

—¡Oh! Vaya usted mañana á la casa de la calle de San Quintín á recoger sus papeles—dijo Paulina.—Allí estaré yo al medio día. No falte usted.

Se levantó precipitadamente y se marchó. Rafael quiso seguir á Paulina, pero temió comprometerla y se quedó. Miró á Fedora y le pareció fea; mas no pudiendo comprender una sola frase de la música, ahogándose en el teatro y oprimido el corazón, salió y regresó á su casa.

—Jonatás—dijo al viejo criado al acostarse,—dame media gota de láudano en un terrón de azúcar, y no me despiertes mañana hasta las doce menos veinte.

—Quiero que me ame Paulina—dijo al otro día mirando el talismán con indecible angustia.

La piel no hizo ningún movimiento; parecía haber

perdido su fuerza contráctil; sin duda no podía satisfacer un deseo realizado ya.

—¡Ah!—exclamó Rafael sintiendo como si se le hubiera quitado de encima una capa de plomo que hubiese llevado desde el día en que se le dió el talismán; —¡tú mientes, no me obedeces, queda roto el pacto! Estoy libre, viviré. Era una broma de mal género.

Cuando así decía, no se atrevía á creer en su propio pensamiento. Vistióse con tanta sencillez como en otro tiempo y quiso ir á pie á su antigua vivienda, procurando retrotraerse á aquellos felices días en que se entregaba sin riesgo á la furia de sus deseos y en que aún no había formado juicio de todos los goces humanos. Iba por la calle viendo, no ya á Paulina de la calle de San Quintín, sino á la Paulina de la víspera, á aquella amada cumplida con la que tantas veces había soñado, doncella espiritual, amante, artista, que comprendiera á los poetas y la poesía, y viviera en el seno del lujo; en una palabra, á Fedora dotada de alma bella, ó á Paulina dos veces millonaria y condesa como lo era Fedora. Cuando llegó á aquel umbral desgastado, á la baldosa agrietada de aquella puerta, al trasponer la cual tantas veces le acometieron ideas de desesperación, salió una vieja de la sala, y le dijo:

—¿Es usted el señor Rafael de Valentín?

—Sí, señora.

—Ya sabe usted, pues, dónde está su antiguo cuarto: le están esperando en él.

—¿Sigue esta casa á cargo de la señora Gaudín? —preguntó Rafael.

—No, señor. La señora Gaudín es hoy baronesa y vive en casa propia en lo otra orilla del río. Volvió su

marido y trajo mucho dinero, tanto que, según se dice, podría comprar todo el barrio de Santiago si quisiera. Me ha traspasado gratis la casa y lo que resta de alquiler. Bien mirado, es una buena mujer. Hoy no tiene más vanidad que ayer.

Rafael subió con presteza á su buhardilla, y cuando llegó á los últimos escalones, oyó los sonidos del piano. Paulina estaba allí, modestamente vestida con un traje de percal; pero la hechura del vestido, los guantes, el sombrero y el chal negligentemente tirados sobre la cama, revelaban toda una fortuna.

—¡Gracias á Dios que ha venido usted!—exclamó Paulina volviendo la cabeza y levantándose con ingenuo movimiento de alegría.

Rafael se sentó á su lado, sonrojado, avergonzado, contento; y la miró sin decir una palabra.

—¿Por qué se separó usted de nosotros?—preguntó Paulina bajando los ojos y poniéndose colorada.—¿Qué ha sido de usted?

—¡Ah, Paulina! ¡He sido y soy muy desgraciado todavía!

—¡Bah!—exclamó la joven enternecida.—Ayer adiviné la suerte que ha tenido usted, al verle tan bien vestido rico, al parecer; pero en realidad, señor Rafael, ¿sigue usted siendo lo mismo que antes?

Valentín no pudo contener algunas lágrimas, las cuales brotaron de sus ojos, y exclamó:

—Paulina..... yo.....

No pudo continuar: sus ojos brillaron de amor y su corazón se desbordó en su mirada.

—¡Oh! ¡Me ama! ¡Me ama!—exclamó Paulina.

Rafael hizo un ademán con la cabeza, porque no se

hallaba en estado de pronunciar una palabra. Al verlo, la joven le tomó la mano, se la apretó, y le dijo entre risa y sollozos:

—Ricos, ricos, felices; tu Paulina es rica. Pero yo debería ser bien pobre hoy, porque he dicho mil veces que daría todos los tesoros de la tierra por poder decir estas dos palabras: "¡Me ama!" Rafael, tengo millones A tí te gusta el lujo, pues quedarás satisfecho. Pero también debes amar un corazón: ¡hay tanto amor para tí en el mío! ¿No lo sabes? Mi padre ha vuelto: soy una rica heredera. Mi madre y él me dejan enteramente dueña de mi albedrío: soy libre, comprendes lo que esto significa?

Rafael, presa de una especie de delirio, tenía entre las suyas las manos de Paulina y se las besaba tan ardiente, tan ávidamente, que su beso semejaba una especie de convulsión. Paulina desasió sus manos, las puso en los hombros de Rafael y le miró; ambos se comprendieron y se miraron con ese santo y delicioso fervor exento de toda idea preconcebida, en el que se encuentra estampado un solo beso, el primer beso por el cual dos almas toman posesión de sí mismas.

—¡Ah!—dijo Paulina volviéndose á sentar.—No quiero separarme más de tí. La verdad es que no sé cómo me vuelvo tan atrevida—añadió ruborizándose.

—¡Atrevimiento, Paulina! ¡Oh! No temas nada; eso es amor, amor verdadero, profundo, eterno como el mío, ¿no es verdad?

—¡Habla, habla! ¡Tu boca ha estado tanto tiempo callada para mí!.....

—¿Con qué me amabas?

—¡Si te amaba! ¡Dios mío! ¡Cuántas veces he llora-

rado, aquí, limpiando tu cuarto, lamentando tu miseria y la mía! ¡Habría vendido mi alma al diablo con tal de ahorrarte un disgusto! Hoy, Rafael "mío," porque eres mío, mía esa hermosa cabeza, mío tu corazón; ¡oh, sí, sobre todo tu corazón, eterna riqueza! Pues bien.... "qué iba yo diciendo?—repuso después de una pausa.—¡Ah! ya lo sé. Tenemos, según creo, tres, cuatro, cinco millones. Si fuera pobre, quizás tendría empeño en llevar tu nombre, en llamarme tu esposa; pero en este momento, quisiera sacrificarte el mundo entero, quisiera ser todavía y siempre tu criada. Mira, Rafael, al ofrecerte mi corazón, mi persona, mi fortuna, hoy no podría darte más que el día en que puse ahí (y señaló el cajón de la mesa, cierta moneda de cinco francos. ¡Ay! ¡Cuánto daño me hizo entonces tu alegría!

—¿Por qué eres rica?—exclamó Rafael.—¿Por qué no tienes vanidad? De este modo no puedo hacer nada por ti.

Y se retorció las manos de alegría, de desesperación, de amor.

—Cuando seas la señora marquesa de Valentín, te conozco, alma celestial, ese título y mi fortuna no valdrán....

—Ni un solo cabello tuyo—interrumpió Paulina.

—Yo también tengo millones; pero ¿qué significan ahora las riquezas para nosotros? Sin embargo, tengo mi vida, puedo ofrecértela tómala.

—¡Oh! Tu amor, Rafael, tu amor es para mí el mundo entero. ¿Piensas en mí? Pues ya soy la más feliz de las mujeres felices.

—¿No podrán oirnos?

—No hay nadie--contestó Paulina haciendo una mueca picaresca.

—Pues bien, ven—dijo Valentín tendiéndole los brazos.

Paulina se sentó en sus rodillas y le echó los brazos al cuello.

—Abrázame en compensación de todos los disgustos que me has dado, para olvidar las penas que tus alegrías me han causado, en pago de todas las noches que he pasado pintando mis pantallas.

—¿Tus pantallas?

—Puesto que somos ricos puedo confesártelo todo ¡Ah, criatura! ¡Qué fácil es engañar á los hombres de talento! ¿Acaso podías tener chalecos blancos y camisas lavadas y planchadas dos veces por semana, por tres francos que dabas al mes? Bebías doble leche de la que pagabas. Yo te suministraba una parte de lo que consumías, fuego, aceite y hasta dinero. ¡Oh Rafael mío! no me tomes por una mujer—añadió riendo, sino por una persona demasiado astuta.

—Pero ¿cómo te arreglabas?

—Trabajando hasta las dos de la mañana; daba á mi madre la mitad del precio de mis pantallas y guardaba la otra mitad para tí.

Ambos se miraron un rato, embebidos en su júbilo y en su amor.

—¡Ah!—clamó Rafael,—algún día quizás paguemos esta ventura con algún pesar terrible.

— Acaso estás casado?—preguntó Paulina.—No quiero cederte á ninguna mujer.

—Estoy soltero, amada mía.

—¡Soltero, libre, mío!

Y juntando las manos miró á Rafael con beatífico ardor.

—Tengo miedo de perder el juicio. ¡Qué guapo eres! —repuso Paulina pasando una mano por los blondos cabellos de su amante. ¡Qué estúpida es tu condesa Fedora! ¡Qué satisfacción tuve ayer al verme saludada por todos aquellos hombres! A ella jamás la han aplaudido. Has de saber, amado mío, que cuando toqué tu hombro con mi espalda, parecióme oir una voz que me decía: Aquí está. Me volví y te ví. Y si me marché fué porque sentía unos deseos rabiosos de abrazarte delante de todo el mundo.

—¡Qué feliz eres en poder expresarte así!—exclamó Rafael.—Yo tengo el corazón oprimido. Quisiera llorar y no puedo. No retires tu mano. Me parece que pasaría toda la vida mirándote así, feliz, contenta.

—¡Oh! Sigue, sigue hablándome así.

—¿Qué valen las palabras?—repuso Valentín dejando caer una ardorosa lágrima en la mano de Paulina.—Más adelante procuraré expresarte mi amor; en este momento únicamente puedo sentirlo.....

—¡Oh! ¡Qué alma tan hermosa, qué gran genio! Ese corazón que tan bien conozco ,es enteramente mío, como yo soy tuya.

—Para siempre, mi dulce Paulina—dijo Rafael conmovido.—Serás mi mujer, mi ángel bueno. Tu presencia ha disipado siempre mis penas y refrescado mi alma; en este momento tu sonrisa angelical me ha purificado, por decirlo así. Creo que doy principio á una nueva vida. Ahora creo que mi pasado cruel y mis tristes locuras han sido terribles pesadillas. A tu lado soy puro, y siento el ambiente de tu felicidad. ¡Oh! Permanece

siempre aquí—añadió estrechándola santamente contra su corazón palpitante.

—Que venga la muerte cuando quiera—exclamó Paulina como extasiada:—¡ya he vivido!

¡Dichoso aquél que pueda adivinar sus goces, porque los habrá conocido!

—¡Oh Rafael mío!—dijo Paulina después de un rato de silencio; quisiera que en adelante no entrase nadie en esta querida buhardilla.

—Pues condenaremos la puerta, pondremos una reja en la claraboya y compraremos la casa—contestó el marqués.

—Eso, eso—dijo Paulina.—Y al poco rato añadió:—Pero nos hemos olvidado de buscar los manuscritos.

Y ambos se echaron á reir candorosamente.

—Se me da una higa de todas las ciencias—dijo Rafael.

—¡Hola, hola, señor mío! ¿Y la gloria?

—Tú eres mi única gloria.

—¡Qué desgraciado eras cuando hacías estos garabatos!—dijo Paulina hojeando los papeles.

—Paulina mía.

—Sí, soy tu Paulina, ¿y qué?

—¿Dónde vives?

—En la calle de San Lázaro. ¿Y tú?

—En la de Varennes.

—¡Qué lejos viviremos uno de otro hasta que....!—Y se detuvo mirando á su amigo con aire coquetón y malicioso.

—Sólo estaremos separados quince días á lo sumo, —contestó Rafael.

—¿De veras? ¿Estaremos casados dentro de quince

días?—Y se puso á saltar como una chiquilla.—¡Oh!—repuso.—Soy una hija desnaturalizada: no pienso en mi padre, ni en mi madre ni en nada; y sin embargo, mi padre está bastante enfermo; ha vuelto de las Indias muy malo, y por poco se muere en el Havre, á donde fuimos á recibirle. ¡Ay Dios mío!—exclamó mirando su reloj; son ya las tres: he de estar en casa á las cuatro, cuando se levante de dormir la siesta. Soy la dueña de casa: mi madre hace cuanto quiero; mi padre me adora; pero yo no quiero abusar de su bondad, porque estaría mal hecho. Mi pobre padre fué el que me obligó á ir á los Italianos ayer. Irás á verle mañana, ¿verdad?

—¿La señora marquesa de Valentín quiere dispensarme el honor de aceptar mi brazo?

—Me voy á llevar la llave de este cuarto—dijo Paulina.—¿No es un palacio, nuestro tesoro?

—¿Me quieres dar otro beso?

—Y mil. Dios mío—dijo la joven mirando á Rafael—será siempre así? Me parece que estoy soñando.

Bajaron despacio la escalera; luego, muy juntitos, andando al mismo paso, sintiendo igual dicha, arrullándose como dos palomas, llegaron á la plaza de la Sorbona, donde aguardaba el coche de Paulina.

—Quiero ir á tu casa—dijo ésta.—Quiero ver tu cuarto, tu despacho, y sentarme á la mesa en que trabajas, lo mismo que en otro tiempo—añadió ruborizándose.—José—dijo á un lacayo,—antes de volver á casa, voy á la calle de Varennes. Son las tres y cuarto, y he de estar de vuelta á las cuatro. Jorge arreará á los caballos.

Y los dos amantes fueron llevados en pocos momentos á casa de Valentín.

—¡Qué contenta estoy de haber examinado todo esto! —dijo Paulina arrugando la seda de los cortinajes de la cama de Rafael.—Cuando me duerma, estaré aquí con el pensamiento y me figuraré que tu querida cabeza descansa en esta almohada. Dime, Rafael, ¿no te has aconsejado de nadie para amueblar esta casa?

—De nadie.

—¿De veras? ¿No ha sido una mujer la que....?

—¡Paulina!

—Es que tengo unos celos furiosos. Tienes buen gusto. Mañana me compraré una cama igual á la tuya.

Rafael, ebrio de felicidad, abrazó á Paulina.

—¡Ah, mi padre, mi padre!—dijo ésta.

—Voy á acompañarte, porque quiero estar á tu lado todo el tiempo posible.

—¡Qué amante eres! No me atrevía á proponértelo..

—¿Acaso no eres mi vida?

Sería enojoso consignar fielmente estas halagüeñas pláticas de amor á las que sólo daban valor el acento, la mirada, algún movimiento intraducible. Valentín acompañó á Paulina hasta su casa, y regresó con el corazón henchido de tanto placer cuanto el hombre puede sentir y soportar en la tierra. Cuando estuvo sentado en un sillón, junto á la chimenea, pensando en la repentina y completa realización de todas sus esperanzas, una idea fría le atravesó el alma como el acero de un puñal traspasa el pecho, miró la piel de zapa y vió que se había encogido ligeramente. Entonces soltó el gran juramento francés, sin añadirle las jesuísticas reticencias de la abadesa de las Andouillettes, apoyó la cabeza

en el respaldo del sillón y se quedó inmóvil, con los ojos fijos en una pátera, pero sin verla.

—¡Gran Dios!—exclamó.—Todos mis deseos, todos! ¡Pobre Paulina!

Tomó un compás y midió la cantidad de existencia que le había costado aquella mañana.—No tengo para dos meses—dijo.

Un sudor frío, glacial, brotó de sus poros; de pronto obedeció á un inexplicable arrebato de rabia y cogió la piel de zapa, exclamando:—¡Qué animal soy!—Salió, atravesó los jardines y echó el talismán al fondo de un pozo, diciendo:—¡Adelante, y llévese el diablo todas estas tonterías!

Rafael se entregó por completo á la dicha de amar, y vivió corazón con corazón con su Paulina. Su casamiento, retrasado por dificultades cuya relación carece de interés, debía celebrarse á principios de Marzo. Se habían puesto á prueba, no dudaban de sí mismos, y como la ventura les había revelado todo el poder de su cariño, jamás se han unido dos almas, dos caracteres tan perfectamente como se unieron los suyos por la pasión; al estudiarse se amaron todavía más; por una y otra parte mediaba la misma delicadeza, igual pudor, idéntica voluptuosidad, la más dulce de todas las voluptuosidades, la de los ángeles; ninguna nube en su cielo; los deseos del uno eran ley para el otro. Siendo ambos ricos, no había caprichos que no pudieran satisfacer, y sin embargo, no los tenían. Un gusto exquisito, el sentimiento de lo bello, una verdadera poesía animaba el alma de la esposa; desdeñando las preseas que la riqueza proporciona, una sonrisa de su amigo le parecía más hermosa que todas las perlas de Or-

muz, y la muselina ó las flores constituían sus más preciadas galas. Además, Paulina y Rafael huían de la gente; ¡la soledad era para ellos tan bella, tan fecunda! Los ociosos veían todas las noches sin falta á aquel apuesto matrimonio de contrabando en el teatro de los Italianos ó en el de la Opera. Si en un principio la maledicencia se ocupó de ellos en los salones, poco después el torrente de acontecimientos que pasó por París hizo olvidar á los dos amantes inofensivos; en fin, y esto vino á servir de disculpa para con los mojigatos, estaba anunciado su casamiento, y por casualidad, sus criados eran discretos; por consecuencia, no hubo malevolencia demasiado enconada que acibarara su dicha.

A fines del mes de Febrero, época en la cual hubo algunos días lo bastante hermosos para poder figurarse que había llegado la primavera, Paulina y Rafael almorzaban una mañana en un pequeño invernadero, especie de salón lleno de flores, y situado al nivel del jardín. El dulce y pálido sol del invierno, cuyos rayos se quebraban al través de los arbustos, templaban entonces la temperatura. Alegraban la vista los vigorosos contrastes de los diversos follajes, los colores de las matas floridas y todos los juegos de luz y sombra. Cuando todo París se calentaba todavía ante las tristes chimeneas, los jóvenes esposos reían entre camelias, lilas y brezos. Sus alegres cabezas asomaban por encima de los narcisos, de los lirios y de las rosas de Bengala. En aquel invernadero, voluptuoso y rico, los pies descansaban en una estera africana teñida de varios colores como una alfombra. Las paredes cubiertas de cutí verde no tenían ni rastro de humedad. El mueblaje era de madera tosca en la apariencia, pero cuya corteza

bruñida brillaba de limpieza. Un gatito, acurrucado en la mesa á la que lo había atraído el olor de la leche dejaba que Paulina lo mojara de café: ésta jugaba con él, defendía la leche que apenas le permitía olfatear para apurar su paciencia y continuar la lucha, se echaba á reir á cada uno de sus gestos y decía mil tonterías para impedir que Rafael leyera el periódico, que se le había caído ya diez veces de la mano. Esta escena matinal rebosaba de dicha inexplicable como todo lo que es natural y verdadero. Rafael seguía fingiendo que leía su diario, y contemplaba á hurtadillas á Paulina entretenida con su gato, á Paulina vestida con un largo peinador blanco que le velaba imperfectamente, á su Paulina aún despeinada y enseñando un piececito blanco surcado de azuladas venas y metido en una chinela de terciopelo negro. Hechicera en aquel traje matutino deliciosa como las fantásticas figuras de Westhall, parecía á la vez soltera y casada; quizás más soltera que casada, gozaba de una felicidad sin mezcla, y sólo conocía las primeras alegrías del amor. En el momento en que, absorto en su grata contemplación, Rafael había olvidado su diario, Paulina se lo quitó, lo arrugó, hizo de él una pelota, lo lanzó al jardín, y el gato corrió tras la pelotica que seguía dando vueltas por el suelo. Cuando Rafael, distraído por aquella escena pueril, quiso continuar leyendo, é hizo ademán de levantar el diario que no tenía ya en la mano, sonaron risotadas francas alegres, que renacían de sí mismas como los cantos de un pájaro.

Tengo celos de tu periódico—dijo secándose las lágrimas que su risa de criatura había hecho correr.—¿No es una felonía—repuso poniéndose formal de re-

pente—eso de leer proclamas rusas en mi presencia y preferir la prosa del emperador Nicolás á mis palabras y miradas de amor?

—No estaba leyendo, ángel mío, sino mirándote.

En esto resonó cerca del invernadero el pesado paso del jardinero, que con sus zapatos de gruesa y claveteada suela hacía crujir la arena del jardín.

—Perdóneme usted, señor marqués, si le interrumpo, así como á la señora, pero le traigo una cosa curiosa, como no he visto otra. Hace poco, sacando agua del pozo con cubo, ha salido de él esta rara planta marina. Aquí la tiene usted. No debe, sin embargo, estar muy hecha al agua, porque no estaba mojada ni húmeda, sino seca como leña y nada sucia. Como el señor marqués sabe mucho más que yo, he pensado que debía traérsela, porque sin duda le interesará.

Y el jardinero enseñaba á Rafael la inexorable piel de zapa que ya no tenía sino seis pulgadas cuadradas de superficie.

—Gracias, Vaniere—dijo Rafael;—en efecto, es cosa muy curiosa.

—¿Qué tienes, Rafael? Te pones pálido—le dijo Paulina.

—Retírate, Vaniere.

—Tu voz me asusta—repuso la joven;—la tienes singularmente alterada. ¿Qué te pasa? ¿Qué sientes? ¿Te duele algo? Hay que llamar un médico. ¡Jonatás, corre!

—Calla, Paulina—contestó Rafael recobrando su sangre fría.—Vámonos de aquí; hay aquí cerca una flor cuyo olor me molesta; quizás sea esa verbena.

Paulina corrió al inocente arbusto, lo arrancó y lo arrojó al jardín.

—¡Angel mío!—exclamó dando á Rafael un abrazo tan fuerte como su amor,—al ver que perdías el color, he comprendido que no te sobreviviría. Tu vida es mi vida, Rafael; pásame la mano por la espalda, y verás que aún siento en ella 'la muerte chiquita;" tengo escalofríos. Tus labios abrasan. ¿Y tu mano?..... ¡Helada!

—¡Ah locuela!—exclamó Rafael.

—¿Por qué esa lágrima?—dijo Paulina.—Deja que la beba.

—¡Oh Paulina, Paulina! Me amas demasiado.

—A tí te pasa algo extraordinario, Rafael. Dime la verdad; pronto sabré tu secreto. Dame eso, dijo cogiendo la piel de zapa.

—Eres mi verdugo—exclamó el joven lanzando una mirada de horror al talismán.

—¡Qué cambio de voz!—dijo Paulina dejando caer el fatal símbolo del destino.

—¿Me amas?—preguntó Rafael.

—¡Si te amo!.... ¿Por qué me lo preguntas?

—Pues bien; ¡déjame solo, vete!

La pobre joven se marchó.

—¡Cómo!—dijo Rafael cuando estuvo solo.—En un siglo de luces en que hemos averiguado que los diamantes son cristales de carbono, en una época en que todo se explica, en que la policía entregaría un nuevo Mesías á los tribunales y sometería sus milagros al juicio de la Academia de Ciencias, en un tiempo en que ya no creemos más que en los signos de los notarios, ¿crcería yo en una especie de "Mane, Thecel, Pha-

res?" ¡No, vive Dios! No puedo figurarme que el Eterno se complazca en atormentar á un hombre de bien. Vamos á consultar á los sabios.

Poco después llegó, entre el Mercado de vinos, inmensa colección de toneles, y la Salpetriere, inmenso seminario de borrachera, ante un estanque en el que se solazaba gran número de patos, notable por la rareza de las especies, y cuyos ondulantes colores, semejantes á los de los ventanales de una catedral, destellaban á los rayos del sol. Todos los patos del mundo estaban allí, graznando, chapuzándose y formando una asamblea reunida contra su gusto, mas por fortuna sin Carta ni principios políticos, y viviendo sin tropezar con cazadores, á la vista de los naturalistas que los miraban por casualidad.

—Ahí está el señor Lavrille—dijo un llavero á Rafael, que había preguntado por aquel pontífice máximo de la zoología.

El marqués vió un hombrecillo profundamente embebido en eruditas meditaciones en presencia de dos patos. Aquel sabio, de edad madura, tenía una fisonomía apacible, suavizada aún más por su complaciente expresión; pero en toda su persona reinaba una preocupación científica; su peluca, rascada sin cesar y fantásticamente levantada, dejaba en descubierto una línea de canas y denotaba el furor de los descubrimientos que, semejante á todas las pasiones, nos abstrae de las cosas de este mundo tan poderosamente, que hasta perdemos la conciencia del "yo." Rafael, hombre de ciencia y de estudio, admiró á aquel naturalista que consagraba todas sus vigilias á la ampliación de los conocimientos humanos, cuyos errores mismos contri-

huían á la gloria de Francia; pero una damisela se habría reído sin duda de la solución de continuidad que había entre el pantalón y el chaleco rayado del sabio bien es verdad que este intersticio estaba castamente cubierto por una camisa que se había arrugado grandemente á fuerza de subir y bajar á medida de las observaciones zoogenésicas.

Después de las primeras frases de urbanidad, Rafael creyó necesario dirigir al señor Lavrille una lisonja trivial sobre sus patos.

—¡Oh! Tenemos una riqueza en patos—contestó el naturalista.—Verdad es que este género, como sabrá usted sin duda, es el más fecundo del orden de las palmípedas. Empieza en el "cisne" y acaba en el "pato zinzin," comprendiendo ciento treinta y siete variedades de individuos bien distintos, con sus nombres, sus costumbres, su patria, su fisonomía, y que se parecen tan poco entre sí como un blanco y un negro. La verdad es que cuando comemos un pato, las más de las veces ni siquiera sospechamos la extensión. . . .—Se interrumpió al ver un patito muy mono que subía por el talud del estanque.—Mire usted ese cisne de corbata, pobre hijo del Canadá, llegado de bien lejos para enseñarnos su plumaje pardo y gris y su corbatita negra. Mire usted cómo se rasca. Ahí tiene usted el famoso ánade de plumón ó "eider," con cuyo edredón se abrigan en la cama nuestras elegantes: ¡qué bonito es! ¿Quién no admiraría ese vientre de color pardo rojizo y ese pico verde? Acabo de ser testigo de un apareamiento del que hasta ahora había desesperado. El himeneo se ha efectuado en las mejores condiciones y aguardaré con impaciencia el resultado. Me lisonjeo de

haber obtenido la ciento trigésimaoctava especie á la cual quizás se dará mi nombre. He ahí los nuevos esposos—dijo mostrando dos patos.—Son, por una parte, el pato reidor "(anas albifrons)" y por otra el gran pato silbador "(anas ruffina" de Buffón.) He vacilado mucho tiempo entre el pato silbador, el de cejas blancas y el de escudo "(anas clypeata)"; ahí tiene usted el del escudo, ese picarón pardo negro de cuello verdoso y vistosamente irisado. Pero el pato silbador tenía moño, y por tanto comprenderá usted que no debía titubear más. Sólo nos falta aquí el pato variado de casquete negro. Los demás profesores están unánimes en pretender que este pato es sólo una variedad del pato cerceta de pico corvo, pero yo.....—E hizo un ademán admirable que denotaba á la vez el orgullo y la modestia de los sabios, orgullo lleno de terquedad, y modestia llena de suficiencia;—pero yo no lo creo. Ya ve usted, caballero, que aquí no nos distraemos. En este momento estoy escribiendo la monografía del género pato. Pero estoy á las órdenes de usted.

Y dirigiéndose á una linda casita de la calle de Buffón, Rafael sometió la piel de zapa al examen del señor Lavrille.

Conozco este producto—dijo el profesor después de examinar con la lente el talismán;—debe haber servido para forro de alguna caja. La piel es muy antigua. Hoy los talabarteros dan la preferencia á la lija. Sin duda sabrá usted que la lija es la piel de la "raja sephen," pez del mar Rojo.....

—Pero, puesto que tiene usted la bondad de...

—Esta—repuso el sabio—es otra cosa; entre la lija

y la zapa media toda la diferencia que existe entre el mar y la tierra, entre un pez y un cuadrúpedo. Sin embargo, la piel del pez es más dura que la del animal terrestre. Esta—añadió designando el talismán—es, como usted no ignora, una de las producciones más curiosas de la zoología.

—Veamos cómo—dijo Rafael.

—Caballero—dijo el profesor arrellanándose en su silla,—esta es una piel de asno.

—Ya lo sé.

—Hay en Persia—prosiguió el naturalista—un asno sumamente raro, el onagro de los antiguos, "equus asinus," el "kulan" de los tártaros. Pallas fué á observarlo y lo ha dado á conocer. Ese animal había pasado largo tiempo por un ser fantástico; como usted no ignora, la Sagrada Escritura le dió celebridad; Moisés había prohibido aparearlo con sus congéneres. Pero el onagro se ha hecho aún más famoso por las prostituciones de que ha sido objeto, y de las que hablan á menudo los profetas bíblicos. Pallas, como sin duda sabe usted, declara en sus "Act. Petrop.," tomo II, que esos excesos extraños están aún religiosamente acreditados entre los nogais y los persas como un remedio soberano contra las dolencias de los riñones y la gota ciática. Nosotros, pobres parisienses, ni siquiera lo sospechamos. El Museo no cuenta con ningún onagro. ¡Y qué soberbio animal! Es muy misterioso; tiene el ojo provisto de una especie de tapiz reflector al que atribuyen los orientales el poder de la fascinación; su piel es bonita y más lisa que la de nuestros caballos más hermosos; está surcada de rayas más ó menos leonadas y se parece mucho á la de la cebra. Su pelaje es en cierto

modo suave, onduloso, graso al tacto; su vista tan buena y precisa como la del hombre; es algo mayor que nuestros asnos comunes y está dotado de un valor extraordinario. Si se le sorprende por casualidad, se defiende con notable superioridad de los animales más feroces; su marcha puede compararse por lo rápida con el vuelo de las aves; y un onagro reventaría en la carrera á los mejores caballos árabes ó persas. Según afirma el padre del concienzudo doctor Niebuhr, cuya reciente pérdida deploramos, el término medio del paso ordinario de estos admirables cuadrúpedos, es de siete mil pasos geométricos por hora. Al ver nuestros burros degenerados no es posible formarse una idea de lo que es ese asno independiente y arrogante. De porte ligero, animado, fisonomía graciosa, movimientos airosos; es el rey zoológico del Oriente. Las supersticiones turcas y persas le atribuyen un origen misterioso, y allí el nombre de Salomón anda mezclado con los relatos que las gentes del Thibet y de la Tartaria hacen de las supuestas proezas de esos nobles animales. En fin, un onagro domesticado vale un capital: es casi imposible cogerle en las montañas, donde salta como un corzo y parece volar como un ave. La fábula de los caballos alados, de nuestro Pegaso, ha tenido sin duda origen en aquel país, donde los pastores han podido ver onagros saltando de roca en roca. A los asnos de silla, obtenidos en Persia por el cruzamiento de una burra con un onagro domesticado, se los pinta de encarnado, siguiendo una tradición inmemorial. Esta costumbre ha dado quizás lugar á nuestro proverbio: Malo como asno rojo. En una época en que la historia natural estaba muy descuidada en Francia, debió traer algún viajero uno

de esos curiosos animales que tan impacientemente soportan la esclavitud, y de aquí aquel refrán. Tampoco están contestes los pareceres del origen del nombre, pues mientras unos pretenden que "chagri" es palabra turca, otros suponen que "Chagri" es la ciudad donde esa piel se somete á un preparado químico bastante bien descrito por Pallas, y que le da el grano particular que admiramos en ella; el señor Martellens me ha escrito que "Chaagri" es un riachuelo.

—Caballero, le doy á usted mil gracias por haberme proporcionado estos informes que suministrarían una admirable nota á algún don Clamet, si hubiera benedictinos todavía; pero debo hacer observar que este fragmento era antes de un tamaño igual.... al de ese mapa—dijo Rafael designando el de un atlas abierto. —y que hace tres meses se ha ido contrayendo ostensiblemente....

—Bien comprendo—contestó el sabio.—Eso consiste en que todos los despojos de los seres primitivamente organizados, están sujetos á una merma natural fácil de concebir y cuyos progresos dependen de las influencias atmosféricas. Los mismos metales se dilatan ó se contraen de un modo perceptible, porque los ingenieros han observado espacios bastante grandes entre piedras primitivamente unidas con barrotes de hierro. La ciencia es vasta y la vida humana muy corta. Por eso no debemos tener la pretensión de conocer todos los secretos de la naturaleza.

—Señor profesor—dijo Rafael algo confuso,—perdóneme usted que le haga una pregunta. ¿Está usted seguro de que esta piel está sometida á las leyes ordinarias de la zoología, y de que se la puede estirar?

—Ya lo creo—contestó Lavrille procurando estirarla.—Pero si quiere usted ir á ver á Planchette, el célebre profesor de mecánica, él le dará algún medio de reblandecer y alargar esta piel.

—¡Gracias, caballero, gracias; me devuelve usted la vida!

Rafael se despidió del sabio naturalista y corrió á casa de Planchette, dejando al buen Lavrille en su gabinete rodeado de bocales y plantas secas. Sacaba de aquella visita, sin saberlo, toda la ciencia humana, ¡una nomenclatura! Aquel buen hombre se parecía á Sancho Panza contando á Don Quijote el cuento de las cabras; se entretenía en contar los animales y en numerarlos. Llegado al borde de la tumba, apenas conocía una pequeña fracción de los inconmensurables números del gran rebaño arrojado por Dios en el océano de los mundos con un objeto ignorado. Rafael estaba contento.—Voy á llevar mi asno del ronzal, decía para sí.—Antes que él, Sterne había dicho: "Cuidemos de nuestro asno si queremos llegar á viejos." ¡Pero el animal es tan fantástico!

Planchette era un hombre alto, enjuto de carnes, verdadero poeta perdido en una contemplación perpetua, ocupado siempre en mirar un abismo sin fondo, el "movimiento." El vulgo motejaba de locos á esos espíritus sublimes, personas no comprendidas que viven indiferentes al lujo y al mundo, pasan días enteros fumando un cigarro apagado ó se presentan en un salón sin haber aplicado siempre bien los botones de su levita á los respectivos ojales. Un día, después de medir largo tiempo el vacío ó de amontonar X bajo Aa—Gg, analizan alguna ley natural y descomponen el más simple

de los principios, y de pronto la gente admira una máquina nueva ó un carretón cuya fácil estructura nos asombra y nos confunde. Y el sabio modesto sonríe diciendo á sus admiradores:—¿Pero qué he creado? Nada. El hombre no inventa una fuerza, sino que la dirige, y la ciencia consiste en admirar á la naturaleza.

Rafael sorprendió al mecánico plantado sobre sus dos piernas, como un ajusticiado pende rígido de la horca. Planchette estaba examinando una bolita de ágata que rodaba por un cuadrante solar, aguardando que se detuviera. El pobre hombre no estaba condecorado ni pensionado porque no sabía dar importancia á sus cálculos. Satisfecho con vivir á caza de un descubrimiento, no pensaba en la gloria, ni en el mundo, ni en sí mismo, y vivía en la ciencia para la ciencia.

—¡Esto es indefinible!—exclamó.—¡Ah, caballero!—repuso al ver á Rafael,—servidor de usted. ¿Cómo sigue la mamá? Vaya usted á ver á mi esposa.

—Yo habría podido vivir así—pensó Rafael que sacó al sabio de su abstracción preguntándole el modo de estirar el talismán, que le presentó.—Aunque se ría usted de mi credulidad—añadió al terminar,—no le ocultaré nada. Creo que esta piel posee una fuerza de resistencia que nada puede vencer.

—Caballero—contestó el sabio,—la gente suele tratar de la Ciencia con sobrada ligereza, diciéndonos poco más ó menos lo que un "incroyable" decía á Lalande llevándole unas señoras poco después de terminado un eclipse: "Tenga usted la bondad de repetirlo." ¿Qué efecto quiere usted producir? La Mecánica tiene por objeto aplicar las leyes del movimiento ó

neutralizarlas. En cuanto al movimiento en sí, le declaro á usted humildemente que somos impotentes para definirlo. Esto sentado, hemos observado algunos fenómenos constantes que regulan la acción de los sólidos y de los fluidos. Reproduciendo las causas generales de estos fenómenos, podemos transportar los cuerpos, transmitirles una fuerza de locomoción relacionada con determinada velocidad, lanzarlos, dividirlos simplemente ó hasta lo infinito, ya los rompamos ó los pulvericemos; además, retorcerlos, imprimirles una rotación, modificarlos, comprimirlos, dilatarlos, estirarlos. Esta ciencia, caballero, se basa sobre un solo hecho. ¿Ve usted esta bola? Está aquí, sobre esta piedra. Pues ahora mírela usted allí. ¿Qué nombre daremos á este acto tan físicamente natural y tan moralmente extraordinario? ¿Movimiento, locomoción, cambio de lugar? ¡Qué inmensa vanidad se oculta tras las palabras! ¿Un nombre es acaso una solución? Y sin embargo, en eso consiste toda la ciencia. Nuestras máquinas emplean ó descomponen ese acto, ese hecho. Ese ligero fenómeno, adaptado á masas, es capaz de volar á París. Podemos aumentar la velocidad á expensas de la fuerza, y la fuerza á expensas de la velocidad. Y ¿qué son la fuerza y la velocidad? Nuestra ciencia no puede decirlo, como tampoco puede crear el movimiento. Cualquier movimiento, sea el que fuere, es un inmenso poder, y el hombre no inventa poderes. El poder es uno, como el movimiento, la esencia misma del poder. Todo es movimiento: el pensamiento lo es, y la naturaleza está establecida en él. La muerte es un movimiento cuyos fines casi no conocemos. Si Dios es eterno, crea usted que está siempre en movimiento; tal vez Dios sea el

movimiento mismo. He aquí por qué éste es tan inexplicable como Dios, y lo propio que él, profundo, sin límites, incomprensible, intangible. ¿Quién ha tocado comprendido, medido el movimiento? Sentimos sus efectos sin verlos, y hasta podemos negarlos como negamos á Dios. ¿Dónde está? ¿Dónde no está? ¿De dónde emana? ¿Dónde está su principio? ¿Dónde su fin? Nos envuelve, nos comprime y se nos escapa. Es evidente, como un hecho, obscuro como una abstracción, efecto y causa al mismo tiempo. Necesita como nosotros el espacio; y ¿qué es el espacio? Tan sólo el movimiento nos lo revela; sin él no es más que una palabra vacía de sentido. Problema insoluble, semejante al vacío, semejante á la creación, el movimiento confunde la mente humana, y todo cuanto le está permitido concebir al hombre, es que no lo concebirá jamás. Entre cada uno de los puntos ocupados sucesivamente por esta bolita hay un abismo para la razón humana, abismo en el que ha caído Pascal. Para actuar sobre la substancia desconocida, que quiere usted someter á una fuerza desconocida, ante todo debemos estudiar esa substancia; según su naturaleza, ó se romperá por efecto de un choque, ó resistirá á él; si se divide, y no tenga usted la intención de hacerla trozos, no conseguiremos el objeto apetecido. ¿Quiere usted comprimirla? Pues, hay que transmitir un movimiento igual á todas las partes de la substancia, de modo que disminuya uniformemente el intervalo que las separa. ¿Desea usted estirarla? Pues habremos de procurar imprimir á cada molécula una fuerza excéntrica igual; porque, sin la observación exacta de esta ley, produciríamos soluciones de continuidad. Caballero, en el movimiento hay

modos infinitos, combinaciones sin límites. ¿Por qué efectos se decide usted?

—Lo que yo deseo—contestó Rafael impaciente ya, —es una fuerza cualquiera, pero bastante enérgica para estirar indefinidamente esa piel....

—Siendo finita la substancia, no puede ser distendida indefinidamente—respondió el matemático;—pero la compresión multiplicará necesariamente la extensión de su superficie á expensas de su espesor; se adelgazará hasta que falte la materia.....

—Pues consiga usted ese resultado y ganará millones—dijo Rafael.

—Le robaría á usted el dinero—contestó el profesor con la flema de un holandés.—Voy á demostrarle á usted la existencia de una máquina bajo la cual el mismo Dios quedaría aplastado como una mosca; máquina capaz de reducir á un hombre al estado de papel de fumar, aunque llevara botas, espuelas, sombrero, alhajas, todo.....

—¡Qué máquina tan horrible!

—Los chinos deberían utilizarla así en lugar de arrojar sus hijos al agua—dijo el sabio sin pensar en el respeto que debe inspirar al hombre su progenie.

Embebido en su idea, Planchette cogió una maceta vacía, agujereada en el fondo, y la puso sobre la baldosa del gnomon, y en seguida fué á buscar al jardín un poco de greda. Rafael se quedó tan atento como criatura á quien su nodriza refiere un cuento maravilloso. Después de poner la greda en la baldosa, Planchette se sacó del bolsillo una paladera, cortó dos ramitas de saúco, y las empezó á vaciar, silbando como si Rafael no estuviese allí.

—He aquí los elementos de la máquina—dijo.

Sujetó con una pequeña porción de greda uno de esos tubos de madera al fondo de la maceta, de modo que el orificio del saúco se adaptara al agujero de aquélla. Parecía una enorme pipa. Extendió sobre la baldosa una capa de greda dándole la forma de una pala, puso la maceta en la parte más ancha, y sujetó la rama de saúco en la porción que figuraba el mango. Por último, adhirió otra pella de greda á la extremidad de la rama de saúco, plantó en ella la otra rama hueca muy recta, practicando otro codo para unirla á la rama horizontal, de suerte que el aire ó un fluido ambiente dado, pudiera circular por aquella máquina improvisada y correr desde la embocadura del tubo vertical, á través del canal intermedio, hasta la gran maceta vacía.

—Caballero—dijo á Rafael con toda la seriedad de un académico que pronuncia su discurso de recepción. —este aparato es uno de los más hermosos títulos del gran Pascal para vuestra admiración.

—Pues no lo entiendo.

El sabio se sonrió: fué á descolgar de un árbol frutal uno botellita, la cual contenía un líquido para coger hormigas que su farmacéutico le había enviado, rompió el gollete y lo adaptó cuidadosamente á modo de embudo al orificio de la rama hueca que había plantado verticalmente en la greda, en oposición al gran depósito figurado por la maceta, y luego echó en él con una regadera el agua necesaria para que resultara por igual borde con borde en la maceta y en la pequeña embocadura circular del saúco. Rafael sólo pensaba en su piel de zapa.

—Caballero—dijo el mecánico,—el agua pasa todavía por ser un cuerpo incomprensible: tenga usted en cuenta este principio fundamental: sin embargo, se comprime, pero tan levemente, que debemos suponer su facultad contráctil igual á cero. ¿Ve usted la superficie que presenta el agua llegada al borde de la maceta?

—Sí, señor.

—Pues bien, suponga usted que esta superficie es mil veces más dilatada que el orificio del palo de saúco por el cual he echado el líquido. Mire usted, retiro el embudo.

—Conforme.

—Ahora bien, si por un medio cualquiera aumento el volumen de esta masa introduciendo más agua por el orificio del tubo, el fluido, obligado á bajar por él, subirá en el depósito figurado por la maceta hasta que el líquido llegue al mismo nivel en uno y en otro.....

—Es evidente—dijo Rafael.

—Pero hay una diferencia, y es que la delgada columna de agua añadida al tubito vertical presenta en él una diferencia igual en peso á una libra, por ejemplo, y como su acción se transmitirá fielmente á la masa líquida y ejercerá una reacción en todos los puntos de la superficie que presenta en la maceta, resultarán allí mil columnas de agua que, propendiendo á elevarse como si las empujara una fuerza igual á la que hace bajar el líquido en el palo de saúco vertical, producirán necesariamente aquí—y señaló el agujero de la maceta—una potencia mil veces mayor que la potencia introducida allí.

Y el sabio indicaba con el dedo al marqués el tubo de madera plantado verticalmente en la greda.

—Eso es muy sencillo—dijo Rafael.

Planchette se sonrió.

—En otros términos—repuso con esa tenacidad de lógica natural en los matemáticos,—para rechazar la irrupción del agua se necesitaría desarrollar en cada parte de la superficie mayor una fuerza igual á la que actuaba en el tubo vertical, pero con la diferencia de que si la columna líquida tiene en éste un pie de altura, las mil columnas pequeñas de la superficie mayor sólo serán de escasa elevación. Ahora—dijo Planchette dando un capirotazo á los palillos de saúco—reemplacemos este grotesco aparato con tubos metálicos de fuerza y dimensión convenientes: si cubre usted con una gran platina movible la superficie fluida del gran recipiente y opone usted á esa platina otra de resistencia y solidez á toda prueba, y si además me concede usted la facultad de poder añadir de continuo agua por el pequeño tubo vertical á la masa líquida, el objeto, cogido entre dos planos sólidos, debe ceder por fuerza á la inmensa acción que le comprime indefinidamente. El medio de introducir constantemente agua por el tubo es una frusleria en mecánica, así como el de transmitir la potencia de la masa líquida á una platina. Bastan para ello unas válvulas y dos émbolos. Por consiguiente, amigo mío, comprende usted que apenas hay substancia que, puesta entre esas dos resistencias indefinidas, no esté forzada á dilatarse.

—¡Cómo! El autor de las "Cartas provinciales" ha inventado....—dijo Rafael.

—El solo, sí, señor. La Mecánica no conoce nada más

sencillo ni más hermoso. El principio contrario, ó sea la expansibilidad del agua, ha creado la máquina de vapor. Pero el agua no es expansible sino hasta cierto punto, al paso que como su compresibilidad es una fuerza en cierto modo negativa, ha de ser necesariamente infinita.

—Si esta piel llega á estirarse—dijo Rafael,—prometo erigir una estatua á Blas Pascal, fundar un premio de cien mil francos para el mejor problema de mecánica resuelto en cada período de diez años, dotar á dos generaciones de primas de usted, y en fin, construir una casa de asilo para los matemáticos que se hayan vuelto locos ó pobres.

—Sería muy útil—dijo Planchette.—Caballero—añadió con la calma de un hombre que vive en una esfera puramente intelectual,—mañana iremos á casa de Spieghalter. Ese distinguido mecánico acaba de construir, con arreglo á mis planos, una máquina perfeccionada con la cual un chiquillo podría meter mil haces de heno en su sombrero.

—Pues hasta mañana.

—Hasta mañana.

—Digan lo que quieran de la mecánica—iba diciendo para sí Rafael,—no cabe duda de que es la más hermosa de todas las ciencias. La otra, con sus onagros sus clasificaciones, sus géneros y sus bocales llenos de monstruos, es buena cuando más para marcar los tantos de un billar público.

Al otro día se presentó Rafael muy contento en casa de Planchette, con el cual fué á la de Spieghalter, calle de la Salud, nombre de buen agüero. El joven entró en un establecimiento inmenso, lleno de fraguas encendi-

das y rugientes. Aquello era una lluvia de fuego, un diluvio de clavos, un océano de émbolos, de tornillos, de palancas, de travesaños, de limas, de tuercas, un mar de hierro, de madera, de válvulas y de acero en barras. Los polvos de limaduras de hierro se agarraban á la garganta. Había hierro en la temperatura. Los operarios estaban cubiertos de hierro, todo olía á hierro, y este metal tenía vida, estaba organizado, se fluidificaba, andaba, pensaba adquiriendo todas las formas, obedeciendo á todos los caprichos. A través de los aullidos de los fuelles, de los "crescendo" de los martillos, de los silbidos de los tornos que arrancaban mugidos al hierro, Rafael llegó á una gran pieza, limpia y ventilada, en la que pudo contemplar á su sabor la inmensa prensa de que le había hablado Planchette, y admiró una especie de maderos de hierro colado y vigas de lo mismo unidas con un núcleo indestructible.

—Si diera usted siete veces la vuelta á ese manubrio con prontitud—le dijo Spieghalter enseñándole un volante de hierro bruñido,—haría usted brotar una plancha de hierro en mil chorros que le penetrarían en las piernas como otras tantas agujas.

—¡Diablo!—exclamó Rafael.

El mismo Planchette metió la piel de zapa entre las dos platinas de la prensa soberana, y lleno de esa seguridad que dan las convicciones científicas, hizo girar con rapidez el volante.

—Echense ustedes al suelo á morimos todos—dijo Spieghalter con voz tonante tirándose al suelo.

En los talleres resonó un silbido terrible. El agua contenida en la máquina rompió las planchas de hierro, produjo un chorro de potencia inconmensurable.

y por fortuna salió hacia una forja antigua que derribó desbarató y retorció como una tromba envuelve una casa y se la lleva.

—¡Oh!—dijo Planchette.—La piel continúa inalterable. Señor Spieghalter, en esas planchas debía haber una paja, ó algún intersticio en el tubo grande.

—No, no, conozco bien el estado del hierro. El señor puede llevarse su piel, porque en ella debe estar metido el demonio.

El alemán cogió un martillo de herrero, puso la piel en un yunque, y con toda la fuerza que da la cólera descargó sobre el talismán el martillazo más terrible de cuantos hubiesen resonado en sus talleres.

—Ni siquiera há dejado señal—dijo Planchette pasando la mano por la piel rebelde.

Los obreros acudieron: el contramaestre cogió la piel y la metió entre el carbón de piedra de una fragua. Puestos todos en semicírculo junto al fuego, aguardaron con impaciencia á que funcionara un enorme fuelle. Rafael, Spieghalter y el profesor Planchette ocupaban el centro de aquel grupo ennegrecido y curioso. Al ver aquellos ojos blancos, aquellas cabezas espolvoreadas de hierro, aquellas ropas negras y lucientes, aquellos pechos velludos, Rafael se creyó transportado al mundo nocturno y fantástico de las baladas alemanas. El contramaestre cogió la piel con unas tenazas después de tenerla diez minutos en la fragua.

—Démela usted—dijo Rafael.

El contramaestre se la entregó por broma al marqués, el cual la manejó, fría y flexible, entre sus dedos. Los obreros se retiraron muy presurosos dando

un grito de horror, y Valentín se quedó solo con Planchette en el taller vacío.

—Está visto que aquí hay algo diabólico—dijo Rafael desesperado.—¡No habrá potestad humana capaz de concederme un día más!

—Caballero—contestó el matemático con aire contrito,—creo que hemos hecho mal en no someter esta piel singular á la acción de un laminador. ¿Dónde tenía yo la cabeza al proponer á usted una presión?

—He sido yo quien la ha pedido—replicó Rafael.

El sabio respiró como reo absuelto por doce jurados. Sin embargo, interesado por el problema extraño que le ofrecía aquella piel, reflexionó un momento, y dijo:

—Hay que tratar con reactivos esa substancia desconocida. Vamos á ver á Jafet; quizás sea la Química más afortunada que la Mecánica.

Valentín puso su caballo al trote largo, esperando encontrar al famoso químico en su laboratorio.

—¡Hola, querido amigo!—dijo Planchette viendo á Jafet sentado en un sillón, contemplando un precipitado,—¿cómo va la Química?

—Dormida; no hay nada nuevo. Sin embargo, la Academia ha reconocido la existencia de la salicina. Pero la salicina, la asparagina, la vauquelina y la digitalina no son descubrimientos.

—A falta de inventar cosas, parece que están ustedes reducidos á inventar nombres—observó Rafael.

—Tiene usted razón, joven.

—Vamos á ver si puedes descomponernos esta substancia—dijo el profesor Planchette al químico;—si extraes de ella un principio cualquiera, desde luego le ha-

mo "la diabolina," porque, queriendo comprimirla, acabamos de romper una prensa hidráulica.

—Veamos, veamos—contestó el químico alegre;—quizás sea un nuevo cuerpo simple.

—Pues es sencillamente un pedazo de piel de burro—dijo Rafael.

—¡Caballero!—replicó gravemente el célebre químico.

—No me burlo—repuso el marqués entregándole la piel de zapa.

El barón Jafet aplicó á aquel fragmento las papilas nerviosas de su lengua tan hábil para gustar sales, ácidos, álcalis, gases, y dijo después de hacer algunas pruebas:

—No sabe á nada. Vamos á hacerle beber un poco de ácido ftórico.

La piel, sometida á la acción de este principio, que con tanta rapidez desorganiza los tejidos animales, no sufrió alteración alguna.

—Esto no es zapa—dijo el químico.—Vamos ahora á tratar este misterioso desconocido como un mineral y á darle en la nariz metiéndolo en un crisol infusible donde precisamente tengo potasa roja.

Jafet salió y volvió pronto.

—Caballero—dijo Rafael,—permita usted que corte un pedazo de esta rara substancia; es tan extraordinaria....

—¡Un pedazo!—exclamó Rafael.—Ni siquiera la equivalencia de un cabello. Sin embargo, inténtelo usted—dijo con acento triste á la par que zumbón.

El químico tomó una navaja de afeitar y quiso cortar la piel; luego intentó romperla por medio de una

fuerte descarga eléctrica; en seguida la sometió á la acción de la pila voltáica; pero todos los rayos de la ciencia perdieron su energía ante el terrible talismán. Eran las siete de la noche. Planchette, Jafet y Rafael no notaban que el tiempo pasaba y aguardaban el resultado de un postrer experimento. La zapa salió victeriosa de un espantoso choque al que se la había sometido por medio de una respetable cantidad de cloruro de nitrógeno.

—¡Estoy perdido!—exclamó Rafael.—¡Dios está ahí! ¡Voy á morir!

Y se marchó dejando á los dos sabios estúpefactos.

—Guardémenos de contar esta aventura en la Academia, porque nuestros colegas se burlarían de nosotros—dijo Planchette al químico después de una larga pausa durante la cual quedaron mirándose sin que se atrevieran á comunicarse sus pensamientos.

Los dos sabios estaban como cristianos que salieran de sus tumbas sin encontrar un Dios en el cielo. ¿La ciencia? ¡Impotente! ¿Los ácidos? ¡Agua clara! ¿La potasa roja? ¡Deshonrada! ¿La pila voltáica y el rayo? ¡Dos juguetes!

—¡Y una prensa hidráulica hendida como una sopa de pan!—añadió Planchette.

—Creo en el diablo—dijo el barón Jafet tras un breve silencio.

—Y yo en Dios—respondió Planchette.

Ambos estaban en carácter. Para un mecánico, el universo es una máquina que requiere un obrero; para la química, esa obra de un demonio que va descomponiéndolo todo, el mundo es un gas dotado de movimiento.

—No podemos negar el hecho—repuso el químico.

—¡Bah! Para consolarnos, los señores doctrinarios han discurrido este nebuloso axioma: "Bestia como un hecho."

—Tu axioma me parece hecho como una bestia—replicó el químico.

Y se echaron á reir, y luego comieron como hombres que no veían más que un fenómeno en un milagro.

Valentín al regresar á su casa, hervía en fría saña: no creía ya en nada, sus ideas se confundían en su mente, giraban y vacilaban como las de todo hombre ante un hecho imposible. Había creído que la máquina de Spieghalter tenía algún defecto desconocido: no le admiró la impotencia del fuego y de la ciencia; pero le asustaba la flexibilidad de la piel, su dureza cuando se la sometía á los medios de destrucción puestos á disposición del hombre. Este hecho incontestable le daba vértigos.

—Estoy loco—dijo para sí.—Aunque hoy no me he desayunado, no tengo hambre ni sed, y siento en el pecho un fuego que me abrasa.

Puso la piel de zapa en el marco donde antes había estado, y después de señalar con tinta encarnada el contorno actual del talismán, se sentó en su sillón.

—Ya son las ocho—dijo.—Se me ha pasado el día como un sueño.

Descansó un codo en el brazo del sillón, apoyó la cabeza en su mano izquierda, y se quedó sumido en una de esas meditaciones fúnebres, en esos pensamientos devoradores cuyo secreto se llevan á la tumba los sentenciados á muerte.

—¡Ah, Paulina!—exclamó.—¡Pobre criatura! Hay abismos que el amor no puede cruzar, á pesar de la fuerza de su alas.

En aquel momento oyó distintamente un suspiro ahogado, y por uno de esos tiernos privilegios de la pasión, percibió el hálito de su Paulina.—¡Oh!—dijo —esa es mi sentencia. Si ella estuviera ahí, quisiera morir en sus brazos.

Una carcajada sonora, alegre, le hizo volver la cabeza hacia su lecho, y al través de las diáfanas cortinas vió el rostro de Paulina sonriendo como un niño satisfecho del buen resultado de una travesura; sus hermosos cabellos caían en múltiples bucles sobre sus hombros, y parecía una rosa de Bengala sobre un montón de rosas blancas.

—He seducido á Jonatás—dijo.—¿Acaso no me pertenece este lecho puesto que soy tu mujer? No me riñas, querido mío; no quería más que dormir junto á tí sorprenderte. Perdóname esta niñada.

Saltó de la cama ligera como una gatita, se mostró radiante en sus vestidos de muselina y se sentó en las rodillas de Rafael, diciendo con expresión cavilosa:

—¿De qué abismo hablas amor mío?

—De la muerte.

—Me hace daño el oirte. Hay ciertas ideas en las que nosotras, pobres mujeres, no podemos fijarnos, porque nos matan. No sé si es fuerza de amor ó falta de valor. Pero la muerte no me asusta—añadió riendo.—Morir contigo, mañana por la mañana, juntos, unidos en un beso postrero, sería una felicidad. Me parece que habría vivido más de cien años. ¿Qué importa el número de

días si en una noche, en una hora, hemos consumido toda una vida de ventura y de amor?

—Tienes razón; el cielo habla por tu linda boca. Deja que la bese, y muramos—dijo Rafael.

—Pues muramos—contestó Paulina riendo.

A éso de las nueve de la mañana, penetraba la luz por los resquicios de las persianas, y aunque amortiguada por la muselina de las cortinas, permitía ver los ricos colores de las alfombras y los sedosos muebles de la habitación en que descansaban los dos amantes. El vestido de Paulina, colgado de un gran armario de luna, se destacaba como una vaporosa aparición. Sus zapatitos estaban lejos del lecho. Un ruiseñor se paró en el antepecho de la ventana, y sus gorjeos repetidos y el rumor que produjo al desplegar repentinamente las alas cuando echó á volar, despertaron á Rafael.

—Para morir—dijo terminando un pensamiento comenzado en un sueño,—es preciso que mi organización este mecanismo de carne y hueso animado por mi voluntad y que hace de mí un individuo "hombre," tenga alguna lesión. Los médicos deben conocer los síntomas de la vitalidad atacada y decirme si estoy sano ó enfermo.

Contempló á su mujer dormida, que le sostenía la cabeza, expresando así durante el sueño las tiernas solicitudes del amor. Graciosamente tendida como un niño y la cara vuelta hacia él, Paulina parecía mirarlo aún, presentándole una linda boca entreabierta por una respiracin igual y pura. Sus dientecitos de porcelana realzaban el encendido color de sus labios en los cuales vagaba una sonrisa; el carmín de su tez era más vivo, y la blancura, por decirlo así, más blanca en aquel

momento que en las horas más amorosas del día. Su gracioso abandono tan lleno de confianza, unía al hechizo del amor los adorables atractivos de la infancia dormida. Las mujeres, hasta las más naturales, obedecen aún durante el día ciertas convenciones sociales que reprimen las ingenuas expansiones de su alma; pero el sueño parece volverlas á la espontaneidad de vida, gala de la primera edad; Paulina no se sonrojaba por nada, como una de esas caras y celestiales criaturas en las que la razón no ha infundido aún ni pensamientos en los ademanes, ni secretos en la mirada. Su perfil se destacaba de un modo marcado en la fina batista de las almohadas; los grandes escarolados de encaje mezclados con su despeinada cabellera le dában cierto aire picaresco. Habíase dormido en momentos de placer. Sus largas pestañas estaban aplicadas sobre sus mejillas como para preservar su vista de un resplandor demasiado fuerte ó para contribuir á ese recogimiento que busca el alma cuando procura saborear una voluptuosidad completa, pero pasajera; su menuda oreja, blanca y encarnáda, rodeada de un mechón de cabellos y de encajes de Malinas, habría enloquecido de amor á un artista, á un pintor, á un anciano, y quizás devuelto el juicio á un insensato. Ver á la mujer amada dormida, risueña en su sueño, tranquila bajo nuestra protección, amándonos hasta mientras duerme, en el momento en que la criatura parece dejar de serlo, y presentándonos una boca callada que entre sueños nos habla del último beso; ver una mujer confiada, semidesnuda, pero cubierta con su amor como con un manto y casta en el seno del desorden; admirar sus ropas diseminadas, una media de seda rápidamente quitada la

vi-pera por complacernos, un cinturón desatado que nos demuestra una fe infinita, ¿no es un goce sin nombre? Ese cinturón es todo un poema; la mujer á la que protegía no existe ya, nos pertenece, se ha convertido en 'nosotros;" en adelante engañarla es herirnos á nosotros mismos. Rafael contemplaba enternecido aquella cámara saturada de amor, llena de recuerdos, donde la luz cobraba tintas deliciosas, y se acercó á aquella mujer de formas puras, juveniles, amante aún, y cuyos sentimientos, sobre todo, eran exclusivamente para él. Cuando su mirada cayó sobre Paulina, ésta abrió al punto los ojos como si la hubiera herido un rayo de sol.

—Buenos días, amigo—dijo sonriendo.—¡Qué guapo estás, pícaro!

Aquellas dos cabezas impregnadas de una gracia debida al amor, á la juventud, á la tenue claridad y al silencio, formaban una de esas escenas divinas cuya magia transitoria no pertence más que á los primeros días de la pasión, del propio modo que la inocencia, el candor, son los atributos de la infancia. ¡Ah! esos goces primaverales del amor, lo mismo que las risas de nuestra juventud, deben huir y no vivir ya más que en nuestro recuerdo para desesperarnos ó echarnos algún perfume consolador, según los caprichos de nuestras meditaciones secretas.

—¿Por qué te has despertado?—dijo Rafael.—Me recreaba tanto en verte dormida, que hasta lloraba.

—Pues yo también he llorado esta noche viéndote dormir, pero no de contento—respondió Paulina.—Oyeme, Rafael mío. Cuando duermes, no respiras con entera facilidad; hay en tu pecho algo que resuena y que me da miedo. Durante el sueño tienes una toseci-

lla seca, absolutamente igual á la de mi padre que se está muriendo tísico. En el ruido de tus pulmones he reconocido algunos de los efectos extraños de la tisis; además, estoy segura de que tenías calentura, y la mano húmeda y ardorosa. Amado mío, eres joven y aun podrías curarte si por desgracia.... Pero no—añadió alegremente,—no hay que apurarse, la enfermedad se pega, según dicen los médicos.—Y enlazó á Rafael con ambos brazos y absorbió su respiración con uno de esos besos en los cuales va envuelta el alma.—No deseo llegar á vieja—dijo;—muramos jóvenes los dos y remontémonos al cielo con las manos llenas de flores.

—Esos proyectos se hacen siempre cuando disfrutamos de buena salud—respondió Rafael introduciendo sus manos en la cabellera de Paulina; pero entonces le sobrevino un horrible acesó de tos, de esa tos grave y sonora que parece salir de un ataúd, que hace perder el color á los pacientes y los deja temblorosos, llenos de sudor, después de agitar sus nervios, de contraer y dilatar sus costillas, de fatigar su médula espinal y de comunicar cierta pesadez á sus venas. Rafael, abatido, pálido, se tendió lentamente, postrado como hombre que ha consumido todo su vigor en un postrer esfuerzo Paulina le contempló con mirada fija y los ojos agrandados por el miedo, y se quedó inmóvil, blanca, silenciosa.

—No hagamos tonterías, ángel mío—dijo queriendo ocultar á Rafael los horribles presentimientos que la agitaban.

Y se tapó la cara con las manos, porque veía el repulsivo esqueleto de la MUERTE. La cabeza de Rafael se había puesto lívida y cavernosa como un cráneo

arrancado de las profundidades de un cementerio para los estudios de algún sabio. Paulina recordaba la exclamación que se le había escapado la víspera á Valentín, y pensó:—Sí, hay abismos que el amor no puede cruzar; pero debe sepultarse en ellos.

Cierta mañana del mes de Marzo, pocos días después de esta desconsoladora escena. Rafael estaba sentado en un sillón, rodeado de cuatro médicos que le habían hecho colocar á la luz delante de la ventana de su cuarto, y le pulsaban alternativamente, le palpaban y le hacían preguntas con apariencia de interés. El enfermo espiaba sus pensamientos interpretando sus gestos y hasta las menores arrugas que se formaban en sus frentes. Aquella consulta era su última esperanza, y aquellos jueces supremos iban á pronunciar una sentencia de vida ó de muerte. Para arrancar á la ciencia humana su última palabra, Valentín había convocado á los oráculos de la medicina moderna. Gracias á su fortuna y á su nombre, los tres sistemas, entre los cuales oscilan los conocimientos humanos, estaban allí en su presencia. Tres de aquellos doctores llevaban consigo toda la filosofía médica, representando la lucha trabada entre la Espiritualidad, el Análisis y no sé qué Eclecticismo burlón. El cuarto médico era Horacio Bianchón, hombre de porvenir y de ciencia, sabio y modesto representante de la juventud que se apresta á recoger la herencia de los tesoros acumulados por espacio de cincuenta años por la Escuela de París, y que tal vez erigiría el monumento para el cual han reunido tantos y tan diversos materiales los siglos pasados. Amigo del marqués y de Rastignac, le asistía hacía unos cuantos días y le ayudaba á responder á las pre-

guntas de los tres profesores á los cuales explicaba de vez en cuando, con cierta insistencia, los diagnósticos que en su concepto revelaban una tisis pulmonar.

—Sin duda ha cometido usted muchos excesos, llevando una vida disipada, y se ha dedicado también á grandes trabajos de imaginación—dijo á Rafael uno de los tres doctores cuya cabeza cuadrada, ancho rostro y enérgico organismo, parecían revelar un genio superior al de sus dos antagonistas.

—He querido matarme llevando una vida desarreglada, después de haber pasado tres años escribiendo una gran obra de la cual quizás se ocupen ustedes algún día—le contestó Rafael.

El gran doctor meneó la cabeza en ademán de satisfacción y como si quisiera decir:—Estaba seguro de ello.

Aquel doctor era el ilustre Brisset, jefe de los organistas, sucesor de los Cabanis y de los Bichat, el médico de las personas positivistas y materialistas, que ven en el hombre un ser finito, únicamente sujeto á las leyes de su propia organización y cuyo estado normal ó anomalías deletéreas tienen su explicación en causas evidentes.

Al oir la respuesta del marqués, Brisset miró silenciosamente á un hombre de estatura regular, cuyo rostro encendido y ojos ardientes parecian pertenecer á algún sátiro antiguo, y que, apoyado en el quicio de la ventana, contemplaba con fijeza á Rafael sin decir una palabra. El doctor Cameristus, jefe de los vitalistas, hombre de exaltación y de creencia, poético defensor de las doctrinas abstractas de Van Helmont, consideraba la vida humana como un principio elevado, se

creto, como un fenómeno inexplicable que se burla de los bisturís, engaña á la cirugía, esquiva la acción de los medicamentos de la farmacéutica, escapa de las "x" del álgebra y de las demostraciones de la anatomía y se ríe de nuestros esfuerzos; especie de llama intangible, invisible, sujeta á alguna ley divina, y que á menudo continúa en un cuerpo condenado por nuestras sentencias, del propio modo que huye de los organismos más viables.

Una sonrisa sardónica vagaba por los labios del tercero, el doctor Maugredie, hombre de talento, pero pirrónico y burlón, que no creía más que en el escalpelo, concedía á Brisset la muerte de una persona sana y buena y reconocía con Cameristus que un hombre podía vivir aún después de su muerte. Hallaba algo bueno en todas las teorías, pero no admitía ninguna; pretendía que el mejor sistema médico consistía en no tener ninguno y atenerse exclusivamente á los hechos. Panurgo de la escuela, rey de la observación, aquel gran explorador, aquel gran burlón, el hombre de las tentativas desesperadas, examinaba la piel de zapa.

—Quisiera ser testigo de la coincidencia que existe entre la manifestación de los deseos de usted y la reducción de esta piel—dijo el marqués.

—¿Para qué?—preguntó Brisset.

—¿Para qué?—repitió Cameristus.

—¡Hola! ¿Están ustedes de acuerdo?—respondió Maugredie.

—Esa contracción es muy sencilla—añadió el doctor Brisset.

—Es sobrenatural—replicó Cameristus.

—En efecto—repuso Maugredie afectando gravedad

y devolviendo á Rafael su piel de zapa,--el encogimiento del cuero es un hecho inexplicable y sin embargo natural, que, desde que el mundo es mundo, causa la desesperación de los médicos y de las mujeres bonitas.

A fuerza de examinar á los tres doctores, Valentín no descubrió en ellos ninguna simpatía por su dolencia. Los tres, callados á cada respuesta, le miraban con indiferencia y le hacían preguntas sin compadecerse de él. La indiferencia aparecía al través de su cortesía. Ya fuese convicción ó ya reflexión, sus palabras eran tan escasas, tan indolentes, que había momentos en que Rafael creía que estaban distraídos. Tan sólo Brisset respondía de cuando en cuando: "Bien, bien," cuando Bianchón demostraba la existencia de síntomas desesperantes. Camerista se quedaba sumido en profundo ensimismamiento, y Maugredie parecía un autor dramático estudiando dos tipos para trasladarlos fielmente á la escena. La cara de Horacio revelaba una pena profunda, un enternecimiento lleno de tristeza. Hacía muy poco tiempo que era médico para mostrarse insensible ante el dolor é impasible junto á un lecho fúnebre; no sabía impedir que acudieran á sus ojos las lágrimas amistosas que privan á un hombre de ver claro y aprovechar, como el general en jefe de un ejército, el momento propicio de la victoria sin hacer caso de los ayes de los moribundos. Después de pasar cosa de media hora tomando en cierto modo la medida de la enfermedad y del enfermo, como un sastre toma medida de un frac ó un joven que le encarga su traje de boda dijeron algunos lugares comunes y hasta hablaron de política, y luego quisieron pasar al despacho de Rafael para comunicarse sus ideas y redactar la sentencia.

—¿No podré asistir á la discusión, señores?—preguntó Valentín.

Brisset y Maugredie protestaron, y, á pesar de las insistencias de su enfermo, se negaron á deliberar en su presencia. Rafael se sometió á la costumbre, recordando que podía pasar á un corredor desde el cual oiría fácilmente las discusiones médicas á que iban á proceder los tres profesores.

—Señores—dijo Brisset al entrar,—permítanme ustedes que emita cuanto antes mi parecer. No quiero ni imponérselo á ustedes ni verlo controvertido; ante todo, es claro, preciso, y resulta de una similitud completa entre uno de mis enfermos y el paciente á quien acabamos de examinar; además, me esperan en el hospital. La importancia del caso que allí reclama mi presencia, me servirá de disculpa para ser el primero en tomar la palabra. El "sujeto" que nos ocupa está igualmente gastado por trabajos intelectuales.....¿Qué ha escrito, Horacio?—preguntó dirigiéndose al médico joven.

—Una teoría de la voluntad.

—¡Ah! El asunto es muy vasto. Pues como iba diciendo, está gastado por excesos de pensamiento, por desarreglos del régimen, por uso reiterado de estimulantes demasiado enérgicos. Es fácil, señores, reconocer en los síntomas de la cara y del cuerpo una terrible irritación en el estómago, la neurosis del gran simpático, la viva sensibilidad del epigastrio, y el estrechamiento de los hipocondrios. Sin duda habrán notado ustedes el tamaño y el abultamiento del hígado. En fin el señor Bianchón ha observado constantemente las digestiones del paciente, y nos ha dicho que eran difíciles,

laboriosas. Hablando con propiedad, ya no hay estómago: el hombre ha desaparecido. El intelecto está atrofiado porque el hombre no digiere ya. La alteración progresiva del epigastrio, centro de la vida, ha viciado todo el sistema. De aquí es que por dondequiera se observen irradiaciones constantes y flagrantes, el desorden ha invadido el cerebro por el plexo nervioso, causando la irritación excesiva de este órgano. Hay monomanía: el enfermo está bajo el peso de una idea fija. Para él ésa piel de zapa se encoge de realidad; pero quizás haya tenido siempre el mismo tamaño de ahora: sin embargo, ya se contraiga ó no, esa zapa es para él la mosca que cierto gran visir tenía en la nariz. Aplíquense prontamente sanguijuelas al epigastrio, cálmese la irritación de este órgano en que el hombre entero reside, póngase al enfermo á dieta, y la monomanía cesará. Nada más diré al doctor Bianchón: él debe apreciar el conjunto y los detalles del tratamiento. Tal vez haya complicación de enfermedad; puede suceder que las vías respiratorias estén también irritadas; pero creo que el tratamiento del aparato digestivo es mucho más importante, más necesario, más urgente que el de los pulmones. El estudio tenaz de materias abstractas y algunas pasiones violentas han producido graves perturbaciones en ese mecanismo vital; sin embargo, aun estamos á tiempo de enderezar sus resortes, porque no hay nada sobradamente adulterado. Fácilmente, pues puede usted salvar á su amigo—dijo á Bianchón.

—Nuestro ilustrado colega toma el efecto por la causa—dijo Cameristus.—No cabe negar que existen en el enfermo las alteraciones tan bien observadas por él: pero el estómago no ha establecido gradualmente alte-

raciones en el organismo, y hacia el cerebro como un raja extiende á su alrededor rayas en un cristal. Ha sido preciso descargar un golpe para agujerear el cristal, y ese golpe, ¿quién lo ha dado? ¿lo sabemos? ¿Hemos observado suficientemente al enfermo? ¿Conocemos todos los accidentes de su vida? Señores, en él aparece lesionado el principio vital, el "arqueo" de Van Helmont, la misma vitalidad está atacada en su esencia, la chispa divina, la inteligencia transitoria que sirve como de vínculo á la máquina y que produce la voluntad, la ciencia de la vida, ha cesado de regularizar los fenómenos cotidianos del mecanismo y las funciones de cada órgano; de aquí proceden los desórdenes tan bien apreciados por mi docto colega. El movimiento no ha partido del epigastrio al cerebro, sino del cerebro al epigastrio. No—añadió golpeándose el pecho con fuerza.—no soy un estómago hecho hombre. No, todo no está ahí. No me siento con valor para decir que si tengo un buen epigastrio, lo demás importa poco. No podemos—prosiguió más suavemente,—no podemos someter á una misma causa física y á un tratamiento uniforme las graves perturbaciones que sobrevienen en los diferentes sujetos más ó menos atacados. Ningún hombre se parece á otro. Todos tenemos órganos particulares, afectados de diverso modo, nutridos de distinta manera, á propósito para desempeñar misiones diferentes y para desarrollar temas necesarios para el cumplimiento de un orden de cosas que nos es desconocido. La porción del gran todo que por una alta voluntad acude á operar, á mantener en nosotros el fenómeno de la animación se formula de un modo distinto en cada hombre, y hace de él un ser finito en apariencia, pero que coexiste

por un punto con una causa infinita. Por eso debemos estudiar cada sujeto separadamente, penetrarlo, reconocer en qué consiste su vida. Desde la blancura de una esponja mojada hasta la dureza de una piedra pómez, hay infinitos matices. Tal es el hombre. Entre las organizaciones esponjosas de los linfáticos y el vigor metálico de los músculos de algunos hombres llamados á disfrutar de larga vida, ¡cuántos errores no cometerá el sistema único, implacable, de la curación por el abatimiento, por la postración de las fuerzas humanas que suponen ustedes siempre irritadas! Así, pues, en el caso presente, yo desearía aplicar un tratamiento puramente moral, un examen profundo del ser íntimo. Vamos á buscar la causa del mal en las entrañas del alma y no en las del cuerpo. Un médico es un ser inspirado, dotado de un genio particular, á quien Dios concede el poder de leer en la vitalidad, del propio modo que da al profeta ojos para leer en el porvenir, al poeta la facultad de evocar la naturaleza, al músico la de coordinar los sonidos en un orden armonioso, cuyo tipo está quizás allá arriba.....

—Siempre su medicina absolutista, monárquica y religiosa—dijo por lo bajo Brisset.

—Señores—repuso prontamente Maugredie ahogando la exclamación de Brisset,—no perdamos de vista al enfermo.....

—¡He aquí á dónde ha llegado la ciencia! ¡Mi curación oscila entre un rosario y una sarta de sanguijuelas, entre el bisturí de Dupuytren y la oración del príncipe de Hohenlohe! Maugredie está ahí, dudando, en la línea que separa el hecho de la palabra, la materia del espíritu. El "sí" y "no" humano me persigue por to-

das partes. Siempre el "Carimary, Carymara" de Rabelais: estoy espiritualmente enfermo, pues carimary ó materialmente enfermo, pues carymara. ¿Viviré? Lo ignoran. Al menos Planchette era más franco cuando me decía: no lo sé.

En esto, Valentín oyó la voz del doctor Maugredie que decía:

—¿El enfermo es monómano? Convenido; pero tiene doscientas mil libras de renta, estos monómanos escasean, y al menos debemos darles un parecer. Por lo que respecta á saber si el epigastrio ha influido en el cerebro, ó el cerebro en el epigastrio, quizás podamos averiguarlo cuando el paciente haya muerto. Resumamos, pues. Que está enfermo, es innegable, como lo es el que necesita un tratamiento cualquiera. Dejémonos de doctrinas; apliquémosle sanguijuelas para calmar la irritación intestinal y la neurosis sobre cuya existencia estamos de acuerdo, y luego enviémosle á un balneario así obraremos á la vez con arreglo á los dos sistemas. Si está afectado del pulmón casi no podemos salvarle, y..

Rafael se alejó del corredor y fué á sentarse en su sillón. Al poco rato, los cuatro médicos salieron del gabinete. Horacio tomó la palabra, y dijo:

—Estos señores han reconocido unánimemente la necesidad de una aplicación inmediata de sanguijuelas en el estómago y la urgencia de un tratamiento á la vez físico y moral. Primeramente un régimen dietético para calmar la irritación del organismo.

Brisset hizo un ademán de aprobación.

—Después un régimen higiénico para regularizar la parte moral. Por consiguiente, aconsejamos á usted por unanimidad que vaya á tomar las aguas de Aix de

Saboya, ó las del monte Dore de Auvernia, si las prefiere; el aire y los paisajes de Saboya son más agradables que los del Cantal; pero usted hará lo que guste.

El doctor Cameristus expresó también su asentimiento con un ademán.

—Como estos señores—repuso Bianchón—han observado leves alteraciones en el aparato respiratorio, han aprobado la utilidad de mis prescripciones anteriores. Opinan que la curación de usted es cosa fácil y dependerá del uso cuerdamente alternativo de estos diferentes medios..... Y....

—Y por eso su hija de usted es muda—dijo Rafael sonriendo y llevándose á Horacio á su despacho para entregarle el importe de aquella inútil consulta.

—Son lógicos—contestó el joven médico.—Cameristus siente, Brisset examina, Maugredie duda. ¿Acaso no tiene el hombre un alma, un cuerpo y una razón? Una de estas tres causas primeras obra en nosotros de un modo más ó menos fuerte, y siempre habrá hombre en la ciencia humana. Créeme, Rafael, nosotros no curamos, sino que ayudamos á curar. Entre la medicina de Brisset y la de Cameristus, media también la medicina expectante, mas para practicarla con éxito, sería menester conocer al enfermo desde diez años atrás. En el fondo de la medicina hay negación como en todas las ciencias. Procura, pues, vivir cuerdamente, y prueba á hacer un viaje á Saboya: lo mejor es y será siempre confiarse á la naturaleza.

Un mes después, al volver de paseo en una hermosa tarde de verano, algunas de las personas que habían ido á Aix á tomar las aguas, estaban reunidas en los salones del Casino. Rafael, sentado junto á una ven-

tana y vuelto de espaldas á los circunstantes, pasó largo rato solo, sumido en uno de esos enajenamientos maquinales durante los cuales nuestros pensamientos nacen, se encadenan y se desvanecen sin revestir formas, y pasan por nosotros como ligeras nubes apenas teñidas de color. La tristeza es entonces dulce, la alegría vaporosa y el alma está casi adormecida. Dejándose llevar de esa vida sensual, Valentín se bañaba en la tibia atmósfera del crepúsculo saboreando el aire puro y perfumado de las montañas y contento por no sentir ningún dolor y por haber reducido al fin al silencio á su amenazadora piel de zapa. En el momento en que las tintas rojas del ocaso se extinguieron en las cumbres, refrescó la temperatura, y Rafael se apartó de la ventana cerrándola.

—Caballero—le dijo una señora vieja.—¿tiene usted la bondad de no cerrar la vidriera? Aquí nos sofocamos. Esta frase desgarró el tímpano de Rafael con disonancias de singular acritud; fué algo así como la que suelta imprudentemente un hombre en cuya amistad queríamos creer y que destruye alguna grata ilusión de sentimiento descubriendo un abismo de egoísmo. El marqués fijó en la vieja la fría mirada de un diplomático impasible, y llamando á una criado, le dijo secamente cuando se acercó:—Abra usted esa ventana.

Estas palabras hicieron que se retratase una sorpresa insólita en todos los semblantes. Los concurrentes se pusieron á cuchichear mirando al enfermo con aire más ó menos expresivo, como si hubiera cometido un desafuero. Rafael, que no había perdido por completo su primitiva timidez de joven, se avergonzó al pronto; pero sacudió su encogimiento, recobró su energía y se

pidió cuenta á sí mismo de aquella escena extraña. De pronto rápida conmoción animó su cerebro; apareció-sele el pasado en una visión distinta en la que las causas del sentimiento que inspiraba resaltaron de relieve como las venas de un cadáver cuyas menores ramificaciones coloran los naturalistas con alguna acertada inyección; se reconoció á sí mismo en aquel cuadro fugitivo, siguió en él su existencia día por día, pensamiento por pensamiento; viése, no sin sorpresa, sombrío y distraído en el seno de aquella sociedad jovial, pensando siempre en su destino, preocupado con su mal, pareciendo desdeñar la conversación más insignificante, esquivando esas intimidades efímeras que se establecen prontamente entre los viajeros porque sin duda creen no volverse á ver; poco cuidadoso de los demás. y parecido, en fin, á esas rocas tan insensibles á las caricias como al furor de las olas. Luego, por un raro privilegio de intuición, leyó en todas las almas; divisando á la luz de un candelabro el cráneo amarillento, el perfil sardónico de un viejo. recordó que le había ganado su dinero sin haberle propuesto el desquite; más allá vió una mujer linda cuyas coqueterías no le sacaron de su frialdad; cada rostro le echaba en cara una de esas faltas inexplicables en apariencia, pero cuyo crimen subsiste siempre en una invisible herida hecha al amor propio. Había lastimado involuntariamente todas las pequeñas vanidades que gravitaban en torno suyo. Los convidados á sus fiestas ó aquellos á quienes había ofrecido sus caballos no le perdonaban su lujo; maravillado de su ingratitud, les había evitado esta especie de humillación. y entonces, creyéndose despreciados, le motejaban de aristócrata. Sondando así los corazones,

pudo descifrar los pensamientos más secretos, y se horrorizó de la sociedad, de su galantería, de su barniz. Rico y de espíritu superior, había sido envidiado, aborrecido; su silencio frustraba la curiosidad, su modestia parecía altanería á aquellas gentes mezquinas y superficiales. Adivinó cuál era el crimen latente, irremisible, de que se había hecho culpable para con ellos; hallábase fuera de la jurisdicción de su mediocridad. Rebelde á su despotismo inquisitorial, sabía prescindir de ellos; para vengarse de aquella realeza clandestina, todos se habían coligado instintivamente para hacerle sentir su poder, someterle á algún ostracismo, y enseñarle que á su vez podían pasar sin él. Compadecido al principio de aquel aspecto que presentaba la sociedad, en breve se enojó pensando en la flexible potencia que de tal modo le levantaba el velo de carne bajo el cual está sepultada la naturaleza enferma, y cerró los ojos como para no ver nada más. De pronto se corrió un negro cortinaje sobre aquella siniestra fantasmagoría de verdad; pero se encontró en el horrible aislamiento que aguarda á las potestades y dominaciones. En aquel momento le dió un violento acceso de tos. Lejos de oir una sola de esas palabras indiferentes en apariencia, pero que al menos simulan una especie de compasión cortés en las personas bien educadas reunidas por casualidad, llegaron á sus oídos interjecciones hostiles y quejas murmuradas en voz baja. La Sociedad ni siquiera se dignaba afectar disimulo en su obsequio, porque sin duda la adivinaba.—Su enfermedad es contagiosa.—El presidente del Casino debería prohibirle la entrada en el salón.—En buenas reglas de policía, está vedado toser de ese modo.—Cuando un hom-

bre está enfermo no debe venir á los balnearios.—Conseguirá que me vaya de aquí.—Rafael se levantó para sustraerse á la maldición general, y se paseó por el salon. Quiso encontrar alguna protección, y se acercó á una joven desocupada á la cual se dispuso á echar unas cuantas lisonjas, pero ella al notarlo le volvió la espalda y se puso á mirar á los que bailaban. Rafael temió haber hecho uso de su talismán aquella velada; no se sintió con voluntad ni con ánimo para entablar la conversación, y saliendo del salón, pasó á la sala de billar. Allí nadie le habló, ni le saludó, ni le dirigió la menor mirada de benevolencia. Su espíritu naturalmente meditabundo le reveló por una susceptibilidad instintiva la causa general y racional de la aversión que había despertado. Aquella reducida sociedad obedecía, sin saberlo tal vez, á la gran ley que dirige la elevada sociedad cuya moral implacable se desarrolló por completo á los ojos de Rafael. Una ojeada retrospectiva le presentó el tipo acabado de esta sociedad en Fedora. Tan poca simpatía debía encontrar ya para sus males en ésta, como para las miserias de su corazón en aquélla. El mundo elegante destierra de su seno á los desdichados, como un hombre de salud vigorosa expulsa de su cuerpo un principio morbífico. El mundo aborrece los dolores y los infortunios, los teme como á la peste y jamás vacila entre ellos y los vicios: el vicio es un lujo. Por majestuosa que sea una desgracia, la sociedad sabe empequeñecerla, ridiculizarla con un epígrama; traza caricaturas para lanzar á la cabeza de los reyes caídos las afrentas que supone haber recibido de ellos; parecida á las jóvenes romanas del Circo, jamás perdona al gladiador herido; vive de oro y de burlas. "¡Mue-

ran los débiles!" es el mote de esa especie de orden ecuestre instituída en todas las naciones de la tierra, porque en todas ellas hay ricos, y esa sentencia está escrita en el fondo de los corazones amasados por la opulencia ó nutridos por la aristocracia. ¿Se reúnen niños en un colegio? Pues esta imagen en pequeño de la sociedad, pero imagen tanto más verdadera cuanto más ingenua y más franca, tendrá siempre pobres ilotas, seres de sufrimiento y de dolor, siempre colocados entre el desprecio y la compasión: el Evangelio les promete el cielo. ¿Se desciende en la escala de los seres organizados? Si entre las aves de corral hay alguna enfermiza, se verá cómo las demás la persiguen á picotazos, la despluman y la asesinan. El mundo, fiel á esta Carta del egoísmo, prodiga sus rigores á las miserias sobrado audaces para ir á afrontar sus fiestas, para acibarar sus placeres. Todo el que padece de cuerpo ó de espíritu, que carece de dinero ó de poder, es un paria. Que no se mueva de su desierto; si traspasa los límites, encuentra por todas partes el invierno; frialdad en las miradas, en los modales, en las palabras, en el corazón; y debe darse por contento si no recoge un insulto allí donde debería deparársele un consuelo. Moribundos, permaneced en vuestros lechos de todos abandonados; ancianos, quedaos solos en vuestros fríos hogares; pobres muchachas sin dote, helaos y abrasaos en vuestros desvanes solitarios. Si la sociedad tolera una desgracia, ¿no es por acomodarla á su uso, por aprovecharse de ella, ensillarla, ponerle unas riendas y una gualdrapa, montar en ella y utilizarla como objeto de recreo? ¡Asmáticas damas de compañía, afectad alegría en vuestros rostros; soportad el histerismo de vuestra su-

puesta bienhechora; sacad á pasear sus perros; rival de sus falderos ingleses, entretenedla, adivinadla, y luego callad! Y tú, rey de los lacayos sin librea, parásito desvergonzado, deja tu carácter en casa; digiere como digiere tu anfitrión, llora con su llanto, ríe con su risa, ten sus epigramas por agradables; y si quieres hablar mal de él, aguarda su caída. La sociedad honra de tal suerte la desgracia: la mata ó la ahuyenta, la vilipendia ó la castiga.

Todas estas reflexiones se aglomeraron sordamente en el corazón de Rafael con la prontitud de una inspiración poética; miró á su alrededor y sintió ese frío siniestro que la sociedad destila para ahuyentar las miserias y que entumece el alma con mucha más viveza de lo que la brisa glacial de Diciembre hiela los cuerpos. Cruzóse de brazos, se apoyó en la pared y quedó sumido en profunda melancolía. Pensaba en la poca ventura que aquella espantosa policía proporciona al mundo. ¿Qué había allí? Distracciones sin placer, satisfacción sin alegría, fiestas sin goces, delirio sin voluptuosidad, en fin, la leña ó las cenizas de un hogar, pero sin un destello de llama. Cuando levantó la cabeza, se encontró solo, porque los jugadores habían huído. —Para hacerles adorar mi tos, me bastaría revelarles mi poder—dijo para sí. A este pensamiento arrojó el desprecio como un manto entre el mundo y él.

Al otro día, el médico del balneario fué á visitarle con aire afectuoso y se informó de su estado de salud. Rafael experimentó un sentimiento de alegría al oir las palabras afectuosas que se le dirigían. Parecióle que el semblante del médico estaba lleno de dulzura y de bondad, que los rizos de su peluca rubia respira-

ban filantropía, el corte de su levita, los pliegues de su pantalón, sus zapatos anchos como los de un cuáquero, todo, hasta los polvos circularmente sembrados por su coletilla sobre su espalda ligeramente inclinada, denotaba la caridad cristiana y la abnegación del hombre que, celoso de sus enfermos, se había constreñido á jugar al "whist" y al "trictrac" para ganarles siempre dinero.

—Señor marqués—dijo después de hablar largo rato con Rafael.—probablemente voy á disipar esa tristeza. Ahora conozco la constitución de usted lo suficiente para afirmar que los médicos de París, cuyo talento reconozco, se han equivocado acerca de la naturaleza de la enfermedad que le aqueja. Señor marqués, á no sobrevenir un accidente, está usted llamado á vivir más años que Matusalén. Tiene usted los pulmones tan fuertes como fuelles de fragua, y el estómago podría competir con el de un avestruz; pero si vive usted en una temperatura elevada, se expone á pasar muy pronto á tierra sagrada. Voy á explicar á usted mi pensamiento en dos palabras. La química ha demostrado que la respiración constituye en el hombre una especie de combustión cuya mayor ó menor intensidad depende de la afluencia ó de la escasez de los principios flojísticos acumulados por el organismo propio de cada individuo. El flojístico abunda en usted; usted está, si puedo expresarme así, superoxigenado por la complexión ardiente de los hombres destinados á las grandes pasiones. Al respirar el aire vivo y puro que acelera la vida en los hombres de fibra blanda, lo que hace usted es fomentar una combustión ya sobrado rápida. Así, pues, una de las condiciones de la existencia de

usted es la atmósfera densa de los establos, de los vallès. Sí, el aire vital del hombre devorado por el genio está en los grandes prados de Alemania, en Baden-Baden ó en Toeplitz. Si no le disgusta Inglaterra, su esfera brumosa calmará esa incandescencia; pero nuestros balnearios, situados á mil pies sobre el nivel del Mediterráneo, son perjudiciales para usted. Tal es mi parecer—dijo el doctor haciendo un ademán de modestia;—y cuente que se lo doy contra nuestros intereses, porque si lo siguiera usted, tendríamos la desgracia de que se marchara de aquí.

A no haber sido por estas últimas palabras, habría seducido á Rafael la fingida bondad del meloso facultativo; pero era un observador demasiado profundo para no adivinar por el acento, por el gesto y por la mirada que acompañaron á aquella frase suavemente burlona la misión de que probablemente estaba encargado aquel hombrecillo en representación de sus alegres enfermos. Aquellos ociosos de tez florida, aquellas viejas aburridas, aquellos ingleses nómadas, aquellas elegantes escapadas del domicilio conyugal y llevadas al baneario por sus amantes, se proponían expulsar de él á un pobre moribundo débil, enclenque, incapaz de resistir en apariencia á una persecución cotidiana. Rafael aceptó el combate, viendo un entretenimiento en aquella confabulación.

—Puesto que tanto sentiría usted mi marcha—contestó al doctor,—voy á ver si puedo aprovechar su consejo permaneciendo aquí. Desde mañana mandaré construir aquí una casa en la que modificaremos el aire con arreglo á las instrucciones de usted.

El médico, interpretando la sonrisa amargamente

sardónica que vió vagar en los labios de Rafael, se limitó á saludarle sin ocurrírsele nada que contestar.

El lago de Bourget es una dilatada hendidura de montañas casi toda agrietada, en la que á setecientos ú ochocientos pies sobre el nivel del Mediterráneo, brilla una capa de agua azul como ninguna otra en el mundo. Vista desde lo alto del Diente del Gato, ese lago parece una turquesa perdida. Tan bonita extensión de agua tiene nueve leguas de contorno, y en ciertos sitios casi quinientos pies de profundidad. Hallarse en una barca en medio de esa capa de agua, bajo un hermoso cielo, no oir más que el ruido de los remos, no ver en el horizonte más que montañas nebulosas, admirar las nieves resplandecientes de la Maurienne francesa, pasar sucesivamente desde los bloques de granito cubiertos del terciopelo de los helechos ó de los arbustos enanos á risueñas colinas, viéndose por un lado el desierto y por otro una naturaleza opulenta, un pobre asistiendo á la comida de un rico, todas estas armonías, todas estas discordancias constituyen un espectáculo en el que todo es grande ó todo pequeño. El aspecto de las montañas cambia las condiciones de la óptica y de la perspectiva; un pino de cien pies parece una caña, los anchos valles se divisan tan estrechos como senderos. Aquel lago es el único en el que se puede hacer una confidencia de corazón á corazón. Allí se piensa y allí se ama. En ningún punto se admiraría tan hermosa concordia entre el agua, el cielo, las montañas y la tierra. Allí hay bálsamos para todas las crisis de la vida. Aquel sitio guarda el secreto de los dolores, los consuela, los amengua, é infunde en el amor un no sé qué de grave, de recogido que

hace la pasión más profunda, más pura. Un beso se agranda allí. Pero sobre todo es el lago de los recuerdos; los favorece dándoles el color de sus ondas, espejo en el que todo se refleja. Rafael no soportaba su carga sino en medio de aquel hermoso paisaje; ellí podía pasar el tiempo indolente, meditabundo y sin deseos. Después de la visita del doctor, Rafael salió de paseo y se hizo desembarcar en la punta desierta de una pequeña colina en la cual está situada la aldea de San Inocencio. Desde aquella especie de promontorio la vista abarca los montes de Bugey, al pie de los cuales corre el Ródano y el fondo del lago; pero á Rafael le gustaba contemplar desde allí, en la orilla opuesta, la melancólica abadía de Haute-Combe, sepultura de los reyes de Cerdeña prosternados ante las montañas como peregrinos llegados al término de su viaje. Un rumor igual y acompasado de remos turbó el silencio de aquel paisaje, y le prestó una voz monótona, semejante á las salmodias de los frailes. Maravillado de encontrar paseantes en aquella parte del lago ordinariamente solitaria, el marqués, sin salir de su abstracción fijó la vista en las personas sentadas en la barca, y conoció entre ellas á la vieja que tan secamente le había interpelado la víspera y que iba á popa. Cuando la embarcación pasó por delante de Rafael, no le saludó nadie más que la señorita de compañía de aquella dama, pobre mujer noble á la que le pareció ver por primera vez. Hacía un rato que había dado al olvido á los paseantes, á los que perdió de vista al revolver del promontorio, cuando oyó cerca de sí el roce de un vestido y el ruido de pasos ligeros. Volvió la cabeza y vió á la señorita de compañía; por su aspecto embarazado, adi-

vinó que quería hablarle y se acercó á ella. Aquella mujer, que frisaría en los treinta y seis años, alta, seca y fría, tenía, como todas las solteronas, la mirada indecisa, así como el porte encogido, torpe, sin soltura ni elasticidad. Vieja y joven á la vez, revelaba con cierta dignidad en la actitud el gran valor que atribuía á sus tesoros y á sus perfecciones. Por lo demás, tenía los modales discretos y monásticos de las mujeres acostumbradas á quererse á sí mismas, sin duda por no malograr su destino de amor.

—Caballero, corre peligro su vida; no vaya usted más al Casino—dijo á Rafael retrocediendo unos cuantos pasos como si ya se viera comprometida su virtud.

—Señorita—contestó Valentín sonriendo.—hágame usted el favor de explicarse más claramente, ya que se ha dignado venir hasta aquí.....

—¡Ah!—repuso ella—á no ser por el poderoso motivo que me trae, no me habría arriesgado á incurrir en el enojo de la señora condesa, porque si llegara á saber que le he avisado....

—¿Y quién se lo ha de decir?

—Tiene usted razón—contestó la solterona dirigiéndole la mirada temblorosa de una lechuza sacada al sol.—Pero guárdese usted: muchos jóvenes que quieren ahuyentarle del balneario se han propuesto provocar á usted, obligarle á batirse con ellos.

La voz de la vieja dama resonó en lontananza.

—Señorita—dijo el marqués.—mi gratitud.....

Su protectora había echado á correr al oir la voz de su señora que, de rechazo, gañía en las rocas.

—¡Pobre mujer!—pensó Rafael sentándose al pie de

un árbol,—las miserias se entienden y se ayudan siempre.

El jefe de todas las ciencias es sin disputa el interrogante: la mayor parte de todos los descubrimientos se los debemos al: ¿Cómo? Y la sabiduría en la vida consiste quizás en preguntarse á cada paso: ¿Por qué? Pero también es verdad que esta presciencia ficticia destruye nuestras ilusiones. Por esto sin duda, habiendo tomado Valentín, sin premeditación de filosofía, la buena acción de aquella mujer por texto de sus pensamientos errabundos, le pareció llena de hiel.

—No hay nada de particular en que me ame una señorita de compañía—pensó;—al fin y al cabo tengo veintisiete años, un título y doscientas mil libras de renta. Pero ¿no es cosa extraña y maravillosa el que su señora, que disputa á las gatas la palma de la hidrofobia, la haya traído en barco hacia donde yo estoy? Esas dos mujeres, venidas á Saboya para dormir como marmotas; y que al medio día aun no saben si ha amanecido, ¿se habrán levantado hoy antes de las ocho para ponerse en mi seguimiento por casualidad?

En breve aquella mujer y su ingenuidad cuadragenaria aparecieron á sus ojos como una nueva transformación de este mundo artificioso y ruin, como una treta mezquina, como un torpe complot, una quisquilla de clérigo ó de mujer. Lo del duelo era una patraña, ó sólamente se quería asustarle. Aquellas almas estrechas, insolentes y enredadoras como moscas, habían conseguido despertar su vanidad, excitar su orgullo, picar su curiosidad. No queriendo ser su juguete ni pasar por cobarde, y distraído quizás por aquel pequeño drama, aquella misma noche fué al Casino. Se

quedó de pie, puesto de codos en el mármol de la chimenea, y permaneció tranquilo en el salón principal, procurando no dar motivo á que la tomaran con él; pero examinaba las caras, y en cierto modo desafiaba á los concurrentes con su circunspección. Como un dogo seguro de su fuerza, aguardaba el combate en su terreno, sin ladrar inútilmente. Hacia el fin de la velada se paseó por el salón de juego, yendo desde la puerta de entrada á la de billar, y lanzando de vez en cuando una ojeada á los jóvenes que estaban jugando una partida. Después de dar algunos paseos, oyó que le nombraban. Aunque hablaban en voz baja, Rafael comprendió que era objeto de una discusión, y acabó por percibir algunas frases dichas en voz más alta.—¿Tú?—Sí, yo.—Lo dudo.—Apostemos algo. —¡Oh! Irá.—En el momento en que Valentín, deseoso de conocer el motivo de la apuesta, se detuvo para escuchar con atención la conversación, salió del billar un joven alto y robusto, de buen aspecto, pero con la mirada fija é impertinente de las personas que cuentan con algún poder material.

—Caballero—dijo con gran calma dirigiéndose á Rafael,—me he encargado de hacer saber á usted una cosa que parece ignorar, y es que la cara y la persona de usted desagradan aquí á todo el mundo, y á mí en particular; le creo á usted bastante bien educado para no sacrificarse por el bien general, y, por consiguiente, le ruego que no se presente más en el Casino.

—Señor mío—respondió tranquilamente Rafael.—esa broma, usada ya en tiempo del Imperio en muchas guarniciones, hoy ha llegado á ser de mal tono.

—No bromeo—repuso el joven.—se lo repito: la per-

manencia de usted aquí sería en alto grado perjudicial para su salud; el calor, las luces, el ambiente del salón, la gente, todo es contrario á la enfermedad que usted padece.

—¡Hola, hola! ¿Ha estudiado usted medicina?

—Me he graduado de bachiller en la sala de tiro de Lepage, y de doctor en casa de Cerisier, el rey del florete.

—Pues todavía le falta á usted un grado—replicó Valentín;—aprenda usted el tratado de urbanidad, y entonces será todo un caballero.

En aquel momento, los jóvenes, sonrientes ó silenciosos, salieron del billar. Los demás jugadores, que habían estado escuchando, soltaron los naipes para presenciar una cuestión que halagaba sus pasiones. Solo, en medio de aquella gente enemiga, Rafael procuró conservar su sangre fría y no cometer la menor falta; pero como su antagonista se permitiera proferir un sarcasmo en que el ultraje iba envuelto en una forma eminentemente incisiva é ingeniosa, le respondió gravemente:

—Caballero, hoy ya no está permitido abofetear á un hombre; pero no encuentro palabras con que censurar una conducta tan cobarde y vil como la de usted.

—Basta, basta ya; mañana se darán ustedes explicaciones—dijeron muchos jóvenes interponiéndose entre los dos contrincantes.

Rafael salió del salón, pasando por ofensor, y después de aceptar una cita para una pequeña pradera, junto al castillo de Bordeau, cerca de un camino recién construído por el que el vencedor podía escapar á Lyon.

Rafael tendría forzosamente ó que guardar cama ó marcharse del balneario de Aix. La sociedad triunfaba. A las ocho de la siguiente mañana el adversario del marqués estaba en el punto de reunión, acompañado de dos padrinos y un médico.

—Aquí estaremos muy bien, hace un tiempo magnífico para batirse—dijo alegremente mirando la bóveda azul del cielo, las aguas del lago y las rocas, sin el menor recelo de salir mal librado del lance.—Doctor, ¿si le hiero en el hombro le haré guardar cama un mes?

—Lo menos—contestó el médico.—Pero deje usted á ese arbolillo en paz; de lo contrario se cansaría usted la mano, y no podría apuntar bien, y quizás mataría usted á su adversario en vez de herirle solamente.

En esto se oyó el ruido de un coche.

—Aquí llega—dijeron los padrinos al ver por el camino un coche tirado por cuatro caballos y guiado por dos postillones.

—¡Vaya un modo de venir!—exclamó el adversario de Valentín.—Sin duda quiere hacerse matar por la posta.

En un duelo, lo mismo que en el juego, los más pequeños incidentes influyen en la imaginación de los actores vivamente interesados en el resultado de una jugada ó de un tiro; así fué que el joven aguardó con una especie de inquietud la llegada de aquel carruaje que se paró en el camino. El viejo Jonatás fué el primero que se apeó con trabajo para ayudar á Rafael á bajar: le sostuvo en sus brazos á causa de su debilidad, teniendo por él todos los solícitos cuidados que un amante prodiga á su amada. Ambos se metieron por los senderos que había entre la carretera y el lugar

designado para el combate, y no aparecieron hasta mucho tiempo después, andando muy despacio. Los cuatro espectadores de aquella escena singular experimentaron una emoción profunda al ver á Valentín apoyado en el brazo de su servidor; pálido y abatido, andaba como un gotoso, cabizbajo y sin decir una palabra. Parecían dos ancianos igualmente desmedrados, uno por el tiempo, otro por las cavilaciones; el primero tenía su edad escrita en sus canas; el joven ya no tenía edad.

—Caballero, no he dormido en toda la noche—dijo Rafael á su adversario.

Esta frase glacial y la mirada terrible que la acompañó sobresaltaron al verdadero provocador, el cual, comprendiendo su mal proceder, empezó á avergonzarse de él.

Había algo extraño en la actitud, en la voz y en la expresión de Rafael. El marqués hizo una pausa y cada cual imitó su silencio. La inquietud y la atención habían llegado al colmo.

—Aun está usted á tiempo de darme una pequeña satisfacción—repuso el marqués;—démela, porque de lo contrario va usted á morir. En este momento cuenta usted todavía con su habilidad, sin retroceder ante la idea de un duelo en el cual cree usted llevar toda la ventaja. Pues bien, señor mío, yo soy generoso y le advierto de mi superioridad. Poseo un poder terrible. Para anular la destreza de usted, velar sus miradas, hacer que tiemble su mano y palpite su corazón, en una palabra, para matarle, me basta desearlo. No quiero que se me obligue á valerme de mi poder, porque eso me cuesta demasiado caro. No sería usted el único que

muriese. Pero si se niega usted á darme una satisfacción, la bala de usted irá á parar al agua de esa cascada á pesar de toda su habilidad para el asesinato, y la mía á su corazón sin que me sea preciso apuntar.

En aquel momento, ciertas voces confusas interrumpieron á Rafael, el cual, al pronunciar estas palabras había dirigido constantemente sobre su adversario la insoportable claridad de su mirada fija y se había erguido mostrando un rostro impasible, semejante al de un loco malévolo.

—Dile que calle—dijo el joven á su padrino,—porque su voz me retuerce las entrañas.

—Caballero, cállese usted; cuanto diga es ya inútil —dijeron á Rafael los dos padrinos y el médico.

—Es que cumplo un deber. ¿Tiene este joven algunas disposiciones que tomar?

—Basta, basta ya.

El marqués permaneció de pie, inmóvil, sin perder un instante de vista á su adversario, que, dominado por un poder casi mágico, estaba como un pájaro delante de una serpiente: obligado á soportar aquella mirada homicida, la esquivaba y, sin embargo, volvía á arrostrarla.

—Dame agua, tengo sed—dijo á su padrino.

—¿Tienes miedo?

—Sí. La mirada de ese hombre es abrasadora y me fascina.

—¿Quieres darle una satisfacción?

—Ya no es tiempo.

Los dos adversarios se colocaron á quince pasos de distancia entre sí. Cada uno de ellos tenía un par de pistolas, y con arreglo á las condiciones del desafío, de-

bían disparar dos tiros á beneplácito, pero cuando los padrinos hubiesen hecho la señal.

—¿Qué haces, Carlos?—preguntó el segundo padrino al contrincante de Rafael—¿No ves que metes la bala antes que la pólvora?

—Soy muerto—contestó;—me habéis puesto enfrente del sol.

—Lo tiene usted detrás—le dijo Valentín con voz grave y solemne, cargando despacio su pistola, sin alterarse ni por la señal ya hecha, ni por el cuidado con que le apuntaba su adversario.

Aquella seguridad natural tenía algo de terrible que asombró hasta á los postillones, que se habían acercado movidos de cruel curiosidad. Jugando con su poder, ó queriendo ponerlo á prueba, Rafael hablaba con Jorratás y le miraba en el momento en que su adversario le disparó. La bala de Carlos fué á romper una rama de un sauce, y rebotó al agua. Rafael tiró al azar, hirió á su enemigo en el corazón, y, sin cuidarse de que aquel joven caía desplomado, buscó prontamente la piel de zapa para ver lo que le costaba una vida humana. El talismán había quedado reducido al tamaño de una hojita de roble.

—¿Qué estáis mirando ahí, postillones? ¡Ea, en marcha!—dijo el marqués.

Llegado aquella misma tarde á Francia, tomó al punto el camino de Auvernia, y fué al balneario del monte Dore. Durante este viaje se le ocurrió una de esas ideas súbitas que caen en nuestra alma como un rayo de sol á través de espesas nubes en un obscuro valle. ¡Tristes fulgores, cordudas implacables que alumbran los hechos consumados, descorren el velo de nuestras

faltas y nos dejan sin perdón ante nosotros mismos! Pensó de pronto que la posesión del poder, por inmenso que pudiera ser, no depara la ciencia necesaria para servirse de él. El cetro es un juguete para un niño, un hacha para Richelieu, y para Napoleón una palanca capaz de hacer vacilar el mundo. El poder nos deja tales cuáles somos, y no engrandece más que á los grandes. Rafael lo había podido hacer todo y no había hecho nada.

En el balneario del monte Dore encontró también esa sociedad que se alejaba de él con la misma prisa con que huyen los animales de otro animal muerto, después de haberle olfateado desde lejos. Aquel odio era recíproco. Su última aventura le había inspirado una aversión profunda á la sociedad. Por esto su primer cuidado fué buscar un asilo apartado en las cercanías del establecimiento. Sentía instintivamente la necesidad de aproximarse á la naturaleza, á sus emociones verdaderas y á esa vida vegetativa á la cual nos entregamos tan de buen grado en medio de los campos. Al otro día de su llegada subió, no sin trabajo, al pico de Sancy, y visitó los valles superiores, los paisajes aéreos, los lagos escondidos, las rústicas cabañas de los montes Dore, cuyos agrestes y salvajes atractivos comienzan á tentar los pinceles de nuestros artistas. De vez en cuando se encuentran allí admirables paisajes llenos de gracia y de frescura que contrastan con el aspecto siniestro de aquellas áridas montañas. A cosa de media legua de la aldea, Rafael se encontró en un sitio, risueño y alegre como un niño, en el que la naturaleza parecía haberse complacido en ocultar sus tesoros, y al ver aquel retiro pintoresco y sencillo, resolvió estable-

cerse en él. La vida debía ser allí tranquila, espontánea, frugiforme como la de una planta.

Figúrese el lector un cono invertido, pero un cono de granito de ancha base, especie de cubeta cuyos bordes estaba mellados por extrañas anfractuosidades; mesetas rectas, sin vegetación, lisas, azuladas y en las cuales resbalaban los rayos del sol como en un espejo; allí, peñas resquebrajadas, agrietadas por barrancos, de las que pendían enormes trozos de lava cuya caída estaba lentamente preparada por las aguas pluviales, y con frecuencia coronadas de árboles achaparrados torturados por los vientos; á trechos mogotes obscuros y frescos en los que surgían algunos castaños tan altos, como cedros, ó bien grutas amarillentas que abrían una boca negra y profunda, defendida por zarzas y flores y guarnecida de una cortina de verdura. En el fondo de esta copa, que tal vez era el antiguo cráter de un volcán, había un estanque cuya agua pura tenía el brillo del diamante. Alrededor de aquella cuenca profunda, orlada de granito, de sauces, de espadañas, de fresnos y de mil plantas aromáticas en flor á la sazón, reinaba una pradera verde como la calle adornada de césped de un jardín inglés; su yerba fina y bonita estaba regada por las filtraciones que manaban entre las hendiduras de las rocas y abonada por los residuos vegetales que las tormentas arrastraban de continuo desde las altas cumbres hacia el fondo. El estanque, irregularmente cortado en ondas como el borde de un vestido, vendría á tener tres fanegadas de extensión, y según que las rocas y el agua salían más ó menos, la pradera tendría una ó dos de anchura, y aun en algunos sitios apenas quedaba bastante espa-

cio para que pasaran las vacas. A cierta altura concluía la vegetación. El granito presentaba las formas más extrañas, así como esas tintas vaporosas que dan á las montañas elevadas vagas semejanzas con las nubes. Al suave aspecto de la cañada, aquellas rocas desnudas y peladas oponían las salvajes y estériles imágenes de la desolación, probables derrumbamientos, y formas tan caprichosas que una de esas rocas lleva el nombre de "El Capuchino," porque se parece á un fraile. A veces esas agujas agudas, esos picos atrevidos, esas cavernas aéreas se iluminaban alternativamente según el curso del sol ó las fantásticas mudanzas de la atmósfera, y adquirirían los matices del oro, se teñían de púrpura, y se tornaban de un color sonrosado vivo mate ó gris. Aquellas alturas presentaban un espectáculo continuo y cambiante como los reflejos irisados de la garganta de las palomas. A menudo, entre dos oleadas de lava que parecían separadas con un hacha, penetraba un hermoso rayo de luz, al orto ó al ocaso del sol, hasta el fondo de aquella riente canastilla en que jugueteaban las aguas de la cuenca, semejante á la raya de oro que atraviesa el resquicio de la ventana de una habitación española, cuidadosamente cerrada para dormir la siesta. Cuando el sol estaba verticalmente sobre el cráter, lleno de agua por alguna revolución antidiluviana, los flancos peñascosos se caldeaban, el antiguo volcán se encendía y su rápido calor despertaba los gérmenes, fecundaba la vegetación, coloraba las flores y maduraba los frutos de aquel pequeño rincón de tierra ignorada. Cuando Rafael llegó á él vió unas cuantas vacas pastando en la pradera, y después de dar algunos pasos hacia el estanque, divisó en el sitio en

que el terreno era más ancho, una modesta casa de granito con techumbre de madera, techumbre que, en armonía con aquel sitio, estaba adornada de musgos, de hiedras y de flores que revelaban gran antigüedad. Una tenue humareda, que no espantaba ya á las aves, salía de la deteriorada chimenea. A la puerta había colocado un gran banco entre dos madreselvas enórmes, llenas de flores que perfumaban el ambiente. Apenas se veían las paredes ocultas bajo los pámpanos de una parra y bajo las guirnaldas de rosas y de jazmines que crecían á la ventura y á sus anchas. Los moradores, indiferentes á aquellas galas campestres, no se cuidaban de ellas, y dejaban á la naturaleza su gracia virginal y juguetona. Unos pañales colgados de un grosellero se secaban al sol. Allí había un gato acurrucado sobre una máquina de machacar cáñamo, y debajo de ésta un caldero amarillo, recién limpiado, entre un montón de mondaduras de patatas. Al otro lado de la casa, Rafael vió una valla de espinos, que tenía sin duda por objeto impedir que las gallinas devastaran los frutos y el huerto. No parecía sino que allí acababa el mundo. Aquella vivienda se asemejaba á esos nidos de pájaros ingeniosamente fijos al hueco de una roca, llenos de arte, á la vez que de negligencia. Era una naturaleza sencilla y buena, rusticidad verdadera, pero poética, porque florecía á mil leguas de nuestras poesías atildadas, no tenía analogía con ninguna idea, no procedía sino de sí misma, verdadero triunfo del azar. En el momento en que llegó Rafael, el sol lanzaba sus rayos de derecha á izquierda y hacía resplandecer los colores de la vegetación, ponía en relieve ó decoraba prestigios de la luz, oposiciones de la sombra, los fon-

dos amarillos y cenicientos de las rocas, las plantas trepadoras y sus campanillas, el terciopelo tornasolado de los musgos, los racimos purpurinos de los brezales, pero, sobre todo, la sábana de agua clara en la que se reflejaban fielmente las cumbres graníticas, los árboles, la casa y el cielo. En este cuadro delicioso todo tenía sus destellos, desde la mica brillante hasta la mata de yerba blonda escondida en un suave claro obscuro; todo era allí armonioso, la vaca manchada de luciente pelaje, las frágiles flores acuáticas extendidas como franjas que pendían sobre el agua en una pequeña hondonada en la que zumbaban los insectos de ropaje azul ó esmeralda, y las raíces de los árboles, especie de cabelleras arenosas que coronaban una informe figura de guijarros. Las tibias emanaciones de las aguas, de las flores y de las grutas produjeron á Rafael una sensación casi voluptuosa. Los ladridos de los perros interrumpieron de pronto el silencio majestuoso que reinaba en aquella floresta, olvidada tal vez en las listas del catastro; las vacas volvieron la cabeza hacia la entrada de la cañada, mostraron á Rafael sus húmedos hocicos, y se pusieron á pacer después de mirarle estúpidamente. Una cabra y su cabritillo, suspendidos de las rocas como por arte mágico, dieron unos cuantos brincos y fueron á plantarse en una lisa peña de granito cerca de Rafael, pareciendo interrogarle. Los ladridos de los perros hicieron salir de la casa á un chiquillo gordinflón que se quedó con la boca abierta, y tras él á un anciano lleno de canas y de regular estatura. Aquellos dos seres estaban en relación con el paisaje, con el ambiente, las flores y la casa. Aquella naturaleza exuberante rebosaba salud; la

vejez y la infancia eran hermosas; en una palabra, había en todos aquellos tipos de existencia un abandono primordial, una rutina de ventura que daba un mentís á nuestras capuchinadas filosóficas y curaba el corazón de sus pasiones llenas de hinchazón. El anciano era uno de esos modelos tan buscados por el varonil pincel de Schnetz; de moreno rostro cuyas numerosas arrugas parecían rudas al tacto: nariz recta, pómulos salientes y jaspeados de encarnado como un pámpano viejo, todos los caracteres de la fuerza, aun allí de donde la fuerza había desaparecido; sus manos callosas, aunque ya no trabajaban, conservaban un vello blanco y escaso; su continente de hombre verdaderamente libre hacía presentir que en Italia quizás se habría hecho bandolero por amor á su preciosa libertad. El muchacho, verdadero montañés, tenía ojos negros que podían mirar al sol sin entornar los párpados, cutis atezado y desgreñados cabellos obscuros. Era listo y resuelto, de movimientos tan sueltos como los de un ave; como iba mal vestido, al través de los desgarrones de su ropa se le veía una piel blanca y fresca. Ambos se quedaron callados, uno junto á otro, movidos por el mismo sentimiento que ofrecía á su fisonomía la prueba de una identidad perfecta en su vida ociosa por igual. El anciano se había familiarizado con los juegos del niño y el niño con el genio del viejo por una especie de pacto entre dos debilidades, entre una fuerza próxima á concluir y una fuerza próxima á desarrollarse. Poco después apareció en el umbral de la puerta una mujer que frisaría en los treinta años. Hilaba aullando, y era una auvernesa, de rostro colorado, aspecto de satisfacción, franca, de blanca dentadura,

figura de la Auvernia, talle, peinado y traje de la Auvernia, pechos abultados de la Auvernia, idealización completa del país con sus costumbres laboriosas, ignorancia, economía, cordialidad, todo, en una palabra.

Saludó á Rafael, con quien entabló en seguida conversación; los perros callaron, el viejo se sentó en un banco al sol, y el chiquillo siguió á su madre, silencioso, pero escuchando, examinando al forastero.

—¿No tienen ustedes miedo aquí buena mujer?

—¿Miedo, de qué? Cuando atrancamos la puerta, ¿quién podría venir aquí? No, no tenemos miedo. Además—dijo haciendo entrar al marqués en la habitación principal de la casa,—¿qué podrían venir á robar aquí los ladrones?

Y enseñaba las paredes ennegrecidas por el humo, las cuales tenían por todo adorno esas estampas iluminadas de azul, encarnado y verde que representan la "Muerte del Crédito," la "Pasión de Nuestro Señor Jesucristo" y los "Granaderos de la guardia imperial:" luego una vieja cama de nogal con columnas, una mesa de patas retorcidas, algunos escabeles, la artesa para amasar pan, un pernil colgado de una viga, sal en un tarro, una estufa, y en la chimenea algunas figurillas de yeso. Al salir de la casa, Rafael vió entre las rocas un hombre que llevaba un azadón en la mano, y que miraba hacia la casa con curiosidad.

—Es mi marido que está labrando la tierra allá arriba—dijo la auvernesa con una sonrisa propia de las campesinas.

—Y ¿ese anciano es su padre de usted?

—No, señor, es abuelo de mi hombre. Tal como le ve usted, tiene ya ciento dos años, y sin embargo no ha-

ce mucho que llevó á pie á nuestro hijo hasta Clermont. Ha sido un hombre muy fuerte; pero ahora no hace más que comer, beber y dormir. Siempre se entretiene con el chicuelo, y á veces éste lo lleva á los montes sin que se oponga á ello.

Valentín se decidió á vivir entre aquel anciano y aquel niño, á respirar en su atmósfera, á comer su pan, á beber su agua, á dormir su sueño y á hacerse su sangre en las venas. ¡Capricho de moribundo! Convertirse en una de las ostras de aquella roca, salvar su concha unos cuantos días más embotando á la muerte, fué para él el arquetipo de la moral individual, la verdadera fórmula de la existencia humana, el bello ideal de la vida, la única, la verdadera vida. Ocurrióse le un profundo pensamiento de egoísmo en el que se hundió el universo. A sus ojos, ya no hubo universo, sino que pasó á él. Para los enfermos, el mundo empieza en la cabecera y acaba al pie de su lecho. Aquel paisaje fué el lecho de Rafael.

¿Quién no ha espiado, por lo menos una vez en su vida, los pasos y movimientos de una hormiga, introducido pajitas en el orificio por el cual respira una limaza amarillenta, estudiado los caprichos de una señorita enclenque, admirado las mil venas coloradas, como el rosetón de una catedral gótica, que se destacan sobre el fondo rojizo de las hojas de un roble joven? ¿Quién no ha contemplado largo tiempo y con embeleso el efecto de la lluvia y del sol en una techumbre de tejas obscuras, ó examinado las gotas del rocío, los pétalos de las flores, los variados festones de sus cálices? ¿Quién no ha quedado sumido en esas enagenaciones materiales, indolentes y ocupadas, sin objeto, pero que

nos llevan á formular algún pensamiento? En fin, ¿quién no ha llevado la vida de la infancia, la vida perezosa, la vida del salvaje sin sus trabajos? Así vivió Rafael muchos días, sin cuidados, sin deseos, experimentando sensible mejoría, un bienestar extraordinario que calmó sus zozobras y mitigó sus padecimientos. Trepaba por las rocas é iba á sentarse en un pico desde el cual abarcaba su vista un paisaje de inmensa extensión. Allí pasaba días enteros como una planta al sol, como una liebre en su cama, ó bien, familiarizándose con los fenómenos de la vegetación, con las vicisitudes del cielo, espiaba los progresos de todas sus obras en la tierra, en las aguas y en el aire.

Probó á asociarse al movimiento íntimo de aquella naturaleza, identificarse bastante por completo con su pasiva obediencia para caer bajo la ley despótica y conservadora que dirige las existencias instintivas. No quería ya estar cargado de sí mismo. Semejante á esos criminales de otro tiempo que, perseguidos por la justicia, se salvaban si lograban refugiarse en la sombra de un altar, procuraba deslizarse en el santuario de la vida. Consiguió formar parte integrante de aquella amplia y poderosa fructificación; se había connaturalizado con las intemperies, habitado los huecos de todas las rocas, aprendido los hábitos y costumbres de todas las plantas, estudiado el régimen de las aguas, sus yacimientos, y trabado conocimiento con los animales; en fin, se había unido tan perfectamente á aquella tierra inanimada, que en cierto modo había sorprendido su alma y penetrado sus secretos. Para él, las formas infinitas de todos los reinos eran los desarrollos de una misma substancia, las combinaciones de un mismo mo-

vimiento, vasta respiración de un ser inmenso que obraba, crecía, andaba, pensaba, y con el cual quería crecer, andar, pensar, obrar. Había mezclado fantásticamente su vida á la vida de aquella roca, se había implantado en ella. Gracias á aquel misterioso iluminismo, convalecencia ficticia, semejante á esos benéficos delirios concedidos por la naturaleza como otras tantas étapas en el dolor, Valentín gustó los placeres de una segunda infancia durante los primeros momentos de su residencia en aquel risueño paisaje. Allí iba desentrañando pequeñeces, emprendiendo mil cosas sin acabar ninguna, olvidando hoy los proyectos de ayer; fué feliz y se creyó salvado. Cierta mañana se había quedado por casualidad en cama hasta el medio día, sumido en ese estado que ni es sueño ni es vigilia, que presta á las realidades las apariencias de la fantasía y da á las quimeras el relieve de la existencia, cuando, sin saber si seguía soñando, oyó de pronto el parte diario de su salud dado por su huéspeda á Jonatás, que, como todos los días, se había presentado á preguntar por él. La auvernesa creyó sin duda que Valentín estaba aún dormido, y no había bajado el diapasón de su voz montañesa.

—No va peor ni mejor—decía.—Ha estado tosiendo toda la noche que parecía que iba á reventar. Tose y escupe que es una compasión. Mi hombre y yo no sabemos cómo le queda fuerza para toser tanto. Es cosa que parte el corazón. ¡Qué condenada enfermedad la suya! La verdad es que está muy malo. Yo siempre tengo miedo de encontrarle el día menos pensado muerto en la cama. Está tan amarillo como un niño Jesús de cera. Todos los días le veo cuando se levan-

ta; pues bien, su pobre cuerpo está tan flaco que parece un saco de clavos. ¡Y hasta huele mal! Pero él se consume corriendo de aquí para allí como si tuviera salud para dar y vender. Bien mirado, tiene mucho ánimo para no quejarse. A la verdad, estaría mejor en el otro mundo, porque sufre la pasión de Cristo. Yo no lo deseo, ni está en nuestro interés. Pero aunque no nos diera lo que nos da, tampoco dejaríamos de quererle; no es el interés el que nos guía. ¡Dios mío! añadió, solo los parisienses tienen esas malditas enfermedades. ¿De dónde las sacan? ¡Pobre joven! Es seguro que no acabará bien. Esa fiebre le mina, le consume, le arruina, pero él no lo sabe, ni nota nada. No llore usted así señor Jonatás; hay que hacerse la cuenta de que si muere dejará de padecer. Debería usted hacer una novena por él; mire usted que yo he presenciado grandes curaciones alcanzadas por novenas, y de buena gana pagaría un cirio con tal de salvar á un hombre tan amable, tan bueno, un cordero pascual.

Rafael tenía la voz demasiado débil para hacerse oir, por lo cual tuvo que soportar aquella charla terrible. Sin embargo, la impaciencia le hizo saltar de la cama, y saliendo á la puerta dijo á Jonatás:

—Viejo malvado, ¿quieres ser mi verdugo?

La aldeana creyó ver un espectro y echó á correr llena de espanto.

—Está bien, señor marqués—contestó el criado enjugándose las lágrimas.

—Y en lo sucesivo lo mejor que puedes hacer es no venir aquí sin que te llame.

Jonatás quiso obedecer; pero antes de retirarse,

echó á su señor una mirada fiel y compasiva en la que Rafael leyó su sentencia de muerte. Desalentado, comprendiendo de pronto su verdadera situación, Valentín se sentó en el umbral de la puerta, se cruzó de brazos y bajó la cabeza. Jonatás, asustado, se acercó á su amo.

—Señor.....

—¡Vete, vete!—le gritó el enfermo.

En la mañana del siguiente día, Rafael subió á las peñas y se sentó en una grieta llena de musgo desde la cual podía ver el angosto camino por el que se iba desde el establecimiento balneario á su casa. Al pie del pico vió á Jonatás conversando con la auvernesa. Por una maliciosa facultad interpretó los movimientos de cabeza, los gestos desesperados, la siniestra ingenuidad de aquella mujer, y hasta el viento y el silencio le llevaron sus fatales palabras. Lleno de horror, se refugió en las más altas cimas de las montañas, y allí permaneció hasta el anochecer sin haber podido desechar los siniestros pensamientos tan desdichadamente despertados en su corazón por el cruel interés de que era objeto. De pronto se presentó la auvernesa ante él como una sombra del crepúsculo, y por una fantasía de poeta parecióle que su saya rayada de negro y blanco tenía cierta vaga semejanza con las costillas secas de un esqueleto.

—Querido señor, mire usted que hay mucho relente —le dijo la buena mujer.—Si continúa usted aquí se va á poner como una fruta pasada. Le conviene volver á casa. No es sano exponerse al rocío, y, además, no ha tomado usted nada desde esta mañana.

—¡Mil rayos!—exclamó.—Vieja bruja, déjeme usted

vivir á mi gusto ó me marcho de aquí. ¿No es bastante cavarme la fosa todas las mañanas para que venga usted á removerla por las noches?

—¡La fosa, señor! ¡Cavarle la fosa! ¿Dónde está? Yo quisiera verle á usted sano y fuerte como nuestro padre, y no en la fosa. Todavía no ha llegado el caso de verse en la fosa.

—¡Basta ya!—dijo Rafael.

—Apóyese usted en mi brazo.

—No.

El sentimiento que más difícilmente soporta el hombre es la lástima, sobre todo cuando la merece. El odio es un tónico, hace vivir, inspira venganza; pero la lástima mata y contribuye á debilitar nuestra debilidad. Es el mal falazmente lisonjero, es el menosprecio en el cariño ó el cariño en el menosprecio. A Rafael le pareció ver en el centenario una compasión triunfante, en el niño una compasión curiosa, en la mujer una compasión chismosa, en el marido una compasión interesada; pero cualquiera que fuese la forma en que se presentara aquel sentimiento, siempre estaba preñado de muerte. Un poeta de todo hace un poema, terrible ó alegre, según las imágenes que le impresionan; su alma exaltada desecha los matices suaves, y escoge siempre los colores vivos y marcados. Aquella compasión produjo en el corazón de Rafael un horrible poema de luto y melancolía. Sin duda no había pensado en la franqueza de los sentimientos naturales cuando deseó acercarse á la naturaleza. Cuando se creía solo al pie de un árbol, sufriendo una tos tenaz de cuyos accesos jamás triunfaba sin salir postrado de tan terrible lucha, veía los ojos brillantes y fluidos del mu-

chacho, puesto de vigilante junto á una mata, como un salvaje, y que le contemplaba con esa curiosidad infantil en la cual hay tanta mofa como placer y cierto interés mezclado de insensibilidad. El terrible: "Hermano, morir tenemos" de los trapenses, parecía escrito constantemente en los ojos de los campesinos con quienes vivía Rafael; el cual no sabía qué temía más si sus palabras sencillas ó su silencio; todo le molestaba en ellos. Un día vió dos hombres vestidos de negro que rondaban á su alrededor, le husmeaban y le estudiaban á hurtadillas; luego, fingiendo haber llegado allí de paseo, le hicieron preguntas triviales á las cuales contestó en pocas palabras. Conoció que eran el médico y el cura del establecimiento, enviados sin duda por Jonatás, consultados por sus huéspedes ó atraídos por el olor de una muerte próxima. Entonces vislumbró su propio cortejo fúnebre, oyó el canto de los curas, contó las hachas, y ya no vió sino á través de un crespón las bellezas de aquella rica naturaleza en cuyo seno creía haber encontrado la vida. Todo cuanto poco antes le presagiaba una larga existencia, le vaticinaba ahora un próximo fin. Al día siguiente se marchó á París, después de dirigirle sus huéspedes mil frases en las que expresaban melancólicos y compasivos deseos.

Viajó toda la noche, y despertó en uno de los más risueños valles del Borbonesado, cuyos amenos sitios y puntos de vista se arremolinaban ante él, arrastrados rápidamente como las imágenes vaporosas de un sueño. La naturaleza se ostentaba á sus ojos con cruel coquetería: Ora desarrollaba el Allier en vistosa perspectiva su cinta líquida y brillante, y varios caseríos modestamente escondidos en el fondo de una garganta

de rocas amarillentas mostraban las puntas de sus campanarios; ora se presentaban de pronto á la vista los molinos de una cañada junto á viñedos monótonos, y siempre aparecían amenas quintas, aldeas situadas en los oteros ó caminos orlados de álamos majestuosos; en fin, el Loira y sus ondas adiamantadas relucieron en medio de sus doradas arenas. ¡Seducciones sin fin! La naturaleza agitada, vivaz como un niño, que apenas podía contener en sí el amor y la savia del mes de Junio, atraía fatalmente las miradas apagadas del enfermo. Levantó las persianas de su carruaje y se puso á dormir. A la caída de la tarde, después de pasar por Cosne, le despertó una alegre música, y se encontró con la fiesta de un pueblo. La casa de postas estaba situada junto á la plaza. Mientras los postillones cambiaban el tiro, vió las danzas de aquella bulliciosa población, las muchachas adornadas de flores, bonitas, incitantes, los jóvenes animados, y las caras de los aldeanos viejos bastante coloradas por el vino. Los chiquillos jugaban, las viejas charlaban riendo, todo tenía una voz, y el contento hasta hermoseaba los trajes y las mesas servidas. La plaza y la iglesia tenían aire de fiesta, y los tejados, las ventanas, hasta las puertas de la aldea, parecían haberse puesto también sus galas domingueras. Como los moribundos á quienes molesta el menor ruido, Rafael no pudo reprimir una siniestra interjección, ni el deseo de imponer silencio á aquellos violines, de paralizar aquel movimiento, de acallar aquel bullicio, de disipar aquella fiesta insolente. Subió malhumorado á su carruaje, y cuando miró á la plaza, vió la alegría aguada, las aldeanas en dispersión y los bancos vacíos. En el tablado de la orquesta, un

músico ciego seguía tocando con su clarinete un baile chillón. Aquella música sin danzantes, aquel viejo solitario de perfil vulgar, vestido de harapos, despeinado y oculto á la sombra de un tilo, eran como una imagen fantástica del deseo de Rafael. Estaba cayendo á torrentes uno de esos chubascos que las nubes eléctricas del mes de Junio derraman bruscamente y que cesan del mismo modo. Era una cosa tan natural, que Rafael, después de mirar en el cielo unas nubes blanquecinas arrebatadas por una racha de viento, ni siquiera pensó en mirar su piel de zapa, y se arrellanó en un rincón del carruaje que al punto emprendió la marcha.

Al otro día estaba en su casa, en su cuarto, sentado junto á su chimenea, en la que había hecho encender un buen fuego, porque hacía frío. Jonatás le entró las cartas; casi todas eran de Paulina. Abrió la primera sin afán y la desdobló como si hubiera sido una papeleta de apremio de la recaudación de contribuciones. Leyó la primera frase. "Tu marcha parece una fuga, Rafael mío. ¿Será posible que nadie pueda decirme dónde estás? Y si yo no lo sé, ¿quién lo sabrá?" Sin querer averiguar más, cogió con indiferencia las cartas y las echó al fuego, contemplando con mirada mortecina los cambiantes de la llama que retorcía el papel perfumado, le encogía, le daba vueltas y le hacía pedazos.

Algunos fragmentos cayeron sobre las cenizas dejándole ver comienzos de frases, palabras sueltas, pensamientos á medio quemar, que se entretuvo en salvar de la llama por una distracción maquinal.

"..... Sentada á tu puerta..... aguardo..... Capricho.... obedezco..... Rivales... yo, no!... tu Paulina...

ama.....cansado de tu Paulina?.....Si hubieras querido dejarme, no me habrías abandonado....Amor eterno.....Morir".....

Estas palabras le dieron una especie de remordimiento; cogió las tenazas y salvó de las llamas un postrer fragmento de carta.

"He murmurado, decía Paulina, pero no me he quejado, Rafael. Al dejarme lejos de ti, sin duda has querido ahorrarme el peso de algunos disgustos. Tal vez me mates algún día, pero eres demasiado bueno para hacerme padecer. Pues bien, no te vayas así. Puedo arrostrar los mayores suplicios, pero á tu lado. El disgusto que me impusieras no sería ya tal; tengo todavía en el corazón mucho más amor del que te he demostrado. Puedo soportarlo todo, menos llorar separada de ti, y no saber lo que te....."

Rafael puso en la chimenea aquel fragmento de carta ennegrecido, y de pronto lo echó al fuego. Aquel papel era una imagen demasiado viva de su amor y de su fatal vida.

—Ve á llamar al señor Bianchón—dijo á Jonatás.

Horacio acudió y encontró á Rafael en cama.

—Amigo mío, ¿puedes prepararme una bebida ligeramente opiada que me tenga en una soñolencia continua, sin que me perjudique el uso constante de ese brebaje?

—Es cosa fácil—contestó el joven doctor;—sin embargo, tendrás que estar levantado algunas horas para comer.

—¡Algunas horas! No, no; no quiero levantarme más que una hora á lo sumo.

—¿Qué te propones?

—Dormir es también vivir—respondió el enfermo.

—No dejes entrar á nadie, aunque sea la señorita Paulina de Vitschnau—dijo Valentín á Jonatás mientras el médico extendía su receta.

—¿Queda remedio, señor Horacio?—preguntó el anciano criado al doctor á quien acompañó hasta la escalera.

—Aun puede durar mucho tiempo, ó morir esta noche. Las probabilidades de vida y de muerte son iguales en él. No lo entiendo—dijo el médico haciendo un ademán de duda.—Hay que distraerle.

—¡Distraerle! No le conoce usted. El otro día mató un hombre como si tal cosa. Nada le distrae.

Rafael pasó algunos días sumido en la nada de su sueño ficticio. Gracias al poder material ejercido por el opio en nuestra alma inmaterial, aquel hombre de imaginación poderosamente activa se rebajó al nivel de esos animales perezosos que se agazapan en lo profundo de los bosques, ni más ni menos que un residuo vegetal, sin dar un paso para atrapar una presa fácil. Hasta había apagado la luz del cielo, pues en su cuarto no entraba claridad alguna. A eso de las ocho de la noche se levantaba de la cama, y sin tener conciencia lúcida de su existencia, satisfacía el hambre y en seguida volvía á acostarse. Sus horas frías y rugosas no le deparaban más que confusas imágenes, apariencias, claro obscuros sobre un fondo negro. Se había sepultado en un silencio profundo, en una negación de movimiento y de inteligencia. Una noche se despertó más tarde que de costumbre y vió que no se le había servido la comida, por lo cual llamó á Jonatás.

—Puedes marcharte cuando quieras—le dijo.—Te

he hecho rico, serás feliz en tu vejez; pero no puedo permitir que juegues con mi vida. Miserable, tengo hambre: ¿dónde está mi comida? Contesta.

Jonatás sonrió de satisfacción; tomó una bujía cuya luz temblaba en la obscuridad profunda de aquellos inmensos aposentos, condujo á su amo, que parecía una máquina, á una espaciosa galería, y abrió bruscamente una puerta. Rafael, inundado repentinamente de luz, se quedó deslumbrado, sorprendido por un espectáculo inaudito. Eran sus arañas cargadas de bujías, las flores más raras de su invernáculo artísticamente colocadas, una mesa resplandeciente de vajilla de plata, de oro, de nácar, de porcelana; una comida regia, humeante y cuyos apetitosos manjares excitaban las fibras nerviosas del paladar. Vió allí á sus amigos convocados, reunidos con mujeres adornadas y hechiceras, con la garganta y los hombros desnudos, las cabelleras llenas de flores, los ojos brillantes, todas de diferente belleza, incitantes con sus voluptuosas vestiduras; la una modelaba sus mórbidas formas con una chaqueta irlandesa; la otra llevaba la basquiña lasciva de las andaluzas: ésta iba semidesnuda de Diana cazadora; aquélla modesta y amorosa con el traje de la Vallière, y todas entregadas por igual á la embriaguez. En las miradas de todos los comensales brillaban la alegría, el amor, el placer. En el momento en que la moribunda figura de Rafael apareció en el umbral de la puerta, estalló una aclamación repentina, rápida, rutilante como los rayos de aquella fiesta improvisada. Las voces, los perfumes, la luz, aquellas mujeres de hermosura penetrante ejercieron viva impresión en sus sentidos, despertaron su apetito. Una música deliciosa, oculta en

una sala contigua, se sobrepuso con sus torrentes de armonía á aquel bullicio embriagador, y completó tan extraña visión. Rafael sintió que una mano suave apretaba la suya, mano de mujer cuyos brazos frescos y blancos se levantaban para abrazarle, la mano de Aquilina. Comprendió que aquel cuadro no era vago y fantástico como las fugaces imágenes de sus sueños privados de color, lanzó un grito siniestro, cerró bruscamente la puerta, y censuró á su anciano servidor dándole un golpe en el rostro.

—Pero ¿te has empeñado en matarme, monstruo? —le dijo.

Luego, palpitando por efecto del peligro que acababa de correr, encontró fuerzas para volver á su cuarto, bebió una fuerte dosis de sueño, y se acostó.

—¡Qué diablo!—exclamó Jonatás levantándose.—El señor Bianchón me había encargado que le distrajera.

Era la media noche. A aquella hora, Rafael, por uno de esos caprichos fisiológicos que causan el asombro y la desesperación de las ciencias médicas, resplandecía de belleza durante su sueño. Un color sonrosado vivo matizaba sus blancas mejillas. Su frente, graciosa como la de una doncella, revelaba el genio. La vida estaba en flor en aquel rostro tranquilo y reposado. Parecía un niño dormido al cuidado de su madre. Su descanso era un buen sueño, su encarnada boca daba paso á una respiración igual y pura; sonreía transportado sin duda por un ensueño á una hermosa vida. Tal vez le parecía ser centenario, tal vez creía ver á sus nietos deseándole largos días; tal vez, sentado al sol en su banco rústico rodeado de follaje, divisaba, como el pro-

feta desde lo alto de la montaña: la tierra prometida, una bienhechora lontananza.

—¡Por fin te encuentro!

Estas palabras, pronunciadas con voz argentina, disiparon las figuras nebulosas de su sueño. A la luz de la lámpara vió sentada en su lecho á su Paulina, pero Paulina embellecida por la ausencia y el dolor Rafael se quedó estupefacto al aspecto de aquella figura blanca como los pétalos de una flor acuática, y que, acompañada de largos cabellos negros, parecían aún mucho más negros en la sombra. Las lágrimas habían dejado trazada una huella brillante en sus mejillas, y estaban suspendidas en ellas prontas á caer al menor esfuerzo. Vestida de blanco, con la cabeza inclinada y hollando apenas el lecho, estaba allí como un ángel bajado de los cielos, como una aparición que un soplo podía ahuyentar.

—¡Ah! Lo he olvidado todo—exclamó en el momento en que Rafael abrió los ojos.—Ya no tengo voz sino para decirte: Soy tuya. Sí, mi corazón es todo amor. ¡Ah, ángel de mi vida! Jamás te he visto tan bello. Tus ojos fulguran. Pero ya lo adivino todo. Has ido á buscar la salud sin mí porque me temías... Pues bien.....

—¡Vete, vete, déjame!—respondió Rafael con voz sorda.—Vete; si continúas aquí me muero. ¿Quieres presenciar mi muerte?

—¡Morir! ¿Acaso puedes morir sin mí? Morir, si eres tan joven.... Morir cuando yo te amo. ¡Morir!—añadió cogiéndole las manos con un movimiento de locura.

—Frías—dijo Paulina.—¿Será una ilusión?

Rafael sacó de debajo de la almohada el trozo de la

piel de zapa, frágil y diminuto como una hoja de pervinca, y enseñándoselo, dijo:

—Paulina, bella imagen de mi vida, despidámonos.

—¿Despedirnos?—preguntó ella sumamente sorprendida.

—Sí. Esto es un talismán que realiza mis deseos y representa mi vida. He aquí todo lo que de él queda. Si me sigues mirando, voy á morir.....

La joven creyó que Rafael se había vuelto loco, tomó el talismán y fué á buscar la lámpara. Alumbrada por la luz vacilante que se proyectaba también sobre Rafael y sobre el talismán, examinó con toda atención el rostro de su amante y la última partícula de la piel mágica. Al contemplarla Valentín bella de terror y de amor, no fué ya dueño de sí; los recuerdos de las tiernas escenas y de los goces delirantes de su pasión prevalecieron en su alma largo tiempo adormecida y se despertaron en ella como hogar mal apagado.

—¡Paulina, Paulina! ¡Ven!

De la garganta de la joven salió un grito ronco, sus pupilas se dilataron, sus cejas, violentamente estiradas por un dolor inaudito, se apartaron entre sí con horror; leía en los ojos de Rafael uno de esos deseos furiosos que en otro tiempo constituían su gloria; mas, conforme iba creciendo aquel deseo, la piel se contraía y le hacía cosquillas en la mano. Sin pararse á reflexionar, huyó á la sala inmediata cuya puerta cerró.

—¡Paulina! ¡Paulina!—gritó el moribundo corriendo tras ella.—¡Te amo, te adoro, te deseo! ¡Te maldigo si no abres! ¡Quiero morir siendo tuyo!

Por una fuerza singular, último destello de vida,

derribó la puerta y vió á su amada medio desnuda revolcándose en un canapé. Paulina había intentado en vano desgarrarse el seno, y para darse una pronta muerte, procuraba estrangularse con su chal.—¡Si muero, vivirá!....decía esforzándose inútilmente por apretar el nudo. Tenía la cabellera suelta, los hombros desnudos, las ropas deshechas, y en aquella lucha con la muerte, los ojos bañados en llanto, el rostro inflamado, retorciéndose por efecto de una horrible desesperación, presentaba á Rafael, ebrio de amor, mil atractivos que aumentaron su delirio; se arrojó sobre ella como un ave de rapiña, le rasgó el chal y quiso cogerla en sus brazos.

El moribundo buscó palabras para expresar el deseo que devoraba todas sus fuerzas; pero no encontró más que los sonidos estrangulados del estertor en su pecho, cada una de cuyas respiraciones, más jadeantes y profundas, parecía salir de sus entrañas. Por último, impotente ya para formar sonidos mordió á Paulina en el seno. Jonatás acudió asustado al oir gritos, y procuró arrancar á la joven el cadáver sobre el cual se había acurrucado en un rincón.

—¿Qué viene usted á buscar?—dijo Paulina.—Es mío, yo lo he matado; ¿no lo había vaticinado?

FIN